PASTORAL

# Yo creo

## Un comentario al Credo de los Apóstoles desde la Biblia

Miguel Ángel Ferrando, SM

PPC

MIGUEL ANGEL FERRANDO, SM

Yo creo. Un comentario al Credo de los Apóstoles desde la Biblia.

Buenos Aires, PPC 2013, 331 páginas.

*

# PRESENTACION

Este libro nace de un gran deseo del autor, P. Miguel Ángel Ferrando. El de confesar lo que cree y precisar qué es lo que no cree. Esto no es poco. Él mismo cuenta que hace un par de años le sonó una campanilla que le llamaba a escribir lo que sentía y pensaba sobre la fe, sobre el credo. Lo hacía a su edad que suma más de los 80. Como todo buen pintor pergeñó el cuadro y comenzó a escribir. La llegada del año de la fe le estimuló en la tarea. Así engendró este libro, lo concibió y al fin lo dio a luz.

Para hacerlo bien se dio a sí mismo varias orientaciones. No quería presentar pensamientos divergentes. En las páginas del libro, de hecho, no discute con nadie. No hay apenas citas de autores a pie de página. El pensamiento es muy "propiedad privada", en el buen sentido, del autor. El final de cada capítulo nos deja con un interrogante que trata de responder en el capítulo siguiente. Así se va entrelazando el pensamiento de los distintos artículos del credo. No habla en primera persona, pero para quienes le conocemos el contenido del libro tiene el cuño claro y definido del autor. Miguel Ángel está muy bien reflejado en sus páginas. Ha querido expresar y comunicarse con lenguaje sencillo, claro y frase corta. El argumento del libro es un comentario sobre el Credo de los Apóstoles, el Credo compuesto en el siglo III para los catecúmenos que se preparaban al bautismo en Roma ya antes del primero de los concilios ecuménicos. *Es el Credo sacado de la Biblia y comentado desde la Biblia.* Ahí está el gran mérito del autor y para alguno, puede ser, una pequeña limitación.

¿Para quién se escribe este libro? Para los creyentes con cierta cultura religiosa. En él encontrarán comentarios que no es fácil hallar en otros libros sobre el Credo. Al lector curioso le puede interesar y sorprender. Aunque no sea más que leer que "hace falta tanta fe para creer como para no creer". En este año de la fe a cualquier creyente con un poco de esfuerzo le prestará un buen servicio. Ser creyente y vivir la fe necesita un vínculo vital, el que viene de una comunidad cristiana. Para los integrantes de esa comunidad también le puede ayudar para profundizar y compartir la fe. Es un libro que llega en el momento justo en este año de fe y cuando la fe cristiana tiene que abrirse a todo lo que es grande, verdadero y bello en nuestro mundo y tal como lo expresó ya hace muchos siglos el mismo San Pablo (Fil 4, 8). El Papa Benedicto XVI nos ha dejado un estupendo desafío en esta misma línea: "*Necesitamos una nueva evangelización y un año de la fe para descubrir la alegría de creer y la belleza de la fe".*

Una palabra sobre el autor. Puedo afirmar que este libro, aunque no lo parezca, es como la autobiografía del P. Miguel Ángel Ferrando: gran creyente, religioso marianista, licenciado en Filosofía y Letras, doctor en Teología, muchos años profesor de Biblia en la Pontificia Universidad Católica de Chile, capellán en este momento en del Colegio marianista Instituto Miguel León Prado. Esta trayectoria se puede encontrar reflejada

fácilmente en las páginas del libro. Para él la fe es su clara opción de vida. Esperemos que no sea su obra última y más lograda, pero podría serlo por el gran nivel de la misma. Para él, como para cualquier creyente, es más fácil creer que explicar lo que cree. Pero esto último también consigue hacerlo muy bien y ese es el intento principal del autor.

Ojalá este libro ayude a los que lo lean a fortalecer su fe al profesar con más lucidez y pasión el credo. Eso quiere el autor. Mejor aún, lo que quiere es que nos identifiquemos plenamente y con toda verdad con las palabras de San Pablo: *ahora sí que sé mejor de quién me he fiado* (2Tm 1, 12).

José María Arnaiz SM
Asesor PPC para América Latina

# 1

# LOS SIMBOLOS DE LA FE

Desde los orígenes de su expansión por el mundo helenístico la Iglesia sintió la necesidad de expresar lo nuclear de su fe en fórmulas breves. La mayor parte de quienes recibían el bautismo eran adultos, perteneciendo a culturas y clases sociales diferentes. El bautismo es un rito de iniciación para creyentes bisoños. Por consiguiente, la fórmula que condensa lo esencial de la fe que abrazaban los neófitos debía ser corta y clara, para que ellos la pudieran retenerla fácilmente en la memoria.

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, publicado por orden de Juan Pablo II en 1992, dice respecto a estos resúmenes de la fe, que profesaban los catecúmenos:

> "A lo largo de los siglos, en respuesta a las necesidades de diferentes épocas, han sido numerosas las profesiones o símbolos de la fe".
>
> "Entre todos los símbolos de la fe, dos ocupan un lugar muy particular en la vida de la Iglesia: El *Símbolo de los Apóstoles*, llamado así porque es considerado con justicia como el resumen fiel de la fe de los apóstoles. Es el antiguo símbolo bautismal de la Iglesia de Roma. Su gran autoridad le viene de este hecho: 'es el símbolo que guarda la Iglesia romana, la que fue sede de Pedro, el primero de los apóstoles, y a la cual él llevó la doctrina común' (S. Ambrosio, *Symb.* 7)" (#193-194).
>
> "El *Símbolo llamado de Nicea-Constantinopla* debe su gran autoridad al hecho de que es fruto de los dos primeros concilios ecuménicos (325 y 381). Sigue siendo todavía hoy el símbolo común a todas las grandes Iglesias de Oriente y Occidente" (#195).

El término *Símbolo* deriva del sustantivo griego *symboúlion*, que significa *una decisión tomada en una reunión* o un *Consejo*. Dos ejemplos: Jesús ha sanado en sábado a un hombre que tenía una mano paralizada. Él justificó su acción haciendo notar a sus adversarios que ellos no tenían reparo en sacar del pozo a una oveja que se había caído en él un día de sábado. Sin saber qué responder, sus adversarios dejaron la sinagoga "y tomaron la *decisión* de acabar con él" (Mt 12:14; cf. Mt 27:7). San Pablo ha apelado al César. "Entonces Festo, después de haber consultado con su *Consejo*, respondió: Has apelado al César, pues irás al César" (Hch 25:12).

El término latino *Credo* es la primera palabra del Símbolo de los Apóstoles, tanto en latín como en griego. El término *Credo*, sustantivado, se ha convertido en sinónimo de Símbolo. Se habla del Símbolo de los Apóstoles o del Credo de Nicea-Constantinopla.

En su formulación definitiva el Credo de los Apóstoles es del siglo II o III. "Nuestra exposición de la fe seguirá el *Símbolo de los Apóstoles*, que constituye, por así decirlo, el más antiguo catecismo romano" (*Catecismo de la IC*, 196).

El Credo de los Apóstoles es más breve y más directo que el Símbolo de Nicea-Constantinopla. En la parte central del Credo, la que se refiere a Jesús, los verbos indican acciones: Jesús fue concebido, nació, padeció, murió, subió a los cielos, vendrá a juzgar. El Credo no entra en explicaciones, como lo hace el Símbolo.

El Símbolo de Nicea-Constantinopla refleja las preocupaciones teológicas de unos padres conciliares que tuvieron que vérselas con afirmaciones heréticas sobre la persona de Jesús. Las discusiones fueron largas y apasionadas. Abundan en él las explicaciones matizadas y los términos precisos, sólo comprensibles a la luz de la filosofía griega del siglo IV: "lo visible y lo invisible", "engendrado y no creado", el término "naturaleza", afirmaciones como "por quien todo fue hecho", o "esto sucedió según las Escrituras".

La recitación del Credo en la liturgia de la misa dominical, después de la homilía, se introdujo paulatinamente en Europa durante los siglos VI al IX. La Iglesia de Roma aceptó esta costumbre en el siglo XII. En la actualidad, al menos en todas las iglesias católicas del mundo, el Credo de los Apóstoles o el de Nicea-Constantinopla sigue recitándose en las misas de los domingos y solemnidades. Su traducción a las lenguas modernas está hecha a partir del latín y del griego. Ahora bien, las palabras de ambos Credos son las mismas hace más de 17 siglos, pero quienes con ellas proclaman hoy su fe no son los mismos.

¿Entienden hoy los creyentes lo mismo que entendían sus antepasados, cuando escuchan y repiten que Dios ha creado el cielo y la tierra, que Jesús descendió a los infiernos y luego subió a los cielos, que la carne va a resucitar? ¿De qué cielos, de qué tierra, de qué infiernos, de qué carne se trata? ¿Y qué significa invisible, naturaleza, engendrar y no crear? ¿Qué añade eso de "según las Escrituras"?

Han pasado 17 siglos desde que la Iglesia fijó la ortodoxia en la profesión de un par de Credos. Desde entonces ha habido muchos concilios que han puesto de relieve verdades que no eran nuevas, pero que habían pasado como inadvertidas durante mucho tiempo. Algunas de estas verdades han sido definidas como dogmas. Otras afirmaciones, que alguna vez parecieron verdades indiscutibles, ahora se entienden mejor que antes.

La Iglesia optó por no redactar un nuevo Credo al fin de cada concilio ecuménico. El viejo Credo de los Apóstoles sigue sonando bien cuando la Iglesia exige hoy a los catecúmenos que profesen su fe con él antes de ser bautizados, o cuando en la Vigila Pascual pide a sus hijos que renueven esa fe antes de participar en la eucaristía. En ambos casos, en las preguntas que el presidente de estas celebraciones dirige a toda la asamblea, resuena el texto del Credo de los Apóstoles.

Las páginas que siguen quieren explicar este Credo de manera breve y clara, de tal modo que los cristianos de hoy sepan un poco mejor lo que dicen cada vez que profesan su fe en Dios Padre, en su Hijo Jesucristo y en el Espíritu Santo. El guía principal en esta búsqueda será la Palabra de Dios, contenida en la Biblia, leída en el seno de la Iglesia Católica.

# 2

# CREO EN DIOS PADRE

## *1. Dios Padre*

El Credo comienza con estas palabras: "Creo en Dios Padre todopoderoso Creador del cielo y de la tierra", sin comas en los textos latino y griego del *Ordo Romanus antiquus* y de san Cirilo de Jerusalén respectivamente (Dz 6 y 9). ¿Dónde poner las comas? El Misal Romano en español pone una coma entre "Dios" y "Padre" y una segunda coma entre "todopoderoso" y" Creador". El texto queda así: Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. ¿Es correcta esta puntuación?

Parece preferible escribir: "Creo en Dios Padre, todopoderoso Creador del cielo y de la tierra". El Credo no comienza hablando de Dios en abstracto, como divinidad, sino como persona, calificada por su atributo más característico, el de ser Padre. Es Padre antes que creador, salvador, rey o juez. Es Padre desde antes del tiempo. Queda así sugerido que Dios tiene un Hijo desde antes del tiempo. Nadie puede ser padre sin tener un hijo, ni puede ser hijo sin tener un padre. San Pablo precisará a los corintios la terminología cristiana adecuada para hablar de Dios diciendo: "para nosotros no hay más que un Dios, el Padre, *de* quien proceden todas las cosas y *para* quien nosotros existimos; y un Señor, Jesucristo, *por* quien han sido creadas todas las cosas y *para* quien también nosotros existimos" (1Co 8:6).

Una observación. Es de notar que el Credo de los Apóstoles, copiado en el *Catecismo* entre los números 184 y 185, primera columna, comienza diciendo: *Creo en Dios* (en latín: Credo in Deum); y esa es la traducción aprobada para la liturgia. En la columna paralela está el Credo de Nicea-Constantinopla, que comienza así: *Creo en un solo Dios* (Credo in unum Deum). ¿Qué añade la expresión "un solo", ausente en el primer Credo? Es posible que este inciso quiera insistir en que el Dios del creyente cristiano es el único que es verdaderamente Dios. Fuera de él no hay nada ni nadie que pueda llevar legítimamente este nombre. Se insiste, pues, en el rechazo al politeísmo greco romano.

## *2. El primer acto de fe*

El Credo comienza con una palabra sorprendente: *Credo,* yo creo. YO, sin nadie a mi lado, yo solo ante Dios y ante la Iglesia. En el Padrenuestro y en las oraciones litúrgicas el orante se presenta ante Dios como miembro de una comunidad. La comunidad de los creyentes dice "Padre nuestro", no solo Padre *mío*, sino con muchos otros junto a mí. "Te pedimos", no yo solo, sino un pobre más junto a muchos otros menesterosos.

El Credo es una profesión de fe personal, que compromete a quien la hace ante Dios y ante la comunidad eclesial. No puede esconderse en el anonimato gregario de las muchedumbres. Al decir *creo en Dios Padre,* estoy haciendo mía la solemne afirmación de que Dios existe siendo Padre, aunque la realidad de su existencia no sea evidente para mí. La seguridad de que es verdad lo que profeso viene de la confianza que me inspiran la

bondad y la sabiduría de quien me invita a que yo haga este acto de fe. ¿Pero qué es en realidad lo que digo estar creyendo? ¿Quién tiene autoridad para decirme: mira, existe un Dios Padre? ¿Cómo sabe mi interlocutor que Dios existe? ¿Es que yo no puedo llegar a saberlo, sin que nadie me lo diga?

El hombre dice "yo creo" por vez primera en su vida poco antes de recibir la primera comunión, cuando tiene en torno a los 8 ó 10 años. Antes ha habido una larga preparación recibida como por ósmosis al interior de una familia donde el niño encuentra un hombre fuerte que se preocupa de él, lo acaricia y lo protege. Encuentra una mujer cariñosa que vive pendiente de él, lo alimenta y lo besa una incontable cantidad de veces. Junto a ellos el niño se siente seguro. Él es el padre. Ella es la madre. Ambos le enseñan a rezar, a dirigirse a un ser invisible, que debe ser muy bueno y mucho más poderoso que ellos, puesto que le piden cosas y le dan gracias con mucha confianza. Ellos dicen al niño que rezan a una persona mucho mejor y mucho más poderoso que ellos mismos, que los ama y los cuida desde algún lugar desconocido, y que en las iglesias es más fácil sentirlo cerca. Él es Dios. Le dicen que también él debe rezar a Dios y hablarle como a un padre y a un amigo. Cuando el niño llega al colegio, resulta que una "tías", a las que él no conocía y que le quieren mucho, también le hablan de Dios y le enseñan a hablar con él. Este niño no necesitará demostración alguna para creer que Dios existe. No es raro que este niño quede marcado para siempre por una auténtica experiencia religiosa.

## *3. Ateísmo y agnosticismo*

Entre los 15 y los 17 años los adolescentes abren sus ojos inquietos a un mundo nuevo para ellos. Los padres dejan de ser las personas maravillosas que ellos habían admirado pocos años antes. A su alrededor encuentran hombres y mujeres que son buenas personas, pero que se desentienden de Dios sin que al parecer eso les preocupe. Incluso hay quienes se ríen de la religión y de los creyentes.

Hay dos etapas en la evolución religiosa de estos jóvenes. La primera etapa viene marcada por las dudas sobre la existencia de un Dios, al que nadie ha visto nunca. En esta etapa el adolescente todavía puede admitir con relativa facilidad la existencia de un ser supremo, que sale responsable de la unidad y del orden de este universo enorme.

Desde aquí el interés se desplaza a otro tema. Del ateísmo se pasa al agnosticismo: ¿cómo es ese Ser Supremo, al que los hombres llaman Dios? Imposible saberlo. ¿Cómo se relaciona con los hombres, si es que él se preocupa de ellos? Imposible saberlo.

Hay que distinguir entre ateísmo y agnosticismo. El *ateísmo* es una doctrina o actitud que niega expresamente la existencia de Dios. El *agnosticismo* declara inaccesible a la razón humana el conocimiento de lo absoluto y de todo aquello que no pueda ser alcanzado por la experiencia. El agnóstico ni niega la existencia de Dios ni la afirma. Sólo se reconoce incapaz de alcanzar su conocimiento. El ateísmo y el agnosticismo nacen en el seno de una cultura marcada durante siglos por el cristianismo. Estas ideas comienzan a surgir en torno al Renacimiento y alcanzan una aceptación masiva a partir del s. XIX, hasta el punto de que llegan a existir Estados oficial y agresivamente ateos.

Cada religión trata de responder a estas preguntas fundamentales. ¿Pero cuál, entre tantas religiones como existen, entrega las mejores respuestas? Porque en el mundo hay

muchas religiones con millones de hombres y mujeres que creen en un Dios cuya imagen es parcialmente distinta en cada religión. Además, la adhesión a una religión en concreto depende del lugar en que uno haya nacido y haya sido educado. Es casi seguro que un chileno será católico, un chino será budista y un pakistaní musulmán. ¿Quién de ellos tiene la razón? ¿Cuál es la religión verdadera?

En definitiva, el problema de creer o no creer en Dios se articula en dos temas complementarios:

- ¿Existe Dios?
- En el caso de que exista ¿cómo es Dios en sí y en su relación con el hombre?

## *4. Dios existe. El monoteísmo del pueblo judío*

Una importante aproximación del hombre a esta temática, en la cultura occidental, se encuentra en la Biblia. Los profetas bíblicos no se enfrentaron con ateos, sino con idólatras, es decir, con aquellos que tienen como Dios a las criaturas hechas por manos humanas, a las que sirven y rinden culto. La idolatría, unida a la superstición, fue muy común en el pueblo judío desde su establecimiento en Palestina hasta el destierro en Babilonia (ss. XII-VI a.C.).

El pueblo judío no se planteó en términos abstractos el tema de si hay un solo Dios o varios dioses. En algún momento de su historia, pareciera que los hebreos han admitido que junto a un Dios principal, *Elohim*, que se presenta como el Señor (*YHWH*), existen divinidades inferiores a él, encargadas de la protección de una zona geográfica concreta y del pueblo que la habita (cf. 1Sm 26:19-20, 2Re 5:15-19).

La persuasión de que el Señor es el único Dios se formó poco a poco en la conciencia de los judíos a fuerza de experiencias. Primero es la experiencia de los patriarcas, que sienten la protección del Señor dondequiera que van. Son luego los emigrados a Egipto, a quienes el Señor saca de la esclavitud y entrega una tierra que mana leche y miel, sin que los baales locales puedan impedirlo. Más adelante reyes, sacerdotes, profetas y pueblo experimentarán cómo el Señor es también el Dios de otros pueblos –asirios, caldeos- a los que convierte en instrumento de su cólera contra Israel o en objeto de su ira, cuando estos pueblos abusan de su fuerza. Ya Amós, el primero de los profetas escritores, expresará en el s. VIII a.C., la seguridad absoluta de que el Señor es el dueño del destino de todas las naciones que rodean al pueblo elegido (cf. Am 1:3-2:16; 3:1-2)).

El destierro en Babilonia fue una experiencia decisiva (siglo VI a.C.). Allí los judíos pudieron comparar su religión con la de los caldeos y comprender que la de éstos era mucho más grosera que la suya, porque consistía en la torpe adoración de las criaturas. El Deuteroisaías tuvo el mérito de expresar con energía la inanidad de los ídolos y la belleza del monoteísmo que los judíos han vivido durante siglos (cf. Is 41:21-29, 44:6-20, 44:24-28, 45:9-13, 46:1-7).

El fervor de los profetas quedó plasmado en el Deuteronomio con palabras que los judíos deben recordar cada día:

> "Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Guarda en tu corazón estas palabras que hoy te digo. Incúlcalas a tus hijos y háblales de ellas cuando estés en casa o cuando vayas de camino, acostado o levantado. Átalas a tu mano como signo, colócalas en tu frente como señal, escríbelas a la entrada de tu casa y en tus puertas" (Dt 6:4-9).

Algunos salmos condenan una especie de teísmo, que no niega la existencia de Dios, pero reduce su presencia a la de un espectador indiferente ante lo que pasa en el mundo: "el malvado se gloría de su ambición y el codicioso blasfema y desprecia al Señor. El malvado dice con arrogancia: Dios no va a pedirme cuentas" (*Sal* 10:2-4). "Piensa el tonto en su interior: 'Dios no existe'. Todos se han corrompido y practican la maldad" (*Sal* 14,1).

Los hebreos llevaban más de un milenio con la certeza inconmovible de que el único Dios, el Señor, dirigía su historia. Fue a mediados del siglo I a.C. cuando un piadoso judío escribió en griego el último libro de la Escritura, el libro de la *Sabiduría*. El autor quiere dar el tiro de gracia al politeísmo helénico, demostrándoles que el Dios a quien adoran los judíos es muy superior a los bellos moradores del Olimpo, meros reflejo del mundo que rodea a los hombres. El creador de este mundo es el Dios de Israel. Es la primera vez en la historia que un judío esboza un argumento racional, filosófico, para probar la existencia de un Dios diferente del que imaginaban los griegos.

Es notable la coherencia con que el autor de *Sb* maneja los términos bíblicos de *crear* y *Creador*, junto al término griego de *analogía*. El concepto de *analogía* es una pieza fundamental en la metafísica de Aristóteles, para resolver el problema de la unidad del ser y la pluralidad de los seres. El término "ser" no es unívoco ni equívoco, es *análogo*, es decir, es *parecido*. Todo lo que existe es "ser", es un existente, pero su manera de existir no es del todo igual ni del todo diferente a la de otro "ser". El término "ser" expresa un concepto que puede predicarse de cosas *parecidas.* El parecido admite una incalculable gama de diferencias.

Sb 13,5 es en la Biblia el único donde se habla de la "analogía", en forma adverbial, "por analogía" (*analógos*). El pasaje ocupa los 9 primeros versículos del capítulo 13. Después de haber ponderado las maravillas del fuego, del viento, del agua impetuosa, de los astros y de las estrellas, continúa el autor:

> "Pues si seducidos por su hermosura los tuvieron por dioses, comprendan cuánto más hermoso es el Señor de todo esto, pues fue el mismo autor de la belleza el que lo creó. Y si tal poder y energía los llena de admiración, entiendan cuánto más poderoso es quien los formó, pues en la grandeza y hermosura de las criaturas se deja ver, *por analogía*, su Creador" (Sb 13:2-5).

## *5. San Pablo. El choque entre el cristianismo y la filosofía helenística*

En sus viajes misioneros Pablo deberá contrastar su imagen de Dios, inspirada en la Biblia, con la que tienen los filósofos griegos. Los griegos pueden ser supersticiosos, pero no son irreligiosos. El choque será inevitable entre dos visiones tan distintas de Dios y del mundo, la griega y la cristiana. Pablo no titubeará en enfrentar el conflicto.

Pablo es un polemista excepcional. Ha sido un aventajado discípulo de Gamaliel en el arte de la dialéctica. Sus discusiones con los judíos son verdaderas justas entre expertos intérpretes de la Ley. Pablo cree que también debe y puede entablar polémicas con los filósofos de Atenas. Para anunciar a Cristo a los gentiles, Pablo se atreverá a pasar examen ante el público más culto del mundo griego. El más culto y el más pagado de sí mismo.

Hacia el año 50 ó 51 Pablo recaló en Atenas, donde debía esperar a que Silas y Timoteo se reunieran con él lo más pronto posible. Pablo está cada vez más apenado al ver a la gran ciudad tan dominada por la idolatría. Aprovechará el tiempo para conversar en la sinagoga con los judíos y, en la plaza, con todo el que se le ponga por delante. "Incluso algunos filósofos epicúreos y estoicos conversaban con él". En sus conversaciones Pablo anuncia a Jesús y su resurrección. Sus palabras causan extrañeza ¿Será Pablo un charlatán o un predicador de divinidades extranjeras? Para salir de dudas lo llevaron al Areópago (Hch 17:14-21).

El discurso de Pablo en el Areópago es una magnífica pieza oratoria, preparada hasta el último detalle (Hch 17,22-31). Pablo comienza intentando ganarse la benevolencia de su auditorio. Él ha observado que los atenienses son muy religiosos, hasta el punto de que han edificado un altar al "dios desconocido". De este Dios viene Pablo a hablarles. Incluso alardeará ante ellos de erudito, citando una frase del poeta Arato, para explicarles que él anuncia al Dios "en el que vivimos, nos movemos y existimos, pues somos de su raza". Por fin el Apóstol se lanzará a decir con claridad de qué se trata: Dios "ha designado a un hombre para juzgar al mundo con justicia y lo ha acreditado ante todos resucitándolo de entre los muertos". Extrañeza, risas.

> "Al oír aquello de resurrección entre los muertos, unos se burlaron y otros dijeron: 'sobre este asunto te oiremos otro día'. Entonces Pabló abandonó la reunión. Algunos, sin embargo, se unieron a él y creyeron… Después de esto Pablo partió de Atenas y se fue a Corinto" (17:32-18:1).

Pablo sacará en Corinto algunas conclusiones de su amargo fracaso en Atenas. Ante todo allí quedó claro que la retórica más perfecta no sirvió para cosa alguna. Frente a los cristianos de Corinto, no menos orgullosos de su saber que los atenienses, Pablo va a ser más agresivo que en Atenas. En su primera carta a los corintios recordará a sus destinatarios:

> (1:17) "Cristo no me envió a bautizar, sino a anunciar la buena noticia, y esto no con *sabiduría de la razón (*o *del razonamiento: sofía lógou*), para que no se anule la cruz de Cristo. (18) En efecto, *la palabra* de la cruz es *locura* para los que se pierden, pero para los que nos salvaremos es *fuerza* de Dios… (20) ¿No *enloqueció* Dios a la *sabiduría del mundo*? (21) Sí, y puesto que en *la sabiduría de Dios* el mundo no conoció, por medio de la *sabiduría*, a Dios pareció bien a Dios el salvar a los creyentes por la *locura* del mensaje que proclamamos. (22) Porque mientras los judíos piden milagros y los griegos buscan *sabiduría*, (23) nosotros proclamamos a Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos y *locura* para los griegos. (24) En cambio, para los que han sido llamados, sean judíos o griegos, se trata de un Cristo que es *fuerza y sabiduría de Dios*, (25) porque *lo loco* de Dios es *más sabio* que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres".

> (2:1) "Cuando vine a ustedes, hermanos, no me presenté con abundancia de *palabra (de razonamientos)* o de *sabiduría* para anunciarles el misterio de Dios, (2) pues decidí no saber entre ustedes otra cosa que Jesucristo, y éste crucificado… (4) Mi *palabra* y mi proclamación no se apoyaron en sabios y persuasivos discursos. Fue más bien una demostración del poder del Espíritu, (5) para que fundamentasen su fe no en la *sabiduría* de los hombres, sino en la *fuerza* de Dios".

En el siglo VI a.C. nace en Grecia la Filosofía. Un grupo de hombres excepcionales llegó a la conclusión de que debía existir algo más allá del mundo que tenían ante sus ojos. Detrás de las apariencias de las cosas, o más adentro, hay en la realidad un *Orden*, una *Racionalidad*, una regularidad, un *Logos* que todo lo penetra. Gracias al Logos, el universo de todo lo que existe es un *Kosmos*, un *Mundo* lógico, rebosante de belleza y de armonía. El descubrimiento del Logos del universo es posible porque el hombre, cada hombre, tiene en sí mismo un *logos*, una *razón* capaz de entrar en sintonía con el Logos del Kosmos.

Existe, pues, una coherencia entre el *logos* humano (razón y palabra) y el *Logos* cósmico (Orden y Estructura). Esto no significa que la razón humana pueda conocer fácilmente la totalidad del universo y las reglas que lo rigen. Además en el mundo pueden existir realidades cuyo conocimiento esté fuera del alcance de la razón humana. El filósofo se engaña si cree que el conocimiento racional o lógico es la única puerta de entrada para conocer el mundo real en su totalidad. El filósofo también se equivoca si piensa que todo lo que le parece razonable lo es de verdad, o que no es verdad aquello que no le parece razonable. El hombre puede equivocarse en el uso de su razón.

En Atenas Pablo enfrentó a unos intelectuales convencidos de que es falso o inexistente todo lo que les parece no razonable. El conflicto de Pablo con los filósofos del Areópago, epicúreos y estoicos, se da entre lo que el Apóstol llama "sabiduría de la razón" o "sabiduría del mundo", y la "Sabiduría y fuerza de Dios". La sabiduría de la razón es endeble porque se apoya únicamente en los razonamientos, tal vez brillantes, de un maestro. Pero sucede que viene otro maestro más hábil y con sus razonamientos pulveriza lo dicho por el anterior.

La predicación de Pablo no descansará en algo tan frágil como la doctrina de un filósofo, por muy griego que sea. Pablo proclama algo que tiene la solidez de un hecho innegable: Cristo ha muerto clavado en una cruz. Esto no es simple teoría. Pablo predica a "Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos y locura para los griegos pero que es, para quienes han sido llamados, *fuerza y sabiduría de Dios*, porque lo loco de Dios es *más sabio* que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres".

## *6. Pablo y la prueba de la existencia de Dios. Rm 1:18-21*

Pablo ha tocado el tema de la sabiduría de Dios en la primera carta a los corintios, escrita en Éfeso hacia el año 54. Un par de años más tarde él escribirá desde Corinto otra carta, esta vez a los cristianos de Roma. La polémica con los filósofos atenienses es ya cosa del pasado. Ahora es el tema de la justicia de Dios lo que induce a Pablo a escribir algo que toca al conocimiento de Dios. La existencia de Dios es aceptada por cristianos y gentiles. Sin embargo, estos últimos no han sacado las consecuencias prácticas que su conocimiento de Dios les exigía.

Pablo abordará indirectamente el tema de la existencia de Dios en el contexto de la responsabilidad moral de unos gentiles inteligentes y cultos, pero no ateos. El Apóstol dice así en Rm 1:18-21:

> "(18) En efecto, la ira de Dios se manifiesta desde el cielo contra todo tipo de impiedad e injusticia de aquellos hombres, que obstaculizan injustamente la verdad. (19) Pues lo que puede conocerse de Dios, lo tienen claro ante sus ojos, ya que así les fue manifestado por Dios. (20) Y es que lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, se ha hecho visible desde la creación del mundo, por medio de las cosas creadas, así que no tienen excusa, (21) porque, habiendo conocido a Dios, no lo han glorificado ni le han dado gracias, sino que se envanecieron en sus pensamientos y se entenebreció su torpe corazón".

Estos versículos se inscriben en el contexto de un conjunto más amplio. Los filósofos no han acertado a conocer lo invisible de Dios ni le han dado gracias. Su fracaso es inexcusable. Pudiendo haber llegado a conocerlo como legislador moral, no lo han conocido como tal y por eso han caído en toda clase de aberraciones, prolijamente detalladas en Rm 1,22-32. Pero, cuidado, también los judíos son inexcusables. Ellos juzgan a los demás, pero hacen lo mismo que condenan. Al condenarlo, ellos mismos se condenan.

La historia de la humanidad muestra, pues, que sus más nobles esfuerzos, la filosofía y el judaísmo, han desembocado en un rotundo fracaso en lo que toca al conocimiento de Dios: "el hombre queda en evidencia y el mundo entero debe reconocerse culpable ante Dios" (Rm 3,19). Este fracaso universal hace brillar con fuerza la misericordia de Dios que, en Cristo Jesús, abarca a todos los hombres sin excepción alguna, gracias a "la fuerza salvadora de Dios que, por medio de la fe en Jesucristo, llegará a todos los que crean. Y no hay distinción, porque todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios, pero ahora Dios los salva gratuitamente por su bondad en virtud de la redención de Cristo Jesús" (Rm 3,21-26).

## *7. Col 2,8: la filosofía como "un engaño inconsistente"*

El autor de la carta a los cristianos de Colosas puede ser Pablo o un discípulo suyo. En todo caso es un escrito relativamente tardío, cuando ya se hace sentir en las comunidades cristianas la influencia de un pensamiento extraño, que niega a Jesucristo una soberanía universal frente a poderes oscuros. Son los primeros atisbos del gnosticismo. En este contexto se comprende que los cristianos reaccionaran con la ironía o con airadas descalificaciones del pensamiento filosófico (Ef 4,14-16, 5,6s, 1Tm 4,1-5, 2Pe 2,2-3.10-22, carta de Judas). La carta a los colosenses se alinea con quienes rechazan las nuevas y peligrosas doctrinas, que surgen en el seno del cristianismo.

Esta carta es el único libro del Nuevo Testamento donde aparece la palabra "filosofía", y queda malparada: "estén atentos, no sea que alguien los seduzca por medio de una filosofía que es un engaño inconsistente, una vana palabrería según tradiciones humanas, conforme a los *elementos* del mundo, pero no a Cristo" (Col 2,8). ¿Hay aquí una alusión a Empédocles de Agrigento (siglo V a.C.), autor de la teoría de las cuatro raíces o principios, que integran el mundo, a los que Aristóteles llamó más tarde *elementos*?

## *8. Justino, filósofo y mártir (100-165)*

Pasará casi un siglo desde la muerte de Pablo para que se relajen las tensiones entre el cristianismo y la filosofía. El mérito es de un filósofo convertido al cristianismo, san Justino mártir, que fue decapitado en Roma en torno al año 165.

Justino nació en Samaría hacia el año 100 en el seno de una familia de abolengo griego. Fue un incansable buscador de la verdad, a la que por fin encontró en Éfeso, donde fue bautizado. Más adelante abrió una escuela filosófica en Roma, donde recibió la corona del martirio por no renegar de la verdad. Justino dirigió al emperador Marco Aurelio al menos una *Apología*, quizá dos, en favor de los cristianos y un *Diálogo con el judío Trifón*.

Justino era un filósofo que amaba la Filosofía, porque en ella había encontrado muchos "gérmenes de verdad". Él no quiso renunciar a su fe de cristiano ni a su condición de filósofo. Es el primer pensador cristiano que siente y defiende que fe y filosofía pueden caminar juntas. Llega incluso a exagerar la armonía entre ambas, cuando hace de Platón un discípulo de Moisés.

En su primera *Apología* habla Justino de la libertad del hombre y de su responsabilidad para escoger entre lo bueno y lo malo. El hombre puede elegir libremente y, según lo que elija, Dios lo recompensará o lo castigará. La doctrina del libre albedrío está enseñada en la ley de Moisés (*Dt* 30,9-11.15-18) y por el profeta Isaías (*Is* 1,16-20). Siglos más tarde Platón aprenderá esta doctrina de Moisés. Escribe Justino:

> "8. De suerte que Platón mismo, al decir "la culpa es de quien elige, Dios no tiene culpa", lo dijo por haberlo tomado del profeta Moisés, pues es de saber que éste es más antiguo que todos los escritores griegos. 9. Y, en general, cuanto filósofos y poetas dijeron acerca de la inmortalidad del alma y de la contemplación de las cosas celestes, de los profetas tomaron ocasión no sólo para poderlo entender sino también para expresarlo. 10. De ahí que parezca haber en todos unos como *gérmenes de verdad*. Sin embargo se demuestra no haberlo entendido exactamente por el hecho de que se contradicen unos a otros" (JUSTINO, *Apología I*, 44,8-10. Traducción de Daniel Ruiz Bueno).

Más adelante Justino dará citas abundantes comparando lo que dicen Moisés y Platón al tratar los temas de la creación y de la conflagración universal. De esta comparación se desprende, según Justino, que el filósofo griego es un discípulo del legislador hebreo (*Apología I*, 59-60).

Cuando un cristiano del siglo III decía "creo en Dios" no afirmaba su existencia, que era indiscutible, ni pensaba en el Dios de los filósofos. Él confesaba que el único y verdadero Dios es el Padre revelado por Jesucristo con su vida, su muerte y su resurrección.

El Credo comienza diciendo: *Creo en Dios Padre.* El concepto de "Padre" es correlativo con el de "Hijo". Para ser padre es necesario tener un hijo. Si Dios es Padre ¿dónde está su Hijo? La respuesta la dará el Credo más adelante. Parece preferible examinar ahora las llamadas pruebas de la existencia de Dios.

# 3

# LAS PRUEBAS DE LA EXISTENCIA DE DIOS

## *1. Santo Tomás de Aquino: la demostración de la existencia de Dios por cinco vías*

Santo Tomas de Aquino (1225 -1274) vivió en un mundo sociológicamente cristiano, con una presencia significativa de judíos y de musulmanes. Nadie a su alrededor pensaba en negar la existencia de Dios. Santo Tomás se interesó por este tema porque vio en la demostración filosófica de la existencia de Dios un fundamento sólido sobre el que levantar una teología científica. Santo Tomás va a dar una demostración de la existencia de Dios por "cinco vías", demostración que llegará a ser clásica en la filosofía escolástica y, en general, en la apologética cristiana.

Es cierto que la teología no es ciencia en el sentido habitual de esta palabra, puesto que obtiene su última certeza de la fe en la palabra de Dios, que se revela. Así y todo, la teología necesita hundir sus raíces en un terreno sólidamente racional. Para el hombre debe ser indudable que Dios existe, antes de prestar asentimiento a lo que él revela de sí mismo. La demostración de la existencia de Dios es, pues, para santo Tomás, uno de los "preámbulos de la fe", cuya certeza viene de un riguroso ejercicio de la razón.

Santo Tomás inicia la *Summa Theologica* con una cuestión metodológica, donde dilucida "qué es la sagrada doctrina" (I parte, cuestión 1, artículo 1). Acto seguido él aborda el tema clave de la existencia de Dios. La existencia de Dios no es evidente para el hombre (artículo 2). Sólo puede probarse mediante una demostración *a posteriori*, es decir, una demostración que, partiendo del conocimiento de los efectos, se remonta hasta el conocimiento de su causa (artículo 3).

En el artículo 3 despliega el Aquinate su demostración siguiendo cinco caminos o "vías". Cada vía tiene una estructura semejante, articulada en cinco pasos o trámites:

1. El primer trámite consiste en establecer unos *hechos* innegables, perceptibles por los sentidos: existen seres que se mueven, seres causados, seres contingentes, seres más o menos perfectos y seres no inteligentes que obran con un fin.
2. En el segundo trámite se recurre al *principio de causalidad* para explicar estos hechos: todo lo que se mueve tiene que ser movido por otro. El ser causado es necesariamente causado por otro. Lo que no existe necesariamente, empieza a existir en virtud de algo que ya existía. El más y el menos se atribuye a las cosas según su diversa proximidad a lo máximo. Lo que carece de conocimiento no tiende a un fin si no es dirigido por alguien que lo dirija.
3. En el tercer trámite, no explícito en las dos últimas vías, se afirma la *imposibilidad de proceder al infinito* en la serie de motores movidos, de causas causadas y de seres contingentes llamados a la existencia. Al final de la cadena ascendente de seres movidos, causados y contingentes debe existir un último eslabón que esté bien fijo. De lo contrario no habría una cadena sino un montón informe de eslabones, es decir, nada.

4. De aquí se concluye que existe un *primer motor inmóvil*, una *causa eficiente primera*, un *ser necesario*, algo que es para todas las cosas *causa de sus perfecciones*, un *ser inteligente que dirige* todas las cosas naturales a su fin.
5. Y este motor inmóvil, causa primera, ser necesario, causa de toda perfección e inteligente ordenador, es AQUEL A QUIEN TODOS LLAMAN DIOS.

## Unas *observaciones* a propósito de las cinco vías y su fuerza probatoria.

1. Estas "pruebas de la existencia de Dios" dan un apoyo racional suficiente al creyente para su fe. Quien tiene fe encuentra en ellas un rigor y una fuerza de persuasión que satisface su inteligencia. El *Catecismo* afirma: "Creado a imagen de Dios, llamado a conocer y amar a Dios, el hombre que busca a Dios descubre ciertas 'vías' para acceder al conocimiento de Dios. Se las llama también 'pruebas de la existencia de Dios', no en el sentido de las pruebas propias de las ciencias naturales, sino en el sentido de 'argumentos convergentes y convincentes' que permiten llegar a verdaderas certezas. Estas 'vías' para acercarse a Dios tienen como punto de partida la creación: el mundo material y la persona humana" (#31). La experiencia muestra que no convencen al incrédulo y, si éste llega a convertirse, su conversión no es fruto en primer lugar de un razonamiento puramente filosófico.

2. La frase con que concluye cada una de las cinco vías hace suponer que Dios era ya conocido de antemano por el caminante al emprender su viaje, y que había un consenso respecto a lo que la palabra Dios significa. *Aquél a quien todos llaman Dios* es el primer motor inmóvil, la causa primera, el ser necesario, un ser perfecto y ordenador del universo.

3. El razonamiento estriba en la aceptación del *principio de causalidad*, principio filosófico que, a su vez, implica una metafísica realista de corte aristotélico. Santo Tomás no podía ni imaginar que unos siglos más tarde se pusiera en tela de juicio la valides de este principio.

4. Las cinco vías llegan a demostrar, en el mejor de los casos, la existencia de un ser distinto del conjunto de los seres intramundanos, un ser trascendente, "otro". Las cinco vías dicen incluso algo más de su naturaleza. Dios es un motor inmóvil, una causa primera, un ser necesario, perfecto y ordenador.

5. La conclusión última de las cinco vías es que Dios es “el ser que subsiste por sí mismo” (*ipsum esse subsistens*), sin necesitar de nada ni de nadie. Es Acto Puro. En él nada está en potencia. Si esto es así, Dios no puede conocer este mundo en continuo cambio en el que viven los hombres, sometidos también a cambios incesantes. Conocer al mundo significaría que Dios pasa de poder conocerlo, en potencia, a conocerlo realmente, en acto. Esto es imposible para el Acto Puro, que debería contentarse con ser la causa final, que atrae hacia sí, sin saberlo, a todo lo que aspira a ser cada vez más en acto.

6. No es poco que el hombre sepa que Dios es el *ipsum esse subsistens*, pero nunca nadie se ha dirigido en oración al Acto Puro. Lo que de verdad interesa al hombre no es tanto el saber que Dios existe como Acto Puro, cuanto el saber cómo se relaciona con él y con el mundo que le rodea, siempre en movimiento, causado, contingente e imperfecto.

## 2. Los concilios Vaticano I y II ante las pruebas de la existencia de Dios

El *concilio Vaticano I* (1870) tuvo que hacer frente a un mundo intelectual hostil al cristianismo. En nombre de una ciencia rigurosamente racional se proclamaba que era imposible demostrar la existencia de Dios. El siglo XIX es el siglo de Feuerbach, de Marx, de Nietzsche, del positivismo y de la teoría de la evolución de las especies, mal entendida porque Darwin no era ateo. En este contexto el concilio Vaticano I afirmó:

> "La Santa Madre Iglesia sostiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas". En apoyo de esta afirmación cita Rm 1:20 (Dz 1785).
> El canon correspondiente define: "Si alguien dijera que Dios, uno y verdadero, creador y Señor nuestro, por medio de aquello que ha sido hecho no puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón humana, sea anatema" (Dz 1806).

En ambos textos conciliares se afirma que todos los hombres pueden conocer *con certeza* a Dios. Se trata de una certeza peculiar. No es una certeza de iguales características que la certeza propia de las ciencias físicas o naturales. En todo caso, es un conocimiento cierto al abrigo de toda duda razonable. Además esta "certeza" admite grados. Un poco más adelante (# 1786) el Concilio habla de una "*firme* certeza". Dios en su infinita bondad ha querido revelar algunas verdades que el hombre hubiera podido alcanzar con su razón, pero con dificultad y lentitud. Gracias a la divina revelación "aquello que no es inasequible a la razón humana, en la situación presente del género humano, puede ser conocido por todos rápidamente, con *firme* certeza y sin error alguno".

Según el Vaticano I la *razón* es la herramienta, por decirlo así, que permite al hombre acceder al conocimiento de Dios. Nada se dice ni del corazón o afectividad ni de las experiencias de índole mística que pueda vivir el ser humano. No se afirma, tampoco se niega, que el hombre esté bajo el influjo de la gracia divina en el proceso que le lleva a conocer a Dios por la luz natural de la razón. Entonces, ¿de qué razón se trata?

## 3. De qué razón se trata

En 1968, el entonces Prof. Josef Ratzinger estimaba que los padres conciliares del Vaticano I creían que la razón humana llegaba a sus conclusiones mediante un razonamiento "al modo de un silogismo ahistórico de la filosofía perenne", sin tener en cuenta que el hombre conoce siempre en y desde una situación concreta. Dios ha querido un orden histórico-salvífico dentro del que tiene lugar el conocimiento humano de Dios. No existe la "razón natural" en estado puro, que saca siempre las mismas conclusiones, cualquiera que sea la situación en que vive quien reflexiona. En concreto, sólo la "ratio purificata", el "corazón puro" que Dios mismo crea, puede "ver a Dios" (citado en: H. VORGRIMLER, *Mysterium Salutis*, III/2, Madrid, Cristiandad 1971, pág. 600).

El concilio Vaticano II alude o cita dos veces al Vaticano I en lo que se refiere al conocimiento natural de Dios. Al hablar del ateísmo dice: "La Iglesia no puede dejar de reprobar con dolor, pero con firmeza, esas perniciosas doctrinas y conductas [de los ateos], que son contrarias a la razón y a la experiencia humana universal" (*GS* 21). Y, en el

documento sobre la divina revelación, el Vaticano II recuerda: "El sagrado Concilio confiesa que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas" (DV 6).

Frente a los resultados logrados por la razón humana, tanto científicos como teólogos tienen hoy una actitud mucho más cautelosa que Santo Tomás de Aquino o los positivistas del siglo XIX. La metafísica de Aristóteles, aceptada por algunos tomistas como una "filosofía perenne", carece de sentido para un fenomenólogo riguroso. La concepción de un mundo piramidal con su vértice en Dios, causa primera y motor inmóvil, debe sonar extraña a un científico que adhiere a la teoría de la relatividad de Albert Einstein o a la mecánica cuántica de Max Plank.

El principio de causalidad tiene la debilidad de cualquier otro conocimiento humano, sometido a los avatares de las discusiones entre los sabios de este mundo. Pero entonces la demostración de la existencia de Dios, fundada en la validez de este discutido principio, deja de ser un preámbulo de la fe. No se puede exigir a nadie que para ser creyente deba ser tomista. La fe de los cristianos no depende de la previa aceptación de una determinada teoría científica o filosófica. La ciencia, desde Euclides, pasando por Newton, hasta Einstein y los que vengan después, es *sabiduría de la razón* (1Co 1:17), incapaz de derribar la fe de un cristiano.

La seguridad de que Dios existe no es ni puede ser el fruto de una demostración basada sólo en argumentos racionales, capaces de convencer a todos los hombres, como les convence una demostración matemática. El ejercicio adecuado de la inteligencia hace razonable que el hombre acepte la existencia de Dios y algunos de sus atributos, pero nada más. Dios es respetuoso con el hombre. Su grandeza se muestra en que él no se impone con la fuerza avasalladora de su sabiduría. Quiere una adhesión que sea una respuesta razonable sí, pero libre, a un regalo ofrecido pero no impuesto.

Dios no quiere que el hombre abdique de su condición de ser racional, sino que la refuerza con la ayuda de la gracia. La afirmación de que Dios existe es siempre la respuesta razonable y libre de un hombre movido por la gracia da a Dios. La fe compromete a la inteligencia y a la voluntad. Por eso tiene mucho que ver con el amor. Un hombre conoce a muchas mujeres a lo largo de su vida, pero se enamora de una sola, porque el amor debe ser razonable, pero a lo razonable añade una nota peculiar de ternura, de gratuidad, de emoción. La fe es inseparable de la confianza.

El concilio Vaticano I subraya la importancia de la voluntad en el acto de fe, al definir la fe cristiana con estas palabras:

> "Ya que el hombre entero depende de Dios como de su creador y Señor, y la razón creada está enteramente sujeta a la Verdad increada, él está obligado a otorgar a Dios que revela, por la fe, el pleno obsequio de su inteligencia y de su voluntad. Así pues, la Iglesia católica profesa que esta fe, la cual es el comienzo de la salvación humana, es una virtud sobrenatural por la que, con la inspiración de Dios y la ayuda de la gracia, creemos que lo revelado por él es verdadero, no a causa de la intrínseca verdad de las cosas, descubierta por la luz natural de la razón, sino a causa de la autoridad del mismo Dios revelador, que no puede engañarse ni engañar". Y cita a continuación la carta a los *Hebreos* 11:6: "sin fe es imposible agradar a Dios, porque para acercarse a

él es necesario creer que existe y que recompensa a los que lo buscan" (sesión III, cap. 3, *De fide*; Dz 1789).

Quizás los argumentos que dan los teólogos, apoyándose en razones humanas, no convencen a todo el mundo. Sin embargo los escépticos reconocen que el universo, con sus leyes tanto más admirables cuanto mejor se las conoce, ha llegado a ser de alguna manera. ¿De qué manera? Hay científicos de envergadura que responden que todo ha sucedido por azar, que todo existe por azar. No cabe duda de que es necesaria una fe enorme para creer que exista un azar tan inteligente y poderoso. Se requiere mucha más fe para creer en el azar que para creer en la existencia de un Dios personal, anterior al universo y autor suyo.

Es bien difícil dar una prueba científica de la existencia de Dios, que convenza a todo el mundo, pero más difícil todavía es demostrar que Dios no existe.

En la actualidad hay una prueba que cala más hondo en los hombres que las pruebas filosóficas, construidas a partir de la existencia del mundo circundante. Es una prueba que tiene como punto de partida el sentimiento ético. Todos los hombres, de no ser unos enfermos, sienten la diferencia entre lo bueno y lo malo, así como la obligación de hacer lo uno y evitar lo otro, independientemente de sus veleidades.

Valga un ejemplo. Dos hombres, uno de más edad que el otro, dialogan sobre la fe y la religión amistosamente. El más joven afirma:

- Yo no creo en Dios.

- Quien lo escucha responde sin inmutarse: según esto, tú eres quien decide lo que es bueno y malo ¿Pero no sientes en lo profundo de tu ser que hay algunas cosas que debes hacer aunque no te gusten, y otras que nunca harías por fidelidad a tu conciencia?

- Claro. Yo nunca actuaría contra mi conciencia.

- ¿Y por qué te sientes obligado a reaccionar de este modo, aun en perjuicio tuyo?

- Porque sí. Porque lo siento dentro de mí. Porque soy persona.

- Bien. Entonces admites que existe alguien superior a ti y a mí. Él te hacer sentir que hay acciones buenas y malas, aunque no todos coincidamos en lo que es bueno o malo. Sin darnos cuenta estamos admitiendo la existencia de un legislador superior a nosotros, la existencia de un Absoluto. En el fondo, cuando tú niegas la existencia de Dios sólo estás negándote a admitir que ese Absoluto sea el Dios del que algunos cristianos te presentamos una imagen distorsionada, o el Dios predicado por una Iglesia que aparece llena de miserias e incongruencias entre lo que enseña y lo que hace.

Al hablar de las causas del ateísmo actual, el concilio Vaticano II reconoce que:

"en esta génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes, en cuanto que con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina, e incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado, más que revelado, el genuino rostro de Dios" (GS 19).

Las pruebas de la existencia de Dios son convincentes cuando van acompañadas de una auténtica experiencia de Dios. De esto trata el próximo capítulo.

# 4

# LA EXPERIENCIA DE DIOS

El hombre puede conocer con su razón algo más que la existencia de Dios. Dios es la "causa primera del ente común", cuyo primer efecto visible es el mundo. Este mundo, tal como lo ve hoy el hombre, manifiesta una sabiduría y un poder enorme de Dios, pero nada dice de su vida íntima como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Los hombres pueden admirar la grandeza de Dios por la belleza de sus obras, pero nunca podrán imaginar que Dios los ama con ternura. Respecto a los hombres ¿busca Dios una relación con ellos? ¿Dirige Dios su historia y marca su destino? ¿Premia él a los buenos y castiga a los malos? ¿Quién decide lo que es bueno o malo?

Dios está demasiado lejos y es demasiado grande para que el hombre lo conozca tal cual es, si él mismo no se le revela. Dios hace precisamente esto: acercarse y darse a conocer. Dicho a grandes rasgos, Dios se revela de tres maneras:

- Por la huella que él ha dejado en todo lo que ha hecho.
- Por la vivencia especial de su cercanía, de la que algunos hombres han gozado.
- Por la revelación de la que es vehículo la Sagrada Escritura y la Tradición.

Este capítulo se refiere a las dos primeras maneras que Dios tiene de manifestarse.

## *1. La huella dejada por Dios en la creación*

La huella que una causa deja en su efecto permite saber de la causa misma algo más que su existencia. El artífice o causa eficiente de algo deja siempre un rastro suyo en el efecto. Ahora bien, la causa eficiente explica una parte de las características del efecto, pero no todas, y viceversa, el efecto no da a conocer la totalidad de la causa.

La huella nada dice de lo más propio de quien la ha dejado. Así, una huella impresa en la nieve por un caminante, será más o menos profunda según el peso de éste y el estado de la nieve. Un buen rastreador podrá calcular con cierta exactitud su peso, pero ¿es ese en realidad el peso del caminante? ¿Cuánto pesará su mochila? ¿Es varón o mujer, alto o bajo? ¿Lleva una parca roja o azul? ¿Es conocido o desconocido? La huella en la nieve no sirve para hacerse una imagen completa de quien la dejó. Quien la ve sólo puede decir "por aquí ha pasado un hombre" (no una fiera). Una vez que ambos caminantes se encuentren en el refugio se disiparán las dudas. ¡Resulta que eran amigos de toda la vida!

Por su Palabra Dios ha impreso una huella imborrable en todo lo que existe, la de su Palabra. "En el principio existía la Palabra (el *Logos*) y la Palabra existía junto al Dios (con artículo= el Padre), y la palabra existía siendo Dios (sin artículo). Todo llegó a existir por ella" (Jn 1,1-2).

## 2. La palabra, huella indeleble de la presencia de Dios

San Pablo afirma lo mismo que el prólogo del cuarto evangelio con una frase lapidaria: Abrahán "creyó en el Dios que hace vivir a los muertos y *que llama a lo no existente como existente*" (Rm 4,17; en griego: *kaloûntos ta me ónta os ónta*). El verbo "llamar" (*kaleîn*), que el Apóstol emplea en este versículo, es un verbo cargado de sentido en toda la Biblia. Pablo escribe "llama" y no "crea, porque la Palabra de Dios que llama fue su única herramienta para crear.

Pablo escribía en griego y el verbo *llamar* aparece en lugares importantes en la traducción de la Biblia hebrea, hecha al griego por los judíos un par de siglos antes de Cristo, conocida como la LXX (*Septuaginta*), y también en el Nuevo Testamento. Uno de los lugares particularmente importante en el que aparece este verbo es el relato de la Creación." Vio Dios que la luz era buena…y *llamó* a la luz día" (Gn 1:5). "Y *llamó* Dios cielo a la bóveda" (Gn 1,8). "Y *llamó* Dios a la tierra seca, y a la masa de las aguas *llamó* mar" Gn 1,10).

El mismo verbo es empleado más adelante, pero teniendo como sujeto al primer hombre y no a Dios: "El Señor Dios modeló de arcilla a todas las bestias del campo y a todos los pájaros del cielo y los condujo a Adán para ver cómo *llamaba* a estos y a todo; y lo que Adán *llamó* a todo lo que tiene vida, esto [sería] su nombre; y Adán *llamó* los nombres a todos los animales domésticos y a todos los pájaros del cielo y a todas las bestias del campo" (Gn 2,19-20; traducción literal).

La Palabra de Dios es eficaz, es creadora. La palabra humana no es creadora, pero también es eficaz para dar "nombre" a las cosas. ¿Qué significa esto? La palabra es "un sonido o conjunto de sonidos articulados que expresan una idea, o la representación gráfica de este sonido". La palabra transmite un concepto, gracias al que el hombre conoce la naturaleza de algo o influye en ello. Dar nombre es una manera de dar existencia. Gracias a la palabra es posible que un ser desconocido, existente en sí, pase a ser un ser cerca del hombre, junto a otros muchos seres a su alrededor. Gracias a la palabra puede tratarlos conforme a lo que en ellos puso la llamada de Dios. Gracias a la palabra, el hombre puede dialogar con otros hombres y con Dios. La palabra y el pensamiento son inseparables, puesto que pensar es hablar en silencio con uno mismo de lo que le rodea y de lo que él mismo siente. Orar es hablar con Dios misteriosamente presente, prestando atención a su palabra. Es imposible hablar a alguien o de algo, de cuya existencia el hombre no tiene ni la más remota idea.

Dios creó el universo y reconoció que todas las criaturas, una por una, eran buenas. Antes de crear al hombre Dios hizo una pausa como para reflexionar. En todo lo que llevaba hecho, Dios no encontraba un tú con quien conversar. Entonces "dijo Dios: hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza… Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios los creó, varón y hembra los creó" (Gn 1,26-27).

En este texto hay un salto extraño desde el singular "dijo Dios" al plural "hagamos". El texto sugiere que en el seno mismo de Dios hay un diálogo, hay Palabra. El hombre es creado dual, es varón y mujer, para que ambos se miren, se conozcan y dialoguen. En el universo no hay otra criatura que haya sido hecha a imagen y semejanza de Dios. Por eso el hombre es la única de sus criaturas con la que el mismo Dios puede dialogar. El hombre es capaz de hablar y de descubrir la palabra, el *logos*, puesto por Dios en todo lo que existe. Dios miró al hombre "y vio Dios todo lo que había hecho y era *muy* bueno" (Gn 1,31; cf. 3,8-

19; el autor del *Génesis* desconoce la existencia de seres racionales que no sean hombres, como los ángeles).

## 3. El concepto y la palabra

El concepto es "la idea o representación mental de lo que algo es". Todos los seres humanos pueden tener el mismo concepto pero cada uno lo expresan con palabras diferentes, según sea su idioma. En todo caso el hombre puede decir la misma palabra para referirse a realidades que no son idénticas. Por ejemplo la palabra *avión.* El *avión* es definido en un diccionario como "un vehículo volador con alas y generalmente propulsado por uno o más motores". Esta es una definición cautelosa. Su autor ha sido prudente al decir "generalmente propulsado por". Este "generalmente" deja abierta la puerta para que alguna vez también se llame avión a un vehículo con alas, que vuela sin ser propulsado por motores.

La palabra (o término) *avión* se dice (se predica) de una gran variedad de máquinas voladoras. Son diferentes un avión de pasajeros, un avión de combate, un avión movido por hélices o por turbinas. Para saber algo más de un avión en concreto hay que decir de él otras muchas palabras. Las palabras o términos tienen casi siempre una cierta holgura que les permite encajar con realidades parecidas pero no idénticas. La palabra *avión* es un término *análogo*. La analogía es particularmente frecuente en palabras que indican cualidades. El término *bueno* no dice mucho por sí solo. Un buen clima para unos es malo para otros. Un buen médico es bueno por razones distintas a las que hacen que un arquitecto sea un buen profesional. Pero ambos serán apreciados como buenas personas por razones ajenas al ejercicio de su profesión. Dios y el hombre son cada uno un *ser*, aunque tienen una manera de existir muy diferente. Dios es el *ser necesario*, el hombre es un *ser contingente*.

Dios puede ser descrito solamente mediante palabras humanas, que expresan realidades conocidas por el mero hecho de convivir los seres humanos. Un aforismo antiguo afirma que *el individuo es inefable*. No se puede decir a fuerza de palabras lo que es un individuo. Por muchos conceptos que se acumulen, es imposible definir a un ser concreto e individual, sin dejar fisuras. Los conceptos tienen un grado de abstracción que deja escapar, por su generalidad, lo que es realmente único en cada ser.

Se puede decir que Dios es Padre, justo y misericordioso, porque estas palabras expresan cualidades que se encuentran en Dios. Pero Dios no es padre, ni misericordioso ni justo como los hombres ¿Cómo se armonizan en Dios la misericordia y la justicia? Incluso Dios al revelarse tiene que hacerlo con palabras humanas, que no tienen exactamente el mismo sentido cuando se dicen de Dios y de los hombres. "Justo" y "misericordioso" son términos análogos. Qué difícil es hablar de Dios con un lenguaje comprensible para hombres de tantas razas y culturas diferentes, que se suceden a lo largo de un lapso de tiempo muy dilatado.

Un ser concreto cualquiera no puede ser bien conocido sólo a base de conceptos. Un ejemplo. Un delincuente solitario ha asaltado un banco. La policía dibuja un retrato hablado. Según las declaraciones de los testigos del asalto, el asaltante era un varón alto, moreno, como de 35 años, más bien delgado. Quedan excluidos de toda sospecha las mujeres y los varones bajitos o muy altos, los rubios y los gordos, los muy jóvenes y los ya entrados en años, pero el retrato hablado es insuficiente para acusar a nadie de robo, porque son innumerables quienes tienen rasgos semejantes a los del dibujo. Sólo una vez apresado el delincuente se verifica la

exactitud de la descripción dada por los testigos del asalto. El retrato hablado se convierte entonces en una prueba.

Un conocimiento de Dios puramente conceptual tiene mucho de retrato hablado. Puede ser un retrato muy bello, pero no invita a la adoración. La huella dejada por Dios en la creación y los conceptos que el hombre abstrae de la experiencia sensible, son insuficientes para conocer a Dios tal como es. Sólo quien ha visto a Dios percibirá la exactitud de lo que de él cuentan los filósofos y los teólogos, y se conmoverá.

## 4. La experiencia de Dios

Es útil precisar lo que significan algunos términos que se repiten en el contexto de esta exposición:

- Experiencia: "enseñanza que se adquiere con el uso, con la práctica o con las propias vivencias". La experiencia que da la reiteración de los mismos gestos conduce a un mejor conocimiento de algo o de alguien.
- Vivencia: "experiencia que alguien vive y que de alguna manera entra a formar parte de su carácter" (Enciclopedia *Wikipedia*). Esta palabra fue inventada por Manuel García Morente, profesor de Filosofía en la Universidad Complutense, Madrid, en el primer tercio del siglo XX. Traduciendo las obras de Kant al español el profesor no encontró equivalente alguno del término *Erlebnis*, que le satisficiera. *Erlebnis* es un sustantivo que lleva en su núcleo el verbo *leben*, vivir. Y de repente se le ocurrió la palabra "vivencia", que ha tenido muy buena acogida. La vivencia es una experiencia que llega al corazón, que conmueve, que deja huella. Las muchas operaciones de cataratas que ha hecho un oftalmólogo durante 20 años le han dado una experiencia, que no entra en la categoría de vivencia.

## 5. La experiencia fundamental de Dios

La dificultad para hablar de una experiencia de Dios, es una dificultad universalmente reconocida. Como afirma Karl Rahner, Dios no es un objeto más junto a los otros que hay en el universo. Dios no ocupa con ellos una especie de "casa mayor de la realidad entera". Dios "transciende" al mundo como totalidad. Es una realidad que está aparte de las demás realidades. Dejando aparte a Jesucristo, es, pues, imposible tener de Dios en cuanto tal una experiencia como otra cualquiera o, con palabras de Rahner, un "encuentro categorial" como el que se tiene con las realidades de este mundo.

Dios es, sin embargo, concreto y personal, vivo y activo. Dios conoce y ama. Él está presente en el mundo, aunque lo transciende. Si Dios existe de la manera que sea, debe haber para el hombre alguna posibilidad de encuentro con él. Karl Rahner ha hablado de un encuentro no sólo posible sino inevitable, al que él llama *conocimiento trascendental de Dios.*

Este conocimiento trascendental sólo puede realizarse a partir del encuentro del hombre con el mundo que lo rodea y al que pertenece. Al tratar con lo que le rodea el hombre hace la experiencia originaria de *estar referido a Dios*. Esta referencia originaria al misterio absoluto "constituye la experiencia fundamental de Dios" y es "un existencial permanente del hombre como sujeto espiritual". El hombre, cuando conoce algo, vive siempre la experiencia

fundamental de Dios, aunque no siempre sea consciente de ella. Esta experiencia es la que, en un momento posterior de reflexión, le permite hablar de Dios con sentido. El conocimiento trascendental de Dios es "el fundamento duradero desde el que brota aquel conocimiento temático de Dios que llevamos a cabo en la acción religiosa explícita y en la reflexión filosófica" (*Curso fundamental sobre la fe*. Barcelona, Herder 1979, 80-92).

Parece que no fue fácil para Karl Rahner el encontrar ejemplos que aclaren cómo tiene lugar la experiencia fundamental de Dios en el trato del hombre con el mundo. Para que la llamada "prueba de la existencia de Dios" sea comprensible a un hombre en particular, "cada uno debe atender a la experiencia más clara *para él*: la inabarcable claridad luminosa de su espíritu, la angustia aniquiladora, la alegría, la obligación moral de tipo absoluto", sin que el hombre pueda identificarse con ese fundamento que se da en tal experiencia como lo más íntimo y, a la vez, como lo absolutamente diferente.

Al reflexionar sobre la experiencia de Dios surge una duda: ¿puede existir una experiencia de esa índole que sea natural, es decir, que no sea gracia, que no sea acercamiento gratuito de Dios? De hecho, el hombre no existe en estado de naturaleza pura. Todo ser humano es un ser redimido, llamado a participar de la vida que le comunica Cristo resucitado. La mayoría de los hombres con los que uno trata están bautizados, aunque lo hayan olvidado. ¿Cómo, pues, distinguir una vivencia "natural" de Dios, de otra que tiene un origen "sobrenatural"?

Sea cual sea el origen de esta vivencia, lo cierto es que el hombre hace sus experiencias siempre como persona concreta. Experimenta como ser unificado bajo el influjo de Dios. La experiencia de Dios es vital, es insustituible, cuando se trata de conocerlo. Debe ser muy tenida en cuenta a la hora de hablar de Dios.

## 6. Testimonios de experiencias o vivencias de Dios

Existe una real dificultad para hablar de la experiencia de Dios en términos abstractos. Los grandes místicos han hablado de sus experiencias, de sus encuentros con Dios, en términos casi siempre sencillos, muchas veces conmovedores. Para saber, pues, qué cosa sea la experiencia de Dios, es útil recoger brevemente el testimonio de algunos de esos amigos de Dios, especialmente destacados: el profeta Jeremías, el apóstol Pablo, un alcaide de la cárcel de Filipos y San Agustín.

El profeta *Jeremías* vivió momentos difíciles para él y para Jerusalén a comienzos del siglo VI a. JC. El profeta fue testigo y víctima de la terquedad de los reyes de Judá y de sus consejeros. Ellos no hicieron caso de sus oportunas exhortaciones a la conversión. La obstinada ceguera de los reyes y de los sacerdotes condujo a la destrucción de la ciudad y del templo de Jerusalén, a manos de las tropas de Nabucodonosor (587 a. JC).

Jeremías vivió estos acontecimientos atormentado interior y exteriormente. Jeremías ha experimentado sin lugar a dudas "que el Señor le dirigió la palabra. El relato de su vocación no explica cómo ha sido dicha esta palabra, pero el profeta no puede resistirse a ella (Jr 1,4-10). Andando los años, esa palabra se convertirá para él en un manantial inagotable de sufrimientos:

> "¡Ay de mí, madre mía, que me engendraste hombre de pleitos y problemas y contiendas con todo el mundo! ... Cuando recibía tus palabras, las devoraba, tu palabra era mi gozo y mi alegría íntima, yo llevaba tu nombre, Señor, Dios de los ejércitos... ¿Por qué se ha vuelto crónica mi llaga y mi herida enconada e incurable? Te me has vuelto arroyo engañoso, de agua inconstante" (15,10-18).

Hastiado de tantas contradicciones, el profeta decide por fin guardar silencio. Inútil propósito. Aunque nadie le escuche, el profeta seguirá fiel a su misión hasta el fin, hasta la catástrofe de Jerusalén y el destierro forzado a Egipto, donde morirá.

> "Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me forzaste, me violaste. Yo era el hazmerreír todo el día, todos se burlaban de mí. Si hablo, es a gritos, clamando '¡violencia, destrucción!'. La palabra del Señor se me volvió escarnio y burla constantes, y me dije: no me acordaré de él, no hablaré más en su nombre. Pero la sentía dentro como fuego ardiente encerrado en los huesos. Hacía esfuerzos por contenerla y no podía" (20,7-9).

*San Pablo* no se cansará de hablar del momento en que Jesús lo derribó por tierra, camino de Damasco, para hacer de él "un instrumento elegido" que proclamara a los gentiles el evangelio de la salvación (Hch 9,1-18; 22,4-21; 26,9-18). La visión del Señor resucitado en el camino de Damasco, en el momento más inesperado, es la vivencia decisiva en la vida de San Pablo y a ella se remitirá sin cesar. (cf. Ga 1,11-2:10; 1Co 2,2; 15,8-10). Su fidelidad a la misión que le fue encomendada ha sido para Pablo una fuente inagotable de peligros y sinsabores (2Co 11,16-12,10). Sin embargo, no renunciaría a ella por nada del mundo. "Porque anunciar el evangelio no es para mí un motivo de gloria. Es una obligación que tengo ¡y pobre de mí si no evangelizara!" (1Co 9,16).

*El alcaide de la prisión de Filipos* tuvo también una experiencia que le convirtió de carcelero de Pablo a discípulo del Señor. Pablo, Silas y sus compañeros han sido azotados por orden de los magistrados de Filipos. Acatando órdenes, el alcaide de la cárcel los ha encerrado en un oscuro calabozo y ha sujetado sus pies en el cepo. Durante la noche y mientras los presos oran cantando himnos, un temblor de tierra rompe sus cadenas y abre las puertas de la mazmorra. El carcelero se despierta, ve las puertas abiertas y saca su puñal con intención de suicidarse. San Pablo le grita que no se haga daño: no ha escapado ningún preso. El alcaide toma una antorcha, salta al interior del calabozo y se echa a los pies de Pablo y de Silas. Después los saca fuera y les dice: "Señores, ¿qué debo hacer para salvarme? Ellos le dijeron: Cree en el Señor Jesús y se salvarán tú y tu casa". La escena termina con un buen baño de los apaleados misioneros, el bautismo del alcaide y todos los suyos. La fiesta dura hasta el amanecer y termina con la liberación de Pablo y de sus compañeros (Hch 16,22-40).

La pregunta que el carcelero hizo a Pablo indica que él tenía ya una idea bastante clara del contenido de la predicación del Apóstol. Tener idea del mensaje evangélico no bastó, sin embargo, para convertirlo en discípulo. Se necesitó la experiencia angustiosa de un riesgo inminente y la experiencia gozosa de una solución inesperada. Ahora entiende qué significa eso de "salvarse".

*San Aurelio Agustín,* ya anciano, está terminando de escribir sus memorias. El libro extraordinario que son sus *Confesiones,* brota del corazón de un hombre apasionado. Él fue pecador y hereje, pero tocado por la gracia de Dios, llegó a ser un santo y uno de los hombres realmente geniales de la historia del pensamiento occidental. Agustín mira hacia atrás en su

vida. Dentro de sí, tras una búsqueda larga y rica en tropezones, que el Señor ha acompañado con paciencia, él descubrió por fin que Dios estaba esperándolo:

> "¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que estabas dentro y yo fuera, y fuera te buscaba, y yo, siendo deforme, me abalanzaba sobre esas cosas hermosas que tú hiciste. Tú estabas conmigo y yo no estaba contigo. Me retenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Llamaste y gritaste y quebrantaste mi sordera. Brillaste, resplandeciste y ahuyentaste mi ceguera. Exhalaste tu fragancia y la aspiré y estoy ansioso de ti. Gusté, y tengo hambre y sed. Me tocaste y me abrasé en tu paz" (*Confesiones* X, 27,38).

En el comentario al Evangelio de Juan, se pregunta Agustín por el sentido de unas palabras de Jesús: "Nadie puede venir a mí si no es atraído por el Padre" (Jn 6,44). Él mismo se plantea una objeción: ¿puede uno creer libremente si es atraído? Responde Agustín:

> "Me parece poco decir que somos atraídos libremente; hay que decir que somos atraídos incluso con placer... ¿Acaso tendrán los sentidos sus deleites y dejará de tenerlos el alma?... Preséntame un corazón amante y comprenderá lo que digo. Preséntame un corazón inflamado en deseos, un corazón hambriento, un corazón que, sintiéndose solo y desterrado en este mundo, esté sediento y suspire por las fuentes de la patria eterna, preséntame un tal corazón y asentirá a lo que digo. Si, por el contrario, hablo a un corazón frío, éste nada sabe, nada comprende de lo que estoy diciendo".

Sigue después una comparación con las ovejas y con los niños. La oveja es atraída por la rama verde que le muestran, el niño es atraído por las nueces que le ofrecen. Una y otro son atraídos por lo que les gusta. Si la contemplación de estos objetos arrastra a quienes gustan de ellos,

> "¿no va a atraernos Cristo revelado por el Padre? ¿Qué otra cosa desea nuestra alma con más vehemencia que la verdad? ¿De qué otra cosa está el hombre más hambriento? Y ¿para qué desea tener sano el paladar de la inteligencia sino para descubrir y juzgar lo que es verdadero, para comer y beber la sabiduría, la justicia?

## 7. *El amor y el pecado, caminos hacia Dios*

Las experiencias de Dios arriba mencionadas están íntimamente relacionadas con las vivencias del amor y del pecado perdonado.

### a) *La vivencia del amor*

El amor es un sentimiento o estado de alma complejo. Compromete a la inteligencia, a la voluntad, a la afectividad e incluso tiene repercusiones en el organismo. Aquí se considera como la expresión suprema del amor a nivel humano el amor que empuja a un varón y a una mujer a formar "una sola carne". El amor conyugal tiene dos características que, unidas, le confieren una consistencia irrepetible. El amor conyugal es *libre*, porque se puede escoger el objeto amado, a diferencia del amor paterno-filial, cuyo objeto le viene impuesto por la

naturaleza. También es *fecundo* con un realismo que no se da en ningún otro amor. El amor conyugal, por ser imagen de un Dios que es amor, debe ser *para siempre* (cf. Mt 19:4-6).

El amor supone, en primer lugar, un encuentro entre dos personas, un estar físicamente el uno frente al otro. Pero eso no basta. Tiene que surgir además una peculiar relación entre esas dos personas. Esa relación implica un especial conocimiento anterior, o por lo menos concomitante, a la atracción que caracteriza el amor. Un profesor conoce y estima a sus alumnas y un médico a sus pacientes, sin que por ello pueda hablarse de "amor". Ni el profesor ni el médico sienten por esas mujeres lo que siente el novio o el esposo. El que ama conoce y valora al ser amado de una forma única y peculiar, como nadie más lo conoce y valora. El que ama ve en el ser amado un mundo de bondad y de belleza que sólo él tiene el privilegio de explorar. En el amor, conocer al ser amado tal vez no sea más que reconocer en él la pasión que únicamente el amante es capaz de despertar.

Cuando el amor es mutuo, el conocimiento que tienen los amantes el uno del otro es, al mismo tiempo, un nuevo conocimiento de sí mismos. El que ama descubre en sí insospechadas capacidades de generosidad y de ternura frente al ser amado. Vive sobre todo la revelación increíble de que, a pesar de sus limitaciones, es amado. No es lo mismo saber que uno ama, que saber que uno es amado. Ser amado es ser depositario de una confianza realmente única. Saberse amado es saberse elegido por alguien que espera de él la felicidad para toda la vida y al que se prefiere, entre muchos otros, para ser el padre o la madre de sus hijos. El ser amado se sabe como una persona en la que se confía.

No es difícil trasponer la experiencia del amor humano a la vivencia del encuentro con Dios. Ante todo, es encuentro con "otro", no consigo mismo. Dios se acerca como un "tú" libre y personal. Respeta la libertad del hombre y acepta su rechazo, pero no entra en negociaciones. El amor es encuentro. Ese encuentro, en lo que tiene de específico, no se da, de ordinario, a la primera. El amor es algo que no se construye de una vez por todas. Requiere la reiteración de los encuentros, el trato frecuente. Kasper hace notar que en alemán "experiencia" (*Erfahrung*) sugiere la idea de haber pasado, de haber viajado (*fahren*) muchas veces por la misma carretera. En las lenguas latinas "experiencia" hace pensar en el "perito", el cual, a fuerza de hacer una y mil veces lo mismo, ha llegado a conocer todos los secretos de su oficio. De hecho, el amor humano no es un tesoro muy grande con el que se parte y que debe ser bien administrado para que dure toda la vida, sino una planta vigorosa y bella, pero pequeña y frágil, que hay que cuidar toda la vida y sin descanso para que se convierta en un árbol inconmovible.

Además, si "Dios es amor" (1Jn 4,8), quien ha vivido arropado con amores humanos genuinos, tendrá recorrido un buen trecho del camino que lleva a la vivencia del amor que Dios le tiene. La vivencia del encuentro con el Dios que existe consistiendo en ser amor, es gracia, pero es también fruto del trato frecuente con él. El encuentro con Dios es el descubrimiento de que Dios es de una incomparable bondad y belleza, pero es también el descubrimiento que el hombre hace de sí mismo como digno de que Dios deposite en él su confianza.

### *b) La experiencia del pecado*

El pecado brota de la desconfianza ante la sabiduría y la bondad de Dios. El pecador piensa que Dios no sabe qué puede hacer feliz al hombre o, si lo sabe, no es lo suficientemente bueno como para decírselo. El hombre, entonces, se convierte en su propio

Dios decidiendo ante sí y por sí qué es lo mejor para él. La historia, y no sólo la historia consignada en la Biblia, demuestra a saciedad que el pecado es la fuente genuina de todos los males que afligen al hombre.

El pecado aleja de Dios, pero no todos los pecadores son conscientes de ese alejamiento. Sin entrar aquí en la problemática de la conversión, el hecho es que algunos pecadores se arrepienten de su pecado y se vuelven a Dios. Mejor dicho, se dejan encontrar por el buen pastor, que los levanta con sus brazos y los carga sobre sus hombros para llevarlos de nuevo al hogar del Padre.

Hay una profunda emoción en este retorno a casa. Es ahí donde el hombre comprende que es amado gratuitamente, sin mérito alguno de su parte. La pecadora que unge los pies de Jesús ha sentido la vergüenza del pecado y la alegría del amor gratuito. “Se le han perdonado muchos pecados porque ha amado mucho” (Lc 7,47). Zaqueo, la mujer adúltera, la oveja perdida y reencontrada por un pastor solícito, el publicano de la parábola que ora desde el fondo del templo, han sentido la vergüenza del alejamiento y la alegría del perdón inesperado. Han experimentado que Dios es amor. Es una vivencia que no tiene precio (cf. Lc 19,1-10; Jn 8,1-11; Lc 15,4-7; Lc 18,10-14).

San Pedro y San Pablo, San Agustín y San Ignacio de Loyola fueron pecadores. Santa Teresa de Jesús vivió 18 años en una relativa tibieza antes de entregarse de verdad a su Jesús. En el perdón de sus pecados y de su mediocridad descubrieron la inmensidad del amor con que eran amados. Ya nunca pudieron dudar de él, puesto que era independiente de unos méritos que no tenían.

### *c) La experiencia y su expresión. Conceptos. Historia*

Quien tiene una vivencia de la presencia de Dios en su vida, se parece al músico arrebatado por la inspiración. Beethoven corre como loco bajo la lluvia que le azota, deslumbrado por unos relámpagos, el retumbar de cuyos truenos no puede oír. La intensidad de su emoción hubiera sido estéril si, además de su sensibilidad, no hubiera tenido una técnica perfecta para expresarla en el pentagrama. Gracias a esa técnica, el que hoy escucha la tempestad de la Sexta Sinfonía, puede saber algo de lo que sentía el músico y, quizás, revivir una emoción parecida. La vivencia de Beethoven no fue la misma que la que inspiró a Vivaldi su descripción de la tempestad en el concierto "El verano". En todo caso, Vivaldi necesitó también, para expresarse, el dominio de la técnica de la composición.

La experiencia de Dios necesita ser expresada de una manera inteligible. De ordinario se expresa por la palabra, al modo como los poetas manifiestan sus vivencias. El poeta, el escritor y el predicador han de manejar bien la técnica del lenguaje para comunicar lo que piensan y sienten, tanto a sí mismos como a los demás. El lenguaje es una poderosa herramienta, cuyo buen uso requiere un aprendizaje. Las palabras son términos que corresponden a conceptos o ideas. Si las ideas son claras y brotan de la experiencia, las palabras son vehículos insustituibles de comunicación.

Pensar es hablar consigo mismo. La experiencia de Dios ha de ser dicha mediante palabras coherentes y razonamientos lógicos. De no ser así, para nada sirve al que la ha tenido.

La expresión oral o escrita del pensamiento es también un instrumento de control. Su formulación permite comparar una vivencia con otras vivencias, igualmente expresadas con palabras escritas o habladas, conocidas de antemano como experiencias objetivas, es decir, como fruto de un encuentro auténtico con Dios.

La experiencia formulada e interiorizada deja una huella que marca el futuro de quien la ha vivido. Una sucesión de vivencias importantes en la vida de un individuo o de un pueblo hacen una historia individual o colectiva. Escribir historia es destacar y poner por escrito el recuerdo de experiencias grávidas de futuro, para información y aleccionamiento de otras generaciones.

La historia de los encuentros de Dios con un pueblo elegido de antemano, ha sido narrada en la Escritura. La Biblia hebrea pretende al menos dos cosas: recordar las hazañas del Señor con y a favor de Israel y, quizá sobre todo, provocar en el lector de ellas la vivencia esperanzada del perdón y de la misericordia de Dios, que garantiza a su pueblo un porvenir de vida. Por eso la Escritura es, además de relato, libro de oración individual y colectiva, libro litúrgico.

La historia de los encuentros de un grupo de judíos con Jesús de Nazaret en Palestina, y de unas comunidades cristianas con el Resucitado en el siglo I, ha sido narrada en el Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento, como la Escritura, no pretende ser el relato detallado y exacto, pero frío, de unos hechos mirados desde fuera. Intenta, sí, narrar por su orden, después de una diligente investigación, "las cosas que se han verificado entre nosotros", pero no para satisfacer la avidez de un curioso lector, sino para que el ilustre Teófilo conozca la solidez de las enseñanzas que ha recibido (cf. Lc 1,1-4). Porque algunas de las señales que Jesús hizo y algunas de las palabras que dijo, han sido escritas para que todos los lectores del evangelio crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida en su nombre (cf. Jn 20,31). El Nuevo Testamento invita a saber. Sobre todo, abre los caminos para un encuentro personal con Jesucristo y, por él y en el Espíritu Santo, con el Padre. El Nuevo Testamento es relato y es testimonio.

La experiencia de Dios no termina con la muerte del último Apóstol. La Iglesia continúa la presencia reveladora de Jesús hasta el fin de los tiempos. El Magisterio eclesiástico tiene el ministerio de interpretar auténticamente la Escritura y la Tradición. La Iglesia entera, mediante el testimonio de su vida y la celebración de los sacramentos, hace posible el encuentro personal con el Señor.

El Concilio Vaticano II ha expresado muy bien el carácter de la revelación: por una parte, "la revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas. Las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan; a su vez, las palabras proclaman las obras y explican su misterio" (DV 2).

Sin embargo, el hombre, para creer sabiendo y amando lo que cree, necesita de los dones del Espíritu Santo: "Cuando Dios revela, el hombre tiene que someterse con la fe. Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios revela. Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede a todos un gusto especial en aceptar y creer la verdad. Para que el hombre pueda comprender

cada vez más profundamente la revelación, el Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe con sus dones" (DV 5).

Finalmente, la experiencia religiosa de cada creyente y de cada comunidad tiene como punto de referencia lo que transmite la Escritura y la Tradición, interpretadas auténticamente por el Magisterio de la Iglesia. "El derecho y el deber (*munus*) de interpretar auténticamente la palabra de Dios oral o escrita ha sido encomendado únicamente al Magisterio de la Iglesia, que lo ejercita en nombre de Jesucristo. Pero el Magisterio no está por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio, enseñando sólo lo transmitido en cuanto que -por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo- lo escucha piadosamente, lo custodia santamente y lo expone fielmente" (DV 10; cf. también *Catecismo* 50-100, donde se citan continuamente varios documentos del Vaticano II).

Los capítulos siguientes intentarán mostrar qué Dios se revela en la Escritura, en el Nuevo Testamento y en la Iglesia, y cómo lo hace.

# 5

# BIBLIA, TRADICIÓN Y MAGISTERIO

## 1. La manifestación de Dios a la Humanidad

> "Todo el que invoque el nombre del Señor se salvará. ¿Pero cómo lo invocarán si no han oído hablar de él? ¿Cómo oirán si nadie les anuncia? ¿Cómo anunciarán si no los envían? Como está escrito ¡qué hermosos son los pasos de los mensajeros de buenas noticias!… La fe nace de la predicación y lo que se proclama es el mensaje de Cristo" (Rm 10:13-17).

El acto de fe y la experiencia de Dios son actos individuales, pero de hecho son momentos que los hombres viven al interior de una comunidad creyente. Pablo, en la carta a los cristianos de Roma, subraya la necesidad del envío y la predicación del mensaje de Cristo para que los hombres invoquen el nombre del Señor y se salven. Dicho de otra manera, la fe se vive profesada públicamente por un grupo numeroso de creyentes, que integran una "religión".

Se da aquí una constante en los planes de Dios. Dios ha encargado el cuidado de la creación entera a una humanidad, cuyos miembros son capaces de dialogar entre sí mismos y con él. Dios no quiso confiar su obra a un grupo informe de individuos incomunicados. Lo mismo vale de sus designios de salvación. Dios se da a conocer a todos los hombres sin excepción, especialmente cuando se articulan en comunidades orantes, que libremente caminan animados por una misma fe hacia un futuro común, donde les espera la felicidad. Dios salva a quienes quieren salvarse. Dios cuenta con la humanidad.

Las grandes religiones que hoy existen en el mundo se originan en las vivencias intensas y peculiares que algunos hombres tuvieron de la existencia de Dios, de sus atributos y de sus relaciones con la humanidad. Sidarta Gautama para los budistas e hinduistas, Moisés para los judíos, Jesucristo para los cristianos y Mahoma para los musulmanes son hombres que han vivido la presencia de Dios de una manera excepcional. Ellos mismos o algunos de sus seguidores más inmediatos han dejado escritos, que muestran el camino para revivir las experiencias religiosas de sus maestros.

Para los judíos la parte de la Biblia escrita en hebreo, y para los cristianos también las partes escritas en griego, son *la palabra* de Dios que transmite por escrito la revelación que Dios hace de su vida íntima y de sus planes para la humanidad. En las páginas siguientes la atención se centra únicamente en la Biblia.

## 2. Los nombres de la Biblia

- *Biblia* es un término griego que significaba los "Libros sagrados" de los judíos perseguidos por Antíoco Epifanes hacia el año 165 a.C. (cf. 1Mac 12:9, 2Mac 2:13-15, 8:23). Ahora significa la Biblia completa, Antiguo y Nuevo Testamento.

- *La Ley, los Profetas y los Escritos* es una expresión que aparece con insistencia en el prólogo del *Siracida* o *Eclesiástico*, escrito a mediados del siglo II a.C. Indica el conjunto de libros bíblicos redactados en hebreo.
- *Escritura* es la traducción del término griego con el que Jesús, según los evangelios, y los primeros cristianos denominaban a lo que hoy es llamado Antiguo Testamento (cf. Mc 14:49, Jn 10:35, 1Co 15:3, Lc 24:27.32, Rm 1:2, etc).
- *Testamento* es la trascripción castellanizada de la palabra latina "Testamentum". Y Testamentum es la traducción al latín de los términos hebreo y griego que significan *Alianza* o *Pacto*. Dios pactó alianzas con Adán, Noé, Abrahán y Moisés. El pueblo judío no cumplió la parte del compromiso que le correspondía en estas alianzas, especialmente la sellada con Moisés y el profeta Jeremías anunció una *nueva alianza* (Jr 31:31-34). Para los cristianos, Jesús selló con su sangre esta *nueva alianza*, el *Nuevo Testamento* (cf. Mc 14:24, Hb 8:13, 9:15, 2Co 3:6).

En los primeros años del siglo II los cristianos hablaban de *la Ley, los Profetas y los Apóstoles* para referirse a la Biblia entera. Poco a poco prevalecieron las expresiones *Antiguo Testamento* y *Nuevo Testamento*. La expresión *Antiguo Testamento* desagrada a los judíos, porque para ellos la alianza hecha por Dios con Moisés continúa hoy vigente. Por eso a cambio de Antiguo Testamento se dice siempre en estas páginas *Escritura*, sin más. La expresión *Sagrada Escritura* indica comúnmente la Biblia completa: Escritura y Nuevo Testamento.

## 3. Nota previa para empezar a leer los escritos bíblicos:

Para leer los libros bíblicos que se refieren a hechos históricos -y en general para leer cualquier libro que pretende ser histórico- es importante tener en cuenta:

- Las *fuentes* remotas o próximas de un relato, tal como está ahora en la Biblia, pueden ser obra bien de testigos oculares o muy cercanos a los hechos, bien de narradores que se sirvieron de relatos anteriores. Inevitablemente, cada nuevo narrador ha hecho una selección de la información que tenía a su alcance y ha vuelto a interpretar sus fuentes desde su peculiar punto de vista.

- El *relato definitivo*. El autor del relato hoy conocido dispone de fuentes más o menos cercanas a los hechos mismos que narra. La información que él recibe sobre estos hechos le llega marcada ya por la selección e interpretación que de ellos hicieron los autores de las fuentes. El autor del relato definitivo también seleccionó la información de que disponía y la interpretó de nuevo, según sus propias ideas y los intereses de la comunidad en que se insertaba y para la que escribía.

- Hay también libros que se presentan con el ropaje de la historia pero que son parábolas o fábulas edificantes. En todo caso, cualquier escrito, aunque sea una novela, deja traslucir algo de su autor y de la época en que fue redactado.

## 4. Qué es la Biblia

*La Biblia es un conjunto de "libros"* (entendiendo por "libro" un escrito con una unidad propia, que puede tener más de 60 capítulos o una sola página), *escritos en un lapso*

*de 10 ó 12 siglos* aproximadamente donde se refleja *la experiencia religiosa*, colectiva e individual, *de los judíos* entre los siglos XI al I a.C.), y *de los cristianos*, que conocieron a Jesús o a sus primeros discípulos, hasta fines del siglo I o comienzos del siglo II.

Toda experiencia tiende a expresarse de manera inteligible: música, pintura, lenguaje. Sobre todo la expresión hablada o escrita de una vivencia la clarifica a quien la tiene, la hace comunicable y puede ser así contrastada con las vivencias de otras personas. La Biblia expresa estas vivencias de variados modos. Por eso La Biblia no es un tratado sistemático de Teología, sino un libro vivo, en el que caben relatos históricos y sabias reflexiones, leyes, cantos y poemas, narraciones novelescas y parábolas, amenazas y promesas, gritos de dolor y de alegría. La Biblia es también un libro de oración individual y colectiva, un libro sagrado de uso litúrgico.

La Biblia ha sido *escrita* bajo la *inspiración* del Espíritu Santo, de modo que ella contiene y ofrece *lo divinamente revelado* (DV 11). Lo "divinamente revelado" es "la verdad íntima tanto acerca de Dios como de la salvación del hombre" o economía de la salvación (cf. DV 2). La Biblia está integrada por *dos subconjuntos*:

- *La Escritura*, incluye 39 libros redactados en hebreo, más otros 7 redactados directamente en griego, incluidos en la traducción al griego llamada la *Setenta*. En total, 46 libros.
- *El Nuevo Testamento*, consta de 27 libros, todos ellos escritos en griego.

## 5. La Escritura

La Escritura tiene como columna vertebral la historia de los encuentros y desencuentros de Dios con un pueblo escogido por él como posesión suya, para transmitir un mensaje de salvación válido para toda la humanidad. La Escritura quiere también despertar en el lector la vivencia esperanzada de la misericordia de Dios, que garantiza un futuro glorioso a un pueblo de dura cerviz, a pesar de sus pecados. Los judíos mismos han distinguido en la Escritura tres bloques: la Ley, los Profetas y los Escritos.

### a) La Ley

Los 5 libros de la *Ley* (*Torah)* reciben en griego el nombre de *Pentateuco*. Son los primeros y más importantes libros de la Escritura hebrea: *Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio*. La redacción final del conjunto se sitúa en el siglo V a.C. cuando los persas que gobernaban en Judea, pidieron a los judíos, a su regreso del destierro en Babilonia, que pusieran por escrito sus leyes (siglo VI a.C.).

### b) Los Profetas

El *profetismo* es un fenómeno que se da en Israel entre los siglos XI y V a.C. Tiene su apogeo entre los siglos IX y VI. *Profeta* es un término griego que significa aquel que habla en nombre de otro, es decir, en nombre de Dios. Los profetas:

- tienen una experiencia religiosa que le hace ver los acontecimientos desde el punto de vista de Dios (cf. 1Re 22:5-28).
- Son por ello portavoces de Dios que defienden la pureza de la religión yahvista,

especialmente el monoteísmo: Elías (1Re 18), Eliseo (2Re 6-10), Oseas, etc.

- Recuerdan al pueblo sus deberes morales, uniendo religión y moral. Defienden a los pobres: Elías (1Re 21), Amós 3-6, Is 10, Jr 2, etc. Ellos han influido en las leyes recogidas en el Dt.
- Interpretan la historia y descubren 'constantes históricas' como la tensión entre pecado, castigo, perdón y conversión.
- Aconsejan a los reyes desde su punto de vista, que es la fidelidad a la Ley del Señor (Is, Jr). No son por principio enemigos del rey ni de los sacerdotes del rey o del Templo, pero con frecuencia tienen una actitud crítica frente a ellos. Jeremías era sacerdote y fue duramente perseguido por los sacerdotes.
- Sobre todo, oran por su pueblo: Am 7:2.5, Jr 14:7-9,19-22, 2Mac 15:14.

Los profetas fueron numerosos, pero sólo se conserva el nombre y la obra escrita de unos pocos. La clasificación más importante entre los libros proféticos es la siguiente:

- *Profetas anteriores*, que integran un grupo de 6 libros históricos. Estos libros recogen la historia de Israel desde su establecimiento en la Tierra Prometida (siglo XII) hasta el destierro a Babilonia (siglo VI). Es la época de los jueces y de los reyes en los reinos de Israel, al Norte, y de Judá, al Sur. Estos libros son: *Josué, Jueces, 1 y 2Sam, 1 y 2Re*.
- *Profetas posteriores o escritores*. Son aquellos de los se conservan colecciones de sus oráculos. Hay tres profetas mayores: *Isaías* (siglo VIII la primera parte. Las partes 2ª y 3ª son posteriores), *Jeremías* (siglos VII-VI) y *Ezequiel* (siglo VI, en Babilonia) y Doce profetas menores, algunos de ellos posteriores al regreso de los judíos del destierro en Babilonia (siglos IX al IV?). En orden cronológico son *Amós, Oseas, Sofonías, Nahún, Habacuc, Baruc, Ageo, Zacarías, Joel, Abdías, Malaquías y Jonás*.

### c) Los Escritos

Son libros redactados por autores posteriores al regreso del exilio de Babilonia. Aquí se incluyen los *deuterocanónicos* (redactados en griego y reconocidos como inspirados "en segundo lugar" por la Iglesia, pero no por los judíos ni por los protestantes). La enumeración que sigue responde al orden cronológico en el que, aproximadamente, fueron redactados.

- De la época persa (siglos VI-IV a.C.) son *1 y 2Crónicas, Esdrás- Nehemías, Rut, Proverbios, Cantar de los cantares, Salmos, Job, Qohelet (Eclesiastés), Ester, Tobías* y *Judit.*
- De la época helenística (siglos IV-I a.C.) son *1* y *2Macabeos, Daniel, Siracida (Eclesiástico)* y *Sabiduría*.

## 6. El Nuevo Testamento

El *Nuevo Testamento* es la expresión escrita de la experiencia de un grupo de hombres ante un hecho real: Jesús ha resucitado y "permanece para siempre" (Hb 7,24). Los libros que integran el Nuevo Testamento han sido escritos entre veinte y ochenta o noventa años después de la muerte y la resurrección de Jesús. Lo que Jesús hizo y dijo *antes de morir* está visto y relatado a la luz de su resurrección. La resurrección proyecta también su luz sobre *el presente y el futuro de la Iglesia*. La

resurrección es, pues, la clave para interpretar lo que sucedió antes de ella, *la vida de Jesús en Palestina*, y lo que ahora está sucediendo, *la vida de la Iglesia*. El Nuevo Testamento es una serie de variaciones sobre un tema único, la muerte y resurrección de Cristo, que la Iglesia *celebra* y *proclama*.

- La *celebra* por la administración de los *sacramentos*, especialmente el Bautismo y la Eucaristía (cf. Rm 6,4-5; 1Co).
- Y la *proclama* por la predicación oral (cf. 1Co 15,3-5) y, junto a ella, por escrito, con los libros de Nuevo Testamento.

## 7. El significado de la resurrección de Jesús para la comprensión de su vida antes de su muerte.

Los evangelistas desarrollaron la primera parte del kerigma: la vida de Jesús antes de su resurrección, sus hechos y dichos. Ellos descubrieron que la vida de Jesús en la tierra tenía ya un significado salvador, cuando se la miraba teniendo en cuenta que Jesús había resucitado después de morir crucificado. *Marcos* tuvo el acierto genial de hacer este descubrimiento. Los demás evangelistas, *Mateo, Lucas y Juan*, van a seguir sus huellas e incluso el plan general de su evangelio: el ministerio de Juan Bautista, los hechos y dichos de Jesús, su crucifixión, su muerte y su resurrección, todo ello ocurrido conforme a la Escritura.

Los evangelios de *Marcos, Mateo y Lucas* son llamados *sinópticos* porque puestos en columnas paralelas, permiten ver fácilmente sus semejanzas y diferencias. *Juan*, cronológicamente el último de los evangelistas, tiene información propia en muchos pasajes y escribe para una comunidad, que pasa una crisis especial.

## 8. El significado de la resurrección de Jesús para la Iglesia.

La Iglesia *predica* que Jesucristo resucitado es la revelación definitiva del Padre y el salvador del mundo, y *celebra* el bautismo y la eucaristía. Predicando a Jesús y administrando los sacramentos, los discípulos sienten que son la sal de la tierra y la luz del mundo (Mt 5:13-16). También experimentan, sobre todo en la persecución, la acción *del Espíritu Santo*; él realiza *la presencia del Resucitado* en la Iglesia y la conduce a una comprensión cada vez más plena y actualizada del mensaje del Señor (Mt 10:20, 28:20, Jn 14:15-18.26, 20:22, Hch 2:1-13).

Sin embargo se plantean *problemas inesperados*. A pesar del bautismo, los cristianos siguen pecando. Hay *abusos* en la celebración de le Eucaristía (1Co 11), ambiciones (Mt 18), pleitos y lujuria (1Co). Hay conflictos entre los cristianos de origen judío y los cristianos procedentes de la gentilidad: ¿deben los cristianos cumplir la Ley de Moisés y ser circuncidados? (Hch 15, Gal, Rm). Algunos cristianos anhelan una segunda venida de Cristo y su impaciencia les lleva a creer que va a ser muy pronto (1 y 2Ts, Ap). El *pensamiento filosófico griego*, que no admite la resurrección de los muertos, es una seria a amenaza para la recta comprensión del mensaje evangélico (1Co, Ef, Col). Hacen su aparición los primeros brotes heréticos con los “falsos profetas” y los “falsos maestros” (1

y 2Tm, 2Pe, Judas). Los cristianos son súbditos respetuosos de las autoridades del Imperio Romano, y sin embargo son *perseguidos* a muerte (Rm, 1Tm, Ap).

Algunos de estos problemas se insinuaban ya en los cuatro evangelios, pero son los autores del resto del Nuevo Testamento quienes lidian con ellos. Los libros del Nuevo Testamento son: *Hechos de los Apóstoles*, 13 cartas de Pablo (*1 y 2Tesalonicenses, 1 y 2Crintios, Gálatas, Romanos, Efesios, Filipenses, Colosenses, Filemón, 1 y 2Timoteo, Tito*), *Hebreos,* las cartas católicas o universales (*Santiago, Judas, 1 y 2Pedro*), *1, 2 y 3Jn, Apocalipsis*.

## 9. La Biblia es un conjunto de libros INSPIRADOS

La inspiración es un influjo especial del Espíritu Santo sobre los autores de la Biblia (autores "inspirados"), que hace que los libros escritos por ellos sean libros "inspirados" y contengan un mensaje del mismo Dios a los hombres.

### *Cómo saber que hay libros inspirados y cuáles son*

La inspiración no es un hecho demostrable científicamente. Su existencia sólo consta por una declaración de la autoridad eclesiástica, que los fieles aceptan con y por la fe. El criterio por el que los fieles saben que hay libros y cuáles son es la autoridad de la Iglesia:

- El concilio de Trento (1546) definió cuáles eran los libros inspirados, en polémica contra los protestantes. Católicos y protestantes estaban de acuerdo en que había libros inspirados, pero no cuáles lo eran. Los protestantes negaban la inspiración de los libros deuterocanónicos de la Escritura.
- El concilio Vaticano I (1870) definió que los libros de la Biblia estaban inspirados por Dios, contra quienes negaban toda inspiración que viniera de Dios.

Los Padres Conciliares en Trento se apoyaron en el testimonio de la misma Escritura y en la Tradición. Ellos buscaron en la historia del pueblo judío y en la de la Iglesia, desde sus orígenes, qué libros habían sido siempre venerados como palabra de Dios.

- El pueblo judío tomó conciencia durante el destierro en Babilonia (587-538 a.C.) de que los libros que salvaguardaron su identidad en aquellos momentos difíciles eran una palabra que Dios les dirigía para mantener viva su esperanza en el futuro.
- Los cristianos, nacidos de una matriz judía, no tuvieron dificultad alguna en creer en la inspiración de escritos como los evangelios y las cartas paulinas (cf. 2Pe 1:21; 3:15-16)...

## 10. Qué es la inspiración

La palabra *inspiración* significa según el diccionario: (1) "Aspiración o introducción del aire en los pulmones". (2) "Estímulo o influencia que permite la creación artística". (3) "Iluminación o movimiento sobrenatural que Dios transmite al ser humano". La acepción 3 es la que corresponde aquí. La acepción 1 pone de relieve la relación del

término “inspirar” con otras palabras con la misma raíz *spir*: espíritu, respirar, aspirar, expirar, suspirar, conspirar.

### *a) Datos de la Sagrada Escritura sobre la inspiración*

En la Biblia aparecen diversas clases de “inspiración”: para legislar, para hablar, para guerrear, hasta para construir el arca de la alianza. La inspiración para escribir es un corolario de las otras inspiraciones. Si un profeta habla palabras inspiradas, también lo estarán esas mimas palabras puestas por escrito, así como el secretario que las seleccionó y escribió. Lo mismo vale del escriba que dejó constancia de leyes y acontecimientos donde estaba clara la acción del Espíritu de Dios (cf. Ex 36:1-38:23, Nm 11:17, Jc 6:34, Is 11:1, Os 9,7, Ez 11,5, 1Sm 10:6.25).

### *b) El Magisterio eclesiástico explica qué es la inspiración*

Para determinar qué es la inspiración, la misma Escritura hace dos afirmaciones que es necesario armonizar: Dios ejerce una acción especial sobre los hagiógrafos pero los hagiógrafos escriben de una manera enteramente humana, como los demás escritores de su época. Tienen que investigar y trabajar. Habitualmente no son conscientes de que escriben "inspirados" (cf. Lc 1:1-4). Sobre la existencia y naturaleza de la inspiración el concilio Vaticano II afirma;

> “Las cosas reveladas por Dios, que se contienen y ofrecen por escrito en la Sagrada Escritura, fueron consignadas por inspiración del Espíritu Santo. Pues en virtud de la fe apostólica, la Santa Madre Iglesia tiene por sagrados y canónicos los libros enteros tanto de Antiguo como del Nuevo Testamento, con todas sus partes, por cuanto, escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen por autor a Dios y han sido entregados a la Iglesia en calidad de tales. Pero en la elaboración de los libros sagrados, Dios escogió a hombres y los empleó usando ellos de sus facultades y fuerzas, a fin de que actuando él en ellos y por ellos pusieran por escrito como verdaderos autores todo y sólo aquello que él quería. Y como todo cuanto afirman los autores inspirados o hagiógrafos debe considerarse afirmado por el Espíritu Santo, de aquí que es necesario profesar que los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios quiso consignar en dichos libros para salvación nuestra" (DV 11).

Dios es el "autor" de la Escritura, pero él no anduvo revolviendo archivos para escribirlos. Dios es autor por analogía. Los “verdaderos autores” son quienes pusieron la Biblia por escrito, a veces con harto trabajo. Dios es autor porque los escogió para que fueran ellos quienes escribieran según su cultura. La inspiración es, pues, un carisma dado por Dios a algunos hombres para que transmitan *por escrito* todo y solo lo que él quería.

### *c) La inspiración en su dimensión humana*

La inspiración del escritor se da al interior de una *comunidad*, el Pueblo de Dios como tal. Los autores de los libros bíblicos son uno o unos pocos miembros de una comunidad de creyentes, geográfica y política al mismo tiempo, los cuales son formados por ella en su seno. En ellos influyen la cultura y el lenguaje de esa comunidad. A su vez, ellos influyen en la comunidad clarificando las ideas, educando, conservando. Pronto la

misma comunidad se reconocerá en esos escritos, y verá expresada en ellos su misma identidad.

La inspiración es un hecho de *orden cognoscitivo*. La inspiración, como la fe, la profecía y el conocimiento místico de Dios, son una fuerza, *virtud* o *luz* que Dios otorga a la razón del hombre. Esa virtud le permite conocerlo y amarlo, y conocer sus planes sobre el mundo, en grados distintos de profundidad y extensión. Esta iluminación sólo existe en plenitud en los que gozan ya de la visión beatífica, después de la muerte.

Respecto al hombre concreto, que pone por escrito el libro bíblico, la inspiración es un influjo sobrenatural de Dios sobre él, una "virtud", que no le quita libertad ni le ahorra esfuerzos, pero le permite descubrir, entender y acertar a expresar por escrito lo que Dios quiere que sea conservado. Gracias a la inspiración el autor bíblico tiene una manera de ver al hombre y su historia desde el punto de vista de Dios.

La inspiración para escribir es un *don permanente* en el pueblo de Dios, pero en *grados* distintos en cada inspirado. Por ejemplo, san Ignacio de Loyola escribió bajo una inspiración especial el libro de los “Ejercicios espirituales” mucho antes de ser un Maestro por la Universidad de París. La densidad, importancia y trascendencia de la inspiración es múltiple en la Iglesia, como lo es la acción del Espíritu Santo. La inspiración de los textos de un concilio ecuménico es real, pero distinta a la de una página de la Biblia. Incluso la inspiración bíblica tampoco es idéntica en todos los hagiógrafos. La inspiración varía como varían la hondura con que los autores inspirados conocían a Dios, por ejemplo Isaías o Nahúm, Jeremías o Abdías, y los amanuenses que seleccionaron y pusieron por escrito las palabras de estos profetas. Es notable, por ejemplo, la actitud favorable de Eliseo hacia Jehú y su dinastía, frente a la actitud condenatoria de Oseas (compara 2Re 9,1-3 y 13,14-19 con Os 1,4).

La inspiración alcanza a *TODO* el texto bíblico en su idioma original y a sus redactores, por lo menos al último. Pero ni el libro inspirado ni cada una de sus partes contienen por sí solos una revelación única y global de Dios. La Biblia es un conjunto, un cuadro en el que las partes en sombra destacan las partes iluminadas. No pueden ser aisladas unas cuantas frases de su contexto. Las piedras de una catedral no son lo mismo en la cantera que colocadas en un arco ojival. La inspiración *no alcanza a las traducciones*. La exégesis científica debe hacerse sobre los textos en su idioma original.

## *11. La VERDAD para nuestra salvación*

Después de explicar en qué consiste la inspiración bíblica el Vaticano II saca una conclusión: si los libros de la Biblia han sido inspirados por Dios “es necesario profesar que los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error *la verdad* que Dios quiso consignar en dichos libros *para nuestra salvación* " (DV 11).

A finales del siglo XIX y principios del XX, los teólogos católicos debieron enfrentarse con quienes negaban el valor histórico de la Biblia, a la que encontraban plagada de errores. El Concilio Vaticano II afirmó que la Sagrada Escritura enseña “sólidamente y sin error *la verdad que Dios quiso fuera consignada para nuestra salvación*". Dios no revela lo que los hombres pueden descubrir con la capacidad intelectual que el mismo Dios les ha dado. Dios revela sólo el hondo misterio de su amor a

la humanidad. Sin esta revelación el hombre jamás hubiera ni siquiera sospechado la inmensidad de ese amor ni la grandeza de su propio destino.

El lenguaje de la Biblia no pretende ser científico. Muchas veces es poético y simbólico pero este lenguaje es más universal y duradero que el lenguaje científico. Ahora nadie se interesa por las obras de Copérnico o de Kepler, pero son incontables quienes leen el *Génesis*, a sabiendas de que la Biblia no es un tratado de paleontología. Han pasado más de quince siglos desde que San Agustín acertó a decir: "Dios no quiso hacer matemáticos, sino cristianos".

El tema de la verdad está ligado estrechamente al de la *interpretación* de la Biblia. Se trata de entender lo que la Biblia dice, no de defenderla. Entenderla bien es la mejor defensa que de ella puede hacerse.

## *12. La INTERPRETACIÓN de la Biblia*

La Sagrada Escritura es la expresión escrita de las experiencias personales y comunitarias de unos hombres, hechas en la historia de su trato con Dios y con Jesús. Estas vivencias están expresadas en hebreo y en griego antiguos, idiomas que muy pocos conocen hoy ¿Es posible expresar con fidelidad en un idioma moderno las vivencias que fueron expresadas en un conjunto de libros escritos hace siglos en esos idiomas? ¿Cómo traducir y explicar al hombre de hoy lo que la Biblia quiso y quiere transmitir? De esto se ocupa el número 12 de la constitución *Dei Verbum*, que se estructura en tres párrafos:

1. Principio general: Dios habló por medio de hombres y de manera humana.
2. Principios racionales de interpretación.
3. Principios teológicos de interpretación.

### *a) Principio general*

Toda interpretación de la Biblia parte de la premisa de que Dios habla en ella, pero lo hace de manera humana. Por consiguiente

> "el intérprete de la Sagrada Escritura, para conocer lo que Dios quiso comunicarnos, debe estudiar con atención lo que los autores querían decir y lo que Dios quería dar a conocer con dichas palabras".

### *b) Principios racionales*

> "Para descubrir la intención de los hagiógrafos hay que fijarse también, entre otras cosas, en los "géneros literarios". Pues la verdad se propone y expresa de manera diversa en los textos diversamente históricos, o proféticos, o poéticos, o en otros géneros de expresión".

Los "géneros literarios", según el diccionario, son clasificadores o categorías en que se agrupan las obras de arte o literarias, que tienen rasgos comunes de forma y de contenido; los tres géneros literarios clásicos la lírica, la dramática y la épica. Teniendo en cuenta el género en que un autor se ha expresado, el lector puede saber lo que realmente

quiso decir su autor. No se puede confundir una novela histórica como *El adiós al Séptimo de Línea*, de Inostroza, con una historia rigurosa, aunque la novela contenga muchos datos históricos. Todo escrito, todo discurso, toda película pertenece a algún *género literario*: es una carta o es un artículo para un diario o para una revista científica. Una película es una comedia, un musical, una película policial o es de monitos animados, etc. El entonces cardenal Josef Ratzinger escribía en 1993: "El método histórico-crítico es el instrumento indispensable para el estudio científico de los textos antiguos". El concilio Vaticano II dejó abierta la puerta para que los exegetas recurran a otros métodos que proceden de las ciencias del lenguaje. El estudioso de la Biblia debe leer hoy la Biblia con los instrumentos con que hoy se leen las obras literarias.

### *c) Principios teológicos*

La Biblia no es solo palabra humana. Es ante todo Palabra de Dios. Ha sido escrita por hombres de fe con el propósito de inducir a sus lectores a que crean. De ahí que para entender bien a la Biblia es necesario tener en cuenta:

1) *"El Espíritu con que fue escrita"*. El verdadero sentido de la revelación se alcanza sólo por la fe, y ésta es un acto de la razón que la razón abandonada a sus propias fuerzas no puede hacer. En 2010 Benedicto XVI insistió con fuerza en este punto:

> "*el lugar originario de la interpretación escriturística es la vida de la Iglesia*. Esta afirmación no pone la referencia eclesial como un criterio extrínseco al que los exegetas han de plegarse, sino que es requerida por la realidad de las Escrituras y de cómo se han ido formando en el tiempo… "Las tradiciones de fe formaban el ambiente vital en el que se insertó la actividad literaria de los autores de la sagrada Escritura. Esta inserción comprendía también la participación en la vida litúrgica y la actividad externa de las comunidades, su mundo espiritual, su cultura y las peripecias de su destino histórico. La interpretación de la sagrada Escritura exige por eso, de modo semejante, la participación de los exegetas en toda la vida y la fe de la comunidad creyente de su tiempo" (*Verbum Domini* 29).

2) *"El contenido y la unidad de toda la Escritura"*. Si la Biblia está inspirada por Dios, no puede haber una real contradicción entre dos pasajes bíblicos, si éstos son correctamente interpretados.

3) *"Tener en cuenta la TRADICIÓN VIVA de la Iglesia"*. La Tradición es "*la vida misma de la Iglesia*, en cuanto transmite el depósito de la revelación y lo comprende cada vez mejor o de manera más adaptada a cada circunstancia histórica". Gracias a la Tradición la Iglesia ha podido definir la lista o canon de los libros inspirados y el número de los sacramentos. El concilio Vaticano II es el primer concilio ecuménico que ha abordado a fondo el tema de la Tradición (cf. DV 7-10).

4) *"Y la analogía de la fe"*. Es equivocada toda interpretación de un texto, que va contra la doctrina clara de la Iglesia. Pero hay que tener mucho cuidado antes de afirmar que una interpretación de la Biblia es contra "la doctrina que la Iglesia tiene en depósito" (caso Galileo). No puede haber contradicción entre una verdadera doctrina de la Iglesia y un conocimiento verdaderamente científico.

5) *El trabajo del exegeta* ha sido estimulado por el concilio Vaticano II:

> "Y corresponde a los exegetas trabajar siguiendo estas reglas, para comprender y exponer con mayor profundidad el sentido de la Sagrada Escritura, a fin de que madure el juicio de la Iglesia a base de un estudio preparatorio. Pues todo lo tocante a la manera de interpretar la Escritura está en último término sometido al juicio de la Iglesia, que cumple el mandato divino y el servicio de conservar y de interpretar la palabra de Dios" (DV 12).

## *13. El MAGISTERIO de la Iglesia*

El concilio dijo también unas importantes palabras sobre las relaciones entre la Sagrada Escritura, la Tradición el Magisterio:

> "El derecho y el deber de interpretar auténticamente la palabra de Dios oral o escrita ha sido encomendado únicamente al Magisterio de la Iglesia, que lo ejercita en nombre de Jesucristo. Pero el Magisterio no está por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio, enseñando sólo lo transmitido en cuanto que, por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, lo escucha piadosamente, lo custodia santamente y lo expone fielmente … Así pues, la Tradición, la Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según la sapientísima decisión de Dios, están unidos y ligados entre sí , de modo que ninguno puede subsistir sin los otros; los tres, cada uno a su manera y bajo la acción del único Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas" (DV10).

## *14. El Misterio de la Encarnación de la Palabra de Dios*

El capítulo III de la constitución *Dei Verbum* termina con el numero 13. En este número se establece un paralelismo entre la encarnación de la Palabra del Padre Eterno en la naturaleza humana y la expresión de las palabras de Dios en un lenguaje humano:

> "Sin mengua de la verdad y de la santidad de Dios, la Sagrada Escritura nos muestra la admirable 'condescendencia' de Dios 'para que aprendamos su amor inefable y cómo adapta su lenguaje a nuestra naturaleza con su providencia solícita' (San Juan Crisóstomo). En efecto, las palabras de Dios, expresadas con lenguas humanas, se han hecho semejantes al lenguaje humano, tal como en otro tiempo la Palabra del Padre Eterno, asumida la carne de la debilidad humana, se hizo semejante a los hombres".

Benedicto XVI se ha referido tres veces en la exhortación apostólica *Verbum Domini* (2010) al misterio de la Encarnación como una clave necesaria para interpretar bien la Biblia (32, 36 y 44). Dice el Papa en el número 32:

> "Es necesario reconocer el beneficio aportado por la exégesis histórico-crítica a la vida de la Iglesia, así como otros medios de

análisis del texto desarrollados recientemente. Para la visión católica de la Sagrada Escritura, la atención a estos métodos es imprescindible y va unida al realismo de la encarnación".

El misterio de la Encarnación del Hijo de Dios afecta también al mismo Jesús y a la Iglesia. Aquí la atención se centra en la relación entre Encarnación y Palabra de Dios.

Dios ha querido hablar a los hombres. Podía haber guardado silencio. Pero una vez que ha decidido hablar ha debido servirse de un idioma humano. La palabra de Dios sólo puede ser escuchada cuando se convierte en palabra humana, plenamente humana. El diálogo se establece únicamente entre interlocutores, que hablan el mismo idioma. Dios podía haber elegido cualquier idioma: el castellano, el chino, el tagalo... Eligió el hebreo y el griego, pero tanto da que Dios emplee una u otra lengua. Todos los idiomas en un principio son vivos, hablados, pero al cabo de un número mayor o menor de siglos se olvidan y dejan de ser vehículo de comunicación entre los hombres. Esto ha pasado ya con las lenguas bíblicas y pasará con el castellano o el inglés. Una lengua es un medio de comunicación entre unos hombres, pero también lo es de aislamiento respecto a los extranjeros. Quien quiere entrar en contacto con quienes hablan un idioma distinto al suyo debe hacer un esfuerzo para aprenderlo.

Para acercarse humanamente a los hombres, Dios ha tenido que hacerse hombre. Para que la palabra de Dios pueda sonar en oídos humanos ha tenido que hacerse palabra de hombre, idioma de hombre. Esa divina condescendencia es en cierto modo necesaria si ha de haber una comunicación real entre el Creador y la criatura. Pero al mismo tiempo encierra a Dios y a su mensaje en los límites agobiantes de la debilidad humana. Respecto a la Biblia esto significa que:

- La mayoría de los lectores de la Biblia tienen que recurrir a *traducciones*. Ahora bien, las traducciones son siempre imperfectas. Es imposible trasponer perfectamente un idioma al sistema de signos y de símbolos propios de otra lengua diferente. La traducción puede llegar a expresar los mismos conceptos que están en la obra original. Pero las palabras traducidas no pueden despertar en el lector las mismas resonancias que despierta la lectura del texto original.

- En íntima conexión con el problema de las traducciones está el de la *interpretación*. Nuevos descubrimientos en el campo de la lingüística y de la arqueología abren nuevos caminos para entender cada vez mejor los textos antiguos. Cada época tiene ojos para descubrir sólo una parte de la belleza de la Biblia y de su significado. En el terreno de la exégesis bíblica las técnicas hermenéuticas y sus resultados parecen sometidos a un proceso acelerado de cambio. Hasta genios de la talla de Orígenes y San Agustín llegaron a resultados modestos y transitorios. No existe ninguna razón para pensar que los exegetas de hoy corran mejor suerte.

- Los libros bíblicos fueron escritos antes de que la imprenta fuera inventada y se han conservado en copias manuscritas, en general muy posteriores a la época en que ellos fueron redactados. Editores y copistas han sometido al *texto original* a mutilaciones, adiciones, equivocaciones y cambios de orden hasta llegar a su forma definitiva. En ocasiones es difícil decidir cuáles son las palabras genuinas, al margen de que sean debidas o no a la solicitud de un editor. La crítica textual se

esfuerza por llegar al texto original, que es el más cercano posible al texto autógrafo, escrito por el autor de su puño y letra. Prudentemente ni la Iglesia ni la Sinagoga han definido cuál es el texto original de la Biblia. Es el precio que Dios y el hombre deben pagar para que la encarnación de la Palabra sea un hecho real.

La encarnación encierra a la palabra de Dios en límites humanos, pero no la sofoca con ellos. La naturaleza humana de Cristo es un instrumento de salvación por el que Dios actúa humanamente en el mundo. De manera análoga, la Biblia es ante todo un vehículo de comunicación entre el Padre y sus hijos.

La palabra de Dios se ha encarnado en los idiomas de hombres concretos. Gracias a eso puede ser oída por ellos. Cada lectura de la Biblia, hecha con esfuerzo inteligente y corazón sencillo, lleva a descubrir en sus páginas un nuevo destello de la Verdad eterna e inextinguible. La Biblia no envejece. Esa perpetua juventud de la sagrada Escritura es la mejor prueba de que sus palabras humanas son palabra de Dios.

# 6

# CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA

## 1. Qué significa “crear”

La Sagrada Escritura comienza con una afirmación, cuya enorme importancia pasa casi inadvertida de tanto leerla: "Al principio creó Dios el cielo y la tierra" (Gn 1,1).

Los dos únicos esbozos bíblicos de una demostración racional de la existencia de Dios suponen como premisa el hecho de que Dios ha creado el mundo visible que rodea al hombre. Esto parece tan evidente a los autores de estos razonamientos, que ni se les ocurrió el discutirlos. Para ellos lo único discutible es saber quién y cómo es Dios (Cf. Sb 13:2-5; Rm 1:20; y capitulo 2 de estos apuntes)

San Pablo dirá que el Dios en quien creyó Abrahán es "el Dios que da vida a los muertos y llama a lo no existente como existente" (Rm 4,17). El uso del verbo *llamar* hace pensar en una Palabra dirigida por Dios a lo no existente como si de algo existente se tratara, por la cual lo no existente se convierte, de golpe, en existente. El Apóstol establece un vínculo entre resurrección de los muertos y creación. La resurrección de los muertos es el hecho en torno al cual gira toda la vida de la Iglesia, pero la resurrección es un hecho inverisímil sin la creación. Sólo el poder creador de Dios garantiza que los muertos vuelvan a vivir.

"Creo en Dios Padre todopoderoso, *creador* del cielo y de la tierra" es el primero de los artículos de la fe, tal como los enuncia el Símbolo de los Apóstoles. Los demás artículos tienen sentido y coherencia porque Dios posee el inigualable poder de crear.

La definición clásica de creación es "producción de una cosa a partir de la nada en sí y del sujeto". El inciso “de la nada” aparece por primera vez en la Escritura en el libro *2 de los Macabeos*. En este libro se relata la feroz persecución de un rey helenista de Siria, Antíoco IV, contra los judíos, para obligarles a apostatar de su religión. Especialmente cruel fue el martirio de siete hermanos. Cuando estaba a punto de morir el último de ellos, su madre le animó a perseverar en la fe con estas palabras:

> “te pido, hijo mío, que mires al cielo y a la tierra y lo que hay en ella; que sepas que Dios hizo esto de la nada [literalmente “de lo no existente”] y del mismo modo llegó a existir el ser humano” (2Mac 7,28).

*El concepto de creación* señala uno de los puntos de ruptura más importantes entre el pensamiento bíblico y la filosofía griega antigua.

Según *Aristóteles* Dios es el *Acto Puro*. Nada puede estar en Dios "en potencia", porque la potencia significa ausencia actual de perfección. Pero si Dios creara pasaría del poder crear (potencia) al crear de hecho (acto), es decir, pasaría de la potencia al acto, En el caso de la creación esto es inconcebible, aunque ella fuera coeterna con Dios. El mundo es,

pues, eterno. No ha sido creado ni es dependiente de dios alguno en su existencia y está dotado de un conjunto limitado de posibilidades. Una vez agotadas éstas, el ciclo se repite de nuevo. Dios ignoraría al mundo, puesto que conocer una realidad tan cambiante significaría en Dios el paso del poder conocer al conocer, lo que, de nuevo, es impensable en el Acto Puro.

*La Biblia* desconoce la idea de Dios como Acto Puro. El Dios de los profetas, celoso y apasionado, no tiene parecido alguno con la divinidad inmutable y glacial, perfecta en su aislamiento, que imaginaba Aristóteles. Libremente Dios ha llamado al mundo a la existencia. Ahora bien, Dios no es un ser más a contar entre los muchos que hay en el universo. Dios está presente en el mundo manteniéndolo en la existencia, pero lo trasciende.

El universo no fue sólo "arrojado a la existencia" (Heidegger). Dios le dio también, con la existencia, las leyes que lo rigen. Sin embargo, en el conjunto de estas leyes, Dios dejó espacio para otra libertad que no es la suya, la del hombre. El hombre puede intervenir responsablemente en el mundo con acciones libres, y de hecho interviene, tanto en el mundo material como en la historia humana.

De todo esto habla la Escritura con un lenguaje poético, más sugerente y más universal que el lenguaje de las ciencias experimentales o el de las elucubraciones metafísicas.

## 2. Sobre el origen de la idea de creación.

Nadie pudo asistir como testigo "al principio", cuando Dios creó el cielo y la tierra. Nadie pudo fotografiar la explosión primigenia de la materia, si es que hubo una explosión. El hombre lleva viviendo en el planeta Tierra desde hace más o menos 2 millones de años, pero los escritos más antiguos hoy conocidos datan del tercer milenio antes de Cristo y son escasos. Las excavaciones arqueológicas aportan también algunos datos, pero sumando escritos y excavaciones, se conocen muy escasos fragmentos de apenas 10.000 años de la historia de la humanidad. ¿Cómo, pues, hablar del origen del mundo y de la humanidad?

Los profetas de Israel no hicieron minuciosas investigaciones históricas sobre los orígenes de la humanidad y del pueblo hebreo. Ellos tuvieron la intuición de que la huida de Egipto y la fundación de una nación libre fueron una hazaña, una gesta de Dios. Los profetas creyeron que el único Dios, el Señor, había hecho de los hebreos su pueblo elegido. Iluminados por su fe en el Señor interpretaron toda la historia de Israel como una historia de salvación, desde los tiempos remotos de la creación del primer hombre y las migraciones de los patriarcas, hasta la vuelta del destierro en Babilonia. No había lugar a dudas sobre el dominio del Señor Dios tanto sobre las fuerzas de la naturaleza como sobre el destino de reyes que se creían todopoderosos. Desde esta experiencia, era fácil la relectura, en clave de fe, de cuanto relato sobre los orígenes del universo y de la humanidad llegó a su conocimiento.

Es mérito de los profetas el haber descubierto una estrecha relación entre el poder, la sabiduría y la bondad de Dios, manifestados en la creación, y esos mismos atributos manifestados en la salvación asegurada a su pueblo. Se puede confiar en quien ha sido capaz de llamar a la existencia al mundo que rodea al hombre, y al hombre mismo. Quien puede crear ¿no podrá salvar? Cuando el destierro en Babilonia tocaba a su fin, el *Deuteroisaías*

robustecerá la confianza de los judíos en un pronto regreso a la patria recordándoles el poder de Dios, manifestado en la creación (cf. Is 40:22-31, 44:24-28).

## 3. Género literario de los relatos bíblicos de la creación, Gn 1-3.

¿Cuál es el género literario de los once primeros capítulos del *Génesis*, especialmente de los tres primeros? ¿Se trata de unos mitos sin raíces en la realidad, inventado con la intención de transmitir una enseñanza religiosa? ¿Son estos capítulos el relato de hechos que los narradores creían reales? Determinar el género de literario de un relato aparentemente histórico es difícil. El exegeta debe remontarse a tiempos lejanos y descubrir en culturas ya desaparecidas de qué manera se expresaban los hombres de aquellas épocas.

Fueron largas las discusiones sobre el género literario al que pertenecen los relatos la creación del universo y del género humano, plasmados en el *Génesis*. Finalmente zanjó la cuestión un importante documento del Pontificio Instituto Bíblico. Su secretario, el P. G. M. Vosté, dirigió, con la aprobación de Pío XII, una carta al cardenal Suhard, arzobispo de París, en la que se lee:

> "No se puede afirmar ni negar en bloque la historicidad de todos aquellos capítulos, aplicándoles irrazonablemente las normas de un género literario bajo el cual no pueden ser clasificados. Que estos capítulos no forman una historia en el sentido clásico y moderno, podemos admitirlo; pero es un hecho que los datos científicos actuales no permiten dar una solución positiva a todos los problemas que presentan dichos capítulos... Con declarar *a priori* que estos relatos no contienen historia en el sentido moderno de la palabra, se dejaría fácilmente entender que en ningún modo la contienen, mientras que de hecho refieren en un lenguaje simple y figurado, acomodado a la inteligencia de una humanidad menos avanzada, las verdades fundamentales presupuestas por la economía de la salvación, al mismo tiempo que la descripción popular de los orígenes del género humano y del pueblo elegido. Entretanto, hay que practicar la paciencia, que es prudencia y sabiduría de la vida" (*Documentos Bíblicos* 667).

En Gn.1-3 hay dos relatos seguidos de la creación. Gn 1,1-2: 4ª procede de la llamada fuente o tradición “sacerdotal", que se representa con un P (inicial del término alemán *Priesterkodex*) y Gn 2,4b-3,24, fuente o tradición "yahvista”, más antigua que la anterior, representada con la letra J (inicial de *Yhaweh*, nombre del Señor en hebreo, en una de las transcripciones posibles a caracteres latinos).

## 4. El relato “sacerdotal” de la creación: Gn 1,1-2,4a.

La fuente P debió ser redactada poco después del regreso el destierro en Babilonia (siglos VI-V a.C.) sirviéndose incluso de fuentes anteriores a la destrucción de Jerusalén. Se inspira en la teología de la trascendencia divina, del Dios Santo e inaccesible. La fuente P recoge en una gran síntesis la historia y la legislación de los primeros tiempos de Israel, para estructurar a la comunidad judía, amenazada de desaparición por la deportación a Babilonia (587-538). Está redactada en un estilo que sintoniza bien con el hieratismo de las grandes celebraciones litúrgicas. Se interesa por las genealogías, describe con detalle los ritos y evita los antropomorfismos cuando habla de Dios. Pasó a integrar el Pentateuco en pleno siglo V a.

JC, cuando los persas pidieron a los judíos que hicieran una nueva codificación de toda su Ley. La legislación del Pentateuco, unificada por Esdras, fue aprobada por el rey Artajerjes II el 398 a.C. (cf. Esd 7,11-26; Ne 8,1-18).

Gn 1,1-2:4a es un himno solemne de la creación, bella entrada al conjunto de la Biblia, que canta la sabiduría, el poder y la bondad de Dios. El primer versículo, "al principio creó Dios el cielo y la tierra", es el título de la sección que concluye en 2,4a: "Estos fueron los orígenes (la genealogía) del cielo y de la tierra, cuando fueron creados".

"Al principio creó Dios el cielo y la tierra; la tierra era un caos informe y las tinieblas cubrían el abismo, mientras el espíritu de Dios se cernía sobre las aguas" (Gn 1:1). Otra traducción posible es: "cuando Dios comenzó a crear el cielo y la tierra, la tierra era un caos informe..." *Al principio* indica que el mundo no es eterno. Comienza a existir en el tiempo y con el tiempo. La temporalidad implica un antes y un después. De hecho, la creación total va a ser presentada como el resultado de sucesivas intervenciones divinas.

El verbo hebreo *bara'*, traducido al español por *creó*, fue traducido al griego en el siglo III a.C. por *hizo*. En hebreo *bara'* se reserva para indicar una acción peculiar y exclusiva de Dios. El verbo aparece otras tres veces para indicar la especial acción divina que llama al hombre a la existencia (Gn 1,27). Dios se enfrenta a un caos informe sumido en la oscuridad y frente a este caos él actúa de una manera inesperada y desacostumbrada. Este verbo no incluye la afirmación de que la acción divina haya sido "desde la nada". La afirmación de que Dios creó todo a partir "de lo que no existe" aparece por vez primera en 2Mac 7,27-29, como ya se indicó más arriba.

La obra de la creación aparece repartida en seis días, al que sigue un séptimo día de descanso; una semana completa. No se trata de días de 24 horas, puesto que el sol y la luna son creados el cuarto día, ni de períodos geológicos, como si ya se aludiera aquí a la teoría de la evolución. El autor pretende inculcar en sus lectores el respeto al carácter sagrado del reposo semanal. Se repite hasta diez veces la frase: "dijo Dios... y así fue". Es notable la insistencia del redactor en recurrir a esta expresión. Es una manera eficaz de afirmar que Dios creó todo por su sola Palabra, sin esfuerzo ni oposición alguna a su voluntad.

Dios creó "el cielo y la tierra", es decir, todo cuanto existe fuera de él. Lo hace con un orden preciso: primero crea unos espacios, y después crea los seres que han de ocuparlos. En los tres primeros días, Dios creó la luz, que queda separada de las tinieblas (1,4). Después creó la bóveda del firmamento, que separa las aguas dejando unas arriba y otras abajo, y acto seguido separó las aguas de abajo, a las que llamó *mar*, de lo seco, a lo que llamó *tierra*, y vio Dios que era bueno" (1,10). Por fin, hizo brotar de la tierra toda clase de hierbas y plantas, "y vio Dios que era bueno" (1,12).

En los tres días siguientes pobló Dios los espacios que había preparado. El día cuarto llenó el firmamento de astros, para que regularan el ritmo del día y la noche, de los años y de las fiestas, "y vio Dios que era bueno" (1,14.18). El día quinto hizo que el mar se llenara de seres vivientes y que el espacio entre el firmamento y la tierra acogiera un sinnúmero de aves aladas, "y vio Dios que era bueno" (1,22). El sexto día, Dios comenzó a llenar la tierra firme haciendo las fieras, los animales domésticos y los reptiles, "y vio Dios que era bueno" (1,25).

El texto afirma así categóricamente que ni los astros ni los animales son dioses. Son nada más que criaturas dependientes del que las ha hecho. Sólo Dios es Dios y él es el autor

de cuanto luminoso, bello, útil y fecundo sale al paso del hombre. Por eso el hombre debe darse el tiempo de un día cada siete para imitar a Dios en su descanso, gozar de su cercanía y agradecer tantas riquezas como él le ofrece.

Pareciera que a la mitad del día sexto Dios hizo una pausa para contemplar desde la distancia lo que ya llevaba hecho. No cabía duda de que todo era bueno, pero faltaba algo todavía mejor.

> "Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que ellos dominen los peces del mar, las aves del cielo, los animales domésticos y todos los reptiles. Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó. Y los bendijo Dios y les dijo Dios: crezcan, multiplíquense, llenen la tierra y sométanla; dominen los peces del mar, las aves del cielo y todos los vivientes que reptan sobre la tierra... Y vio Dios todo lo que había hecho, y era *muy* bueno. Y quedaron concluidos el cielo, la tierra y sus muchedumbres. Para el día séptimo había concluido Dios toda su tarea; y descansó el día séptimo de toda su tarea. Y bendijo Dios el día séptimo y lo consagró porque ese día descansó Dios de toda su tarea de crear" (Gn 1,26-31).

Con una belleza que transciende épocas y culturas, el autor de esta página afirma el poder de Dios y su bondad, así como la dignidad del hombre. Dios creó al hombre inteligente y capaz de colaborar con él en el cuidado de la creación. Sólo el hombre, el varón y la mujer juntos, son imagen de Dios. Dios los creó varón y mujer, sexualmente distintos pero ambos de la misma dignidad. Ambos que, en su relación varón-mujer, llaman a la existencia a otros hombres, y con la belleza de sus cuerpos y de su razón son imagen y semejanza de Dios. Su peculiar sexualidad de seres inteligentes les permite ser fecundos siendo libres para amarse, como el mismo Dios ama, dando libremente la vida. El instinto sexual, común a innumerables criaturas, convertido en amor humano gracias al varón y a la mujer, tiene una fuerza tan descomunal, que ha vencido a todas las amenazas que han puesto a la especie humana en riesgo de extinción. La humanidad seguirá cumpliendo el mandato divino de multiplicarse, llenar la tierra y someterla, "hasta la consumación de los siglos" (Mt 28,29), "hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas" (Hch 3,21).

Son muchos los textos de la Escritura, especialmente en el Salterio y en los libros sapienciales, que ponderan, alaban y agradecen las maravillas que Dios ha hecho al crear al universo y al hombre (cf. Sal 8, 33, 104, 148; Pr 8,22-36; Job 28; Si 1,1-10; 16,24-30; 42,15-43,33; Sb 9,1-9). Baste citar un texto del libro de la *Sabiduría*, el último cronológicamente de la Escritura:

> "El mundo entero es ante ti como un grano de arena en la balanza, como una gota de rocío mañanero sobre la tierra.
> Tú tienes compasión de todos, porque todo lo puedes y pasas por alto los pecados de los hombres, para que se arrepientan.
> Amas a todos los seres y no aborreces cosa alguna de cuanto hiciste, pues si odiaras algo, no la habrías creado. ¿Cómo subsistiría algo si tú no lo quisieras? ¿Cómo se conservaría si tú no lo hubieras llamado?
> Pero tú eres indulgente con todas las cosas, porque todas son tuyas, Señor, amigo de la vida" (Sb 11,22-26).

El relato de la fuente P queda interrumpido después de 2:4a, se reanuda en 5:1 y se prolonga hasta el final de la llamada protohistoria, con los relatos del diluvio (6-9), de la repoblación de la tierra (10,1-32) y de la torre de Babel (11,1-32).

La traducción de 2,4a y de 5,1 hace patente el lazo que une la sección anterior y la posterior a estos versículos: "este es el libro de la generación de cielo y tierra… Este es el libro de la generación de los hombres", es decir, ésta es la genealogía del universo y la genealogía del pueblo hebreo, desde Adán hasta Abrahán (cf. idéntica expresión en 6,9; 10,1.32 y 11,10.27). La historia de salvación del pueblo hebreo se inserta así en el conjunto de una historia de salvación cósmica, hacia la que Dios orienta todo su actuar.

El relato yahvista (2,4b-4,26) centra su atención más en la presencia del hombre en el mundo ya creado y en su pecado, que en el origen del universo. Antes de entrar en la lectura de esta sección es oportuno examinar tres temas relacionados con la creación, pero que no están explícitamente presentes en el primer artículo de la fe, del Credo:

- El primer tema es el de la existencia de los ángeles, y será visto a continuación.
- El segundo tema es el de la ciencia moderna y la fe cristiana.
- El tercer tema es el del pecado de Adán y sus consecuencias. Este pecado pone en marcha la historia del pueblo hebreo como pueblo elegido por Dios con el anuncio del nacimiento de un descendiente da Adán que aplastará la cabeza de la serpiente. Los temas segundo y tercero serán abordados en los capítulos siguientes.

## 5. La existencia de los ángeles

El *Catecismo de la Iglesia Católica* dedica los números 328-336 a “los ángeles” y los números 391-395 a “la caída de los ángeles”. No es mucho para un tema que parece marginal, pero que tiene sus dificultades, porque los ángeles son “seres espirituales”. Los tres primeros párrafos del *Catecismo* dicen:

> (328) “La existencia de seres espirituales, no corporales, que la Sagrada Escritura llama habitualmente ángeles, es una verdad de fe. El testimonio de la Escritura es tan claro como la unanimidad de la Tradición.
> (329) San Agustín dice respecto a ellos que “el nombre de ángel indica su oficio, no su naturaleza. Si preguntas por su naturaleza, te diré que es un *espíritu*; si preguntas por lo que hace, te diré que es un ángel” (Sal 103, 1,15). Con todo su ser los ángeles son servideros y *mensajeros* de Dios. Porque contemplan “constantemente el rostro de mi Padre que está en los cielos” (Mt 18,10), son “agentes de sus órdenes, atentos a la voz de su palabra” (Sal 103,20).
> (330) En tanto que criaturas puramente *espirituales* tienen inteligencia y voluntad: son criaturas personales (cf. Pío XII; Dz 3891) e inmortales (cf. Lc 20,36). Superan en perfección a todas las criaturas visibles. El resplandor de su gloria da testimonio de ello (cf. Dn 10,9-12).

El *Catecismo* afirma la existencia de los ángeles ¿pero qué hay de su naturaleza? El hecho de que sean inmateriales planteó serios interrogantes a los teólogos medievales. Por ejemplo, si el principio de individuación es la “materia sellada por la cantidad” (*materia signata quantitate*) los ángeles sólo podían diferenciarse uno de otro por la “especie”. Según

esto, cada ángel era el único individuo de su especie. El *Catecismo* ha soslayado la cuestión de la naturaleza o esencia de los ángeles.

## 6. Los ángeles en la Escritura

En la enseñanza de la Escritura sobre los ángeles se da un progreso a lo largo de los siglos. Hay en el *Deuteronomio* un par de versículos muy significativos de esta evolución. Los versículos 8 y 9 del cántico de Moisés al final de su vida (Gn 32,1-44), dicen así, según la traducción de la *Biblia de Jerusalén:*

> "Cuando el Altísimo repartió las naciones, cuando distribuyó a los hijos de Adán, fijó las fronteras de los pueblos según los hijos de Dios, mas la porción del Señor fue su pueblo, Jacob su parte de heredad".

Esta es la traducción de lo que debió ser el texto hebreo original. En la nota correspondiente explica el traductor de la *Biblia de Jerusalén* que "los *hijos de Dios*, o de los *dioses*, son los ángeles, Job 1:6, miembros de la corte celestial, v 43 y Sal 29,1; 82,1; 89,7; ver Tb 5,4; aquí [en Dt 32,8] los ángeles custodios de las naciones, ver Dn 10,13". Al final de la nota la BJ añade una aclaración: "seguimos aquí el griego; el hebreo dice 'los hijos de Israel".

Conforme a estos datos, la expresión "según los *hijos de Dios*" habría chocado al traductor griego, que se permitió interpretar más que traducir diciendo: "cuando el Altísimo distribuyó a los hijos de Adán según los *ángeles* de Dios". Por otra parte, también el hebreo fue modificado por un revisor del texto, que hizo de él una lectura extraña: "cuando el Altísimo distribuyó a los hijos de Adán, fijó las fronteras de los pueblos según los *hijos de Israel*", lo que no tiene mucho sentido. En realidad el traductor al español ha reconstruido el texto original tal como debió haber sido y no tal como aparece en los manuscritos.

¿Por qué estas dificultases para admitir la expresión de *hijos de Dios*? En el siglo VIII a.C. aproximadamente, el autor del *Deuteronomio* guardaba en su mente unos resabios de politeísmo. El Dios mayor que todos los dioses, el Señor, cuando repartió toda la tierra entre los hombres que la habitaban, puso fronteras precisas a los pueblos del mundo, conforme al número de las divinidades menores, esto es, de los hijos de Dios. Una vez hecho el reparto, asignó cada pueblo a cada uno de estos *hijos de Dios*". Sólo hubo una excepción: el Señor reservó para sí, como porción suya, al pueblo elegido, al pueblo que él había sacado de Egipto.

En el siglo III a.C. el traductor de la Torah al griego vio con desagrado en Dt 32,8 la expresión casi politeísta de *hijos de Dios* y en vez de "hijos" puso "ángeles". El Señor repartió a los pueblos teniendo en cuenta al número de los ángeles de Dios.

Pasaron cinco siglos desde la redacción del *Deuteronomio* y la enseñanza sobre los hijos de Dios evolucionó. Los hijos de Dios no son más que cortesanos, servidores y mensajeros (*ángeles*) del Señor para ciertas misiones específicas entre los hombres. Mucho más tarde, hacia el siglo IX ó X d.C, el editor del texto hebreo que regirá en todas las sinagogas del mundo, se topó también en Dt 32,8 con la misma dificultad que había encontrado el traductor griego, pero el judío desconocía la solución dada por el griego, y su opción fue cambiar *hijos de Dios* por *hijos de Israel*. El resultado es extraño. ¿Cómo iba el Señor a fijar las fronteras de los pueblos según el número de los hijos de Israel? La crítica

textual ha permitido recuperar el texto auténtico de un versículo importante, corregido por unos copistas celosamente monoteístas.

Al regresar los judíos del destierro de Babilonia quedó fijada la doctrina definitiva sobre los ángeles. Los ángeles son sólo servidores y mensajeros de Dios. En el libro de *Tobías* el ángel Rafael es "uno de los siete ángeles que están siempre presentes y tienen entrada a la Gloria de Dios". Él era quien llevaba ante Dios las oraciones de Tobías y Sara, y al que Dios mismo envió para sanarlos de sus enfermedades. Cuando Rafael alternaba con los hombres parecía que comía y bebía, pero era sólo apariencia (cf. Tb 3,17; 12,11-18). Los ángeles explicaban a los profetas el sentido de sus visiones (cf. Za 1:9, Dn 8,15-19; 9:21s).

En escritos tardíos, proféticos y apocalípticos, como *Zacarías* y *Daniel*, algunos ángeles reciben un nombre, que resume su función: Rafael (Dios sana; Tb 3,17), Gabriel (Héroe de Dios; Dn 8,16) y Miguel, "gran príncipe" a quien el pueblo judío fue confiado por Dios (¿Quién como Dios? Dn 10,21; 12,1).

## 7. Los ángeles en el Nuevo Testamento

El término "ángel" aparece nada menos que 175 de veces en el Nuevo Testamento: 51veces en los evangelios sinópticos, sólo 3 en Jn, 13 en Hb y 67 en Ap. Baste recordar aquí algunos pasajes importantes.

Gabriel tendrá la importante misión de recabar el consentimiento de María para ser la madre del Mesías. Jesús habla de ellos como de seres reales y activos. Los ángeles escapan a las limitaciones espaciales y temporales de la condición humana, tratan amistosamente con Jesús después de que éste fuera tentado en el desierto, participan de la alegría de Dios cuando un pecador se convierte, están junto a Jesús en su agonía, anuncian a las mujeres que él ha resucitado, acompañarán al Resucitado en su segunda venida para juzgar al mundo, reunirán en el Reino de los Cielos a los elegidos y descartarán de él a los condenados, etc.

Los ángeles tienen un lugar relevante en el *Apocalipsis*, donde pueden ser dese los obispos de siete iglesias de Asia Menor, hasta unos activos participantes en la liturgia celestial o unos aguerridos soldados que a las órdenes de San Miguel defiendan a la Iglesia del Dragón y de sus ángeles caídos.

## 8. Superioridad de Jesús sobre los ángeles

En el último tercio del siglo I se hace sentir entre los cristianos la influencia neoplatónica, que llena de intermediarios la distancia que separa a Dios del mundo material. Esta influencia cuajará en el siglo II en una verdadera herejía, el gnosticismo. Esos intermediarios, ángeles u otros seres espirituales semejantes a ellos, llegarán a ser vistos por algunos cristianos como superiores a Jesucristo, que a fin de cuentas es un hombre. En las cartas a los *Efesios* y a los *Colosenses* se lee:

> "Nuestra lucha no es contra adversarios de carne y hueso, sino contra los *poderes*, contra las *potestades*, contra *los que dominan este mundo* de tinieblas, contra los espíritus del mal, que tienen su morada en las alturas" (Ef 6,12).

> Cristo "es imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, *tronos, dominaciones, poderes, potestades:* todo fue creado por él y para él" (Co 1,15s),

En Ef 6,12 los *poderes* y las *potestades* parecen ser espíritus malignos. En Co 1,16, por el contrario, son seres invisibles, creados por Cristo y para Cristo. En Rm 8,38 los *poderes* parecen ser espíritus buenos cercanos a los *ángeles*:

> "Ni la muerte ni la vida, ni los *ángeles* ni los *poderes*, ni lo presente ni las fuerzas… ni otra criatura alguna podrá separarme del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro" (Rm 8,38).

La tentación de poner a Cristo por debajo de los ángeles también se ha hecho sentir en una comunidad integrada mayoritariamente por cristianos de origen judío. El autor de la carta a los *Hebreos* argumenta contra ellos acumulando citas de los Salmos:

> "¿A qué ángel dijo [Dios] alguna vez: "Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy" y también: "Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo?"… ¿Y a qué ángel dijo alguna vez: "Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies"? ¿Es que no son todos ellos espíritus servidores con la misión de asistir a los que han de heredar la salvación?" (Hb 1,5-14).

## 9. Los ángeles caídos

En el Nuevo Testamento hay dos textos mayores sobre un pecado de algunos ángeles, creados buenos por Dios, pero que "no creyeron a Dios" y se convirtieron en los adversarios no sólo de Dios sino también de los hombres. La carta de *Judas* dice:

> "Quiero recordarles que el Señor… mantiene bajo el poder de la tiniebla perpetuamente encadenados, en espera del gran del juicio, a los ángeles que no supieron conservar su dignidad y renunciaron a lo que era su propia morada". Y un poco más adelante añade: "ni siquiera el arcángel Miguel cuando discutía con el diablo disputándose el cuerpo de Moisés se atrevió a decir algo injurioso" (Judas 6 y 9).

San Miguel es el protagonista de una batalla entablada en el cielo contra un dragón que quería devorar al hijo de una mujer a punto de dar a luz:

> "Se estableció entonces en el cielo una batalla: Miguel y sus ángeles entablaron un combate contra el Dragón. Lucharon encarnizadamente el Dragón y sus ángeles, pero fueron derrotados y los arrojaron del cielo para siempre. Y el gran Dragón, que es la antigua serpiente, que tiene por nombre Diablo y Satanás y anda seduciendo a todo el mundo, fue arrojado a la tierra junto con sus ángeles (…) Irritado el Dragón por su fracaso con la mujer se fue a hacer la guerra al resto de su descendencia, a los que observan los mandamiento de Dios y dan testimonio de Jesús". (Ap 12,7-9s.13-18).

¿Cuándo se dio esta batalla? ¿Antes de que Eva existiera, puesto que la serpiente antigua ya se paseaba por el paraíso antes del pecado original? ¿Antes de la encarnación del Hijo de Dios? No hay que pedir muchas precisiones cronológicas a un escrito apocalíptico.

Este Dragón dio a la primera bestia (el emperador romano Domiciano) su fuerza, su trono y un poder inmenso para perseguir a los creyentes (Ap 13,2). El autor del *Apocalipsis* identifica al Dragón con la "antigua serpiente" que con sus palabras arrastró a Eva a la desobediencia (Gn 3,1), y con quien tentó a Jesús en el desierto (Mt 4,1.10). El Dragón ha sembrado de trampas y dificultades el camino de la Iglesia naciente (1Co 7:5, 2Co 2:1; 11,14; 12,2, etc.). Jesús lo llama "príncipe de los demonios" (Mt 9,13) y "príncipe de este mundo", al que él mismo "va a arrojar fuera" (Jn 12,31; 16,11). El príncipe de este mundo es "homicida desde el principio, mentiroso por naturaleza y padre de la mentira" (Jn 8,44).

Según Lc 4,6 Satanás afirma ante Jesús que él ha recibido la potestad y la gloria del reinado sobre el mundo grecorromano (el ) que él ofrece a Jesús si éste le adora, pero él nada dice de quién ha recibido esos poderes. El *Apocalipsis* subraya que "fue dado" a la primera bestia el poder hacer la guerra a los santos y vencerlos, pero sólo durante 42 meses (13,5-7). Finalmente "el Dragón, que es la serpiente antigua, el Diablo y Satanás, junto con la bestia y su profeta serán arrojados al estanque de fuego y de azufre, donde serán atormentados noche y día por los siglos de los siglos" (20,1-10).

Los únicos poderes que, con permiso de Dios, ejerce Satanás en la tierra sobre el hombre libre, son:

- *tentar*, pero Dios no permite que el hombre sea tentado por encima de sus fuerzas (cf. Mt 4,1 y paralelos; 1Co 7,5, Hb 2,14; 4,15, St 1,13s);
- *seducir*; Satanás es por antonomasia "el que seduce a todo el mundo" (cf. Ap 12,3; 13,7; 19,20; 20,10; 2Jn 7).

## *10. El mundo de los ángeles, un mundo diferente*

De lo dicho por la Biblia sobre los ángeles queda claro que ni son seres humanos ni tienen cuerpo, lo que deja entender que son inmateriales. Ahora bien, es imposible definir algo por lo que no es. Un ser real individual <u>*es*</u> una sola cosa y <u>*no es*</u> una infinidad de otras cosas.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* dice que son "criaturas puramente *espirituales*" (##330 y 350). Pero si ya es un problema el saber qué es la materia y su relación con la energía, si los físicos confiesan su ignorancia sobre lo que es exactamente algo tan evidente como la luz que alumbra al universo ¿cómo saber qué es un ser "espiritual"?

El diccionario da numerosas acepciones de la palabra "espíritu". Las tres primeras son: "1. En una persona, parte *inmaterial* de que dependen los sentimientos y las facultades intelectuales. 2. Alma de una persona muerta, 3. Ser *inmaterial* dotado de inteligencia. Según el catolicismo, los ángeles son espíritus celestes". *Espíritu* es una palabra que indica aire, soplo, aliento. Su raíz *spir* está en muchas palabras que tienen que ver con la re*spir*ación: a*spir*ar, in*spir*ar, e*xpir*ar, su*spir*ar, con*spir*ar. Ahora bien, el aire está lejos de ser algo inmaterial e invisible. El aire o es puro, o está enrarecido, o es irrespirable. Pertenece al reino de lo visible, no de lo invisible. Por consiguiente, responder que *espiritual* es lo mismo que

incorpóreo o *inmaterial* es decir nada, porque es una definición por *lo que no es*, en vez de definir *lo que es*. Un ser *es una* cosa, sólo una, y *no es* infinidad de otras cosas. Es preferible reconocer que nadie sabe con exactitud lo que es un *espíritu.*

Quienes tienen fe y admiten lo que dice la Palabra de Dios sobre la creación, no tienen más remedio que admitir la pluralidad de mundos reales distintos en el único universo real. Existe un mundo real observable y visible gracias al microscopio y al telescopio. Y hay otro mundo invisible, todavía peor conocido que el visible, pero igualmente real. Ambos mundos existen a la vez. Del mundo "invisible" hablan las cartas paulinas a los romanos y a los griegos de Colosas:

> "Él [Cristo] es imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, las visibles y las invisibles, tronos, dominaciones, principados, potestad, todo fue creado por él y para él, él existe con anterioridad a todo y todo tiene en él su consistencia" (Co 1,15s; cf. más arriba Rm 1:2).

Al escribir así Pablo tal vez no se dio ni cuenta de la seriedad y de la profundidad de lo que estaba afirmando. Existe un mundo al que todos los hombres están llamados a habitar para siempre, en compañía con Dios y sus ángeles, gracias a la resurrección de Cristo. Según Jesús:

> "los que son dignos de la vida futura, cuando los muertos resuciten no se casarán, y es que ya no pueden morir, pues son como los ángeles; son hijos de Dios porque han resucitado" (Lc 20,35s y paralelos).

¿Puede haber algún contacto entre los habitantes del mundo visible y del invisible? En principio es posible, porque ambos mundos fueron creados en el mismo universo y por el mismo Dios Padre todopoderoso. De hecho sí hay contactos. El místico, el que ora, el que recibe los sacramentos, el que invoca la intercesión de los santos, el que vive conforme a las bienaventuranzas, se traslada al mundo invisible, "el cielo", sin dejar de estar en el visible, y hasta pregusta algo de la felicidad de sus habitantes.

# 7

# CIENCIA Y FE

# EL ORIGEN DEL UNIVERSO. EL EVOLUCIONISMO

En el capítulo anterior ha sido expuesta la enseñanza de la Biblia sobre el origen del universo y del hombre, enseñanza reconocida como verdadera por la Iglesia. ¿Coincide esta enseñanza con lo que dice la Astronomía, la Física y la Biología de hoy sobre los mismos temas? ¿Son enseñanzas dispares y contradictorias, o responden a dos enfoques legítimos de la misma realidad, con métodos y resultados muy distintos pero que no se excluyen?

Las páginas siguientes intentan mostrar que los datos de la Biblia son conciliables con los descubrimientos de la ciencia moderna. En lo que se refiere a la ciencia moderna el autor de estas páginas tratará de resumir lo que el profesor Agustín Udías, sacerdote jesuita, catedrático de Geofísica en la Universidad Complutense de Madrid, expone en su libro *El universo, la ciencia y Dios* (Colección Cauce), Madrid, PPC 2001, especialmente el capítulo 3, pág. 45-71.

## 1. El origen del universo

El diccionario define así el término *universo*: "conjunto de todo lo creado o existente". Esta definición no es del todo exacta, porque Dios existe con una "existencia trascendental", como diría Karl Rahner. Es decir, Dios existe y confiere la existencia a todos los seres creados, pero él no es un ser más del universo, que se sumaría a los demás seres.

Aquí se entiende por *universo* el conjunto de TODO lo que existe fuera de Dios, sea visible o invisible para los hombres. Por *mundo* se entiende un conjunto de seres al interior del universo dotados de una cierta homogeneidad. Se puede así hablar de un mundo observable y de otro no observable, del mundo del arte o del mundo del deporte, etc. Jesús admitió la existencia de dos mundos diferentes cuando dijo: "ustedes son de este mundo, yo no soy de este mundo" (Jn 8,23). ¿Sugieren estas palabras que hay dos mundos diferentes dentro del mismo universo, o dos universos diferentes?

La idea de que el universo tuvo un origen empieza a perfilarse entre los científicos a comienzos del siglo XX. Esta teoría se apoyaba en la solución de unas ecuaciones de la teoría general de la relatividad, solución hecha pública por Einstein en 1916. En 1948 G. Gamow lanzó la idea, como un modelo teórico, de que el universo había tenido su origen en un punto del espacio y del tiempo hace unos 15.000 millones de años. El avance en los métodos y en los instrumentos astronómicos fue confirmando experimentalmente la teoría de que el universo entero estuvo concentrado en un solo punto e hizo una "gran explosión" (Big-Bang). A partir de este momento la materia fue expandiéndose hasta llegar a ser una esfera que tiene hoy un diámetro de 1 km seguido de 23 ceros. Este modelo recibe el nombre de "modelo estándar".

Con el Big-Bang nace el espacio y el tiempo. "Puede uno preguntarse si podemos plantearnos qué sucedía antes de ese momento. Desde el punto de vista de la cosmología física, la pregunta no es correcta: el universo constituye, en sí mismo, un espacio-tiempo continuo, contiene el espacio y el tiempo pero no está localizado en él. Por lo tanto, no tiene sentido hablar de un tiempo anterior al origen del universo, que es a la vez el origen del tiempo" (*Udías*, pág. 55). La certeza de que el universo tuvo un principio excluye la idea de Aristóteles de que el universo es eterno.

En cuanto al futuro del universo caben dos alternativas, según los físicos: la expansión indefinida o la implosión. Algunos astrónomos se preguntan si puede llegar un momento en que la expansión se revierta y comience un proceso de implosión, es decir, de contracción y de repliegue hacia dentro de la materia que constituye el universo, hasta llegar a concentrarse de nuevo en un punto, y vuelta a empezar con otro Big-Bang. De momento el universo sigue en expansión. Udías reconoce que "sólo conocemos la parte del proceso desde su inicio hasta hoy, y extrapolar lo que sucederá en el futuro es muy arriesgado, porque nos faltan todavía muchos datos" (pág. 56).

El tema del futuro del universo según la Sagrada Escritura será tratado más adelante, al reflexionar sobre el artículo del Credo que dice: "creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna". Baste por ahora citar aquí unas oscuras palabras de san Pablo:

> "la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La *creación*, en efecto, fue sometida a la caducidad no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la esclavitud de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la *creación* entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu" (Rm 8,19-23).

El término griego *ktísis* significa "creación" o "criatura" en todos los lugares de la carta a los *Romanos* en que aparece (1,20.25; 8,19-22.39).

Respecto a la materia que contiene el universo, sólo es observable la que emite luz, pero hay indicios de que también existe otra "materia oscura", que puede constituir hasta el 90% de toda la materia (cf. *Udías 55)*.

Surge una pregunta: ¿no habrá tenido lugar por ahí, quien sabe dónde, otra Gran Explosión, o muchas otras? Esta hipótesis de la pluralidad de los universos no puede ser afirmada, porque los hombres, encerrados en su universo, no pueden observar a otros universos fuera del suyo. Por el mero hecho de observar a otro universo, éste ya entraría a formar parte del universo de quienes lo observan (cf. *Udías* pág. 52).

## 2. La evolución del universo

La teoría de la evolución del universo es posterior a la de la evolución de las especies, expuesta por Darwin en 1859. Entre 1927 y 1933 un grupo de físicos, basándose en la teoría de la relatividad de Einstein, propusieron un modelo de universo en evolución. Observaciones astronómicas posteriores vinieron a confirmar el carácter evolutivo del

universo, hecho que es fundamental en el modelo del Big-Bang. A propósito de esta evolución escribe Udías (pág. 57-58):

"De acuerdo con la teoría del Big-Bang, generalmente admitida hoy, el universo comenzó con toda su masa concentrada en un punto del espacio y del tiempo, con dimensiones por debajo de $10^{-30}$ cm, a una temperatura que pudo llegar a $10^{30}$ grados Kelvin, hace unos 15.000 millones de años, y se ido expandiendo y enfriando hasta nuestros días. Respecto al tiempo los físicos sólo pueden hablar de $10^{-45}$ de segundo después del instante inicial. Antes de ese tiempo nada hay cierto y sólo hay conjeturas. A partir de ese momento conocemos, con mayor o menor detalle, cuáles han sido las etapas de su evolución. Al principio materia y energía estaban acopladas (...) En las primeras fracciones del primer segundo, el tamaño del universo aumentó rapidísimamente, de forma que al final del primer minuto ya tenía un radio de varios kilómetros (…) Las galaxias primitivas se empezaron a formar unos 100 millones de años después del Big-Bang y nuestra galaxia, de la que el Sol es sólo una estrella, se formó 1.000 millones de años después. La Tierra se formó con los demás planetas del sistema solar hace 4.000 millones de años. En su superficie la vida empezó poco después y ha ido evolucionando desde los seres vivos más simples, como las bacterias, hasta los más complejos, como los mamíferos, y la aparición del hombre. Desde un punto de vista global, la evolución de las especies biológicas es, por tanto, una parte del movimiento evolutivo general, que abarca la dinámica de todo el universo".

Unas líneas más abajo comenta Udías: "La cosmología puede hablar del origen físico del universo, pero no puede afirmar ni negar el hecho mismo de la creación, que se plantea a otro nivel. Por otro lado, la fe en la creación no limita en ningún modo los esfuerzos de la ciencia por entender la estructura, evolución y origen físico del universo. Aunque la imagen del universo fuera autocontenido en su descripción física, seguiría necesitando una explicación para su existencia. La afirmación de Dios creador es la respuesta al sentido de la existencia misma del universo y no una hipótesis cosmológica" (pág. 58).

## 3. *El origen de la vida*

Hace unos 4.000 millones de años el planeta Tierra estaba ya formado, pero carecía totalmente de vida. Su superficie era tan desértica como lo es hoy la de Marte. Darwin demostró en 1859 que la evolución de las especies, es decir la evolución de los seres vivos, era un hecho. A partir de este hecho los científicos comenzaron a preguntarse por el origen de la vida en la Tierra. ¿Puede ser la vida un resultado de la evolución del planeta Tierra? ¿Puede ser la vida efecto de la combinación de algunos elementos químicos, en situaciones especiales de radiación solar y de humedad? (Cf. *Udías* 58-62).

El químico ruso Alexander I. Oparin en 1924, el inglés John B. S. Haldane en 1929 y los Prof. Harold C. Urey y Stanley L. Miller, de la Universidad de Chicago, realizaron en 1952 los primeros experimentos encaminados a producir vida en laboratorio. Udías escribe: "Estos experimentos se han continuado, lográndose aumentar la complejidad de las moléculas producidas. Aunque no se ha logrado todavía producir una célula viva en el laboratorio, sí se han llegado a formar compuestos orgánicos complejos, que forman el estadio previo a ella. Estos estudios demuestran, por lo menos, la posibilidad de la

formación de la vida sobre la Tierra a partir de la combinación de compuestos químicos no orgánicos bajo ciertas condiciones" (pág. 59).

La evolución de la Tierra fue relativamente lenta hasta que hubo vida en ella. Los primeros animales y las plantas aparecieron hace 700 millones años; los vertebrados y las plantas terrestres, hace 500 millones; los mamíferos hace 150 millones y el hombre hace apenas 2 millones de años. A partir de este momento la vida ha evolucionado más rápidamente en un proceso irregular, con cambios radicales en el medio ambiente, que han conducido a la desaparición de parte importante de los seres vivos, como los dinosaurios. "Aunque los detalles del mecanismo concreto de los cambios evolutivos no son todavía del todo conocidos, el hecho mismo de la evolución no puede hoy ponerse en duda" (*Udías* pág. 61).

La investigación científica no es una intromisión en la obra creadora de Dios. "El avance del conocimiento científico nos ha desvelado la maravillosa obra de la creación, vista a través del tiempo en su evolución… La ciencia, lejos de disminuir nuestra admiración ante el misterio de la vida en la tierra, nos hace descubrir nuevas perspectivas que la aumentan. Lo importante es que sepamos contemplar el misterio de la vida en la tierra, del que nosotros mismos formamos parte, como una historia que nos hermana a los demás seres vivos y nos entronca con las potencialidades de la materia. El mismo relato bíblico nos dice que Dios creó al hombre del barro de la tierra. Aunque la ciencia misma no pueda ver en el proceso que conduce desde el origen de las primeras células vivas hasta la aparición del hombre ninguna finalidad ni diseño, la fe sí puede contemplar en él el desarrollo de la obra creadora de Dios. Desde estas nuevas perspectivas podemos nosotros seguir leyendo con admiración el primer capítulo del Génesis" (*Udías* pág. 61-62).

## 4. Los avatares de la evolución

El *evolucionismo* se convirtió en un ariete contra la fe en un Dios creador, desde que en 1859 Charles Darwin dio sólidas razones para aceptar que en la Tierra los seres vivos han evolucionado a lo largo de los siglos. En el campo católico encontró una decidida oposición el admitir que el cuerpo humano fuera el último eslabón de un proceso evolutivo que pasaba por los primates. Los científicos continuaron su trabajo, haciendo caso omiso de los teólogos. Es de notar que Darwin creía en la existencia de Dios

El jesuita francés Pierre Teilhard de Chardin, paleontólogo y agudo pensador (1881-1955), tuvo el mérito de estudiar el tema de la evolución con la competencia de un sabio, con la fe de un creyente convencido y con la sumisión a la Santa Sede de un buen hijo de San Ignacio. Sus libros de carácter teológico o filosófico no fueron publicados hasta después de su muerte. Su pensamiento fue objeto tanto de una viva oposición como de un interés creciente. Las últimas dudas sobre su ortodoxia fueron disipadas por el futuro cardenal Henri de Lubac, jesuita, en 1962, por Pablo VI en 1966, y por el cardenal Josef Ratzinger, que en 1987 reconoció el influjo de Teilhard de Chardin en la redacción de la constitución *Gaudium el Spes*. Ya como Benedicto XVI, él lo elogió en unas palabras pronunciadas en la catedral de Aosta el 24 junio de 2009.

El pensamiento de Teilhard de Chardin es original y vigoroso, coherente y verosímil, pero hay en él mucho de intuitivo, no suficientemente probado. En todo caso, es un pensamiento que se mantiene dentro de la ortodoxia católica. Él no pudo gozar en vida de los

beneficios de una discusión abierta con sus pares. Interesa destacar aquí sólo dos puntos importantes de su pensamiento:

- El principio de complejidad-conciencia: la evolución, por lo menos la de los seres vivos, implica que a mayor complejidad de las estructuras materiales corresponden niveles superiores de conciencia.

- La meta de la evolución: la evolución tiende hacia un término, que recibe el nombre de punto Omega.

## 5. *El principio de complejidad-conciencia*

Udías resume así el pensamiento de Teilhard de Chardin en este punto: "Ya en la materia primitiva se encuentra la presencia potencial de la vida y de la conciencia. Para él la materia, además del exterior conocido por la ciencia, tiene un interior que determina su evolución hacia una mayor complejidad y conciencia, cuyo último resultado es el hombre. Esta interioridad de la materia se encuentra de forma muy primitiva ya en la materia inerte y crece a medida que crece la complejidad material, para alcanzar su mayor grado en la actividad consciente del hombre. No es éste el final del proceso, sino que a través del hombre, ser consciente, la materia se orienta hacia su convergencia final hacia Dios" (*Udías* pág. 50-51).

En efecto, en los seres vivos es evidente que cuanto más complejo es el sistema nervioso de un animal y mayor su cerebro, tanto mayor es su capacidad para conocer su entorno y actuar en él. El cerebro de los mamíferos es proporcionalmente mayor que el de los peces o de las aves. Entre los mamíferos es el hombre quien tiene el cerebro más grande.

Cuando se trata de la materia inerte no se puede hablar del tamaño del cerebro, pero también existen formas notables de conocer y de querer ¿Quién dice a un átomo con dos electrones en su órbita, que cerca de él hay otro átomo que busca completar la suya con los dos electrones que le faltan? ¿Qué les empuja a unirse? ¿Por qué un antibiótico detecta en una madeja de células diferentes, a la bacteria a la que debe atacar, y la ataca? Los experimentos de laboratorio y las consiguientes fórmulas permiten controlar esas maneras de comportarse y hacen posible que el hombre se aproveche del átomo o del fármaco para su utilidad. Se descubren ciertas constantes en el actuar de los seres materiales, vivos o no, y hasta se las explica por el efecto de la acción sobre ellos de un agente exterior, pero no se toca el fondo.

¿Qué es eso invisible que hay en el fondo profundo de las cosas materiales, que las hace ser como son y las empuja a actuar como actúan? Aristóteles respondería sin dudarlo: es la "forma sustancial". El filósofo griego intuyó que los seres materiales necesitan tener en sí algo irreductible a la materia, para existir siendo lo que son. El término "forma" (*morfé*) no es un término familiar a los autores de la Biblia. Aparece sólo en *Flp* 2,6-7, dos veces. Este texto es muy importante para la Cristología y será analizado más adelante.

San Agustín no pudo hacerse las preguntas formuladas en el párrafo anterior, pero sin pretenderlo les dio una conmovedora respuesta: "¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva! Y he aquí que tú estabas dentro y yo fuera y ahí te buscaba y, deforme como era, me lanzaba sobre esas cosas hermosas que tú hiciste. Estabas conmigo y yo no estaba contigo.

Me retenían alejado de ti aquellas cosas que si en ti no existieran, no existirían" (*quae si in te non essent, non essent*. Confesiones X,27,38).

Las palabras de san Agustín parecen haber inspirado al autor del himno de laudes, esquema II del tiempo ordinario, de la *Liturgia de las Horas*:

"Se espesa la abundancia del mundo a mediodía
y estás de corazón en cada cosa.
No hay brisa si no alientas, monte si no estás dentro,
ni soledad en que no te hagas fuerte".

La exclamación agustiniana corre el peligro de ser mal entendida y conducir al animismo o al panteísmo. Algunos, maravillados de la magnitud y de la belleza del universo, han llegado a creer que él todo entero está penetrado y animado por una fuerza, en la que reconocen al único Dios. Dios es el Todo, y todo es Dios.

Es la Palabra misma de Dios la que corrige estos malentendidos. Ella revela que quien ha creado el universo es un ser personal, un Yo capaz de dialogar con los hombres y de amarlos. Dios es Padre y tiene un Hijo que en un momento de la historia, sin dejar de existir en calidad de Dios, llegó a existir en calidad de verdadero hombre y, viviendo como tal, dio a conocer al que es no sólo Padre suyo, sino también Padre de quienes por la fe nacen de él (Jn 1:12-13.18).

## 6. *El punto Omega*

Alfa es la primera letra del alfabeto griego y Omega la última. En la visión inicial del *Apocalipsis*, el Señor se presenta diciendo "yo soy el Alfa y el Omega". Casi al final del libro precisa el sentido de esta frase diciendo: "yo soy el Alfa y el Omega, el Principio y el Fin" (Ap 1,8; 21,6).

Según Teilhard de Chardin el punto Omega es la meta final hacia la que tiende toda la evolución. Es un punto "trascendente", se entiende que fuera del universo, que se identifica con el Cristo cósmico. No se trata de hacer aquí un estudio acabado del pensamiento de Teilhard, y menos aún de criticarlo, pero sí es oportuno compartir algunas reflexiones.

El autor es lúcido y profundo cuando habla del pasado. Es un gran investigador que saca conclusiones muy sugestivas de sus estudios de paleontología. Las cosas cambian cuando él vuelve la mirada hacia el futuro y deja en libertad al poeta que lleva dentro. Es significativo el final del quizá más importante de sus libros, "El fenómeno humano", escrito en 1938 y publicado pocos meses después de su muerte, en 1955. Teilhard piensa que la evolución de la humanidad ha llegado a formar una "biosfera" (capa viviente) que envuelve a la Tierra y anuncia para más adelante un salto a la "noosfera" (esfera pensante). En este nuevo estadio de la evolución reinará la paz, la libertad y la armonía entre todos los hombres. Llegado a este punto Teilhard se pregunta: ¿pueden los hombres emigrar de la Tierra e instalarse alguna vez en otros planetas? Su respuesta es negativa: no pueden.

Esta convicción de Teilhard obedece a un prejuicio que no se encuentra avalado por la ciencia ni por la Biblia y que, por esto, pone en tela de juicio lo que él dice sobre el

futuro de la humanidad. En la actualidad no caben seguridades respecto al alcance de los viajes del hombre fuera de la Tierra. Los tiempos y los espacios de Dios son enormes. El hombre lleva apenas 2 millones de años habitando en un planeta insignificante. ¿Qué futuro prepara Dios para su criatura preferida? ¿Será la Tierra dentro de 15.000 millones de años una enorme bola de hierro frío, perdida en los espacios siderales, como temen algunos físicos? ¿No estará el hombre destinado a alabar a Dios desde otros planetas, desde otros mundos? La ciencia y la imaginación son incapaces de dar hoy una respuesta a estas preguntas.

Las palabras de san Pablo sobre "este siglo (*aiov*) y el venidero", así como la afirmación de que Jesucristo tiene la primacía sobre "los seres de la tierra y de los cielos" (Ef 1,3-33, Col 1,13-21) contienen aseveraciones que caen fuera del ámbito propio de la ciencia. Su exégesis es difícil para los biblistas y ninguna interpretación es doctrina oficial de la Iglesia.

## *7. Una evolución dirigida. El principio antrópico fuerte*

El tema del origen del universo se prolonga con el de la evolución. Para un creyente, el universo tuvo su origen en alguien fuera de él mismo, alguien que no es uno más de los seres que lo pueblan, sino que trasciende a todos ellos. San Pablo lo designa con una expresión genial: Dios es "el que llama a lo no existente como existente" (Rm 4,17). Quien llamó al universo con la fuerza de su Palabra ¿le dio también las leyes que dirigen su evolución y el fin hacia el que evoluciona?

La evolución es como un ciprés, valga la comparación, que comienza a crecer a partir de una pequeña semilla. Al cabo de un cierto tiempo asoma en el suelo un pequeño tronco, del que comienzan a salir ramas por los lados. En lo más alto del tronco hay una como punta de lanza, que orienta su crecimiento hacia arriba. El ciprés crece derecho, echando ramas por los lados. Las ramas crecen horizontalmente y echan a su vez más ramas y muchas hojas. La punta del ciprés sigue enhiesta empujando hacia arriba a un tronco cada vez más grueso y más lleno de ramas y de hojas.

El universo comienza su desarrollo siendo una realidad diminuta, llena de una potencia incalculable. Un instante después de la Gran Explosión esta realidad comienza un desarrollo, una evolución pertrechada de una punta que la guiará inexorablemente hacia alguna parte, siguiendo un plan que parece prefijado. La materia y la energía, antes acopladas, empiezan a separarse; se forman los primeros núcleos de hidrógeno y de helio; el tamaño del universo aumenta a pasos agigantados mientras las temperaturas van disminuyendo. Empiezan a formarse las galaxias primitivas, las estrellas, los planetas, la Tierra. En la Tierra, a su vez, se da un proceso evolutivo que va desde la materia inanimada hasta los seres vivos y, entre los seres vivos, desde las bacterias más simples hasta el hombre, pasando por los mamíferos y las demás especies inferiores.

En esta especie de árbol de la evolución se constatan hechos que plantean algunos interrogantes. La guía que dirige la evolución da un paso adelante, pero lo que existía desde el paso anterior sigue existiendo sin evolucionar. No todos los peces evolucionaron y se convirtieron en anfibios, ni todos los anfibios se convirtieron en aves.

Quedó mucho helio y mucho hidrógeno, que no se asociaron. Las galaxias no evolucionaron todas a la vez ni de la misma manera. ¿Cuánta materia queda fuera de ellas? Una entre las muchas galaxias que existen es la Vía Láctea. Entre las incalculables estrellas que la integran hay una modesta estrella, el Sol, y entre los planetas que se formaron a su alrededor, hay uno bien especial, la Tierra. En este planeta la punta de la evolución empujó la vida desde la bacteria hasta el hombre, en quien aparece la racionalidad.

Otra pregunta. En un estadio de la evolución, por ejemplo en una galaxia en formación, o bien en la Tierra, al dar el salto de la materia inanimada a la vida consciente ¿se bifurcó la guía de la evolución? ¿Hubo en otra galaxia alejada de la Vía Láctea alguna estrella que fuera dirigida en su evolución como lo fue el Sol? Estadísticamente hablando parece lógico que haya en el universo numerosos planetas semejantes a la Tierra.

Siguen las preguntas. El avance de la evolución parece diseñado para que sea posible en un momento dado la eclosión de la vida. "Todo esto lleva a algunos autores a hablar de que el universo está desde su origen delicadamente afinado para producir una vida inteligente miles de millones después [del Big-Bang]. La interpretación de esta situación varía de unos autores a otros. Se suele llamar 'principio antrópico débil' [*ánthropos* significa *hombre*] a la simple constatación de que si el universo hubiera sido distinto en una proporción pequeñísima a lo que realmente es, la vida y la conciencia no habría podido aparecer sobre la Tierra en el tiempo y la forma en que lo han hecho (…) Por otra parte se suele llamar 'principio antrópico fuerte' al que implica una verdadera finalidad, es decir, cuando éste significa que el universo desde el principio estaba orientado hacia la aparición en él de la vida inteligente (…) La finalidad y el posible diseño en la evolución del universo, que implica la explicación del principio antrópico fuerte, entra en el campo de la reflexión filosófica sobre los resultados de la ciencia o de las concepciones religiosas de la creación. Es éste uno de los problemas que se plantean a la ciencia, pero a los que la ciencia misma no puede dar respuesta. Negar la pregunta misma sería absolutizar el conocimiento científico" (*Udías* pág. 70).

## *8. De la Física a la Metafísica*

Un universo que evoluciona de una manera tan coherente y segura obliga a dar un salto desde la Física a la Metafísica. No queda más remedio que preguntarse: ¿quién dirige al universo desde fuera de él? Las respuestas posibles a este interrogante son tres: 1) es el azar quien dirige la evolución; 2) es un ser llamado Dios, sea cual sea la imagen que cada uno se haga de sus relaciones con el ser humano; 3) no hay respuesta, porque no hay pregunta. Las tres respuestas dadas a la pregunta propuesta tienen un rasgo común, las tres implican un acto de fe:

1) Hay quienes sostienen que el AZAR pudo hacer algo tan grande y tan hermoso como el universo. Quien así piensa tiene una fe descomunal en una casualidad imposible. Es enorme el número de variables posibles en la constitución del universo. Es imposible hacer un cálculo combinatorio de todas ellas. Está fuera de lo razonable el decir que el universo es fruto del azar.

2) También hace un acto de fe quien admite que es Dios quien ha creado y quien dirige el universo. Los argumentos a favor de la existencia de Dios son contundentes, pero dejan abierta la posibilidad de que el hombre no crea que el mundo es obra de un Creador.

Dios no apabulla a nadie. Él quiere que el hombre escoja libremente entre creer y no creer. El creer no impide que los creyentes de confesiones religiosas distintas tengan ideas diferentes sobre Dios. Pueden verlo como un Soberano arbitrario y desinteresado del mundo y de los hombres, o como un Ser amable y misericordioso, que castiga a los malos y premia a los buenos, etc. En todos los casos se admite la existencia de un Ser Supremo poderosísimo, tanto, que algunos preferirían que no existiera.

3) También hay quienes se desinteresan del tema del origen y la evolución del universo. Ni se preguntan cuál es su origen ni cuál su destino; no les preocupa. Sólo creen en sí mismos y en lo que alcanzan a percibir con su razón. Ellos deciden libremente lo que desean hacer con su vida, sin dar cuentas a nadie. Después… ¿Qué importa lo que pueda venir después de la muerte?

A propósito de esta actitud escribe el profesor Udías: "Desde el punto de vista físico, se puede decir que el origen del universo es un suceso sin tiempo, ya que ese tiempo debería situarse fuera del universo, lo que no tiene ningún sentido. Para algunos físicos, como Stephen Hawking, la respuesta al origen del universo es que el universo simplemente es. Así, afirma que 'si el universo es realmente autocontenido [*sic*], si no tiene ninguna frontera o borde, no tendría ni principio ni final: simplemente sería'" (pág. 56).

Al pensar en la magnitud del universo parece increíble que su Creador se acerque a cada ser humano, aparentemente tan poca cosa, a cada mujer y a cada varón, uno por uno, a lo largo de los siglos, y los conozca y los cuide uno por uno. Sin embargo, lo único que el hombre puede creer razonablemente del Creador es su cercanía a sus criaturas. Si Dios no estuviera cerca de cada una ellas, de cada varón y de cada mujer, no existirían. Pero existen, porque Dios es el Creador del cielo y de la Tierra.

El *hecho* de que Dios sea el Creador del universo es la realidad que explica la existencia de todas las demás realidades. Afirmar que Dios es el Creador todopoderoso de todo lo visible y lo invisible, es el primer acto de fe y el que da su fundamento a todos los actos de fe que el hombre pueda hacer después.

## 9. Ciencia y Fe, dos caminos en armonía para conocer una realidad

Los modernos descubrimientos hechos por el hombre en los terrenos de la arqueología, de la historia antigua, de la física, de la cosmología, de la biología, de la psicología, de la sociología, de la lingüística, han dado origen a penosas descalificaciones mutuas entre científicos y teólogos, incluso entre teólogos y teólogos. Galileo, Newton, Darwin y Einstein, entre otros muchos científicos, han contribuido eficazmente a que los cristianos puedan entender cada vez mejor lo que les dice la Palabra de Dios, consignada en la Biblia para la salvación de los hombres.

No sin plantear dificultades, los descubrimientos científicos han sido un acicate para que los pastores del Pueblo de Dios, que es la Iglesia, abandonaran certezas que, sólo por ser antiguas, eran tenidas por verdades indiscutibles. Los teólogos han avanzado por el camino de la humildad, de la prudencia, del respeto a los científicos, de la seriedad en sus investigaciones y, en definitiva, de la fidelidad al Espíritu Santo.

Los científicos, por su parte, se han vuelto más modestos y más conscientes de que las ciencias basadas en la experiencia y la tecnología de ellas derivada, no tienen la última palabra sobre el valor y el sentido de la vida humana y del universo. No necesitan que alguien les recuerde que los logros de la ciencia son transitorios y perfectibles, y con frecuencia ambivalentes.

El concilio Vaticano II dedicó el capítulo IV de la parte I, a la "La misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo" de la constitución pastoral *Gaudium et spes*, el más largo de los documentos del concilio y el último en ser aprobado, el 7 de diciembre de 1965. El capítulo IV tiene 6 números (40-45). Después del número introductorio, los números 41-43 tratan de la ayuda que la Iglesia puede prestar a cada hombre, a la sociedad humana y al dinamismo humano. El último número, el 45, tiene un título y un contenido que hace pensar en Teilhard de Chardin: "Cristo, alfa y omega".

El número 44 reconoce la "ayuda que la Iglesia recibe del mundo moderno". Es un hermoso texto del que sólo se destacan aquí algunas frases del primer párrafo:

> "La experiencia del pasado, el progreso científico, los tesoros escondidos en las diversas culturas, permiten conocer más a fondo la naturaleza humana, abren nuevos caminos para la verdad y aprovechan también a la Iglesia (…) La Iglesia necesita de modo muy peculiar de quienes, por vivir en el mundo, sean o no sean creyentes, conocen a fondo las diversas instituciones y disciplinas y comprenden con claridad la razón íntima de todas ellas".

Apenas dos años después de la clausura del concilio el papa Pablo VI escribía:

> "Algunos creerán utópicas tales esperanzas [en un mundo mejor]. Tal vez no sea consistente su realismo y tal vez no hayan percibido el dinamismo de un mundo que quiere vivir más fraternalmente y que, a pesar de sus ignorancias, sus errores, sus pecados, sus recaídas en la barbarie y sus alejados extravíos fuera del camino de la salvación, se acerca lentamente, aun sin darse de ello cuenta, hacia su Creador" (*Populorum progressio*, 1967, n° 79).

# 8.

# PECADO Y PROMESA DE SALVACIÓN

El Credo de los Apóstoles salta bruscamente desde la profesión de fe en Dios Padre Creador del cielo y de la tierra, a la profesión de fe en que Jesucristo es su único Hijo. Pareciera que entre el momento de la creación del hombre hasta el nacimiento de Jesús nada haya ocurrido en el universo que merezca la pena recordar.

Sin embargo no fue así. Después de la creación del hombre sucedió algo inesperado y terrible: el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, desconfió de la bondad y de la sabiduría de su Creador. El hombre usó mal de su libertad desobedeciendo y abrió así las compuertas del mundo al pecado. La historia de la humanidad a partir de este momento hubiera sido la historia del pecado y de la muerte, sin la intervención del Padre, que transformó esa historia en una historia de la salvación. El pecado tuvo consecuencias devastadoras para Adán y sus descendientes, pero apenas cometido el pecado, Dios Padre prometió un salvador.

Después de un primer relato de la creación, el Credo de los Apóstoles calla sobre el pecado cometido por Adán y Eva en los orígenes de la humanidad. Sin embargo, todo lo que el resto del Credo propone a la fe de los creyentes tiene una estrecha relación con la victoria de Dios sobre el pecado y sus consecuencias. Por eso es importante la información sobre el pecado, que ofrece el segundo relato de la creación (Gn 2,4b-25).

## *1. Un poco de historia. Cómo se articulan ambos relatos de la creación.*

El autor del *Génesis* ha recogido dos relatos sobre el origen del universo. El primero es solemne y hierático (1,1-2,4a). Según este relato, la culminación de la creación del universo es la creación del hombre, a quien Dios confía el cuidado de su obra; hecho esto, él descansa. El relato termina con un estribillo, que se repite más adelante varias veces: "*ésta es la genealogía"* del cielo y la tierra, de Adán, de Noé, de Sem (cf. Gn 2,4a; 5,1; 10,1; 11,10). El autor del *Génesis* recoge su narración en estos casos de una *fuente* o *documento* llamado *sacerdotal*, que se remonta al siglo VI a.C.

El segundo relato va de 2,4b a 4,26. Es muy distinto del primero por su estilo y su contenido, aunque también trate de la creación del mundo y del hombre. Este segundo relato procede de una fuente de información llamada por los biblistas *fuente* o *documento yahvista*, que fue puesto por escrito entre los siglos IX-VIII a.C. El redactor final del *Génesis* incluyó este segundo relato, de origen *yahvista*, interrumpiendo la *fuente sacerdotal* para volver muy pronto a ésta (5:1ss). Esto invita a preguntarse: ¿por qué un autor del siglo V unió ambas fuentes en un relato continuo y bien articulado? Los capítulos 6 y 7 de este libro han girado en torno al relato de origen *sacerdotal*. Es el momento de averiguar también qué novedades aporta el relato de origen *yahvista* al conjunto de la narración.

El año 539 a.C. Ciro, rey de Persia, entró victorioso con su ejército en Babilonia. Supo gobernar a su inmenso imperio con moderación. Permitió a los pueblos deportados por los caldeos el regreso a sus tierras, devolviendo sus ídolos a las ciudades liberadas del dominio de Babilonia, que había durado casi dos siglos.

El pueblo judío fue deportado desde Judea a Babilonia por Nabucodonosor, rey de los caldeos, en dos oleadas, en 598 y 582. Previamente, el año 587, el ejército caldeo había destruido el templo de Jerusalén y las murallas de la ciudad, que quedó reducida a un albergue para pastores y pobres campesinos. Algunos de los sobrevivientes consiguieron huir a Egipto. El pueblo judío sin un territorio propio, sin reyes, sin templo nacional, perdido hasta su idioma, estaba destinado a desaparecer de la historia.

No fue así. Los desterrados se aglutinaron en torno a sus libros sagrados, a sus profetas, a sus sacerdotes, a instituciones como el descanso sabático, la circuncisión y las normas sobre alimentos puros e impuros. Inventaron la sinagoga, lugar de reunión de la comunidad judía. En las sinagogas eran leídas cada semana las amenazas hechas por los profetas en nombre de Dios, que se habían cumplido con el destierro. Pero los asistentes escuchaban también que, si se cumplieron las amenazas, también iban a cumplirse las promesas de restauración, hechas por el mismo Dios, el Señor, que les había acompañado siempre desde que los sacó de Egipto. Oraban, se ayudaban mutuamente, contraían matrimonios entre sí. Y sobrevivieron. El año 538 Ciro dio un edicto que permitía a los judíos regresar a Jerusalén y reconstruir su templo. Entre los primeros repatriados, el libro de Esdras cita un buen número de sacerdotes y levitas (Esd 2,36-40). En la primavera de 537 se puso la primera piedra del segundo templo, que fue consagrado 22 años más tarde (Esd 1,17; 4,24-6,18).

Dos hombres contribuyeron eficazmente al casi milagro de la supervivencia del pueblo judío como tal: Ezequiel, un sacerdote profeta llegado joven a Babilonia con la primera oleada de desterrados, y un profeta anónimo, conocido como el Segundo Isaías, que ya pudo celebrar el retorno a la tierra prometida. Sus oráculos han sido recogidos en Is 40-55, capítulos que se conocen como *El libro de la consolación*.

Ezequiel comenzó su ministerio profético poco después de su llegada a Babilonia. Desde aquí predecirá la caída de Jerusalén, como castigo de los pecados de todos sus habitantes, comenzando por el rey y siguiendo por los sacerdotes y los falsos profetas. Cuando en 587 llegó a Babilonia la noticia de que Jerusalén había sido arrasada por los caldeos, las murallas demolidas y el templo saqueado e incendiado (2Re 25,8-10), Ezequiel cambiará radicalmente su discurso. Las amenazas se convertirán en palabras de aliento para los desterrados. Su ministerio va a durar hasta el 571 y será tal su confianza en el retorno a la patria, que él mismo trazará los planos del nuevo templo, que un día será edificado, y organizará su liturgia (Ez 40-48). Una de las visiones del profeta anuncia la resurrección del pueblo judío. Dios va a hacer de un montón de huesos calcinados una inmensa muchedumbre animada por su espíritu: “infundiré en ustedes mi espíritu y vivirán; los estableceré en su tierra y reconocerán que yo, el Señor, lo digo y lo hago” (Ez 37,1-14).

El Segundo Isaías saludará jubiloso el decreto de Ciro que permitía a los desterrados el regreso a Jerusalén, y animará a los que estaban dispuestos a emprender el camino de vuelta. El profeta funda su seguridad en la convicción de que ni los astros ni los ídolos babilónicos serán capaces de impedírselo, porque son nada. En cambio, el Señor, el

Dios único, tiene el poder incalculable que muestra su obra, la creación. El profeta proclama que en el Señor el poder de crear y el de salvar están estrechamente unidos. “Así dice el Señor, tu redentor, el que te formó en el seno materno: Yo soy el Señor que todo lo hizo. Yo solo desplegué el cielo y nadie me ayudó a tender la tierra. Yo soy quien frustra los presagios de los magos y desconcierta a los adivinos, quien hace retroceder a los sabios y convierte su ciencia en estupidez” (Is 44,24-25). “Así dice el Señor, el que creó el cielo, y es Dios, el que formó la tierra, la hizo y la afianzó. Él, que no la creó caótica, sino que la creó habitable. Yo soy el Señor y no hay otro” (Is 45,18). Aquí resuena el eco de las primeras palabras del *Génesis*.

Quien ensambló los documentos *sacerdotal* y *yahvista* debió ser un sacerdote con visión de profeta, formado en una escuela judía de Babilonia, que conocía los oráculos de Ezequiel y del Segundo Isaías, además de la cultura babilónica. Él habría vivido la aventura del retorno a Jerusalén, trabajando codo con codo junto a los pioneros. El redactor último del *Génesis*, al menos de los capítulos 1-11, había llegado a la convicción de que Dios, el Señor, era muy poderoso. Él había creado el universo y había visto que era bueno. El hombre era algo especial entre las demás criaturas, porque el Señor lo había creado a su imagen y semejanza. Lo había creado libre. Los astros seguían dócilmente sus órbitas y las plantas nunca dejaban de florecer en primavera. Todas las criaturas eran necesariamente dóciles al orden impuesto por el Señor, menos el hombre. Sólo éste era libre, sólo él podía obedecer o desobedecer al Señor.

Y contra todo lo predecible he aquí que el primer varón y la primera mujer desobedecieron a Dios desde el momento en que se sintieron independientes. Y con el primer pecado entró en el mundo la desconfianza mutua, la mentira, el odio, la guerra, la ambición, el orgullo, las caricaturas del auténtico amor sexual, las injusticias, el egoísmo. Sin embargo, Dios no se arrepintió de haber creado al hombre y buscó su salvación sin desanimarse nunca.

El redactor de Gn 1-11 aprendió todo esto reflexionando sobre la historia de la humanidad, especialmente la historia del pueblo judío. Sus convicciones sobre el mundo y el hombre no brotaron de consideraciones abstractas, sino de su experiencia de vivir entre los hombres y ser testigo del actuar constante de Dios con ellos. Por eso quiso interrumpir el bello relato de los orígenes para contar el doloroso drama que Adán y Eva vivieron en el paraíso. Era el paradigma de la historia de la humanidad: beneficios de Dios, pecado y, finalmente, misericordia del Señor, que perdona y salva.

## *2. El relato yahvista de la creación: el drama del paraíso (2,4b-3,24).*

### *Primer acto: la creación (Gn 2,4b-24)*

El autor resume toda la obra de la creación en una oración subordinada, con la que comienza su relato: "Cuando el Señor Dios hizo tierra y cielo, no había aún matorrales en la tierra, ni brotaba hierba del campo, porque el Señor Dios no había enviado lluvia a la tierra, ni había hombre que cultivase el campo y regara con el agua de un manantial la superficie del campo" (2:4b-6). El caos acuoso de la *fuente sacerdotal* es aquí un campo estéril, que necesita de alguien que lo riegue.

A partir de este momento avanza el hombre al proscenio. El Señor, alfarero, escultor y consumado cirujano, lo modeló de arcilla, pero le dotó, además, de una vida que lo distinguía de los demás seres vivos. Dios mismo, buen agricultor, plantó para él un huerto lleno de árboles hermosos cargados de frutos buenos para comer. Entre los árboles plantados destacaban dos ejemplares, importantes en el capítulo siguiente: el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal. El hombre fue encargado de guardar el huerto y cuidarlo en provecho propio, no en el del Señor. Al entregar el huerto a Adán, el Señor sólo le prohibió que comiera del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Si no obedecía, Adán moriría (2:7-17).

Sigue actuando Dios, que ahora se preocupa de dar una digna compañía a Adán, porque "no está bien que el hombre esté solo". Sin embargo, antes de dársela, el Señor modelará, también de arcilla, a todos los animales. El Señor encargará a Adán que les ponga un nombre, es decir, que los domine sin destruirlos. Todos ellos han sido hechos también por las manos de Dios y con la misma arcilla que Adán, con la diferencia de que el Señor sopló en la nariz del hombre. Por encargo del Señor, Adán les pondrá nombre, que es la señal de que los conoce y, por conocerlos, podrá dominarlos, poniéndolos a su servicio. Pero entre todos los animales Adán "no encontró una ayuda adecuada para él" (2:18-20).

El Señor, hábil cirujano además de alfarero y escultor, formó entonces a la mujer sacándola de un lugar muy cercano al corazón de hombre, profundamente dormido. Eva ha sido hecha con una materia prima más noble que la arcilla. Dios mismo se encargará de presentarla personalmente al sorprendido Adán. "Entonces éste exclamó: Ahora sí; ésta es hueso de mis huesos y carne de mi carne; por eso se llamará ‘mujer’, porque ha sido sacada del varón. Por esta razón deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer y se hacen una sola carne. Ambos estaban desnudos, el hombre y su mujer, pero no sentían vergüenza el uno del otro" (2:21-25).

"Hueso de mis huesos y carne de mi carne". ¡Por fin alguien que no es un animal! ¡Por fin una obra directa de Dios dotada del mismo espíritu de vida que el varón, un verdadero ayudante, no una esclava sino una compañera de la misma dignidad! El Señor busca la felicidad de su mejor criatura. Por su parte, Adán y Eva viven en armonía con el Señor, con el mundo y entre ellos mismos. "Estaban ambos desnudos, pero no se avergonzaban uno del otro" (2:25). Vivían confiados.

## *3. Segundo acto: el pecado (3,1-7)*

El hechizo se quebró de repente. Una tarde, cuando el Señor salió a dar un paseo por el paraíso, Adán y su mujer se ocultaron para no ser vistos por él. El hombre había desobedecido comiendo del fruto del árbol del que el Señor le había prohibido comer. Se dio cuenta entonces de que estaba desnudo. Había nacido en su corazón el miedo a Dios (3:8-11). Había entrado el pecado en el mundo (Rm 5:12).

El pecado entró así: había una vez un varón y una mujer. Estaban recién salidos de las manos de Dios y gozaban de su amistad. Pero la serpiente tuvo envidia de ellos (Sb 2:24) y decidió perderlos. Para conseguirlo, intentará inducirlos a desconfiar de Dios: ¿por qué no comen ustedes del árbol de la ciencia del bien y del mal, que está plantado en medio del jardín? ¿Ignoran que el día que coman su fruto se les abrirán los ojos y serán como dioses, conocedores del bien y del mal? Conocer, para los autores bíblicos, es entrar en una relación

muy estrecha con el objeto conocido, es poseerlo, es dominarlo (cf. Gn 4:1). Conocer el bien y el mal es más que saber distinguir entre lo bueno y lo malo; éste es un discernimiento que todo hombre moralmente sano puede hacer. Conocer el bien y el mal es ser dueño de decidir, ante sí y por sí, qué es bueno para uno y qué no lo es. La serpiente acertó a despertar en Eva, y Eva en Adán, el deseo de ser "como dioses", que no en vano habían sido creados a su imagen y semejanza. En el fondo de sus corazones ellos deseaban decidir lo que es bueno y lo que es malo, según su criterio personal.

De pronto Eva comenzó a sospechar de la bondad y de la sabiduría de Dios: tal vez el Señor no sabía lo que era bueno para ellos; tal vez, si lo sabía, no quería decírselo, porque deseaba tener unos esclavos sumisos que le guardasen su precioso huerto. El pecado nació en el corazón de Eva y de Adán cuando aceptaron desconfiar de la sabiduría y de la bondad de Dios. Impulsados por la desconfianza que brota del culpable desconocimiento del verdadero rostro de Dios y de sus intenciones, ellos reivindicaron para sí una suerte de autonomía moral.

> "Entonces la mujer se dio cuenta de que el árbol era bueno para comer, hermoso a la vista y deseable para adquirir sabiduría. Así que tomó de su fruto y comió; se lo dio también a su marido, que estaba junto a ella, y él también comió. Entonces se les abrieron los ojos, se dieron cuenta de que estaban desnudos, entrelazaron hojas de higuera y se taparon con ellas" (3,1-7).

Comiendo del fruto prohibido, Adán y Eva adquirieron un conocimiento, sí, pero fue el de su desnudez y de su fragilidad. Al darse cuenta de su estado, su reacción no fue la de pedir perdón. No podían imaginar a Dios más que como un déspota enojado por su desobediencia. Tenían miedo de él e intentaron huir de su presencia. Al no poder escapar, Adán y Eva se disculparon descargando su responsabilidad el uno en el otro, Adán en Eva y Eva en la serpiente, pero no pidieron perdón. Las excusas que Adán dio a Dios son especialmente antipáticas: "la mujer que me diste por compañera me dio del árbol y comí" (3,12). Mira la compañera que me diste; para esto, mejor hubiera sido dejarme solo. El pecado había quebrado la amistad del hombre con Dios y la solidaridad entre los esposos. En adelante el Señor será visto como un ser temible en cuyo poder, bondad y sabiduría nadie puede confiar.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* #397 resume así lo que fue el primer pecado de la historia: "El hombre, tentado por el diablo, dejó morir en su corazón la confianza hacia su creador (cf. Gn 3,1-11) y, abusando de su libertad, *desobedeció* el mandamiento de Dios. En esto consistió el primer pecado del hombre (cf. Rm 5,19). En adelante, todo pecado será una desobediencia a Dios y una falta de confianza en su bondad".

## *4. Tercer acto: castigo y anuncio de un vencedor de la serpiente (3,8-21)*

El Señor había dicho a Adán: "No comas del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque si comes de él morirás irremediablemente" (2,17). Parece que tembló la mano a Dios a la hora de ejecutar el castigo anunciado. Matar a Adán era matar a la humanidad entera, era privarse del interlocutor que él mismo se había dado, era destruir la mejor y más bella de sus criaturas, era su más rotundo fracaso. Al primer pecado el Señor responderá con el primer gesto delator de su inagotable misericordia. El hombre ha escogido el desobedecer al Señor y él tendrá que sufrir las consecuencias de su libre elección. En los dolores del parto,

en la penosa sujeción de la mujer a su marido, en el duro trabajo de la tierra, en la muerte, el autor del *Génesis* ha visto la consecuencia lógica de la insensatez humana, pero no de una decisión divina. El autor del *Génesis* está convencido de que el Señor no podía ser el responsable de tanto dolor como acompañará al hombre durante toda su vida.

Peor es la suerte que tocó a la serpiente seductora: "Por haber hecho esto, maldita tú entre todos los animales domésticos y salvajes. Te arrastrarás sobre el vientre y comerás polvo toda tu vida. Pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje: él herirá tu cabeza cuando tú hieras su talón" (3,15). En el horizonte se dibuja una misteriosa figura en la que la interpretación del texto, tanto judía como cristiana, ha visto anunciado proféticamente aquí un hijo de la mujer, el Mesías que acabará con las consecuencias del pecado (cf. Ap 12,1-7). Es el primer destello de la historia de la salvación.

La historia de los efectos del pecado no termina con la expulsión del paraíso. El pecado abrió también las compuertas al odio fratricida (4:1-16) y es la causa última de catástrofes naturales, como el diluvio (6:5), y de la ruina de poderosas culturas, como la que floreció en el país de Senaar (11:1-9). El hombre renunció por un momento a la amistad con Dios, pero Dios no renunció a la amistad con el hombre. El Señor iniciará inmediatamente después del pecado una historia, en la que la humanidad irá descubriendo paulatinamente el verdadero rostro de Dios y recuperando la confianza en él.

Otros lugares importantes en la Escritura que se refieren a la creación son: Salmos 8, 104, 136, 148; Pr 8,22-36; Si 1,1-10; 16,24-30; 42,15-43,33: Sb 1,14; 9,1-9; 11,15-26.

El Concilio Vaticano II resume así el camino hasta la victoria definitiva sobre el pecado:

> "Después de su caída [de Adán y Eva, Dios] los levantó a esperar la salvación con la promesa de redimirlos, y cuidó sin cesar del género humano con el fin de dar la vida eterna a cuantos buscan salvarse mediante la constancia en las buenas obras (cf. Rm 2,6-7). A su tiempo llamó a Abrahán para hacer de él un gran pueblo, al cual adoctrinó después de los Patriarcas por medio de Moisés y los Profetas, para que le reconociera como único Dios vivo y verdadero, Padre providente y juez justo, y para que esperara al Salvador prometido, y así preparó durante siglos el camino del Evangelio" (DV 3).

La revelación de que Dios es el Creador de todo cuanto existe tiene la máxima importancia para la fe cristiana. Si Dios Padre tiene el inmenso poder que significa el crear, es ya verosímil que pueda también perdonar y resucitar muertos. No es, pues, extraño que la primera frase de la Biblia sea: "en el principio creó Dios el cielo y la tierra", ni que el primer artículo de la fe diga: "creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra".

Dios es el Creador en quien el hombre puede confiar. Ante lo que el universo es y significa, la reflexión iluminada por la fe lleva a la conclusión a la que llegó el autor de uno de los últimos escritos del Nuevo Testamento, la primera carta de Pedro:

> "Aun los que sufren según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al *Creador fiel*, haciendo el bien" (1Pe 4,19).

# 9

# CREO EN JESUCRISTO

El Credo salta directamente de la confesión de que Dios Padre es el creador del cielo y de la tierra a la confesión de que Jesús es el Cristo, el Hijo único de Dios y nuestro Señor. Antes de examinar lo que estas palabras significan, referidas a Jesús de Nazaret, hay que tener en cuenta:

1. Los autores del Nuevo Testamento saben de antemano, cuando escriben, que Jesús ha resucitado hace años y que es el Cristo, el Hijo de Dios y el Señor. Por esto no tienen reparos en llamarle durante la vida pública con alguno de estos nombres, aunque resulten anacrónicos, especialmente los dos últimos.

2. El Credo nada dice del tramo de la historia de la salvación, que está consignado en la Escritura (desde los orígenes hasta el siglo I a.C.). Ahora bien, el Nuevo Testamento sería ininteligible sin la Biblia hebraica y sus libros escritos en griego. Los autores del Nuevo Testamento citan continuamente la Escritura. En ella se refleja la cultura del mundo en que nació el cristianismo; en ella aprendieron los evangelistas y Pablo el vocabulario esencial para expresar y comunicar su fe en Jesucristo, Hijo de Dios.

El término *Khristós* es la traducción al griego del término hebreo *Mesías*. La traducción al castellano es *Ungido*. La palabra *ungido* es el participio del verbo *ungir* y se usa como adjetivo y como sustantivo, precedido del artículo determinado. Las palabras *Cristo* y *Mesías* son prácticamente sinónimas. En el caso de que este término no se refiera directamente a una persona concreta es preferible decir *ungido*. Aquí, cuando se refiere a Jesús, se usa habitualmente el término *Cristo*. El término *Cristo* aparece 529 veces en el Nuevo Testamento. Es, pues, imposible hacer aquí un estudio acabado de todos sus sentidos posibles de esta palabra.

## *1. El Mesías en la Escritura*

La unción con aceite fue aplicada en los albores de la monarquía para marcar al que debía ser el rey de Israel. Al final del periodo de los jueces, siglo XI a.C, los hebreos, llegados de Egipto dos siglos antes, estaban organizados en tribus. Cada tribu se las arreglaba como podía para hacer frente a los enemigos que les rodeaban, en especial los filisteos. Los jefes de las tribus fueron dándose cuenta cada día con más claridad, de que era necesario ponerse bajo un mando común para enfrentarse unidos contra sus adversarios. Cuando los hebreos eran atacados por los cananeos no podían esperar a que Dios suscitara cada vez un juez carismático que los sacara del atolladero.

Siendo juez Samuel, que era un hombre respetado por todos los israelitas, los jefes de las tribus vinieron a pedirle que les diera un rey. Querían ser como los pueblos vecinos, que tenían un rey. La petición desagradó a Samuel, porque veía en ella una falta de confianza en el Señor. Ellos deseaban tener un salvador institucional para los momentos de peligro, sin tener que esperar una intervención de Dios. Dios mismo tuvo que convencer a Samuel para que accediera a los deseos del pueblo (1Sm 8-12). La unción sería la señal y

la prenda de la presencia del espíritu del Señor sobre el rey, para asegurarse de que éste fuera un gobernante dócil a la ley del Señor y no un déspota al estilo de los reyes de los demás pueblos de la región.

Samuel ungió reyes a Saúl y a David antes de que ellos accedieran al poder. Lo mismo hicieron el sacerdote Sadoc y el profeta Natán con Salomón, y el profeta Eliseo con Jehú de Israel (cf. 1Sm 10 y 16; 1Re 1; 2Re 9). La unción precedía a la entronización del rey, que gracias a ella se convertía en el Ungido del Señor, en aquel sobre quien reposaba el espíritu de Dios para salvar a su pueblo. Los salmos reales dan testimonio de la importancia que el pueblo judío dio a la unción de los reyes y cómo esperaba, después del exilio en Babilonia, un descendiente de David que fuera ungido para restaurar su dinastía y repetir sus hazañas (cf. *Salmos* 2, 18, 20, 28, 48, 89, 132).

Los profetas que orientaron la esperanza de Israel hacia un futuro rey, no fueron ungidos para el ministerio profético. Los salmos antiguos que hablaban del rey Mesías, cantados después del exilio, fueron interpretados como anuncios de la futura venida de un nuevo rey Mesías y acentuaron el carácter político de sus funciones. Hubo también otras corrientes de pensamiento en el judaísmo anterior a la entrada en escena de Jesús. El rey persa Ciro es llamado *Mesías* por haber decretado en Babilonia el retorno a Jerusalén de los exiliados (Is 45,1). Sólo un par de veces se habla de la unción de profetas (1Re 19,16; Is 61,1) y una sola vez todos los judíos en conjunto fueron llamados por Dios "mis ungidos" (Sal 105,15).

Los sacerdotes aumentaron su prestigio y su influencia después del exilio. A falta de rey, el Sumo Sacerdote asumió las funciones de autoridad suprema en Israel. Para subrayar su importancia se le confería la unción. Así hizo su aparición en la literatura un Mesías sacerdote junto a un Mesías rey (Za 4,1-14). La escatología judía dio un lugar importante a la espera de un Mesías rey, que establecería el Reino o Reinado de Dios sobre la tierra.

En resumen, la palabra *Mesías* tendrá siempre el significado de un hombre suscitado providencialmente para salvar al pueblo judío de un peligro grave, que amenazaba su existencia. En el primer siglo de la monarquía davídica este salvador era *ungido* con un aceite especial que simbolizaba la presencia del Espíritu del Señor sobre el elegido. Andando los años, el futuro y definitivo salvador del pueblo judío, enviado por el Señor Dios como lugarteniente suyo, fue visto como el Mesías por antonomasia, cuya misión era sobre todo política y nacionalista. Los judíos de Palestina contemporáneos de Jesús así lo entendían al escuchar hablar del Mesías. Se trataba del último Mesías, el que instauraría sobre la tierra ¡por fin! el definitivo reinado de Dios.

Desear que venga un Mesías último y definitivo equivale a esperar la venida de:

- un hombre. El Mesías prometido no puede ser un ángel. Debe ser un hombre auténtico, un hombre tan mortal como cualquier otro;
- un rey ungido por el Espíritu de Dios, llamado a cambiar el mundo de raíz y hacer de él para siempre un lugar donde reinen la paz y la justicia, el reinado de Dios;
- un lugarteniente de Dios que funde un colectivo de discípulos incondicionales, convencidos de que tienen en la doctrina de su rey y maestro la solución para salvar al pueblo de Dios o a la humanidad del dolor y del pecado.

La espera impaciente de la llegada de un Mesías implica el riesgo de confiar la solución de todos los problemas actuales y futuros a un hombre extraordinario o a un movimiento mesiánico, sin que el resto de los mortales tenga que poner algo de su parte para resolverlos. Basta con seguir al maestro hasta las últimas consecuencias.

El término *mesías*, con minúscula, tiene hoy en español un sentido secularizado y un tanto peyorativo. El diccionario lo define así: "persona en quien se ha puesto una confianza absoluta y de quien se espera la solución de todos los problemas".

## 2. El Cristo en los evangelios sinópticos

El término hebreo "mesías", usado primero en la Escritura y después en el judaísmo, no significa exactamente lo mismo que Cristo, su traducción al griego, para los autores del Nuevo Testamento. Los hechos y palabras de Jesús proyectaron una luz especial sobre el significado de *Cristo*. En las ediciones en español del Nuevo Testamento sería un desacierto traducir habitualmente este término griego *Cristo* por el término hebreo *Mesías*. A lo sumo, y puestos a traducir, habría que traducirlo al español por el término *Ungido*.

La palabra *Cristo* aparece ya en el encabezamiento del primero de los cuatro Evangelios: "Comienzo del Evangelio de Jesús Cristo Hijo de Dios" (Mc 1,1; sin artículos determinados en el texto griego). En los demás evangelios aparece otras 54 veces y 474 en el resto del Nuevo Testamento. Interesa estudiar aquí sólo algunos versículos importantes, especialmente de los evangelios, que permiten comprender el significado de *Cristo* para sus autores y para sus primeros lectores.

Jesús mismo nunca dijo "yo soy el Cristo", pero aceptó que otros lo dijeran de él, como Pedro, Andrés y Marta, cuyas confesiones eran sinceras e inspiradas por la fe.

Un texto capital es la confesión de *Pedro* en Galilea, como a la mitad del ministerio público de Jesús (Mc 8,29; paralelos Mt 16,16, y Lc 9,20; Jn 6,60-71). En algún momento en Cesarea de Filipos, ciudad de Galilea, estalló una crisis entre los discípulos más cercanos de Jesús. La crisis fue provocada por el signo de la multiplicación de los panes y los peces, seguido del intento de hacer rey a Jesús, a lo que él se negó rotundamente (Jn 6,1-15). Algunos discípulos, defraudados en sus peculiares esperanzas sobre la llegada del reinado de Dios, prefirieron alejarse de Jesús.

Jesús enfrentó entonces a los Doce y a quienes se habían quedado junto a él. Jesús comenzó lanzando al aire una pregunta inocente: "¿Quién dice la gente que soy yo?". Era fácil dar una respuesta evasiva: unos que éste, otros que aquél. Jesús les encaró: "¿Y ustedes quién dicen que soy yo?". ¿Se produjo entonces un silencio incómodo? ¿Hubo titubeos? Pedro sintió que él debía ser el portavoz de los demás discípulos. Entonces "Pedro respondiendo le dice: Tú eres el Cristo". Marcos cierra el episodio con una seca orden de Jesús a sus discípulos: "les prohibió severamente que hablaran con persona alguna acerca de esto" (Mc 8,27-30).

¿Qué entendía el apóstol Pedro por "Cristo"? ¿Cómo lo entendían los demás testigos de la escena? La reacción de Jesús indica que él sí aceptó la afirmación de Pedro sobre su identidad como Cristo, pero que no aceptaba lo que el apóstol y sus compañeros

entendían por tal. Por eso Jesús les impuso silencio. No quería que se les ocurriera el ir proclamando a los cuatro vientos que él era el Mesías. Al hablar sin tener las ideas claras sobre lo que esto significaba, corrían el riesgo de poner en marcha un movimiento social y político, que Jesús rechazaba.

Para hacer comprender a sus discípulos lo que significaba ser "el Cristo", Jesús "empezó a enseñarles que era necesario que el Hijo del hombre sufriera mucho… que lo matarían y a los tres días resucitaría. Les hablaba con toda claridad". Pedro, confiado en el éxito de su intervención anterior, se sentirá también ahora con autoridad para tomar aparte a Jesús y reprenderlo. Pedro tomó a Jesús aparte, pero Jesús le reprenderá delante de todos: "¡Colócate detrás de mí, Satanás, porque tú no piensas como Dios, sino como los hombres!" (Mc 8,31-33, cf. Mt 16,21-23, Lc 9,22). Pedro imaginaba todavía que el Mesías prometido debía ser un triunfador, que iba instalar en la tierra el reinado de Dios, un reinado del que desaparecerían el pecado y el dolor.

Lucas, por su parte, se permitió completar la confesión de Pedro alargándola un poco: "Tú eres el Cristo *de Dios*", es decir, el Cristo que Dios ha enviado para cumplir su promesa de salvar a su pueblo y a todos los hombres (Lc 9,20).

Según Mateo, Pedro fue aún más lejos que Lucas diciendo: "Tú eres el Cristo, *el Hijo del Dios vivo*" (Mt 16,16). Jesús es el Cristo, pero con una cualidad específica, la de ser *el Hijo del Dios vivo*. Las palabras de Pedro, según el evangelista, pueden parafrasearse así: "Tú eres el Cristo y eres además el Hijo del Dios vivo". O dicho de otra manera: "Tú eres el Cristo, siendo a la vez el hijo del Dios vivo". Se trata, pues, de que Jesús en cuanto Cristo tiene una verdadera filiación divina. Esto es una novedad importante. Nunca pensaron los judíos que el Mesías esperado debiera ser *Hijo de Dios* en el sentido fuerte de la expresión.

Jesús mismo felicitó a Pedro por lo acertado de su respuesta: "Dichoso tú, Simón hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Yo te digo: tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia" (Mt 16,17s). Sin embargo, poco después de haber hecho su profesión de fe, Pedro recibirá un severo reproche de Jesús por querer impedirle que siguiera el camino que le llevaba al sufrimiento y a la muerte: "¡Quítate de delante, Satanás! Eres para mí un escándalo, porque no piensas como Dios, sino como los hombres" (Mt 16,23). La reprimenda no invalidaba, sin embargo, el acierto de Pedro. Él fue el primero en reconocer que Jesús era el Ungido prometido por los profetas para implantar el reinado de Dios en el mundo. Éste es un mérito que nadie podrá quitar a Pedro, porque el mismo Padre se lo reveló. A pesar de su acierto inicial, el apóstol debió esperar hasta la resurrección de Jesús y la venida del Espíritu Santo para entender en plenitud lo que significa *Cristo*.

## 3. Las tres tentaciones de Cristo

Jesús rechazó con vehemencia las pretensiones de Pedro llamándole "Satanás". Esta palabra invita a prestar atención a las tentaciones de Jesús, sufridas inmediatamente después de su bautismo en el Jordán. Los tres sinópticos han relatado el episodio (Mt 4,1-11, Mc 1,12-13, Lc 4,1-13). Se trata en realidad de tentaciones que acecharon a Jesús a lo largo de todo su ministerio, según se aprecia en *Juan*. Alguna de las fuentes escritas de los evangelios sinópticos las reunió en una sola escena, cargada de sentido.

De los tres relatos que se encuentran en los sinópticos, el relato de *Mateo* es el mejor armado. "Apenas fue bautizado, Jesús salió del agua. En ese momento se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios descendiendo como una paloma sobre él, y he aquí una voz diciendo desde los cielos: Este es mi hijo amado, en quien me complazco" (Mt 3,16-17). Acto seguido, el mismo Espíritu lleva a Jesús al desierto para que allí lo tiente el diablo, para que Jesús tome conciencia en un largo retiro de cuál es su misión.

Las tentaciones son tres. En la primera el diablo sugiere a Jesús, hambriento y debilitado por un ayuno de cuarenta días, que mande a las piedras convertirse en pan. En la segunda el tentador le invita a que se arroje desde lo más alto del templo. Estas dos tentaciones comienzan con una frase condicional: "Si eres el hijo de Dios". Parece que el tentador ha escuchado a Dios proclamar que Jesús es su hijo amado. Pero entonces ¿cómo es posible que Dios permita que su hijo querido desfallezca de hambre y pase inadvertido entre los hombres?

El tentador repite aquí la misma táctica de la serpiente en los orígenes de la humanidad. Como en el caso de Adán y Eva, el diablo intenta sembrar la duda en el corazón de Jesús; ¿estás seguro de que no te engaña ese Dios que dice ser tu padre, pero que de hecho te abandona? El tentador no ha aludido hasta ahora a misión alguna de Jesús en el mundo. En la tercera tentación el diablo atacará por el lado del poder político. Él lo llevó a la cima de una montaña muy alta desde donde mostró a Jesús "todos los reinos del *cosmos* (el mundo) y su gloria" y le propuso sin rodeos: "te daré todo esto si te postras ante mí y me sirves" (la traducción "y me adoras" es incorrecta).

El bautismo de Jesús en el Jordán había puesto en alerta al diablo. La última tentación deja entrever que él sospechaba de Jesús. Tal vez Jesús estaba llamado a ser un Mesías poderoso al servicio de Dios. La última tentación será una tentación permanente para la humanidad, la tentación de confiar su felicidad a factores externos, como el poder político y económico, en vez de crecer en el amor mutuo, en la tolerancia, en la sumisión a la voluntad de Dios. Sin embargo, el único medio de realizar una verdadera redención de los hombres es ganarse su corazón. Un mesianismo político con éxitos económicos a su haber, puede instaurar sobre la tierra durante algún tiempo un orden social perfecto, como el reflejado en la novela de Aldous Huxley, *El mundo feliz*, pero los hombres no serían por ello interiormente redimidos.

Tentaciones. El diablo intenta con ellas despertar en Jesús dudas sobre su filiación divina y el sentido de su misión en el mundo. Son tentaciones más serias y más profundas, que unas simples invitaciones a la gula, a la vanagloria o al logro del poder. Son tentaciones mesiánicas, son intentos de desviar a un posible Mesías de un mesianismo conforme a la voluntad de Dios. A cambio de este mesianismo el diablo propone a Jesús el suyo propio, un mesianismo basado únicamente en triunfos económicos (abundancia de pan), técnicos (una ciencia y una tecnología deslumbrantes) y políticos (un orden público universal y perfecto). Basta con que Jesús se ponga al servicio del tentador. La respuesta de Jesús fue tajante: "Vete, Satanás".

Pedro hubiera caído en la tentación. El reproche de Jesús al apóstol fue un poco más amable que la respuesta al tentador, pero también fue dura: "Vete, Satanás, detrás de mí", vete donde yo no te vea. Pedro era un caso que aún tenía arreglo, pero su rechazo a la posibilidad de que Jesús muriera como un delincuente, recordó al Maestro el ataque del diablo, sufrido al comienzo de la vida pública.

Pero ¿pudo el Hijo de Dios ser realmente tentado? Sí, como lo fue en el huerto de Getsemaní, cuando oraba antes de entrar en su pasión ya cercana. Jesús sintió en el huerto que algo dentro de sí se resistía instintivamente a beber el cáliz que el Padre le ofrecía (Mc 14,32-36, Jn 12,27-28; 18,11). En el desierto, Jesús debilitado por un ayuno hasta el límite de la resistencia humana, también fue víctima de una repugnancia natural ante la perspectiva del mesianismo del Siervo del Señor, que el Padre le ofrecía en el momento de su bautismo en el Jordán. Es de notar que las palabras del Padre en esa ocasión son el comienzo del primero de los cantos del Siervo del Señor (Mt 3,17= Is 42,1) y que los tres sinópticos ponen al comienzo de la vida pública de Jesús citas del profeta *Isaías* (Mc 1,2-3= Is 40,3; Mt 4,15-16= Is 9,1-2; Lc 4,18= Is 9,1-2).

En la epístola a los *Hebreos* aparece cuatro veces el mismo verbo "tentar" que en los evangelios sinópticos. De esas cuatro veces, dos veces el tentado es Jesús, una vez los creyentes y otra vez Abraham. El autor de la epístola afirma: "Está claro que Jesús no vino en auxilio de los ángeles, sino del linaje de Abraham. Por eso tenía que ser en todo semejante a sus hermanos, para poder ser un sumo sacerdote compasivo y confiable delante Dios a fin de espiar los pecado del pueblo; pues por el hecho de que él mismo ha sufrido siendo *tentado*, puede ayudar a los que son *tentados*" (Hb 2,18). "No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestra debilidad, ya que fue *tentado* en todo como nosotros, excepto en el pecado" (4,15).

Tener una tentación no es pecado, pero de alguna manera delata una debilidad en quien la sufre. Jesús fue realmente tentado y eso es una muy buena prueba de que fue realmente un hombre. Las tentaciones de Jesús no son una parábola. El P. M.-J. Lagrange escribió comentando el evangelio de *Lucas*: "sería incluso fruto de una piedad mal ilustrada el pretender que estas tentaciones no tenían otro fin que el de instruirnos".

*Lucas* presenta con claridad en qué consistió la tercera tentación, que para él es la segunda. Según *Lucas*, el diablo "mostró a Jesús en un instante todos los reinos de la *oikouméne* (el Imperio Romano) y le dijo: te daré todo este poder y su gloria, porque me ha sido entregado y puedo darlo a quien yo quiera; si tú te postras ante mí, todo será tuyo". El diablo ha desplegado ante los ojos de Jesús el espectáculo embrujador que ofrecen todas las riquezas, todos los honores, toda la belleza de los reinos de la tierra.

San Ambrosio afirma en su comentario al evangelio de *Lucas* que el diablo mintió aquí una vez más. No es tan exacto que el tentador haya mentido del todo. Él mismo reconoce que su poder le "ha sido entregado", sin decir por quién. Sí, el diablo tiene un poder, el de *tentar*, pero sólo puede *dar* el poder a quien ha caído en la tentación. Las palabras del diablo en las tentaciones de Jesús se parecen a lo que dice el *Apocalipsis* en el capítulo 13. Este capítulo está inspirado en las persecuciones sufridas por los cristianos en la Roma imperial. Los versículo 2-8 dicen: "el Dragón [la serpiente de Gn 3] *entregó* a la Bestia [el emperador romano] la fuerza, su trono y su inmenso poder (…) Y [a la Bestia] le *fue dado* poder [por Dios] para proferir palabras orgullosas y blasfemias, y poder para actuar durante 42 meses, y así lo hizo (…) Y le *fue dado* hacer la guerra contra los santos y vencerlos; y le *fue dado* poder sobre toda raza, pueblo y nación. Y la adorarán todos los habitantes de la tierra" (Ap 13,5-8). San Ambrosio admitirá que "el poder no viene del diablo, pero está expuesto a las asechanzas del diablo".

## *4. "Tú eres el Cristo"*

Volviendo a la confesión de Pedro en Mt 16,16, es inverosímil que Pedro haya proclamado en Cesarea de Filipo la filiación divina de Jesús en sentido estricto. En Galilea el apóstol aún no tenía ni podía tener del todo claro lo que significaba ser "el Cristo". Pedro confesó que Jesús era el Ungido, el Mesías prometido, y nada más, que no es poco. La confesión de Pedro era verdadera, aunque incompleta, y quedaba abierta para recibir su pleno sentido después de la resurrección de Jesús. Así debieron entenderlo *Lucas* y *Mateo*. Lo que ellos añadieron a las palabras de Pedro son explicaciones de ambos evangelistas, dirigidas a los lectores de sus respectivos evangelios y coherentes con la confesión de Pedro.

Los sinópticos incluyen en sus respectivos relatos una historia de la pasión. La pasión propiamente dicha va precedida por la celebración de la cena pascual. *Lucas* es el único evangelista en reseñar que entre los comensales había dos que tenían una espada. Cuando Jesús hizo el anuncio de que llegaba su fin, ellos se ofrecieron a defenderlo con las armas. Jesús cortó en seco el diálogo: "¡Basta ya!". No habían entendido nada de las múltiples alusiones a su muerte hechas por él a lo largo de la cena (Lc 23,14-38). El detalle deja ver que entre los discípulos había algunos zelotes, dispuestos a participar en una sublevación armada contra los romanos. De hecho, en la lista de los Doce apóstoles hay un "Simón llamado el Zelote" (Lc 6,15). Los discípulos tardaron mucho tiempo en entender que Jesús había venido para morir por los hombres, no para matarlos.

Terminada la cena Jesús, siempre acompañado por sus discípulos, se dirigió al huerto de los olivos. Allí lo arrestó una turba armada con espadas y palos, enviada por los sacerdotes, los escribas y los ancianos, que condujo a Jesús a casa del sumo sacerdote, para ser juzgado. El juicio que le hicieron dejó en claro que los jefes políticos y religiosos de Jerusalén estaban convencidos de antemano que Jesús pretendía ser el Mesías anunciado por los profetas, pero consideraban falsa y peligrosa esta pretensión. Ante sus jueces reconocerá Jesús que, en efecto, él es el Cristo, pero añade una cita de la Escritura. Con ella él matizará su respuesta, afirmando su cercanía con Dios, sin perjuicio de su condición humana.

Son solemnes las circunstancias que rodean el enfrentamiento de Jesús con los jefes de los sacerdotes, los ancianos y los maestros de la Ley, que lo juzgan. Preside el juicio el sumo sacerdote. Él, cansado ya del silencio con que Jesús responde a sus acusadores, pregunta al reo:

> "¿Eres tú el Cristo, el hijo del Bendito?
> Jesús le contestó: Yo soy, y verán al hijo del hombre sentado a la derecha del Todopoderoso y que viene entre las nubes del cielo (Dn 7,13).
> El sumo sacerdote, rasgándose las vestiduras, dijo: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Han oído la blasfemia ¿qué les parece?
> Todos juzgaron que merecía la muerte" (Mc 14,61-64).

El motivo de la condena de Jesús era pues religioso y no político. En la versión que da *Mateo* de las palabras del sumo sacerdote, éste añade que Jesús pretendía ser Hijo de Dios, además de Mesías: "Te conjuro por el Dios vivo, dinos si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios". Y la respuesta es: "tú lo has dicho, es tal cual tú lo dices". Y Jesús añade, como en *Marcos*, la cita de *Daniel* (Mt 26,63-64).

Antes de la muerte y resurrección de Jesús era imposible para sus discípulos el comprender la afirmación reiterada de que "es necesario que él vaya a Jerusalén y sufrir allí mucho de parte de los ancianos y de los sacerdotes y de los escribas y ser matado y resucitar al tercer día" (Mt 16,21; Mc 8,41; Lc 9,22). Incluso después de la resurrección tuvo Jesús que repetírselo a dos discípulos desencantados, que se alejaban de Jerusalén en dirección a Emaús: "¿No era necesario que Cristo sufriera estas cosas y que entrara en su gloria?" (Lc 24,26). Nótese que aquí el término *Cristo* está puesto en boca de Jesús ya Resucitado.

## 5. El Cristo en el evangelio de Juan

El *cuarto evangelio* fue escrito con el propósito explícito de que sus lectores "crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y, creyendo, tengan vida en su nombre" (Jn 20,31).

*Juan* también consigna, como los sinópticos, una intervención de Pedro en la crisis de Galilea. Jesús vio cómo muchos de sus discípulos se alejaban de él, porque encontraban que esta palabra (*logos*) era dura ¿Cuál palabra era dura? ¿Sólo rechazaban la palabra de que es necesario comer su carne? ¿Es Jesús mismo esa dura palabra? "Palabra" se dice *logos* en griego, y Jesús es el *Logos* (Jn 1,1). El evangelista goza empleando términos que pueden tener dos significados diferentes.

Entonces Jesús preguntó a los Doce: ¿Acaso ustedes también quieren irse?" (Jn 6,67). Pedro respondió a Jesús con una pregunta retórica: "Señor ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios" (Jn 6,68s). La respuesta de Pedro es más cordial, más larga y más confusa que la recogida por *Marcos*. Pedro no dice explícitamente que Jesús sea el Cristo.

*Juan* recoge dos confesiones de que Jesús es el Cristo. Son semejantes a la confesión de Pedro en Cesarea de Filipos, pero aquí están puestas en boca de dos personas distintas. La primera de estas personas es Andrés que, a comienzos de la vida pública de Jesús, buscó a su hermano Pedro para decirle: "Hemos encontrado al Mesías", palabra hebrea que el evangelista transcribe con caracteres griegos, y que él se siente en la obligación de aclarar: "Mesías, que se traduce Cristo". La segunda persona es Marta. En la víspera de la pasión de Jesús ella confesará ante la tumba de su hermano Lázaro: "Sí, Señor; yo creo que tú eres el Cristo, el hijo de Dios, el que viene al mundo" (Jn 11:27). Es la conclusión que se desprende del milagro de la reanimación de Lázaro.

*Juan* afirma, como los sinópticos, que los motivos que empujaron a los judíos a pedir la crucifixión de Jesús eran religiosos, pero ellos debían presentar ante Pilatos unos motivos políticos, los únicos que podían hacer mella en el procurador.

Casi desde el inicio de la vida pública de Jesús sus adversarios esgrimieron el argumento de que él merecía la muerte, porque osaba igualarse a Dios. Jesús había sanado a un tullido junto a la piscina de Betesda durante una fiesta judía. Los judíos se escandalizaron porque él había hecho el milagro en sábado. Jesús se defendió diciendo: "Mi Padre no cesa nunca de trabajar; por eso yo trabajo también en todo tiempo. Esta afirmación provocó en los judíos un mayor deseo de matarlo, porque no sólo no respetaba

el sábado, sino que además decía que Dios era su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios" (5,17-18).

Más adelante, terminaba así una áspera controversia tenida en el Templo entre Jesús y los judíos: "Les aseguro que antes de que Abraham llegara a existir, yo soy. Entonces los judíos tomaron piedras para lapidarlo, pero Jesús se escondió y salió del templo" (8,59). Poco tiempo después los judíos quisieron de nuevo lapidarlo, porque había dicho que "el Padre y yo somos uno". Ellos buscaron entonces piedras para arrojárselas. "Jesús les dijo: he hecho ante ustedes muchas obras buenas por encargo del Padre ¿Por cuál de ellas quieren lapidarme? Los judíos le contestaron: No es por ninguna obra buena por lo que queremos lapidarte, sino por haber blasfemado, pues tú, siendo hombre, te haces Dios" (Jn 10,30-33).

## *6. Tres momentos especialmente significativos*

Hay tres momentos especialmente significativos en que la vida de Jesús depende de lo que se entienda por Mesías. El primer momento es una reunión del Sanedrín para decidir qué hacer con Jesús, que había hecho un milagro demasiado grande resucitando a Lázaro (Jn 11,47-50). El segundo momento corresponde a una parte del diálogo de Jesús con Pilatos en el pretorio (Jn 18,33-37) y el tercero tiene también a Pilatos como interlocutor, cuando los judíos han logrado arrancarle una condena para qué Jesús muera crucificado (Jn 19,7).

### *a) Primer momento, Caifás (Jn 11,45-52).*

Muchos judíos creyeron en Jesús después de ser testigos de la resurrección de Lázaro. Algunos fueron a contárselo a los fariseos. El tema era serio; bien merecía una reunión del Sanedrín con los sacerdotes. ¿Qué hacer? "Si lo dejamos, todos van a creer en él y las autoridades romanas vendrán y destruirán nuestro templo y nuestra nación. Pero uno de ellos llamado Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: Ustedes no saben nada, ni se dan cuenta de que les conviene que muera un solo hombre por el pueblo y no que toda la nación sea destruida" (Jn 11,47-50).

El relato deja en evidencia de que tanto los fariseos como los sacerdotes estaban convencidos de que Jesús tenía pretensiones mesiánicas. Lógicamente como Mesías debía tomar las armas contra los romanos, y eso era una locura. Jesús de Nazaret era un hombre incapaz de acaudillar un golpe militar con posibilidades de éxito. Caifás, por su parte, era un político pragmático y sin escrúpulos, que amaba a su patria y al templo, y no estaba dispuesto a correr aventuras. Nada importaba matar a un campesino galileo y salvar así a toda la nación. El evangelista comenta la decisión de Caifás con ironía. El sumo sacerdote, sin saberlo, había hablado proféticamente. ¡Claro que Jesús iba a salvar con su muerte a toda su nación! Más aún, iba a reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos (11,52).

### b) *Segundo momento*. "Mi reino no es de este mundo" (Jn 18,28-38).

El juicio civil contra Jesús ha comenzado. Pilato debió sentir curiosidad. No era normal que las autoridades judías denunciaran ante un gobernante romano a uno de los suyos. Este caso era todavía más sorprendente, porque Jesús era acusado de ser un criminal, sin más especificaciones. Pilato quiso sacarse el problema de encima: "Tómenlo

ustedes y júzguenlo según su ley". Ante la insistencia con que pedían que le condene a muerte, Pilato decidió entrar de nuevo en el pretorio y hablar directamente con el acusado. La pregunta que Pilato le hace indica que los judíos ya habían precisado un poco más su acusación: este hombre pretende ser el rey de los judíos. Los acusadores dicen "rey", porque el romano habría entendido menos aún si ellos hubieran dicho "Mesías".

> "Pilato volvió a entrar en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo:
> ¿Eres tú el rey de los judíos? (…) Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí ¿Qué has hecho?
> Jesús respondió: Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi gente habría combatido para que yo no fuese entregado a los judíos, pero mi reino no es de este mundo.
> Entonces Pilato le dijo: ¿Luego tú eres rey?
> Respondió Jesús: Sí; como tú dices, yo soy rey; yo para esto nací y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad" (vers. 33-37).

Jesús sí es rey, pero no un rey "de este mundo". Él no ha recibido la realeza por herencia ni la ha logrado por la fuerza de las armas. Si él fuera un rey como los demás habría tenido una guardia bien armada que lo defendiera. Pero aunque Jesús *no es* un rey *de* este mundo, *sí* es un rey que *ha venido a* este mundo con una extraña misión: la de ser testigo de la verdad. Él sí ha venido para reinar sobre los hombres de este mundo, pero para reinar sólo por la fuerza de la verdad, y la verdad no avasalla ni se impone.

c) *Tercer momento.* "¡Crucifícalo!" (Jn 19,5-16).

Era insuficiente una simple lapidación para eliminar a Jesús. Fariseos y saduceos querían para él una muerte humillante, execrable, que fuera acompañada de una maldición: "Maldito todo el que muere colgado del madero" (Dt 21,23, citado en Ga 3,12). Había sin embargo una dificultad para conseguir lo que deseaban. Ellos no podían condenar a nadie a muerte de cruz, ni tenían los medios para ejecutar esta sentencia. Todo dependía de Pilato.

Iba a ser difícil la negociación con el gobernador, porque los judíos eran conscientes de que no podían acusar a Jesús ante un juez romano de un delito contra la Ley de Moisés. La ley de Moisés traía sin cuidado al prefecto. Había que acusarlo de ser un zelote, un peligroso revolucionario. Pilato se dio pronto cuenta de que el acusado no era un peligro para nadie ni tenía pretensión alguna de ser el rey de los judíos. "Yo no encuentro ningún delito en este hombre". Pero como quería quedar bien ante los judíos les ofreció dejarlo en libertad por ser la Pascua. Los judíos prefirieron que dejase libre a Barrabás, que sí era un auténtico zelote.

Pilato comenzó a sentirse incómodo con el rumbo que tomaban las cosas. Una cruel flagelación no conmovió a la turba cuando el gobernador presentó ante ellos a Jesús ensangrentado. El griterío arreciaba pidiendo que fuera crucificado. Pilato sabía bien que los judíos no podían materialmente proceder a una crucifixión. Por eso hay fastidio y desprecio en sus palabras: "Pues llévenselo y crucifíquenlo ustedes, porque yo no encuentro delito alguno en él". Era una sentencia absolutoria (Jn 18,28-19,7).

No quedaba más remedio a las autoridades judías que jugar su última carta y decir, por fin, la verdad: "Nosotros tenemos una ley y según nuestra ley debe morir, porque se ha hecho pasar por hijo de Dios". Pilato sintió de pronto un supersticioso temor. ¿Quién era

este hombre tan inteligente como inofensivo, que ni reclamaba justicia ni prorrumpía en maldiciones contra sus acusadores? El gobernador hizo todavía un intento por dejar libre al reo, pero chocó con la intransigencia de los fariseos y de los sacerdotes, que a falta de argumentos recurrieron a las amenazas: "Si lo dejas libre, no eres amigo del César. Cualquiera que pretende hacerse rey no es amigo del César".

Pilato se dio cuenta de que arriesgaba su carrera política por salvar la vida a un galileo. Por tan poca cosa no valía la pena seguir enfrentándose con las autoridades judías. Fuera miedos. Pero antes de ceder a lo que a todas luces era una injusticia, se dio el gusto de hacerles morder el polvo, obligándoles a reconocer: "Nosotros no tenemos más rey que el César. Entonces Pilato les entregó a Jesús para que lo crucificaron, y ellos se lo llevaron" (19,8-16).

En resumen, la lectura de los evangelios muestra con claridad que los evangelistas y las primeras comunidades cristianas creyeron que Jesús era el Ungido prometido en la Escritura. Él es, por antonomasia, *el Cristo*. En efecto, él es:

- un hombre, no un ángel. Es el hombre prometido a Adán y a Abraham, anunciado por los profetas y esperado durante siglos por el pueblo judío. Es el hombre que, siendo Hijo de Dios, sigue siendo el mismo hombre que nació de la virgen María, que fue bautizado en el Jordán, que reunió discípulos en Galilea y Jerusalén, que murió crucificado y que resucitó al tercer día;
- un hombre enviado por Dios para que ya en este mundo haya un cambio radical. Este cambio se realiza por la conversión y la reconciliación de cada uno con Dios y con los demás hombres. Jesucristo es un hombre que no impone el cambio por la fuerza ni por el engaño. Lo hace posible muriendo y resucitando;
- un hombre que, invisible y junto con el Espíritu Santo, está presente en un pueblo convocado por él, para que continúe en este mundo la misión que le encomendó su Padre: que todos crean que él, Jesús, es el Cristo, el Hijo de Dios y, creyendo, tengan vida eterna.

## *7. Jesucristo por quien todo fue hecho*

Después de la resurrección de Jesús ningún cristiano discutió que él era el Ungido anunciado en la Escritura. La Iglesia añadió sin resistencia el calificativo de "Cristo" al nombre de Jesús y los fundió en una sola palabra: Jesucristo.

Son muchos e importantes los versículos de *Juan* y del resto del Nuevo Testamento, excluidos los evangelios sinópticos, en que el nombre de Jesucristo, en genitivo, va precedido de la preposición *diá*, "por" o "por medio de". Esta preposición, más el nombre o pronombre que le sigue, dan al conjunto un valor de instrumento. En los pocos ejemplos que siguen se ve claro cómo Dios, el Padre, actúa siempre por medio de Jesucristo, que es su Palabra, tanto en el orden de la creación como en el de la salvación de los hombres. Jesucristo es, por decirlo así, el instrumento del Padre, con quien le une una perfecta armonía:

> "Todo fue hecho *por* él" (la Palabra; Jn 1,3); "Nadie viene al Padre sino *por* mí" (Jn 14,6); "Dios juzgará las acciones secretas de los hombres, *por* Cristo Jesús" (Rm 2,16). "Si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados *por* la

> muerte de su Hijo, con cuánto mayor razón, estando ya reconciliados, seremos salvos en su vida. Y no solamente eso, sino que también nos gloriamos en Dios *por* nuestro Señor Jesucristo, *por* quien hemos obtenido ahora la reconciliación" (Rm 5,10-11). "Para nosotros no hay más que un Dios, el Padre, *de* quien proceden todas las cosas y para quien nosotros existimos; y un Señor, Jesucristo, *por* quien han sido creadas todas las cosas y para quien también nosotros existimos" (1Co 8:6). Cf. 2Co 1,5; Ef 1,5; Flp 1,11; Hb 13,21; 1Pe 4,11.

## *8. Cristo y la Iglesia*

San Pablo ha predicado sin desmayo que Cristo y la Iglesia están unidos estrechamente. Constituyen esta Iglesia el mismo Cristo y quienes han escuchado su invitación a convertirse y a integrarse a ella por la fe y el bautismo.

Es oportuno subrayar la fuerza de los lazos vitales que unen a Cristo con su Iglesia. Cristo y la Iglesia son un solo cuerpo, del que Cristo es la cabeza y los bautizados, los miembros. San Pablo desarrolló estas ideas sobre todo en 1Co 12,12-31; fueron recogidas y ampliadas en Ef 1,10; 4,7-16; Col 1,15-20. De la primera carta a los corintios son estas palabras:

> "Pues del mismo modo que Cristo es uno, aunque tiene muchos miembros y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un mismo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un mismo Espíritu (…) Ustedes son el cuerpo de Cristo y sus miembros cada uno a su modo" (1Co 12,12-13.27).

Esta identificación de Cristo y la Iglesia obliga a los cristianos a vivir en este mundo como Cristo vivió.

# 10

# SU ÚNICO HIJO NUESTRO SEÑOR

Muchas de las oraciones que la liturgia dirige a Dios Padre concluyen con una fórmula estereotipada: "Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo". La liturgia repite así una y mil veces lo que el Credo proclama como atributos esenciales de Jesús: "Creo en Jesu*Cristo*, su único *Hijo*, nuestro *Señor*". Jesús de Nazaret es el *Cristo*, el Ungido anunciado por la Escritura, el *Hijo de Dios*, el hijo que existe simultáneamente con el Padre Dios desde siempre, el *Señor* por quien todo lo que procede del Padre llega a existir. Cristo, Hijo de Dios y Señor son las tres palabras que en el Nuevo Testamento acompañan con más frecuencia al nombre de Jesús e incluso pueden reemplazarlo, de modo que Jesús es llamado simplemente Jesucristo, Hijo de Dios o Señor.

En el capítulo anterior se dieron algunas explicaciones de lo que significa *Cristo* en el Credo. Este capítulo se propone exponer el significado de de los apelativos *Hijo de Dios* y *Señor*.

Antes de ponerse a escribir, los evangelistas sabían de antemano que Jesús es el Cristo, el Señor y el Hijo de Dios en el sentido fuerte de la palabra *hijo*, porque creían en su resurrección, pero no es lo mismo llamar a Jesús *Cristo*, *Señor* e *Hijo* antes o después de este acontecimiento. Por eso es admirable la cautela y el acierto con que los evangelistas emplearon cada palabra para evitar que fuera mal entendida. Ellos no cayeron en la tentación, si es que alguna vez la tuvieron, de presentar a Jesús de Nazaret rodeado de los resplandores de un ser divino caído del cielo. Supieron mostrarlo tal y como fue realmente mientras vivió en esta tierra: un hombre de carne y hueso, que anunciaba en hebreo a unos hombres sencillos la cercanía del reinado de Dios; un judío que nació, vivió y murió en un rincón del Imperio Romano bajo la autoridad de Poncio Pilato.

## *1. El Hijo de Dios en el anuncio de la Buena Nueva: el kerigma primitivo.*

Hacia el año 55 San Pablo expuso en su primera carta a los Corintios el núcleo germinal de lo que la Iglesia *proclamaba* o *anunciaba* en su predicación, el *kerigma primitivo*. Pablo tuvo mucho cuidado en subrayar que este núcleo era anunciado con una fórmula recibida, no inventada por él, a cuyo contenido él mismo quería ser fiel. Esta fórmula proclama la muerte y resurrección de Jesucristo, pero no dice que sea Hijo de Dios:

> "Les recuerdo hermanos el evangelio que les anuncié, que recibieron y en el que han perseverado (…) Porque yo les trasmití, en primer lugar, lo que yo a mi vez recibí: que *Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, y que fue sepultado; que resucitó al tercer día, según las Escrituras*, y que se apareció a Pedro y luego a los Doce" (1Co 15,1-5).

Tres años más tarde, Pablo volvió a recordar el núcleo del kerigma primitivo, esta vez escribiendo a los cristianos de Roma. Pablo no fundó la comunidad romana ni la había visitado, pero reconoce en ella una especial dignidad. Él planea ir ahora a Roma no como maestro, sino como un hermano que se dispone a compartir con otros hermanos el contenido de su predicación a los gentiles. Les escribe, pues, una carta para preparar su viaje. Es una epístola larga, respetuosa y muy bien pensada, donde expone su pensamiento ante unos lectores competentes, cuya aprobación Pablo desea. Él citará como carta de presentación una antigua formulación del kerigma. Pablo deja así constancia de que no va con novedades extrañas. Él es tan respetuoso con la tradición, que repite una fórmula antigua, tan antigua que ya no es del todo exacta. Pablo escribe:

> "Pablo, siervo de Cristo Jesús, elegido como apóstol y destinado a *proclamar el evangelio que Dios había prometido por medio de los profetas en las Escrituras santas.* Este evangelio se refiere a *su Hijo, nacido en cuanto hombre de la descendencia de David y constituido por su resurrección entre los muertos Hijo poderoso de Dios según el Espíritu santificador: Jesucristo Señor nuestro*, por quien hemos recibido la gracia de ser apóstol" (Rm 1,1-4).

Esta formulación del kerigma primitivo induce a pensar que Jesús fue constituido Hijo poderoso de Dios por su resurrección y no antes. Estas son palabras coherentes con las de Pedro en el discurso pronunciado el día de Pentecostés: "Dios resucitó a este Jesús, y de ello somos testigos todos nosotros… Sepan pues con plena seguridad todos los israelitas que *Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús,* a quien ustedes crucificaron" (Hch 2,36).

Pablo respeta la tradición, pero también quiere dejar constancia ante los romanos de su fe en que Jesús es Hijo de Dios ya *antes* de la resurrección:

> "La ley del Espíritu que da la vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte. Pues lo que era imposible para la ley, reducida a la impotencia por la carne, Dios, *habiendo enviado a su propio Hijo* en una carne semejante a la del pecado y en orden al pecado, condenó al pecado en la carne, a fin de que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que seguimos una conducta no según la carne, sino según el espíritu" (Rm 8,2-4, texto difícil; traducción literal de la *Biblia de Jerusalén*; cf. Rm 5,10s).

Cuando Pablo escribe a los corintios ya había escrito a los Filipenses una carta con una proclamación más antigua del kerigma primitivo. En esta carta, Pablo citará un himno litúrgico para proponerles a Jesús como el modelo más eximio de humildad:

> "Tengan, pues, entre ustedes los sentimientos que corresponden a quienes están unidos a Cristo Jesús, el cual, teniendo *forma* de Dios, no consideró codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se anonadó tomando *forma* de esclavo, existiendo a semejanza de los hombres y, asumiendo su calidad de hombre, se humilló haciéndose obediente hasta muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó y le dio el nombre que está por encima de todo nombre, para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua proclame que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre" (Flp 2,5-11).

Aparece aquí la palabra "forma", *morphé* en griego, término filosófico que da nombre a la doctrina de Aristóteles conocida como *hilemorfismo* (todo ser está constituido por la *materia* prima y la *forma* sustancial, que le caracteriza). La palabra "forma" se encuentra en el Nuevo Testamento sólo aquí y en la conclusión larga, tardía, del evangelio de Marcos (Mc 16,12). Por eso es difícil saber su sentido exacto para Pablo. En español el término "forma" tiene muchas acepciones. El Diccionario de la Real Academia Española registra 17. La número 14 consigna la siguiente acepción: "forma" es el "principio activo que da a la cosa su entidad, ya substancial, ya accidental". *CLAVE,* un diccionario de uso del español actual, omite todas las acepciones filosóficas del término, tal vez por considerarlas caídas hoy en desuso. Lo mismo pasa con otros términos como sustancia, naturaleza y persona. Ahora son términos familiares y llenos de sentido sólo para quienes han estudiado la filosofía escolástica, pero que traen imágenes e ideas diferentes a la mente de quienes hoy hablan en español común.

La palabra "forma" está aquí usada por un autor del siglo I, que pensaba en el griego hablado corrientemente en ese siglo en la cuenca del Mediterráneo. No es aventurado pensar que el autor de estos versículos entendía el término "forma" en su acepción filosófica, como cualquier hombre culto de su época.

Los traductores recientes de la carta a los Filipenses prefieren traducir *morphé* por "condición". Luis Alonso Schökel, en una nota a pie de página, destaca que la expresión "forma de Dios" admite varias interpretaciones, pero "aquí indica la naturaleza divina". Seguramente era eso lo que quiso decir el autor de la carta, lo que entendieron sus primeros lectores y lo que deben entender los lectores actuales: que Jesús, antes de asumir la "naturaleza de esclavo", tenía lo que hoy se llama la "naturaleza divina", de la que no se desprendió al anonadarse.

El texto de Flp termina afirmando que Dios exaltó a Jesús y le dio el *nombre que está por encima de todo nombre,* como premio a su obediencia hasta morir en la cruz. Este nombre es el nombre de *Señor (*cf. versículo 11). Es de notar que en Flp 2,6 Jesús es ya reconocido como *Hijo de Dios* antes de morir crucificado y de resucitar entre los muertos. En cambio, Jesús sólo fue constituido *Señor* después de la resurrección.

La llamada *carta los hebreos* comienza con una vigorosa profesión de fe en que Jesús es el Hijo, por quien Dios creó el universo. Es un texto tardío, escrito hacia el año 80, que refleja un nivel de reflexión teológica ya madura y bien asentada:

> "Muchas veces y de muchas maneras habló Dios a nuestros padres en el pasado por medio de los profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo, a quien nombró heredero de todo, por quien también hizo el universo, el cual, siendo resplandor de su gloria e impronta de su substancia y el que sostiene todo con su palabra poderosa, llevada a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la derecha de la Majestad en las alturas, con una superioridad sobre los ángeles tanto mayor cuanto más excelente es el nombre que ha heredado" (Hb 1,1-4).

## 2. El Hijo de Dios en los evangelios sinópticos

¿Cómo ha llegado la Iglesia a creer que Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios y que como tal participa de la naturaleza divina? ¿Fue Jesús mismo quien dijo "yo soy el Hijo de Dios"? El llegar a la convicción de que Jesús es Hijo de Dios ha seguido un proceso correlativo al descubrimiento de que Dios es Padre antes que nada. Y si desde siempre Dios es Padre, desde siempre debe tener un Hijo, igual a él en vida eterna y en poder. Conocer al Padre es conocer al Hijo. Conocer al Hijo es conocer al Padre. Conocer al Padre y al Hijo es conocer a Dios (cf. Jn 17,3).

El primer evangelista por orden cronológico es Marcos. Él fue el primero en darse cuenta de que los cristianos tenían derecho a conocer lo mejor posible a aquel hombre del que hablaban con tanta convicción quienes lo conocieron, testigos oculares cada vez menos numerosos. ¿Quién es ese Resucitado a quien anunciaron los apóstoles y del que Marcos había oído hablar a Pablo, el converso que escribía cosas maravillosas de Jesús? Marcos ha tenido la genial percepción –la inspiración- de que la vida de Jesús, antes de su muerte y resurrección, tiene valor salvífico. Sus palabras y sus andanzas en vida eran importantes para las comunidades que se habían formado en torno a su persona. Era preciso guardar por escrito lo que aun se podía saber de Jesús de Nazaret, del que todos creían que es el Cristo y el Hijo de Dios. Era necesario conseguir que Pedro, ya anciano, dijera todo lo que recordaba del Maestro.

Admirable Marcos, preocupado de relatar los hechos y las palabras de Jesús con una fidelidad escrupulosa, sin entrar en muchas explicaciones. Él quiere edificar su relato sobre el terreno firme de lo que numerosos testigos habían visto y oído, porque fue público. Por eso la infancia y la juventud de Jesús no le interesan. Es difícil encontrar en Roma alguien bien informado de lo que sucedió en esos primeros años. En cambio el ministerio de Juan Bautista fue un acontecimiento público, con amplias resonancias políticas. Marcos partirá de ahí y del bautismo que Jesús recibió de manos de Juan.

Objetividad sí, pero también son necesarios un orden en la exposición, unos criterios para seleccionar la información y un tener en cuenta a los lectores para quienes se escribe. En este terreno es inevitable que el escritor deje en su obra una huella delatora de su personalidad. Marcos acertará en el orden de la presentación de los hechos y de las palabras de Jesús, hasta el punto de que los demás evangelistas le seguirán en sus líneas maestras.

Objetividad no significa distancia ni indiferencia. Marcos es un creyente y no le importa que se note. Por eso abre su relato con un claro acto de fe en la calidad de su protagonista: "Comienzo del evangelio de Jesucristo Hijo de Dios" (Mc 1,1). Y terminará dejando la última palabra a un centurión romano que proclama en el Calvario la misma fe que el evangelista confesó al principio: "Realmente este hombre era Hijo de Dios" (Mc 15,39; cf. Lc 23,47).

Los evangelistas Mateo y Lucas siguen con aplicación el esquema trazado por Marcos y aprovechan a fondo la información que él les suministra. Como Marcos, sus dos alumnos señalarán la importancia del bautismo en el Jordán, donde Dios dejó oír por primera vez su voz para proclamar: "tú eres es mi Hijo amado" (Mc 1,9-11; Mt 3,13-17, Lc 3,21-22). Ahora bien, ni Mateo ni Lucas se contentarán con el silencio de Marcos sobre los primeros años de la vida de Jesús. Cada uno hará sus propias investigaciones y ambos

llegarán a la misma conclusión: Jesús es Hijo de Dios desde el instante de su concepción virginal en el seno de una joven nazarena, llamada María (Mt 1,18-23; 2,15; Lc 1,28-33). ¿Y qué era antes de su concepción? Habrá que esperar hasta el prólogo del evangelio de Juan para tener una respuesta.

En los tres sinópticos Jesús es proclamado Hijo por Dios mismo en otro momento solemne de su vida, en la Transfiguración (Mt 17,1-8; Mc 9,2-8, Lc 9,28-36, cf. 2Pe 1,16-18). Este episodio, cargado de símbolos misteriosos, tuvo importancia para la fe de los tres discípulos que fueron testigos de él. De momento parece que no fue tan importante, pues su fe pareció desvanecerse en el momento de la Pasión. Sí lo fue, sin embargo, después de que Jesús resucitó, cuando Pedro, Santiago y Juan pudieron hablar de ello con los demás apóstoles. La Transfiguración aseguraba que el Resucitado era el mismo Jesús al que ellos conocieron en Judea y Galilea y murió crucificado en Jerusalén. Ya en el monte de la Transfiguración Jesús podía mostrar atributos divinos, sin dejar por ello de ser el hombre con quien hablaron y comieron a diario.

En el discurso escatológico, donde se anuncia la venida del Hijo del hombre, es Jesús quien llama Hijo a sí mismo, sin más, pero añade enseguida "hijo del hombre", para subrayar que hasta en ese momento de gloria él sigue siendo un hombre verdadero: "en cuanto al día aquel y a la hora, nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre. Cuando se manifieste el hijo del hombre sucederá lo mismo que en los tiempos de Noé" (Mt 24,36-37). Lucas, en el lugar paralelo de Mateo, habla también del hijo del hombre (Lc 24,27). En el mismo contexto Marcos había escrito: "Mira, aquí está el Cristo" (Mc 13,21).

Jesús dirá que él es "el Hijo" en una oración dirigida al Padre, hecha con palabras que parecen arrancadas del evangelio de Juan:

> "Yo te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y las has dado a conocer a los sencillos. Sí Padre, así te ha parecido bien. Mi Padre me ha entregado todo, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien él quiera revelárselo" (Mt 11,25-27; Lc 10,21-22).

Jesús evita decir "yo soy el Hijo de Dios". ¿Por qué tanta discreción? Tal vez porque la expresión podía ser mal interpretada en el sentido de que él era llamado hijo de Dios sólo en sentido metafórico, como lo fue el rey David en un salmo (Sal 2,7).

La discreción de Jesús contrasta con la osadía de quienes lo llamaban Hijo de Dios sin creer que él lo fuera: Satanás (Mt 4,3; Lc 4,3.9; cf. Mt 27,49); los demonios que se habían adueñado de un geraseno (Mt 8,29; Mc 5,7; Lc 8,28); el sumo sacerdote presidente del tribunal que iba a condenar a Jesús (Mt 26,63; Mc 14,61: Lc 22,70); los que se burlaban de él, colgado en la cruz (Mt 27,40.43). Y en violento contraste con todos ellos, la repentina reacción del oficial romano encargado de la ejecución: "Verdaderamente éste era Hijo de Dios" (Mt 27,54; Mc 15,39).

Quienes llamaban a Jesús Hijo de Dios para tentarle, condenarle o reírse de él tenían algo en común: Jesús les había dado motivos para hacerles sospechar que lo era, aunque ellos no tuviesen claro lo que significaba ser hijo de Dios.

Jesús fue muy cauto al hablar de su filiación divina. Aunque evitó decir "yo soy el Hijo de Dios", lo afirmó indirectamente cuando se dirigía a Dios invocándolo como "Padre". En el evangelio de Mateo, Jesús llama "Padre" a Dios unas 50 veces; en el de Lucas, unas 17; y sólo 4 en el de Marcos. Jesús hablará de "el Padre", "tu Padre", "vuestro Padre" o "mi Padre", pero nunca dirá "nuestro Padre". Él no se incluía en el grupo de sus discípulos. Esto aparece claro en la enseñanza sobre la oración en el sermón de la montaña (Mt 6,9). Son los discípulos quienes deben decir "Padre nuestro". Dios es Padre de Jesús de manera distinta a como es padre de los demás hombres.

Jesús llama a Dios "mi Padre" en un momento especialmente significativo: en la oración en el huerto de Getsemaní antes de entrar en la Pasión. La escena ha sido recogida por los tres sinópticos. Marcos ha conservado incluso la palabra en hebreo con la que Jesús comienza su oración. Es la manera afectuosa con la que los hijos pequeños se dirigían a su padre: "*Abba*, Padre, para ti todo es posible: líbrame de este trago amargo, pero que se haga no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres" (Mc 14,36; cf. Mt 26,39.42; Lc 22,42).

## 3. Jesús Hijo de Dios en el evangelio de Juan

El evangelio según Juan es el cuarto y último de los evangelios reconocidos por los cristianos como inspirados por el Espíritu Santo. Su redacción definitiva data del año 95 aproximadamente, unos 15 años después de dados a conocer los evangelios de Mateo y de Lucas. Es probable que Juan haya conocido el evangelio de Marcos, cuyo esquema sigue con libertad. En todo caso Juan tiene notables diferencias con los tres sinópticos en lo que se refiere a la filiación divina de Jesús. Baste señalar aquí dos de ellas:

La primera está al principio de su escrito, como un factor común que se aplica a todo el resto. Según Marcos, Jesucristo fue proclamado hijo de Dios en el momento de su bautismo en el Jordán. Según Mateo y Lucas fue constituido como tal al ser concebido por obra y gracia del Espíritu Santo en el seno de la virgen María. Juan comienza con un himno donde se afirma el origen divino de Jesucristo. Para el cuarto evangelista, la Palabra que existía ya al principio, antes de toda criatura, junto al Padre y en calidad de Dios, es Jesucristo.

La segunda diferencia ha valido al cuarto evangelio el que san Clemente de Alejandría, a fines del siglo II, lo calificara de "espiritual". Los tres sinópticos también son espirituales, aunque Clemente los califique de "corporales", porque están escritos bajo la influencia del Espíritu Santo y ya interpretan la vida de Jesús desde la perspectiva de su fe en la resurrección. Pero el evangelio de Juan es espiritual de modo eminente, porque su autor tiene plena conciencia de lo que hace. Él escribe a sabiendas de que el Espíritu Santo ha dado a la Iglesia, a lo largo de sus primeros 60 años de existencia, una comprensión cada vez más profunda de la persona de Jesús y de su obra: "el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, hará que recuerden lo que yo les he enseñado y les explicará todo" (Jn 14,26).

Juan no teme hacer hablar a Jesús de Nazaret el lenguaje propio del Resucitado. El evangelista explica las enseñanzas de Cristo respondiendo así a las necesidades perentorias de la comunidad para la que escribe a fines del siglo primero. Su lenguaje será el de un teólogo, más que el de un simple cronista.

La suya es una comunidad cristiana que ha sufrido dos desgarrones. El primero, hacia el año 85 y viviendo aún el apóstol Juan, fue causado por la ruptura entre los cristianos de origen gentil y los judeocristianos. Entonces el motivo fue la divinidad de Jesús, afirmada por los primeros y negada por los segundos, que veían en Jesús sólo un Mesías humano. La solución de la crisis fue dramática. Los judeocristianos dejaron la Iglesia y volvieron a la Sinagoga. Se pondrá entonces por escrito la mayor parte del cuarto evangelio, subrayando la importancia de la fe en que Jesús es el Hijo de Dios.

El segundo desgarrón se produjo unos 10 años después y muerto ya el discípulo amado. Entonces abandonó la comunidad y volvió al "mundo" otro grupo de cristianos, esta vez marcados por el neoplatonismo. Ellos negaban que Jesús hubiera sido realmente un hombre. Sólo "parecía" serlo. Por consiguiente, la salvación de los hombres no vendría de su muerte en la cruz, sino gracias a un conocimiento, a una *gnosis* reservada a unos cuantos elegidos, muy espirituales. Un buen teólogo, puesto al frente de la comunidad juánica, dará entonces los últimos retoques al texto primitivo subrayando la necesidad de comer la carne del hijo del hombre para tener vida eterna (6,51-58). Él mismo añadirá también un apéndice, el capítulo 21, donde insiste en la legitimidad de la autoridad de Pedro sobre toda la Iglesia, incluida la comunidad juánica. La 1ª carta de Juan afirmará con energía que Jesús fue un hombre auténtico.

El tema de que Jesús fue realmente un hombre tan de carne y hueso como los demás mortales, será abordado en el capítulo siguiente. Ahora se trata de analizar algunos textos claves del evangelio, desde la perspectiva de la filiación divina de Jesús:

1) Las afirmaciones contenidas en Jn 1:1.14.18;
2) La controversia con los judíos después de la curación en sábado de un tullido junto a la piscina de Betesda (5,19-29).
3) Los testimonios de Natanael, de Marta y de Tomás (1,49; 11,27; 20,28).
4) Dos textos complementarios (10,30 y 14,28).

### *a) En el principio existía la Palabra (Jn 1,1.14.17.18)*

Estos cuatro versículos son claves en el prólogo del evangelio de Juan. La siguiente es una traducción de ellos lo más clara y a la vez lo más literal posible.

- "Al principio existía la Palabra / y la Palabra existía junto al Dios / y la Palabra existía en calidad de Dios" (1,1).
- Y la Palabra llegó a existir en calidad de carne / y plantó su tienda entre nosotros, / y vimos su gloria, gloria que corresponde al unigénito del Padre / lleno de un don que es la verdad (1,14).
- La Ley fue dada mediante Moisés, el don de la verdad mediante Jesucristo llegó a existir. Jamás nadie ha visto a Dios / el que existe en calidad de unigénito, de Dios, vuelto hacia el regazo del Padre, lo dio a conocer" (1,17-18).

Para entender la traducción dada aquí es necesario hacer algunas aclaraciones sobre el verbo *ser* (en griego *eínai*). El verbo *eínai*, como el verbo correspondiente en latín, francés, inglés o alemán, admite tres traducciones distintas al español: *ser, estar, existir*. En Jn 1,1-18 el verbo griego está empleado:

- en pretérito imperfecto en los versículos 1, 2, 4, 8, 9, 10 y 15; traducciones posibles: *era, estaba, existía*;
- en participio presente en el versículo 18*; el que es, el que está, el que existe.*
- Como *ser* es un verbo defectivo, para conjugarlo en los tiempos que faltan hay que recurrir a otro verbo (*genésthai*) que significa "llegar a ser, estar o existir":
- en pretérito indefinido (aoristo) en los versículos 3, 6, 10, 14 y 17; traducciones posibles: *llegó a ser, llegó a estar, llegó a existir*; y
- en pretérito perfecto, en los versículos 3 y 15: *lo que ha llegado a ser, a estar, a existir*.

En español no es lo mismo decir "era", "estaba" o "existía". El verbo *ser* tiene en primer lugar la función de afirmar o negar de un sujeto algo que lo califica. Por ejemplo, en la frase "Ticio es un hombre", Ticio es el "sujeto" y hombre es el "predicado". La frase afirma a la vez dos cosas: que Ticio *existe* y que *consiste* en ser un hombre, no una mascota. El grado de realidad de la afirmación dependerá de la realidad del sujeto, pero el verbo *es* implicará siempre un cierto grado de realidad. En la frase "Sancho Panza *es* el escudero de Don Quijote", Sancho Panza es un ente tan ficticio como su patrón, pero ambos gozan todavía hoy de una peculiar realidad simbólica, son símbolos. Según este grado de realidad Sancho *existe* como escudero del caballero andante, y existe *consistiendo* en ser escudero de Don Quijote.

El verbo *ser* se usa también sin predicado. Entonces se traduce por *existir*. En el famoso entimema de Descartes "pienso, luego existo" (*cogito, ergo sum*) el verbo *sum* no significa que yo soy esto o aquello, sino que yo *existo*, sin más.

Para entender bien el texto de Jn hay que tener en cuenta otro detalle que pasa inadvertido en las traducciones al español. "Dios", en griego, puede escribirse precedido del artículo determinado "el" o sin artículo. En los versículos 1 y 2, Dios aparece dos veces con artículo y otra vez sin él. *El* Dios, con artículo es *el Padre* (vv. 14 y 18).

Dios, sin artículo, indica una manera divina de existir. Traducir *la Palabra era Dios* diciendo que "la Palabra era el Dios" es una herejía, porque identifica a la Palabra con el Padre. Pero so pretexto de que "Dios" en esta frase no lleva artículo, tampoco se puede decir que "la Palabra era un dios", como traducen algunos que niegan la divinidad de Jesús. Decir "la palabra era Dios" es afirmar que la Palabra *existía siendo* Dios, *en calidad de* Dios, ya antes de que cualquier otro ente fuera creado.

Una construcción semejante a la de "la Palabra era Dios" se encuentra en 1Jn 1:5 y 4:8: "el Dios es luz", "el Dios es amor". El Dios es el Padre (cf. 1Jn 1:4 y 4:2). De él se dice que es luz y amor, es decir, que existe siendo luz y amor, que a su esencia pertenece el iluminar y el amar. En consecuencia: al principio, cuando nada existía, existía ya la Palabra en calidad de Dios y existía en íntima unión con *el* Dios, y por ella llegó a existir todo lo demás. Y aunque existía en calidad de Dios no se confundía con *el* Dios, es decir, con el Padre (1,1-3).

También el verbo "llegar a ser" admite siempre en el prólogo la traducción de "llegar a existir". Dice el versículo 14: "Y el la Palabra llegó a existir en calidad de carne". La Palabra, que al principio ya existía en calidad de Dios, llegó a existir en calidad de carne, en calidad de hombre débil y mortal, en un momento preciso de la historia humana.

Por fin en el versículo 17 pronuncia Juan el nombre de la Palabra: Jesucristo. El término "Padre" aparece aquí por vez primera en el cuarto evangelio. La Palabra, que existía

ya junto al Dios y siendo Dios, llegó a existir en calidad de carne y puso la tienda entre nosotros, en un momento de la historia. En la Palabra hecha carne "vimos su gloria, la gloria que corresponde a un unigénito junto al Padre, lleno de un don, que es la verdad" (literalmente: "de un don y de verdad", que forman una endíadis: "un solo concepto se expresa mediante dos nombres coordinados"; en este caso, hay dos sustantivos, del que uno, *verdad*, califica al otro, *don* o regalo).

El versículo 18 cierra el prólogo con un precioso resumen: "*Jamás nadie ha visto a Dios. El que existe en calidad de unigénito, de Dios, vuelto hacia el regazo del Padre, lo dio a conocer*". Jesucristo, Palabra eterna del Padre, se encarnó para existir como verdadero hombre en un momento concreto de la historia. Jesucristo, hombre y Dios unigénito, vivió en la tierra vuelto hacia el Padre, "en su regazo". Su vida y su persona fueron y siguen siendo la revelación del Padre, a quien nadie ha visto jamás. Jesús explica cómo es el Padre. La última palabra del versículo es "dio a conocer". Podrían ponerse aquí dos puntos: lo que viene después es todo el evangelio, es la revelación, es la explicación que Jesús da del Padre.

### *b) Un milagro y su significado (5,1-18*).

Durante una fiesta judía no especificada, Jesús se acercó a un estanque con cinco pórticos llamado Betesda, próximo al Templo y a una de las puertas de Jerusalén. Allí le llamó la atención un tullido que llevaba 38 años esperando a que alguien le ayudara a bajar el primero a la piscina para sanar así de su invalidez. Tras un breve diálogo con el enfermo "Jesús le dijo: Levántate, toma tu camilla y camina". Al instante el tullido pudo cumplir la orden de Jesús y salir andando con la camilla a cuestas. Mal el tullido ¿Cómo se le ocurría cargar con una camilla en sábado? Y peor Jesús, que se lo había ordenado.

Los judíos averiguaron, gracias al ex tullido, que el autor de la sanación y de la orden de cargar con la camilla había sido Jesús. Escándalo. Jesús había quebrantado y hecho quebrantar el sagrado mandamiento del descanso sabático. "Jesús hacía obras como ésta en sábado. Por eso le perseguían los judíos".

En algún momento y lugar que calla el evangelista, Jesús enfrentó a sus adversarios y justificó sus acciones con una afirmación singular: "Mi Padre nunca cesa de trabajar. Por eso yo trabajo también en todo tiempo". Y Juan continúa su relato diciendo: "Esta afirmación provocó en los judíos un mayor deseo de matarlo, porque no sólo no respetaba el sábado, sino que además decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual al Dios".

### *c) La controversia con los judíos (Jn 5,19-29).*

Después de relatado el milagro, el evangelista conduce al lector para que asista a una controversia, llena de oscuros presagios, entre Jesús y "los judíos". Los "judíos" no son ya los contemporáneos de Jesús sino los del evangelista. Éste aprovechó el antiguo relato de un milagro de Jesús para entablar un debate que interesaba a su comunidad cristiana, cuyas relaciones con la sinagoga del lugar eran hostiles. Se trataba de afirmar la autoridad de Jesús sobre el sábado y, a partir de aquí, responder a una pregunta acerca de su identidad: ¿es Jesús el Hijo de Dios? La respuesta se desarrolla como un drama en dos actos, preparados por el milagro: la afirmación de que Jesús es el Hijo del Padre, de Dios (19-29) y los testimonios a favor de Jesús (30-47).

### *d) La afirmación de que Dios es el propio Padre de Jesús (19-29).*

El tullido ha desaparecido de la escena. Los adversarios de Jesús guardan silencio o están ausentes. ¿A quién se dirige entonces Jesús? Sus palabras parecen dirigidas por el evangelista a sus contemporáneos, más que a los interlocutores de Jesús. El evangelista hace en ellas una interpretación del milagro a la luz de la resurrección. Jesús es aquel a quien el Padre envió (vv. 23, 24, 30, 37). El Hijo hace todo y sólo lo que ve hacer al Padre. El Padre ama la Hijo y le manifiesta sus obras y le manifestará todavía obras mayores (v. 20; alusión a la resurrección). El Padre ha dado al Hijo dos poderes propios de Dios: el de juzgar y el de resucitar a los muertos. Por eso quien cree en Jesús no será condenado y tiene ya vida eterna (v. 24). "El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado al Hijo todo el poder de juzgar" (v. 22). "Así como el Padre tiene el poder de dar la vida, ha dado al Hijo el mismo poder y le ha dado también autoridad para juzgar porque es el hijo del hombre" (vv. 26-27).

El Padre es quien envió a Jesús y le dio sus poderes divinos. Si esto es así, y lo es, los judíos se equivocan al decir que Jesús se ha hecho a sí mismo igual a Dios. Es el Padre quien ha conferido a Jesús el ser igual a Dios.

### *e) Los testimonios a favor de Jesús (30-47).*

"Si yo me presentara como testigo de mí mismo, mi testimonio no tendría valor. Es otro quien da testimonio a mi favor y su testimonio es válido" (v. 32). Jesús presenta cuatro testigos: Juan Bautista, las obras que él mismo realiza por encargo del Padre que lo envió, la Escritura en general y Moisés en particular (vv. 33-47). No hay respuesta de los judíos. Sin más explicaciones Juan llevará al lector de un salto desde Jerusalén hasta Galilea, donde verá hacer a Jesús un nuevo signo de su filiación divina: el milagro de la multiplicación de los panes (6,1-71).

## *4. Otros testigos: Nataniel, Marta y Tomás (1,49; 11,27; 20,28).*

A lo largo del cuarto evangelio su autor recoge también la declaración de otros tres testigos que declaran a favor de la filiación divina de Jesús:

- Nataniel: "Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel" (1,49).
- Marta: "Si, Señor. Yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que tenía que venir a este mundo".
- Tomás el Mellizo: "¡Señor mío y Dios mío!" (20,28).

Estas declaraciones son al mismo tiempo proclamación de la fe de quienes las pronuncian y un testimonio para quienes las escuchan. El evangelista las ha puesto en tres momentos estratégicos de su relato: al principio, cuando Jesús llama a sus primeros discípulos. A la mitad, cuando Jesús realiza su último signo milagroso reanimando a Lázaro. Al final, antes del epílogo cuando Tomás hace una proclamación clara y contundente de su fe en el Resucitado.

Los tres testigos tienen en común el ser personas bien conocidas y apreciadas en la comunidad a la que se dirige Juan, porque él las nombra más de una vez: Nataniel (1,45-49 y 21,2); Marta (11,1-5.19-39 y 12,2); Tomás (11,16; 14,5; 20,24-28; 21,2).

- Nataniel, el de Caná de Galilea, es un hombre impetuoso y con prejuicios contra los vecinos de Nazaret. Jesús lo calificará de "auténtico israelita, en quien no hay doblez alguna". Una insignificante insinuación de Jesús bastará para que se entregue: "¿Te basta para creer el haberte dicho que te vi debajo de la higuera? Verás cosas más grandes que esta", le dirá Jesús, tal vez sonriendo. Nataniel reaparece formando parte de un grupo de 7 discípulos a quienes se aparecerá Jesús resucitado a orillas del lago de Tiberíades. Él será allí testigo de una pesca milagrosa y del encargo que Jesús hizo a Pedro de apacentar a sus ovejas.

- Marta es el jefe de un hogar donde Jesús se encontraba siempre a gusto. El evangelista no trepida en afirmar que Jesús amaba a esta mujer y a sus hermanos María y Lázaro. Ante la tumba de Lázaro Jesús reveló a Marta que él es "la resurrección y la vida", y añadió "el que cree en mí, aunque muera vivirá; y quien vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees esto?". Ella contestó con un rotundo "sí, creo. Yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que tenía que venir a este mundo". Marta celebrará con una fiesta en su casa de Betania la reanimación de Lázaro. En la fiesta su hermana María ungirá los pies y la cabeza del amigo y maestro con un perfume carísimo.

- Tomás el Mellizo estaba con Jesús cuando le anunciaron que su amigo Lázaro estaba enfermo. Era una enfermedad harto inoportuna. La vida de Jesús correría peligro en Jerusalén si iba a visitarlo, y los discípulos lo sabían. De todas maneras Jesús se puso en camino. ¿Titubearon algunos discípulos en acompañarlo? Tomás, no: "Vayamos también nosotros para morir con él". Tomás quería de verdad a Jesús, aunque alguna vez no le era fácil entender lo que él quería decir, pero entonces, aun a riesgo de parecer un poco torpe, se atrevía a pedir explicaciones: "Señor, no sabemos a dónde vas ¿cómo podemos conocer el camino?". Tomás es un hombre sincero y más adelante no disimulará su incredulidad. El apóstol estuvo ausente de la reunión cuando Jesús resucitado se apareció por vez primera a sus discípulos. Ellos le dirán lo que quieran, pero Tomás no está dispuesto a creer que Jesús haya resucitado si él mismo no toca sus heridas. Tomás ya no faltará a la reunión de la semana siguiente y allí no le quedará más remedio que confesar, rendido: "¡Señor mío y Dios mío!". ¿Creyó porque había tocado? No sólo por haber tocado. Creyó porque tocó a un hombre y, por gracia, reconoció en ese hombre a su Señor y su Dios. Junto con Nataniel, Tomás será testigo de la pesca milagrosa, cuando el discípulo amado reconoció a Jesús resucitado en el desconocido que les esperaba en la orilla para "tomar pan y repartírselo" (21,13).

Nataniel, Marta y Tomás, dos hombres y una mujer, son tres testigos de excepción que Juan invoca en su evangelio para convencer a sus lectores de que Jesús es el Hijo de Dios. Ellos lo han conocido, lo han amado, le han seguido con entusiasmo y generosidad desde muy pronto y en circunstancias varias, antes y después de su muerte y resurrección. Su testimonio es el testimonio lúcido que da la Iglesia de fines del siglo I y de todos los siglos siguientes: Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, el Señor. Jesús es el mismo antes y después de su resurrección.

## 5. *Dos textos complementarios (10,30 y 14,28).*

"El Padre y yo somos uno" (10,30). "Si de verdad me aman deberían alegrarse de que voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo" (14,28).

Son dos textos que parecen contradecirse, pero en realidad son complementarios. El primer texto recoge unas palabras de Jesús, que irritaron a sus interlocutores judíos en una controversia después de la curación de un ciego de nacimiento. El segundo texto es considerado por algunos exegetas como el versículo más difícil de interpretar en todo el evangelio de Juan. Fue ya esgrimido por los arrianos para negar la divinidad de Jesucristo.

*La afirmación de Jesús* en la controversia con sus adversarios indica que el Padre y él son *uno*, pero paradójicamente son *dos* existentes, puesto que son dos sujetos distintos. En el lenguaje cotidiano decir que Fulano y Mengano son uno es decir una metáfora que significa que son dos amigos entrañablemente unidos, pero independientes el uno del otro. Jesús es uno con el Padre por la estrecha armonía que existe entre ambos al hablar y al hacer. Esta unión es más que una unión moral. Es, sí, una unión en el orden del pensar y del actuar, pero ella brota de la unión profunda que existe entre el Padre y Jesús en el orden del ser.

*La segunda frase* está inserta en el capítulo 14, que contiene la parte central del discurso de despedida de Jesús en la última cena. El evangelista destaca que Jesús ha puesto de relieve que su unión con el Padre es tan real e íntima, que quien conoce a Jesús conoce al Padre que lo envió (14,9-10). La frase "yo y el Padre somos uno" revela la realidad profunda de Jesús, y explica su interés por los hombres (cf. 17,11). La estrecha unión entre el Padre y Jesús y entre Jesús y quienes creen en él no destruye la individualidad de cada una de las partes.

Pero Jesús añade todavía otras palabras con las que parece declararse inferior al Padre. Dice así el versículo 14,28: "Escucharon que yo les dije: regreso y vuelvo junto a ustedes. Si me aman se alegrarán de que yo vaya junto al Padre, porque el Padre es mayor que yo". Con estas palabras Jesús trata de levantar los ánimos de sus discípulos, turbados por el enuncio de su próximo regreso al Padre. En este contexto se inscribe la frase "el Padre es mayor que yo". Los discípulos deben alegrarse porque Jesús regresa al que es el origen de la vida, al único que realmente puede llevar la paz al corazón humano. La alegría de los discípulos se funda no sólo en la glorificación de Jesús, sino también, o sobre todo, en el hecho de que Jesús glorificado continuará de una manera nueva y más eficaz su obra, la obra para la que el Padre le envió en favor de quienes lo aman.

El problema que plantea la frase de 14:28 ha sido y sigue siendo un tema mayor de la Cristología. La larga historia de la interpretación de este versículo, desde los arrianos hasta los exegetas modernos, pasando por los Padres Orientales y san Agustín, brinda una conclusión irrebatible: es bien difícil llegar a una interpretación del texto que convenza del todo y a todos.

La dificultad sólo puede resolverse aclarando el significado real de la expresión *ser mayor que*. De hecho, el Padre es quien envió a Jesús y Jesús es el enviado. Jesús es el que vino para hacer la voluntad de su Padre. El Padre es quien ha puesto todo en las manos de Jesús. El Padre es quien ha dado a Jesús el mandato de entregar el alma por los suyos, y Jesús es quien la entregó. Jesús es el que salió del Padre, vino al mundo y, en la "hora" fijada por el Padre, dejó el mundo y regresó al Padre (cf. 13:1; 16:28). El Padre es el Dios y Jesús es su Hijo. Las relaciones entre el Padre y Jesús no pueden ser expresadas en términos de una igualdad absoluta, sin residuo alguno de diferencia. Tampoco puede expresarse esa diferencia diciendo que el Padre es "más" que el Hijo o que el Hijo es "menos" que el Padre, porque

asumió la condición de hombre. El Padre y el Hijo existen simultáneamente siempre y para siempre, porque el Padre sólo puede ser padre si tiene un hijo, y el Hijo sólo puede ser hijo si tiene un padre. El Padre y el Hijo están unidos precisamente por lo que los diferencia, es decir, por sus mutuas relaciones de paternidad y de filiación.

El evangelista no titubeó al decir en la primera página de su evangelio que Jesucristo es la Palabra que "existía en el principio junto al Padre en calidad de Dios", y tampoco titubeará al poner ahora en boca de Jesús mismo esta afirmación: "el Padre es mayor que yo". Es impensable que el evangelista se haya olvidado del prólogo cuando escribía 14,28. Para él no puede haber contradicción entre ambas frases. Esto quiere decir que el lector deberá olvidar las connotaciones de superioridad cualitativa o cuantitativa, que lleva consigo el término "mayor" en el lenguaje común. Ser mayor no significa ser más sabio, ni más poderoso, ni más eterno, por decirlo así. Ser mayor significa tan solo que hay dos existentes distintos entre sí, a pesar de que *ambos* son *uno* en el amar y en el hacer.

¿Cómo explicar el que Juan haya hecho estas dos afirmaciones aparentemente contradictorias: “el Padre y yo somos uno” y “el Padre es mayor que yo”? Hay que buscar la respuesta teniendo en cuenta los momentos que vivía la comunidad cuando Juan puso por escrito su evangelio:

- por una parte, muchos judeocristianos negaban la divinidad de Jesús (cf. Jn 5,18);
- por otra parte, al interior mismo de la comunidad juánica ya eran perceptibles las primeras señales de que algunos de sus miembros negaban que Jesús hubiera sido un hombre de carne y hueso. Las epístolas de Juan dan testimonio de que a fines del siglo I algunos cristianos habían ido "demasiado lejos" al interpretar el cuarto evangelio, negando que Jesús había venido "en carne": "Muchos seductores vinieron al mundo, los cuales no confiesan que *Jesucristo ha venido en carne*. Ése es el seductor y el anticristo" (2Jn 7.9; cf. 1Jn 4,2-3). Jesús no sería más que el Hijo disfrazado de hombre.

Estos "seductores" son los precursores inmediatos de los *docetas*, herejes que sostenían que la Palabra de Dios se manifestó en Jesús con un cuerpo aparente, con algo que "parecía" un cuerpo, pero que en realidad no lo era. No hay más que un paso desde la afirmación de que Jesús fue un hombre sólo en apariencia, a la de que el único Dios se apareció bajo formas diversas, pero que en realidad el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son idénticos, es decir, son solo Dios que se revela bajo apariencias diferentes.

Este paso lo dieron muy pronto Sabelio y los sabelianos, llamados también “modalistas”. Según un fragmento de una carta del Papa San Dionisio sobre "La Trinidad y la Encarnación", del año 260 aproximadamente, Sabelio “blasfema diciendo que el Hijo es el mismo Padre, y viceversa". El Concilio I de Constantinopla, año 381, condenará a un nutrido grupo de herejes, entre los que están los sabelianos (Dz 85).

Las palabras de Jesús en 14:28 salen al paso tanto de las acusaciones de los judíos como de los posibles errores de los cristianos. Jesús, el Hijo, no es el Padre, aunque sea uno con él. Ellos son dos existentes distintos. Una de las pocas maneras de hacerlo entender es decir que uno es mayor que otro, pero no mejor ni peor. Así pues, 14,28 salvaguarda ante todo la real distinción entre Jesús y el Padre. A su vez, 10,30 salvaguarda su igualdad.

## 6. Jesús no se proclamó "Señor"

El título de *Señor (Kyrios)* se aplica a Jesús en un sentido peculiar y exclusivo sólo después de su muerte y resurrección. Un ejemplo claro de esta afirmación se encuentra en el uso y el no uso de este título en los relatos de un mismo milagro, según el evangelista que lo narra, Marcos por un lado, Mateo o Lucas por otro:

Según Marcos, "he aquí que un leproso acercándose a él y cayendo de rodillas le dice: Si quieres puedes limpiarme" (Mc 1,40). Mateo lo cuenta de otra manera: "Y he aquí que un leproso, acercándose, se postró ante él diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme" (Mt 8,1). Lucas dice: "Estaba Jesús en un pueblo donde había un hombre lleno de lepra. Éste al ver a Jesús, cayó rostro en tierra y le suplicaba: Señor, si quieres puedes limpiarme" (Lc 5,12). La comparación entre los relatos de Marcos y de Mateo (el de Lucas es casi igual al de Mateo) permite descubrir dos diferencias importantes:

- Marcos dice que el leproso *cayó de rodillas* ante Jesús. El leproso quiere conmoverle con un gesto de humildad. Y dice: "si quieres". El relato es sencillo, sin pretensiones teológicas. El leproso ignora si Jesús es un profeta o un simple curandero. El caso es moverlo a compasión para que le escuche y lo sane.

- Mateo dirá que el leproso *se postró*, es decir, que hizo una *proskynesis*, un gesto religioso de adoración. Y añadió: "Señor". El leproso invoca a Jesús con un nombre que le será dado después de su resurrección.

Marcos muestra a los lectores de su evangelio que Jesús fue un hombre compasivo, dotado de un poder sobrenatural para sanar. El lector puede quedarse indiferente y pensar que el leproso tuvo mucha suerte. Qué pena que Jesús no esté ya en el mundo. Para Mateo el milagro en sí tiene muy poca importancia. Es sólo un signo que apunta hacia una realidad posterior. Llamando *Señor* a Jesús y diciendo que el leproso lo *adoró*, el evangelista está diciendo a su lector que Jesús, gracias a su resurrección, está todavía presente entre los que creen en él y sigue sanándoles de sus llagas físicas o espirituales. Se comprende así que en Marcos el término *Señor* aparezca sólo 18 veces contra 80 en Mateo, 103 en Lucas, 52 en Juan y 243 en las cartas paulinas, según el vocabulario estadístico del Nuevo Testamento, confeccionado por R. Morgenthaler (Zurich 1958).

El análisis de los textos de Marcos y de Mateo, referentes a la sanación de un leproso, coincide con lo afirmado en Hch 2,36 y Flp 2,11: el título de *Señor* fue conferido por Dios Padre a Jesús cuando éste resucitó: "Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús, a quien ustedes crucificaron" (Hch 2,36). Por la obediencia de Jesús hasta la muerte en cruz "Dios lo exaltó y le dio el nombre que está sobre todo nombre para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua proclame que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre" (Flp 2,11).

Marcos pone el término "Señor" en boca de Jesús, citando al Deuteronomio: "Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor, y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente y con toda tu fuerza" (Mc 12,29-30, citando Dt 6,4-5). Es la cita de un pasaje importante de la Escritura, que un judío debe recitar dos veces al día. El título de "dios" puede darse a Júpiter o a Osiris, pero el único que de verdad es Dios es el que lleva el nombre de *Señor (Adonai)*.

Jesús llama *Señor* al Padre (Mt 11,25; cf. Lc 4,18), pero nunca a sí mismo. Sólo indirectamente podría referir a sí mismo el nombre divino cuando cita salmos en donde aparece el este nombre de Dios. Uno de los textos de la Escritura más citados por Jesús mismo, según los evangelios sinópticos, es el Salmo 110,1 (Mt 22,44; 26,64; Mc 12,36; 14,62; Lc 20,42-43; 22,69; Hch 2,34-35). Jesús cita este salmo en controversias con los maestros de la Ley o para defenderse ante sus jueces, pero no dice que él sea el *Señor*:

> "¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David? David mismo dijo inspirado por el Espíritu Santo: *dijo el Señor a mi Señor, siéntate a m derecha hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies*. Si el mismo David lo llama Señor ¿cómo es posible que el Cristo sea hijo suyo?" (Mc 12,35-37; cf. 14,62).

## 7. El título "Señor" aplicado a Jesús

¿Cómo sonaría la proclamación de que Jesús es el *Señor* en los oídos de un judío de Alejandría y en los de un ciudadano romano?

Para empezar, hay que conocer el significado de cada palabra en cada idioma. "Dios" se dice *Elohim* en hebreo y *Theós* en griego. "Señor" se dice en hebreo *Yhwh* (pronunciado *Adonai*, por respeto al nombre divino), y *Kyrios* en griego. Estas palabras, "Dios" y "Señor", tienen también su equivalente en latín: *Theós* se dice en latín *Deus*, Dios. Y *Kyrios* se dice *Dominus*, en castellano "Señor". "El Dios", con artículo (*o Theos*) es para los cristianos "el Padre":

El *dominus* es el dueño de la casa (*domus*), el padre de familia, el que manda, el que tiene dominio. Ya en siglo I algunos emperadores, como Calígula y Domiciano, se proclamaron "Señor y Dios" (*Dominus et Deus*). El César, que era *Imperator* (jefe del ejército) y *Príncipe* (primer ciudadano) era también *Sumo Pontífice* y dominaba el Imperio Romano con rango divino, de modo que su autoridad abarcaba todos los ámbitos de la vida de los ciudadanos, civil, militar y religioso. En el Imperio Romano estaban permitidas todas las religiones mientras no atentaran contra el poder político y militar del Dominus. No había lugar para los objetores de conciencia. En este contexto religioso, civil e idiomático, Pablo se atreverá a escribir así a los corintios, en griego por supuesto:

> "Existen en verdad quienes son llamados dioses, tanto en el cielo como en la tierra, de tal manera que existen *muchos dioses* y *muchos señores*. Sin embargo, para nosotros no hay más que *un Dios*, el Padre, de quien todo procede, y nosotros para él; y *un Señor*, Jesucristo, por quien todo existe y nosotros por él" (1Co 8,5-6).

Sus palabras suenan como un desafío. En un tono menos polémico escribirá san Pablo a los romanos, hablando de la predicación evangélica: "si proclamas que Jesús es el Señor y crees con tu corazón que Dios lo ha resucitado de entre los muertos, te salvarás" (Rm 10,9). Se comprende que Pablo escribiera hacia el año 55: "Nadie puede decir *Jesús es Señor*, si no está movido por el Espíritu Santo" (1Co 12,3). Movido y sostenido.

En definitiva, para un judío acostumbrado a leer la Escritura en la traducción al griego hecha en Alejandría en los siglos III-II a.C, "Señor" era el nombre del verdadero

Dios. Oír llamar *Señor* a Jesús debía sonarle como una blasfemia. Por el otro lado, para un pagano grecorromano *Señor* sonaba a rival del César. Para los cristianos decir *Señor* no era ni una blasfemia ni un desafío, pero reclamaba para Jesús un rango divino y un dominio especial sobre los hombres, que podía chocar con quienes se proclamaban *Dios y Señor*.

## *8. "Rey de reyes y Señor de señores" (Ap 17,14; 19,16)*

El choque se dio a fines del siglo I y fue violento. De este enfrentamiento entre la Iglesia y el poder civil, encarnado en Domiciano (81-96), hablará el autor del *Apocalipsis*, especialmente desde el capítulo 13 al 20. El César está representado como una Bestia con diez cuernos y siete cabezas (siete colinas). Domiciano pedía a sus súbditos que lo adoraran, es decir, que hicieran de su voluntad la norma suprema de toda moral. Detrás de él está el Dragón o Serpiente del paraíso, que "le dio su fuerza, su trono y su inmenso poder. También se le dio hacer la guerra a los creyentes y vencerlos, y se le otorgó poder sobre las gentes de toda raza, pueblo, lengua y nación. Y la adorarán todos los habitantes de la tierra, a excepción de aquellos que desde la creación del mundo están inscritos en el libro de la vida del Cordero degollado" (13,1-8).

El combate terminará con la caída de Roma, la gran prostituta, la orgullosa Babilonia (17 y 18). Roma y sus aliados "harán la guerra al Cordero, pero el Cordero los vencerá, porque es Rey de reyes y Señor de señores, y con él vencerán también los llamados, los elegidos y los creyentes" (17,14; cf. 19,16).

El *Apocalipsis* se cierra, y con él se pone punto final al Nuevo Testamento, con una promesa y una súplica: "Sí, estoy a punto de llegar. Amén. ¡Ven, Señor Jesús! Que la gracia de Jesús, el Señor, está con todos" (Ap 22,21).

Al concluir el examen de los títulos que el Credo aplica a Jesús –Cristo, Hijo de Dios y Señor- cabe preguntarse: ¿por qué aparecen estos títulos en el Credo y no otros? Se puede conjeturar que ellos resumen bien quién es Jesús y qué representa para la humanidad ahora y en el futuro. Jesús es:

- El Hijo de Dios, que existe desde siempre junto al Padre en calidad de Dios.
- El Cristo, que cumple las promesas hechas al pueblo elegido.
- El Señor que, resucitado, sigue presente en el mundo, guiándolo hasta un final glorioso. "Cuando le estén sometidas todas cosas y entonces el mismo Hijo se someterá también al que le sometió todo, para que Dios sea todo en todas las cosas" (1Co 15,27).

# 11

# NACIÓ DE SANTA MARÍA VIRGEN

El Credo continúa: "Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, *que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de Santa María Virgen"*.

Una vez profesada la fe en que Jesucristo es el Hijo de Dios, el creyente da un paso más y confiesa que Jesucristo es verdaderamente hombre. Se trata del misterio de la Encarnación, un misterio difícil de entender. Es más fácil aceptar que un hombre sea divinizado, que aceptar que Dios se rebaje a ser un hombre más entre los hombres y, a pesar de ser hombre, siga siendo Dios. De hecho, las primeras herejías brotadas en la Iglesia no niegan que Jesús sea Hijo de Dios, sino que él sea un hombre verdadero.

En el capítulo anterior se aludió ya a las tensiones que existieron al interior de la comunidad juánica a fines del siglo I entre quienes afirmaban la realidad humana de Jesús y los *docetas*, que la negaban. La palabra *doceta* procede de un verbo griego, que significa "aparentar" o "parecer que", en el presente de indicativo. Jesús "aparentaba" ser un hombre, decían los docetas, pero no lo era en realidad. Por consiguiente, no pudo morir en la cruz, pues solo fue crucificado un cuerpo aparente. El docetismo nació del contacto del cristianismo con el pensamiento gnóstico, que tenía por mala a la materia. El rechazo a quienes negaban la humanidad de Cristo es vehemente en las dos primeras cartas de Juan:

> "Queridos, no se fíen de cualquier espíritu, sino examinen si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han venido al mundo. Pueden conocer en esto el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios. Y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios; ese es el espíritu del Anticristo" (1Jn 4,1-3). "Muchos seductores han venido al mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Ese es el Seductor y el Anticristo" (2Jn 7).

## 1. *María, la virgen madre del Hijo de Dios*

En la Encarnación del Hijo de Dios tuvo una participación especial la madre de Jesús, la virgen María. Ella confirió al Hijo de Dios el llegar a ser un hombre de carne y hueso ¿Qué dicen Pablo y Mateo, Lucas y Juan acerca de la presencia de María en el hecho de que el Hijo de Dios asumiera la condición humana?

*San Pablo* se refiere una sola vez en sus cartas a la madre de Jesús. Se limita a llamarla "mujer". Ni siquiera dice su nombre, pero le asigna un lugar eminente en los planes de Dios para salvar a los hombres:

> "Al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la Ley y para que recibiéramos la filiación divina" (Ga 4,4-5).

Los evangelistas Mateo, Lucas y Juan dan a María más espacio que Pablo. La redacción final de los escritos de Lucas (Evangelio y Hechos) y la del evangelio griego de Mateo tuvo lugar alrededor del año 80. La edición definitiva de Juan fue concluida unos 10 años más tarde. Los tres evangelistas enfocan los hechos desde puntos de vista diferentes, pero sus relatos son complementarios y armonizan bien entre sí.

## *2. Mateo*

La figura de María destaca en los dos primeros capítulos de su evangelio. El relato se articula en cuatro partes: una "genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham" (1,1-17), el nacimiento de Jesús en Belén (1,18-24), la adoración de los Magos (2,1-12), la fuga a Egipto de José con el niño y su madre huyendo de Herodes, seguida de la matanza en Belén de los niños menores de 2 años (2,13-18), y el regreso de la familia a Israel y de su instalación en una pequeña ciudad de Galilea, llamada Nazaret (2,19-23).

Ya desde el principio de su evangelio queda claro que Mateo se dirige a una comunidad en la que abundan los judíos convertidos al cristianismo. Ellos tenían veneración por la Escritura hebrea. Mateo compartía con ellos este aprecio. Los cristianos veían en la Escritura un anuncio y una preparación para reconocer al Mesías, cuya venida anunciaba la Biblia proféticamente. Mateo proclamará en su evangelio que Jesús es el Mesías prometido, el hijo de David y un jefe del pueblo superior a Moisés. El tema del cumplimiento de las Escrituras en Jesucristo, nuevo Moisés, atraviesa todo este evangelio y está ya presente en los relatos de los dos capítulos:

- El nacimiento virginal de Jesús cumple el anuncio hecho al rey Acaz (Is 7,14).
- Los escribas de Jerusalén encaminan a los Magos a Belén, porque interpretan con acierto una profecía de Miqueas sobre el lugar en que debía nacer el Mesías (Mi 5,1-3).
- El llanto de las madres de los niños asesinados en Belén por orden de Herodes, cumplió lo anunciado por Jeremías seis siglos antes (Jr 13,15).
- La huída a Egipto y el regreso a Nazaret cumplieron lo anunciado por el profeta Oseas ocho siglos antes (Os 11,1).
- La instalación de Jesús en Nazaret (Jc 13,5-7; Is 11,1),

En las líneas siguientes la atención se centrará sólo en el nacimiento de Jesús. Mateo relata este acontecimiento sin aludir siquiera a una anunciación a María, hecha previamente al embarazo. La información que da el evangelista es sobria y parece provenir de José. En ella se subraya la importancia tanto de María como de José. Dice el texto:

> "El nacimiento de Jesucristo fue así: su madre María estaba prometida a José y antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por la acción del Espíritu Santo. José, que era justo y no quería denunciarla, decidió separarse de ella en secreto. Después de tomar esta decisión, el ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: *José, hijo de David, no temas aceptar a María como tu esposa, pues el hijo que espera es obra del Espíritu Santo, y le pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados*. Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había anunciado el Señor por el profeta: *La virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrán por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros.* Cuando José se despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado. Recibió a su esposa y sin tener relaciones conyugales, ella dio a luz un hijo, al que José puso el nombre de Jesús" (Mt 1,18-25, cita Is 7,14).

El evangelista pone de relieve, con la cita de Is 7,14, que Jesús es el salvador del pueblo elegido, el Mesías definitivo anunciado ya veladamente a mediados del siglo VIII a.C. El texto hebreo de Isaías dice que la *joven* esposa de Acaz (no una *virgen*) va a dar un hijo al rey. Este hijo será la garantía de que el Señor cumplirá la promesa hecha al rey David por el profeta Natán, según la cual el cetro real nunca caería de las manos de sus descendientes (2Sm 7,5-16). Efectivamente Ezequías, el prometido hijo de Acaz, librará a Jerusalén y a la dinastía davídica de los asirios que las amenazaban (2Re 18-19).

A mediados del siglo III a.C. en Alejandría, el traductor al griego del libro de Isaías estimó que el anuncio hecho por el profeta no se había cumplido todavía, puesto que el reino davídico desapareció siglo y medio después del reinado de Acaz. El traductor proyectó entonces el cumplimiento de la profecía a un futuro impreciso, mediante la sustitución de la palabra "joven" por la de "virgen". La concepción del Emmanuel definitivo sería pues milagrosa. Sería un regalo de Dios hecho sin la intervención de varón alguno, una señal de la llegada del verdadero "Dios con nosotros".

Mateo escribía en griego. Lógicamente él citaba los textos de la Escritura según la traducción griega de los LXX, tenida en la Iglesia antigua por inspirada, al menos en las citas hechas por los autores del Nuevo Testamento. Probablemente el evangelista no tuvo acceso directo a un rollo de Isaías en hebreo. En todo caso, la traducción al griego de las palabras del profeta venía muy bien a Mateo para su propósito de demostrar que la Escritura se cumplió en el nacimiento de Jesús. La virginidad de María sería el signo de que, con este nacimiento, se convertía en realidad la promesa hecha siglos atrás: Jesús es "Dios con nosotros". Pero Mateo no se limita a afirmar que María era virgen. Él la llama también y sobre todo "su madre María" o simplemente "su madre", seis veces: Mt 1,18; 2,11-21.

El evangelista afirma dos veces que José es "el esposo de María" o "su esposo", pero nunca dice que sea el padre de Jesús (Mt 1,16.18). No por eso deja de ser indispensable la presencia de José junto a María. Un niño no entraba a ser miembro de una familia o de un clan si no era reconocido por un hombre como hijo suyo. Gracias a José entró Jesús en la genealogía del rey David y se cumplió así lo anunciado en el Salmo 110,1: "David mismo dijo, movido por el Espíritu Santo: *Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies.* El mismo David le llama Señor" (Mc 12,35-37; cf. 11,10; Mt 22,41-46; Lc 20,41-44).

La afirmación de que Jesús era de la estirpe de David entró pronto a formar parte del kerigma. Así se desprende de los versículos iniciales de la carta de Pablo a los romanos. Pablo se presenta en ella como apóstol elegido "para proclamar el evangelio que Dios había prometido por medio de sus profetas en las Escrituras santas. Este evangelio se refiere a su Hijo, nacido en cuanto hombre de la descendencia de David" (Rm 1,1-3).

Dios cuidó celosamente de Jesús hasta que nació. Después fueron sus padres los responsables de la vida del niño. María y José lo presentaron a los Magos, le salvaron de la persecución de Herodes y, de regreso a Israel, se encargaron de su educación religiosa y laboral en Nazaret. Junto a sus padres Jesús aprendió allí a rezar con los salmos y a amar a su pueblo. Junto a ellos jugó con niños y niñas, estuvo cerca de mujeres ejemplares que le enseñaron a ser amable y respetuoso con ellas, como él lo demostró de adulto. Fue adolescente y tuvo amigos y parientes. Jesús necesitó de una familia como cualquier otro niño para llegar a ser íntegramente un hombre.

## 3. Lucas

Este evangelista da a María en su escrito más espacio que Mateo. Mateo resume en 8 versículos la anunciación –hecha a José y no a María- y el nacimiento de Jesús (1,18-25). Lucas dedica 13 versículos sólo a la anunciación, hecha a María (1,26-38) y 21 versículos al nacimiento de Jesús y su circuncisión (2,1-21).

A pesar de las diferencias entre ambos evangelistas hay coincidencias importantes. Ambos enfatizan que María no perdió su virginidad al concebir a Jesús, que el nombre del niño que iba a nacer fue indicado por Dios mismo y que pertenecería a la estirpe de David. Mateo dice que José puso el nombre a Jesús, sin más explicaciones. Lucas precisa, para información de sus lectores griegos, que el nombre le fue impuesto cuando le circuncidaron al octavo día de nacer.

Mateo y Lucas, cada uno a su manera, destacan la importancia de la familia en la incorporación de Jesús al pueblo judío, con su fe y sus costumbres. Mateo lo sugiere de una manera general y muy breve: "se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret" (Mt 2,23). Lucas narra con detalle el episodio de la celebración de la Pascua en Jerusalén, cuando Jesús cumplió los 12 años. El adolescente decidió quedarse en la ciudad sin avisar a sus padres, que debieron hacer una jornada extra para buscarlo. Cuando lo encontraron, no entendieron sus explicaciones, pero "él bajó con ellos a Nazaret, donde vivió obedeciéndoles… Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en aprecio ante Dios y ante los hombres" (Lc 2,41-52).

También los ángeles cumplen una misión semejante en ambos evangelios. Según Mateo el ángel del Señor dijo a José que el niño deberá llamarse "Jesús, porque él salvará al pueblo de los pecados". El ángel Gabriel da muchas más explicaciones a María, que las recibidas por José: "concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús; él será grande y será llamado Hijo del Altísimo… reinará sobre la descendencia de Jacob por siempre y su trono no tendrá fin". Y una coincidencia importante entre ambos evangelistas: "lo que en ella llegó a ser es obra de (un) espíritu santo" (Mt 1,20). "(Un) espíritu santo vendrá sobre ti y una fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y se le llamará Hijo de Dios" (Lc 1,35).

Tanto Mateo como Lucas dicen "espíritu santo", sin artículo. ¿Habrá sido intencionada la omisión del artículo *el*? Sí, seguramente, porque todos los manuscritos griegos lo omiten ¿Es significativa esta omisión? Los traductores al español son unánimes en anteponer al sustantivo *espíritu* el artículo determinado *el*, con lo que interpretan el texto como referido a la tercera persona de la Santísima Trinidad, *el* Espíritu Santo.

¿Qué entendieron María y los evangelistas: (un) *espíritu santo* o (el) *Espíritu Santo*? Al omitir el artículo determinado tal vez ellos quisieron aludir al relato del origen del primer hombre en el Paraíso, según la traducción griega de los LXX, que ocupan los autores del Nuevo Testamento. Dice el Génesis: "entonces el Señor Dios modeló al hombre de arcilla del suelo, sopló en su rostro (un) *aliento* de vida y el hombre se convirtió en alma viviente" (Gn 2,7). *Aliento* traduce aquí el término griego *pnoé*, de la misma raíz que el término "espíritu", *pnéuma*. Si es válida esta aproximación, el origen de Jesús en cuanto hombre se parece al origen de Adán, obra directa del Señor Dios.

La escena de la Anunciación según Lucas tiene una importancia especial. El hombre nada puede hacer sin Dios, pero una vez que el Padre ha decidido la encarnación del Hijo,

Dios se obliga a no hacer cosa alguna sin el hombre. En la Anunciación el Padre tiene con María una actitud llena de cortesía. María recibe la visita de un ángel, que le explica con calma lo que el Padre espera de ella. Quiere que su aceptación sea el acto razonable de una mujer madura, no la atolondrada respuesta de una adolescente. El Padre ofrece un regalo de valor incalculable, pero quiere que sea aceptado con la libertad que da una información adecuada. Los regalos no se imponen. Esta muchacha, apenas dejada atrás la infancia, se convierte en la representante de toda la humanidad para aceptar el regalo o rechazarlo. La Encarnación no se realizará hasta que María responda con humildad y firmeza: "He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38).

> "La Virgen María colaboró por su fe y obediencia libres a la salvación de los hombres" (LG 56). Ella pronunció su 'fiat' *loco totius humanae naturae* (en lugar de toda la naturaleza humana: Santo TOMÁS, *SmTh* 3,30,): Por su obediencia, ella se convirtió en la nueva Eva, madre de los vivientes" (*Catecismo de la IC* 511).

## 4. Juan

Este evangelista llama a Dios por su nombre de Padre más de cien veces, pero jamás dice que este Padre tenga una esposa que sea la madre de su Hijo. El Logos es la Palabra del Padre y su Hijo unigénito -de él y de nadie más- que existe junto a él antes ya de la creación del mundo. Este Hijo comenzó a existir como hombre en un momento históricamente determinable. Pero para existir como hombre era necesario que un ser humano le confiriera la naturaleza humana. Tenía que ser hijo de una mujer, un hijo de verdad. El Padre podía haber creado otro hombre de la nada, pero entonces éste no hubiera sido "hijo de hombre", descendiente de Adán y de la estirpe de David.

Jesús no es Hijo de Dios porque su concepción en el seno de María haya sido realizada virginalmente por la fuerza del Altísimo. Juan no habla de anunciaciones ni del nacimiento de Jesús. El evangelista nunca llama por su nombre a la mujer elegida para traer a Jesús al mundo, ni alude a su virginidad. Él se limita a llamarla *madre* diez veces. Diez veces es mucho en Juan. He aquí los textos:

- cuatro veces con ocasión de la boda en Caná de Galilea (Jn 2,1.3.5.11). La denominación está en la parte narrativa, no en boca de Jesús: "Y al tercer día tuvo lugar una boda en Caná de Galilea y estaba *la madre de Jesús* allí. Y comenzando a faltar el vino, dijo *la madre de Jesús* a éste… Dijo *su madre* a los servidores... Después de esto, bajó él a Cafarnaún con *su madre*".
- Una vez en 6,42, en boca de los enemigos de Jesús, que en forma despectiva confirman su condición humana: "¿Éste no es Jesús, el hijo de José, cuyo padre y *madre* conocemos?".
- Cinco veces en los versículos de la escena de las mujeres y el discípulo predilecto al pie de la cruz (19,25-27): dos veces en cada uno de los dos primeros versículos, en la parte narrativa, y una vez en el último versículo, en labios de Jesús crucificado: "Estaban de pie junto a la cruz de Jesús *su madre* y la hermana de *su madre*, María la de Clopás, y María la Magdalena. Jesús, pues, viendo cerca a *la madre* y al discípulo al que amaba, dice a *la madre*: 'mujer, he ahí a tu hijo'. Después dice al discípulo: 'he ahí a *tu madre'*. Y desde aquella hora el discípulo la recibió como cosa suya".

El evangelista destaca en su relato que Jesús es verdadero hombre, porque es hijo de una mujer, de una verdadera madre, con todo el realismo que esta palabra implica. Gracias a esta madre, "el Logos llegó a existir en calidad de carne". María engendró a Jesús y enseñó al Hijo de Dios a ser hijo del hombre. Ella le dio su temple humano. Gracias a ella el Hijo de Dios pudo morir de verdad, resucitar de verdad y entregar de verdad su cuerpo en la Eucaristía.

En la *hora* decisiva de la glorificación del Señor, María estuvo presente, como lo estuvo en las bodas de Caná de Galilea. En el Calvario Jesús no creó un nuevo lazo entre su madre y sus discípulos, simplemente puso de relieve el que existía desde el momento de la Encarnación. Ella es la madre de de la cabeza del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, siendo además un miembro de ese cuerpo. Puede decirse que de alguna manera ella ha engendrado a la Iglesia, de la que es madre, como lo proclamó Pablo VI en el concilio Vaticano II (Discurso del 21/XI/1964). La relación entre María y los demás bautizados es una relación de madre e hijos, unidos por el amor mutuo y por un cuidado recíproco. María cuida de la Iglesia y la Iglesia la recibe agradecida como un gran regalo de Jesús y una intercesora excepcional ante su hijo.

Juan, el más *espiritual* de los evangelistas, llama a estrado al mayor número posible de testigos nada sospechosos de parcialidad, para que declaren que Jesús es un “hombre” (*ánthropos*). Esos testigos son: los judíos (Jn 10,33), Caifás (11,50), la sirvienta que asustó a Pedro (18,17). Solemnemente el prefecto Poncio Pilato presentó a Jesús ante los sacerdotes y los guardias diciendo “éste es el hombre” (18,29 y 19,5).

Es de notar que los hagiógrafos, al hablar de la encarnación del Hijo de Dios, no dan explicaciones biológicas ni filosóficas. Se limitan a afirman que Jesucristo es el Hijo de Dios y que verdaderamente es un hombre, nacido de una mujer como los demás seres humanos. No se preguntan cómo es posible que un hombre sea a la vez mortal y eterno, ni cómo una mujer puede ser a la vez virgen y madre. Es de agradecer que los evangelistas no hayan intentado aclarar estas paradojas recurriendo a la ciencia de su época. Todavía hoy la única explicación válida es un acto de fe en la sabiduría y el poder de quien ha sido capaz de crear el universo.

## 5. El realismo de la encarnación del Hijo de Dios.

Cristo Jesús, "existiendo en *forma* de Dios", renunció en su existencia humana a todas las ventajas que esta condición divina podía otorgarle. Jesús se hizo hombre, asumiendo la "*forma* de esclavo", y con toda verdad procedió como tal (cf. Flp 2,6-8). San Pablo no se interesa aquí por el problema metafísico que implica la existencia de una misma persona con dos naturalezas distintas a la vez, una humana y otra divina. El apóstol sólo pretende poner ante los ojos de la comunidad de Filipos el ejemplo de la conducta de Jesús, para que sus integrantes no busquen cada uno su propio interés, sino el de los demás.

## 6. Las limitaciones propias de cualquier hombre

Jesús, al hacerse hombre, cargó con todas las limitaciones inherentes a la condición humana, sin sacar provecho de su condición divina. Como individuo, estuvo sometido a la fatiga, al dolor y a la muerte. Tuvo que comer y dormir como cualquier hombre en cualquier

tiempo y lugar. Su fuerza física y la potencia de su voz fueron semejantes a las de todos los hombres, antiguos y modernos.

¿Cuáles son los límites que su condición humana impuso al Hijo de Dios hecho hombre? Está claro que Jesús no podía saber todos los idiomas del mundo, ni astronomía, ni biología molecular. También está claro que Jesús amó, lloró, se enojó, se sorprendió, tuvo amigos y enemigos, se conmovió ante el dolor de una viuda que había perdido su hijo y supo de la alegría de una joven madre que acaba de dar a luz un hijo. Jesús fue un artesano de tierra adentro, de cuya autoridad en temas de pesca Pedro tenía serias dudas. Jesús fue un hombre de verdad.

Jesús tuvo también algunas otras limitaciones que se prestan a discusiones. Jesús no podía pecar, pero ¿podía ser tentado? En el capítulo anterior se aludió a quienes negaban esta posibilidad. El ser tentado es algo muy propio del ser humano, en esto tampoco hay dudas, y no es pecado. Mucho más complicado es el caso del conocimiento que Jesús pudo tener de la traición de Judas.

El "caso Judas" es enigmático y difícil, porque implica un tema tan complejo como el de la predestinación divina y la libertad humana. Muchos lo han estudiado centrando su atención en la figura del apóstol delator, para adivinar sus sentimientos hacia Jesús y los motivos de su traición. Aquí no se trata de añadir una nueva explicación a las ya existentes. En las líneas siguientes el tema es enfrentado desde el lado de Jesús, no desde el lado de Judas: ¿cuáles fueron los sentimientos de Jesús respecto a Judas?

Según Lucas, Jesús escogió a los Doce entre un grupo numeroso de discípulos, después de una noche en oración. Es lógico pensar que Jesús en aquel momento estimaba de manera especial a todos y cada uno de estos Doce hombres (Lc 6,12-16). Entre los elegidos estaba Judas, que en todas las listas ocupa el último lugar, pero esto no es significativo de su rango dentro del grupo, porque los evangelistas, cuando escribieron, sabían de sobra quien fue el traidor.

Los sinópticos sólo nombran a Judas en el momento de su elección como uno de los Doce, y durante la Pasión. Juan, en cambio, se preocupa de seguir la evolución interior "del que lo entregó", así califica siempre el evangelista a Judas, durante un tiempo relativamente largo. En 6,60-71 Juan deja constancia, como los demás evangelistas, del estallido de una crisis entre los discípulos, a mediados de la vida pública de Jesús. Ellos encontraban *duro* su *logos*. *Logos* puede significar el conjunto de las palabras de Jesús, especialmente las de comer su *carne*, o es su misma *persona*. Seguramente los discípulos encontraron duras ambas cosas, las palabras y la persona. El caso es que muchos de ellos se alejaron del maestro. Pedro entonces, en nombre de los Doce, reafirmó su confianza en Jesús, al que llama Señor: "Señor ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna". Jesús le respondió: "¿No les elegí yo, a los Doce, y sin embargo uno de ustedes es un diablo?". El evangelista añade por su cuenta una aclaración para el lector: Jesús "se refería a Judas, hijo de Simón Iscariote, porque Judas, siendo uno de los Doce, iba a entregarlo".

Según Jn 12,6, Judas era el administrador de los fondos del grupo. Juan lo pinta como un ladrón y un amargado. Mientras todos celebraban la generosidad de María, la hermana de Lázaro, que había ungido los pies de Jesús con un perfume muy costoso, Judas protestaba de semejante despilfarro, so pretexto de que su precio podía haber sido repartido entre los pobres. El evangelista hace notar que Judas dijo esto "no porque le importaran los pobres,

sino porque era un ladrón y, como tenía a su cargo la bolsa del dinero común, robaba de lo que echaban en ella. Jesús salió en defensa de María: "lo que ha hecho anticipa el día de mi sepultura. Además, siempre tendrán pobres a su alrededor, pero a mí no siempre me tendrán" (Jn 12,3-8). La observación no debió agradar mucho a Judas.

En la última cena Jesús tuvo todavía un gesto de aprecio a Judas, ofreciéndole un bocado exquisito. El gesto fue contraproducente. "Cuando Judas recibió aquel trozo de pan mojado, Satanás entró en él" (13,26-27). ¿Quiso Jesús conmover a Judas con su actitud amistosa? ¿No sirvió este gesto para delatar al traidor? Si lo delató ¿por qué no reaccionaron contra Judas los demás apóstoles? Según Mt 26,50 Jesús todavía llama "amigo" a Judas, cuando éste lo besa en Getsemaní. El evangelista se limita a decir que Judas estaba presente en el huerto cuando apresaron a Jesús (Jn 18,5).

Surge una pregunta: ¿por qué Jesús permitió a Judas seguir siendo uno de los Doce? Es inadmisible pensar que Jesús lo conservó a su lado para que lo entregara, "porque tenía que cumplirse la Escritura que el Espíritu Santo había anunciado por boca de David acerca de Judas" (cf. Hch 1,16; Sal 41,10). Esta explicación niega que Jesús haya sido un hombre verdadero, porque supone en él una precognición imposible para un ser humano, y un cruel fatalismo. La respuesta más razonable parece ser que Jesús tenía puestas muchas esperanzas en Judas cuando lo eligió para ser uno de los Doce. Más tarde Jesús se dio cuenta de que la fe del apóstol comenzaba a flaquear. Jesús prefirió entonces conservarlo a su lado, esperando que en algún momento él reaccionara y se convirtiera, pero Judas se endureció cada vez más.

El evangelista no se hace estas preguntas. Como en otros lugares, su intención es aquí destacar que la vida y la muerte de Jesús no dependieron de la casualidad, ni de la traición de Judas, ni del odio de los sacerdotes judíos, ni de la cobardía de Pilato. Son el Padre y Jesús mismo quienes llevan las riendas de la historia. Es el Padre quien ha planeado la muerte de Jesús y éste ha consentido en ello: "el Padre me ama, porque yo doy mi vida para recuperarla de nuevo. Nadie tiene poder para quitármela; soy yo quien la doy por mi propia voluntad. Yo tengo poder para darla y para recuperarla de nuevo. Esta es la misión que recibí de mi Padre" (Jn 10,17-18; cf. 19,11).

Tal vez la única respuesta válida al caso de Judas sea el silencio ante el misterio de la libertad humana y la presciencia divina. Sea de ello lo que fuere, parece claro que Jesús se equivocó al elegir a Judas como uno de los Doce y al esperar luego su arrepentimiento. Jesús fue un hombre tan verdadero que llegó a equivocarse una vez. Equivocarse no es un pecado. Equivocarse es un riesgo que corre todo ser humano. Jesús lo corrió y cayó. "Fue tentado en todo como nosotros, excepto en el pecado" (Hb 4,15).

## *7. Las limitaciones del hombre en su circunstancia histórica*

Además de las limitaciones comunes a todo hombre, Jesús asumió las que le imponía la época en que vivió. Tuvo que emplear largas horas para recorrer a pie distancias que hoy en un automóvil se hacen en pocos minutos. Jesús no pudo difundir su mensaje mediante la imprenta, la radio o la televisión. Sus milagros fueron signos de la presencia en el mundo de la fuerza salvadora de Dios y manifestaciones de su gloria (Jn 2,11), pero no hay milagro alguno relatado en los evangelios que permitiera a Jesús gozar de las facilidades técnicas ofrecidas a los hombres de siglos posteriores.

¿Por qué no esperó el Padre por lo menos hasta el siglo XX para enviar a su Hijo al mundo, si de verdad quería revelar a los hombres el camino de la salvación? Jesús hubiera sido hoy mejor conocido que en el siglo I, y por mucha más gente. Hubiera sido más eficiente. Nunca voló porque no habían sido inventados los aviones. En realidad, el Hijo de Dios también habría tenido muchas limitaciones en cualquier otro momento de la historia que él hubiese elegido para asumir la naturaleza humana.

El misterio de la Encarnación del Verbo es, pues, el misterio de los límites humanos que el Padre permitió para la acción redentora del Hijo. La llegada del Reinado de Dios ha sido confiada a un hombre-Dios, en quien los límites impuestos por su verdadera naturaleza humana parecen prevalecer sobre las infinitas posibilidades de su verdadera naturaleza divina. La Encarnación lleva germinalmente en sí misma el misterio de la cruz, "escándalo para los judíos, necedad para los gentiles" (1Co 1,23).

La Encarnación es el misterio de la presencia de la fuerza de Dios en la debilidad de todo lo humano, y se prolonga siglo tras siglo en la Sagrada Escritura, en la Iglesia universal, en las Iglesias locales, en las domésticas, en los monasterios y en todas las realidades donde Cristo está presente. Habrá que volver más adelante sobre este tema.

## 8. La Encarnación, un signo de la grandeza del hombre.

El Hijo, que existe desde siempre junto al Padre en calidad de Dios, comenzó a existir en el tiempo en calidad de carne, es decir, de hombre con todas las limitaciones inherentes a la condición humana. Jesucristo es verdadero Dios y es verdadero hombre. Por consiguiente, la naturaleza humana es capaz de resistir el peso de la naturaleza divina sin ser aplastada por ésta. Un hombre, por el sólo el hecho de serlo, puede “llegar a ser partícipe de la naturaleza divina” (2Pe 1,4).

El misterio de la Encarnación destaca la dignidad que Dios mismo puso en el hombre al crearlo a su imagen y semejanza. El Señor Dios encontró *muy* bueno al ser que había hecho (Gn 1,27.31) y “lo colocó en el parque de Edén, para que lo guardara y lo cultivara” (Gn 2,15). El hombre tiene una incalculable capacidad para el bien. Dios lo ama, le encarga que domine el universo y su prodigiosa energía y le llama para ser instrumento eficaz en su propia salvación y en la de sus semejantes. El Hijo de Dios pudo hacerse hombre porque Dios mismo había hecho al hombre “capaz de Dios " (*capax Dei)*, expresión que aparece ya en Rufino, un autor del siglo IV, y que repiten san Agustín y santo Tomás de Aquino, entre otros muchos teólogos.

## 9. La Encarnación del Hijo, revelación del amor del Padre a los hombres

La Creación es la primera y mayor obra de Dios, y en ella él revela su sabiduría y su poder. El rostro de Dios Padre es ser Creador.

La Encarnación del Hijo de Dios revela el amor de Dios a su Creación, especialmente a la criatura creada a su imagen y semejanza. El rostro humano de Dios Padre es Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre. Jesús revela un amor especial de Dios Padre

a todos los hombres, porque él ha querido ser Padre de todos ellos. La vida, la muerte y la resurrección de Jesús revelan que Dios es amor.

De la misma manera que el existir humano es un existir consistiendo en ser hombre, el existir de Dios es un existir consistiendo en ser espíritu, en ser luz, en ser amor. "Dios es Espíritu", es decir, Dios existe siendo Espíritu, penetrando y dando vida a todo el universo (Jn 4,24). "Dios es luz", es decir, existe siendo luz, iluminando todo, luz donde no hay oscuridad alguna (1Jn 1-5, Jn 1,5.9). "Dios es amor", es decir, existe en calidad de amor, amando: "Dios es amor. En esto se manifestó el amor de Dios a nosotros, que Dios envió al mundo a su Hijo, el unigénito, a fin de que vivamos por él. En esto consiste el amor, no que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó y envió a su Hijo en calidad de propiciación por nuestros pecados" (1Jn 4,8.16; cf. Jn 3,16s). La resurrección de Jesús será la prueba definitiva de que Dios ama incluso a los pecadores, por cuya salvación ha entregado a su propio Hijo (Rm 5,8).

La Encarnación prepara la pasión, la muerte y la resurrección de Jesús. Todos estos hechos en conjunto son la prueba irrefutable del amor del Padre y del Hijo hacia los hombres. Este amor anuda el lazo que empalma el tiempo de la Promesa y el del Cumplimiento. Ya los autores judíos proclamaron que Dios había elegido para sí, por amor, a un pueblo insignificante (Dt 7,8). También sabían que Dios había creado cuanto existe movido sólo por el amor (Sb 11,24). No sabían, sin embargo, hasta dónde podía llegar el amor de Dios a los hombres. En la Encarnación de su Hijo el Padre hizo posible que también los hombres pudieran llegar ser verdaderos hijos suyos.

## *10. Dios es el Padre de Jesús y de todos los que creen en él*

En los evangelios no hay una definición de lo que ser *padre* significa. Parece darse por supuesto que el concepto de padre brota espontáneamente en la mente de los hombres. En general se entiende que padre, o madre, es quien ha engendrado a otro ser, su hijo, dándole una vida en todo semejante a la suya propia, independientemente de la conducta que luego tengan los padres y los hijos entre sí. La mayor parte de las veces esta conducta está inspirada por un amor recíproco, que brota de las entrañas mismas de la naturaleza humana. Existe también una filiación adoptiva, que rodea a un hijo adoptado legalmente de un amor tan intenso y generoso como el que rodea a un hijo biológico.

Dios es Padre antes que cualquier otra cosa. Dios es el Padre de Jesús, por supuesto, pero también es Padre de los hombres. Parece que los evangelistas han descubierto esta realidad poco a poco en toda su extensión. El término "Padre", dicho de Dios, aparece 4 veces en Marcos, 15 en Lucas, 42 en Mateo y nada menos que 109 veces en 99 versículos, en Juan. Hay entre los sinópticos y el cuarto evangelio una diferencia significativa en la denominación de Dios como Padre. Los sinópticos no dudan en decir que Dios es Padre de los hombres ya antes de la muerte y resurrección de Jesús. Así, por ejemplo, según Mc 11,25 Jesús dice: "Y cuando oren, perdonen si tienen algo contra alguien, para que también su Padre del cielo les perdone sus culpas". Según Mt 6,9: "ustedes oren así: Padre nuestro que estás en el cielo". Según Lc 12,36: "sean misericordiosos como el Padre de ustedes es misericordioso".

Juan, a diferencia de Mateo y Lucas, no recoge en su evangelio la invitación de Jesús a rezar el Padrenuestro. Rezarlo antes de la resurrección podía sugerir que al decir "Padre" se tratara de un padre adoptivo: el Padre de Jesús ama a quienes rezan el Padrenuestro *como si*

éstos fueran hijos suyos, pero puede pensarse que no lo son del todo. Ellos no participan todavía de la vida divina, comunicada después de la resurrección de Jesús. En realidad el peligro de reducir la paternidad del Padre a una paternidad adoptiva era pequeño, porque quienes rezan el Padrenuestro saben ya de antemano que Jesús ha resucitado y ha comunicado su vida a quienes han recibido el bautismo.

Juan, por su parte, parece que prefirió preparar poco a poco a sus lectores, desde el prólogo hasta la última cena, para que no les sorprendiera el anuncio hecho a sus discípulos después de la resurrección de que eran tan hijos del Padre como él mismo lo era:

> "A cuantos lo recibieron [al Logos- Palabra], a todos aquellos que creen en su nombre, les dio capacidad para ser hijos de Dios; estos son los que no nacen por vía de generación humana, ni porque el hombre lo desee, sino que *nacen de Dios*" (1,12-13). "El que come mi carne y bebe mi sangre *tiene vida eterna*" (6,54). "El que me ama se mantendrá fiel a mis palabras y mi Padre lo amará y mi Padre y yo vendremos a él y *viviremos en él*" (14,23).

Era necesario que Jesús resucitara para revelar que "*mi* Padre" es verdaderamente "*vuestro* Padre" y que "*vosotros*" sois verdaderamente "*mis hermanos*". Era necesario haber recibido el bautismo. Jesús lo revelará a una mujer desconsolada que lloraba, junto a una tumba vacía, la desaparición del cadáver del maestro a quien amaba:

> "No me retengas, porque todavía no he subido a mi Padre. Ve a mis hermanos y diles que subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios" (20,17).

Las expresiones "mis hermanos" y "vuestro Padre" tienen aquí consistencia ontológica, es decir, revelan una verdadera filiación del hombre respecto al Padre y también una verdadera fraternidad con Jesús, el Hijo de Dios. Este es el primer mensaje que el Resucitado dirigió a sus discípulos de todos los tiempos, y lo envió por medio de una mujer. María Magdalena es la "apóstol de los apóstoles" (*Apostola apostolorum*, dice Rábano Mauro). Ella proclamó la resurrección de Jesús a los encargados de proclamarla al mundo entero.

## *11. "El que me ha visto, ha visto al Padre" (Jn 14,9)*

La Encarnación hizo posible la revelación de lo que podría llamarse *la psicología de Dios Padre*, es decir, sus sentimientos más allá de su sabiduría y de su poder.

Jesús afirmó que Dios es Padre, es el Padre. Esta afirmación incluye algunas connotaciones. Desde luego, es un Padre poderoso y seguramente bueno y justo. ¿Pero qué significa ser bueno y justo? ¿Es Dios un padre bonachón y un tanto despreocupado de sus hijos? ¿Es un padre exigente y puntilloso? ¿Es misericordioso con quienes se portan mal? ¿Hasta qué punto se interesa por los hombres?

La respuesta a estas preguntas es que Jesús mismo, con sus obras y sus palabras, con su vida y su muerte, revela la bondad del Padre. Hans Urs von Balthasar ha escrito: "Con sus actitudes enteramente humanas Jesús presenta el corazón sensible del Padre... Por ello Jesús en su naturaleza humana no manifiesta tanto su propia naturaleza divina cuanto la del Padre,

del que es continua referencia como hombre y como Dios" (*Dios es su propio exegeta*, en *Communio* 8 (1986), 7).

Es notable que exista entre las disciplinas teológicas una Cristología y una Eclesiología, una Mariología y una Pneumatología, una Soteriología y una Antropología teológica, y no exista un tratado dedicado por entero a Dios Padre. Quizás este tratado debiera tener un solo objetivo: leer los evangelios para destacar en ellos cómo Jesús es el camino que conduce al Padre, principalmente por lo que hizo y dijo como hombre durante los años que vivió en la tierra. Las parábolas y los milagros de Jesús fueron muy importantes para los apóstoles. Gracias a sus experiencias anteriores a la Pascua ellos pudieron entender que Dios era su Padre y que Jesús era su hermano tanto como su Señor. Estos relatos siguen siendo indispensables hoy y siempre para conocer a Dios Padre. En efecto, lo esencial de la misión de la Iglesia ya fue anunciado por Jesús antes de su muerte. Él mismo dirá a sus discípulos en la última cena:

> "El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, hará que recuerden lo que yo les he enseñado y les explicará todo" (Jn 4,26; cf. 16,12-15).

No es éste le lugar para esbozar una teología del Padre, pero es oportuno destacar al menos el rasgo más humano, por decirlo así, de la sicología del Padre: su *misericordia*. Mateo y Lucas tienen una fuente literaria común a los sermones llamados ahora de la montaña y de la llanura. Ambos evangelistas recogen un largo párrafo donde Jesús habla del amor que sus discípulos deben profesar a los enemigos, pero Lucas introduce un cambio respecto a Mateo en la frase final:

- Mateo escribe lo que encuentra en su fuente documental: "Si aman a quienes los aman ¿qué recompensa merecen? ¿No hacen lo mismo los publicanos? Y si saludan sólo a los hermanos ¿qué hacen de más? ¿No hacen lo mismo los paganos? *Ustedes sean perfectos como su Padre celestial es perfecto*" (Mt 5,46-48).
- Lucas corrige lo que dice el escrito que tiene delante: "Ustedes amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin esperar nada a cambio; así su recompensa será grande y serán hijos del Altísimo, porque él es bueno con los ingratos y malos. *Sean misericordiosos como su Padre es misericordioso*" (Lc 6,35-36).

Lucas también ha recogido unas palabras increíbles de Jesús en la cruz: "Padre, perdónales, pues no saben lo que hacen" (Lc 23,34). Jesús se apiada de quienes lo crucifican, los disculpa, los perdona y pide al Padre que los perdone. *El Padre es misericordioso como Jesús es misericordioso*. Sus corazones laten al unísono.

## 12. El trato del Padre con sus hijos: la oración.

Dios no puede pedir algo a sí mismo. Sólo puede orar un no-dios, hombre o ángel. El que ora reconoce confiadamente ante Dios su propia fragilidad y su dependencia. Un fruto de la Encarnación es que el hombre, llamado a ser hijo de Dios, puede dirigirse al Padre con la misma confianza y con las mismas palabras con que Jesús lo hizo. Gracias al Hijo de Dios hecho Hijo del hombre, el hombre establece en la oración una relación personal con el Padre, un verdadero diálogo como el de Jesús con su Padre.

El *Catecismo de la IC* da mucha importancia a la oración. En él está dedicada la cuarta y última parte a la "Oración cristiana". La primera sección de esta cuarta parte trata de "la oración en la vida cristiana" (2558-2758) y la segunda sección de "la oración de Jesús: Padre nuestro" (2759-2865). En total, 307 párrafos, más del 10% del *Catecismo*.

El Nuevo Testamento también habla de la oración en todas sus formas con mucha frecuencia. Resumiendo mucho, lo que él dice puede sistematizarse bajo dos títulos:

- La oración de Jesús: en qué circunstancias oró Jesús y con qué palabras.
- La oración de sus discípulos: por qué, para qué y cómo deben ellos orar.

## *13. La oración de Jesús*

Durante toda su vida, tanto oculta como pública, Jesús participó en la liturgia del Templo y cada sábado en el culto sinagoga, del que eran parte importante los salmos (Lc 2,43-49; Mc 1,41; y un largo etc.). Jesús oró también en solitario, como respondiendo a una necesidad de estar a solas con su Padre. Esta oración fue a veces tan larga que sus discípulos tuvieron que ir a sacarlo de ella, porque la gente lo esperaba con impaciencia (Mc 1,35-37). Jesús oró en momentos importantes de su vida: cuando fue bautizado por Juan en el Jordán, donde recibió el Espíritu Santo y escuchó la voz de Dios que lo proclama hijo suyo (Lc 3,21-22). Jesús oró antes de elegir a los Doce (Lc 6,12) y estando en oración se transfiguraron su rostro y sus vestidos (9,29).

Lucas recoge unas palabras de Jesús en la última cena, dirigidas a Pedro: "Simón, Simón, mira que Satanás los ha reclamado para sacudirlos como al trigo, pero yo he rogado por ti, para que tu fe no decaiga; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos" (Lc 22,31-32). La oración de Jesús es aquí una oración de intercesión a favor de Pedro, un gesto profético. Los grandes profetas judíos alimentaron con sus palabras las esperanzas de su pueblo y denunciaron sus pecados, pero no se limitaron a eso. Intercedieron en su favor con sus súplicas ante Dios (cf. Am 7,1-6; Jr 14,7-11). Para un autor tardío las oraciones de Jeremías fueron tan importantes como el valor de Judas Macabeo para alcanzar la victoria sobre Nicanor. Antes de entrar en combate, Judas fue confortado con una visión: "vio también a otro hombre, de blancos cabellos y aspecto venerable, rodeado de majestad y gloria. Onías dijo: éste es Jeremías, el profetas de Dios que ama a sus hermanos y ora sin cesar por el pueblo y la ciudad santa".

Jesús ha orado en voz alta y los apóstoles guardaron el recuerdo de algunas de sus plegarias. Los discípulos habían regresado de su viaje apostólico, contentos por el éxito logrado con su predicación. Jesús prorrumpió entonces en una oración de alabanza y de acción de gracias, una *bendición* muy judía: "en aquel momento el Espíritu Santo llenó de alegría a Jesús, que dijo: te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudente y se las has dado a conocer a los sencillos" (Lc 10,21-22; cf. Mt 11,25-27). También Juan ha recogido en su evangelio la oración confiada de Jesús ante la tumba de su amigo Lázaro. Es también una *bendición* que, una vez más, comienza invocando a Dios como Padre: "Padre, te doy gracias porque me has escuchado" (Jn 11,42).

Cuando Jesús vio inminente la hora de su pasión, se retiró a orar con un grupo escogido de tres apóstoles. La oración de Jesús en el huerto de Getsemaní es la de un hombre aterrado, que busca en Dios valor y fortaleza. A pesar de su angustia no dudó en invocar a

Dios como a un Padre muy querido: "¡Abba, Padre! Todo te es posible. Aparta de mí este cáliz de amargura, pero no hagas como yo quiero, sino como quieres tú" (Mc 14,32-42 y par).

Juan omitió el relato de la oración de Jesús en Getsemaní, pero la recuerda a su manera en el contexto del final de la actividad pública de Jesús: "me encuentro profundamente angustiado, pero ¿qué es lo que yo puedo decir? ¿Padre, líbrame de esta hora? De ningún modo, porque he venido precisamente para aceptar esta hora. Padre, glorifica tu nombre" (Jn 12,27-28).

El capítulo 17 del cuarto evangelio recoge la oración más larga de Jesús, la llamada "oración sacerdotal". La plegaria se dirige, naturalmente, al Padre y comienza con una petición por sí mismo: "Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique" (Jn 17,1-8). Rápidamente la oración evoluciona hacia una súplica más larga a favor de sus discípulos, tanto presentes como futuros: "Yo te ruego por ellos. Pero no te ruego solamente por ellos, sino también por todos los que creerán en mí gracias a su palabra" (9-26). Jesús cumple así una parte esencial de su misión profética: orar por aquellos a los que el Padre le envió.

Jesús, clavado en una cruz, oró hasta las últimas horas de su vida. Su primera y su última plegaria se dirigen al Padre. Jesús ora con los salmos. La primera oración ha sido recogida por Marcos y Mateo: "Jesucristo gritó con fuerte voz: "*Eloí, Eloí ¿lemá sabaktamí?* Que quiere decir: Dios mío, Dios mío ¿Por qué me has abandonado?" (Mc 15,34; Mt 27,45-46). Es el comienzo del salmo 22, que termina con unas palabras llenas de esperanza: "Yo viviré para el Señor, mi descendencia le dará culto, hablarán de él a la generación venidera, narrarán su salvación a los que nacerán después, diciendo: esto hizo el Señor" (Sal 22,31-32).

No podía faltar una oración de intercesión, a favor de sus verdugos: "Padre, perdónales porque no saben lo que hacen" (Lc 23,34). Lucas recoge también las últimas palabras de Jesús, que son una oración dirigida al Padre: "Entonces Jesús lanzó un grito y dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lc 23,46; cita Sal 31,6).

La carta a los *Hebreos* se refiere dos veces a lo que Jesús dice al orar, pero la primera la cita no es literal: "el mismo Cristo, que presentó oraciones y súplicas con grandes gritos al que podía salvarlo de la muerte, fue escuchado en atención a su actitud reverente; y precisamente porque era Hijo, aprendió sufriendo a obedecer" (Hb 5,7-8). Más adelante, la oración de Jesús está recogida literalmente: "No has querido sacrificio ni ofrenda, pero me has formado un cuerpo. No has aceptado holocaustos ni sacrificios por el pecado. Entonces yo dije: aquí vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad" (10,5-7). Las últimas palabras son del Salmo 40,7-9.

## *14. La oración de los discípulos: oración confiada y perseverante.*

En la oración cristiana deben reconocerse los rasgos de la oración de Cristo: confiada y perseverante. También debe ser una oración profética, es decir, una oración de intercesión que pide por otros. La actitud religiosa de una persona o de un grupo humano ante Dios define su manera de orar. Esta actitud depende básicamente de la idea que los orantes tengan de aquel a quien van a dirigir su oración ¿Quién es? ¿Cómo es? Los evangelistas así lo entendieron y dieron respuesta a estas preguntas.

Lucas relata que un buen día, cuando Jesús terminó su oración, uno de sus discípulos le pidió: "Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a orar a sus discípulos". Jesús le respondió enseñándole no un método, sino una oración, el *Padrenuestro*. Acto seguido Lucas añade una parábola, que ilustra cómo esta oración debe hacerse con una confianza total en que va a ser atendida por el Padre (Lc 11,1-13). Mateo, a su vez, toca los mismos temas, pero introduciendo algunos cambios y en un contexto distinto, el del sermón de la montaña (Mt 6,5-15 y 7,7-12). Ninguna explicación puede reemplazar a la lectura de estos textos. Sea permitido el hacer algunas observaciones sobre ellos.

En primer lugar, el *Padrenuestro*. Ambos evangelistas lo empiezan con la misma palabra, que es una invocación: "Padre". El orante debe saber que se dirige al Padre de Jesús, que es su mismo Padre y el Padre de quienes con él lo reconocen como tal. Mateo añade "nuestro". Aunque uno esté rezando solo, reza con otros hermanos y por ellos. Lucas afirma lo mismo con los verbos en primera persona del plural: "danos, perdónanos, perdonamos". Nadie puede orar sin reconocer su pertenencia a una comunidad en la que todos son y se sienten hermanos.

Las primeras súplicas se refieren a Dios. El orante pide al Padre que todos lo reconozcan como tal, y que su reinado en el mundo, aquí y ahora, sea el resultado de una sumisión voluntaria de todos los hombres a la voluntad de Dios. A continuación el orante vuelve su mirada hacia sus propias necesidades, que son cotidianas y universales: el alimento material y espiritual, y el perdón. Los pecados forman parte inevitable de la existencia del hombre en la tierra. Por eso el hijo pide perdón al Padre, en su nombre y en el de todos sus hermanos, seguro de alcanzar misericordia. Él se reconoce pecador, reconoce también su debilidad ante las tentaciones y pide fuerza para librarse de las asechanzas del mal, o del Malo. Según Mateo, Jesús insiste al final y con energía en la necesidad de perdonar para ser perdonado: "porque si ustedes perdonan a los demás sus culpas, también el Padre celestial les perdonará. Pero si ustedes no perdonan a los demás, tampoco su Padre perdonará sus culpas" (Mt 6,14). El evangelista vuelve a la misma exigencia de reciprocidad, cuando un poco más adelante habla de la bondad de Dios: "así pues, traten a los demás como ustedes quieren que ellos les traten, porque en esto consisten la Ley y los Profetas" (Mt 7,12).

En el segundo grupo de textos, los evangelistas se explayan ponderando la confianza con la que sus hijos deben pedir al Padre lo que necesitan. Mateo y Lucas terminan esta sección con palabras muy semejantes pero no idénticas. Lucas: "pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar a sus hijos cosas buenas ¿cuánto más el Padre del cielo dará *el Espíritu Santo* a quienes se lo pidan?" (Lc 11,13). Mateo retoca el discurso: "pues si ustedes, que son malos, saben dar *cosas buenas* a sus hijos ¡cuánto más su Padre del cielo dará *cosas buenas* a quienes se las pidan!" (Mt 7,11).

Jesús invita también a una oración perseverante hasta la impertinencia, como la de una viuda para que le haga justicia un juez remolón (Lc 18,1-8). La perseverancia en la oración es necesaria para no caer en los momentos de dificultad, cuando el ánimo está pronto, pero la carne es débil, como la de Pedro en el huerto de Getsemaní (Mc 14,38); es imprescindible hasta que venga de nuevo el Hijo del Hombre (Lc 21,36); es fuente de alegría plena para los discípulos, cuando piden algo al Padre en nombre de Jesús (Jn 16,24).

## 15. La oración de los discípulos, intercesora

San Pablo y el resto de los autores del Nuevo Testamento no pueden por menos de recalcar la importancia de la oración en la vida cristiana. Debe ser una oración confiada, pero dirigida no sólo al Padre, sino también a Jesús. Es una oración de alabanza y de súplica, que abarca muchas necesidades de la Iglesia, tanto espirituales como materiales. Por eso debe ser una oración frecuente. El Nuevo Testamento destaca la oración de intercesión de unos por otros, como lo fue la de los profetas y la de Jesús.

Algunos textos. Ya antes de Pentecostés, los apóstoles se reunían a orar junto con algunas mujeres y con María, la madre de Jesús (Hch 1,14). Los primeros cristianos vivían unidos y participaban en la fracción del pan y en las oraciones (Hch 2,42). La oración de acción de gracias por la liberación de los apóstoles Pedro y Juan, terminó con la efusión del Espíritu Santo sobre todos los presentes (4,23). La dedicación a la oración y al ministerio de la palabra eran las primeras obligaciones de los apóstoles (6,4). Mientras Pedro estaba en la cárcel la Iglesia oraba sin cesar a Dios por él; su oración fue escuchada (Hch 12,5). Un día, mientras los profetas y maestros de Antioquía celebraban la liturgia, el Espíritu Santo les pidió que separaran a Bernabé y a Pablo para la misión que él les había encomendado (13,2). En la playa de Mileto oró Pablo con los presbíteros de Éfeso, antes de embarcarse para Jerusalén, donde sería encarcelado (20,36).

Pablo, en la carta a los Romanos habla con frecuencia de la oración: les dice que él pide con frecuencia a Dios que pueda ir a verlos (1,10) y en esta carta el apóstol escribe un bellísimo párrafo: "El Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos orar como es debido, y es el mismo Espíritu el que intercede por nosotros con gemidos que no se pueden expresar" (8,26). Más adelante aconseja a sus lectores: "vivan alegres en la esperanza, sean pacientes en el sufrimiento y perseverantes en la oración" (12,12). Pablo comienza algunas de sus cartas con una oración de alabanza o hace constar que ora mucho por sus destinatarios: cf. 1Co 1,4; 2Co 1,3-4; Ef 1,3-14; 3,14; Flp 1,3-5; Col 1,3; 1Ts 1,2; 2Tm 1,3; Flm 4.

Uno imagina sin dificultad que la oración de Jesús era un momento de alegría para Jesús y para el mismo Padre. Quizás el pobre hombre que se acerca al Padre para orar, ni siquiera sospecha que el Padre le estaba esperando con muchas ganas de pasar un rato juntos.

El Apocalipsis está esmaltado de liturgias celestiales donde se exalta la victoria del Resucitado y de los mártires sobre los enemigos de la Iglesia. Sus últimas palabras ponen punto final al Nuevo Testamento y son una súplica:

> "Amén. Ven, Señor Jesús. Que la gracia de Jesús, el Señor, esté con todos" (Ap 22,21).

# 12

# PADECIÓ BAJO EL PODER DE PONCIO PILATO, FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO. DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS

El Credo se salta la vida pública de Jesús y pasa directamente desde su nacimiento hasta su muerte y lo que la rodea: la crucifixión, la sepultura y el descenso al lugar de los muertos. Todo ello ocurrió "bajo el poder de Poncio Pilato".

## *1. Poncio Pilato*

Sorprende encontrar aquí el nombre del prefecto romano de Judea, que condenó a Jesús a morir crucificado. En el Credo no figuran los nombres de Abraham, de Moisés, de David, ni de Juan Bautista, de Pedro o de Pablo, personajes todos ellos mucho más importantes en la historia de la salvación que Poncio Pilato. Cuando el romano dictó sentencia contra Jesús, no podía ni sospechar que su nombre sería repetido millones de veces cada semana durante siglos en miles de lugares. Su nombre, además, no sería acompañado de maldiciones. ¿Por qué?

El texto del Credo, al que Juan Sebastián Bach puso música en su magnífica Misa en si menor, es el texto en latín del símbolo de Nicea- Constantinopla. Bach ha divido la totalidad del Credo en 9 partes. La parte central es, pues, la parte número 5, que traducida al español dice: "fue también crucificado por nosotros bajo Poncio Pilato, padeció y fue sepultado". La melodía es lenta, solemne, y está confiada a la voz de un bajo. El compositor deja así traslucir su adhesión a la teología luterana, que enfatiza la importancia de la cruz para la salvación de los hombres. En el centro del Credo está la cruz. Y a su lado, Poncio Pilato. ¿Por qué?

Pilato es seguramente el prefecto imperial romano del siglo I mejor conocido por los historiadores. Sólo en el Nuevo Testamento es nombrado 55 veces. Aparece habitualmente en los relatos de la pasión. Fuera de estos relatos, Pilato es un punto importante de referencia al señalar la coincidencia de la aparición de Juan Bautista con algunos acontecimientos importantes por su gravitación sobre el futuro.

> "El año 15 del reinado del emperador Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes rey de Iturea y su hermano rey de Galilea y de la región de Traconítide y Lisanías rey de Abilene, en tiempos de los sumos sacerdotes Anás y Caifás, la palabra de Dios vino sobre Juan, el hijo de Zacarías, en el desierto" (Lc 3,1-2).

Más adelante, Jesús nombrará a Pilato para recordar una revuelta contra Roma, cruelmente abortada por el prefecto (Lc 13,1). También en *Hechos de los Apóstoles* Lucas

vuelve a referirse a Pilato para ubicar en el tiempo la muerte de Jesús (Hch 3,13; 4,27, 13,28). En 1Tm 6,13 Poncio Pilato entra ya en una casi profesión de fe:

> "Te ordeno en presencia de Dios, que da la vida a todas las cosas, y ante Jesucristo, que dio testimonio de la verdad ante Poncio Pilato, que observes lo mandado sin mancha ni culpa hasta la manifestación de nuestro Señor Jesucristo".

A mediados del s. II san Justino, filósofo y mártir, cita reiteradamente a Pilato en su *Apología I* (13,3; 35,9; 46,1; 48,3; 61,13) y en el *Diálogo con Trifón* (30,3; 76.6; 85,2). Justino cita unas "Actas de Poncio Pilato", hoy perdidas, y aprovecha todas las ocasiones que se le ofrecen para afirmar: "Jesucristo fue crucificado bajo Poncio Pilato, que fue procurador de Judea en tiempo de Tiberio César".

El historiador romano Tácito, que escribe hacia el año 100, pone la muerte de Cristo y el origen de la "perniciosa superstición" cristiana en Judea, durante el reinado de Tiberio, siendo Pilato procurador en Judea (*Anales* XV,44). El historiador judío pro romano Flavio Josefo, que vivió en el siglo I, da muchos detalles de la vida de Pilato (*Ant* XVIII, 3,1 y 2). De especial interés es una lápida encontrada en 1961 entre los restos del teatro romano de Cesarea Marítima con una inscripción que dice: "Tiberio… prefecto Poncio Pilato…restauró (?)". Puede verse una fotografía de esta lápida, con una abundante información sobre Poncio Pilato, en Internet, buscador Google, entrada "Poncio Pilato", *es.wikipedia.org/wiki/Poncio_Pilato*.

En Historia hay muchos enigmas, pero la existencia de Jesús y su crucifixión en Jerusalén hacia el año 30, bajo el poder de Poncio Pilato, es tan segura como la existencia de Cristóbal Colón. La mención de Poncio Pilato en el Credo es un ancla firmemente hincada en la realidad. Podrá discutirse si Jesús resucitó o no resucitó. Pero es indiscutible que existió, que lo crucificaron en Judea y que reunió en torno a sí un grupo de discípulos, que perdura hasta hoy. La fe del creyente que reza el Credo se apoya en hechos claros y probados, no en elucubraciones filosóficas.

## 2. ¿Quién es el responsable de la muerte de Jesús?

No es éste un tema baladí. Una respuesta errónea puede convertirse en el pesado fardo de una responsabilidad echada injustamente sobre todo un pueblo durante siglos.

Para el evangelista Juan la respuesta está clara: el primer responsable de la muerte de Jesús fue el apóstol Judas, el que entregó a Jesús ¡y era uno de los Doce! Los demás apóstoles, menos uno, huyeron cobardemente y abandonaron a Jesús a su suerte.

Fueron también culpables los sacerdotes judíos, que se unieron con los fariseos para entregar un judío inofensivo a un juez romano, pidiéndole que lo condenara a la muerte horrible de quienes se amotinaban contra Roma. Los acusadores sabían que Jesús era incapaz de capitanear una revuelta, pero veían en él una amenaza contra la fidelidad a la ley de Moisés. Pilato tuvo cada vez más claro que Jesús era inocente. Cuando los saduceos lo vieron titubear, le dijeron por fin el verdadero motivo de su odio: Jesús se había presentado a sí mismo como Hijo de Dios. Pilato se asustó al escuchar estas palabras, pero

cedió ante la amenaza de ser denunciado en Roma. Prefirió dictar una sentencia injusta antes que poner en peligro su carrera política.

Fue, pues, también culpable Poncio Pilato, el representante de un Imperio que hacía gala de su apego al Derecho. Fue un cobarde que mandó al patíbulo a un hombre, con plena conciencia de que era inocente. (Véase más arriba lo dicho en el capítulo 9).

Ahora bien, Judas no era todos los discípulos del Señor, pero de alguna manera era solidario con ellos. Los fariseos y los saduceos tampoco eran todos los judíos de Jerusalén el año 30, pero de alguna manera se identificaban con ellos. Pilato tampoco era todo el Imperio Romano, pero de alguna manera lo representaba. En Judas, en las autoridades judías y en Poncio Pilato estaba representada la humanidad entera. Todos ellos fueron responsables de su muerte. En definitiva fueron los pecados de todos los hombres de todos los tiempos quienes crucificaron a Jesús. Sus asesinos fueron todos los pecadores del mudo. Quienes siguen pecando "crucifican de nuevo al Hijo de Dios y lo entregan a pública ignominia" (Hb 6,6). Porque todos han pecado, puede manifestarse la inagotable misericordia de Dios, que extiende su perdón a toda la humanidad y la redime.

## 3. ¿Quiso el Padre que Cristo muriera crucificado?

Diríase que el gran responsable de la muerte de Jesús en la cruz fue su mismo Padre. Los demás personajes del drama parecen comparsas. ¿Era necesaria tanta sangre para reconciliar al hombre con Dios? ¿Por qué quiso Dios que su Hijo muriera crucificado?

Graham Green ha escrito una novela titulada *Monsignor Quixotte*. Es una aguda parodia de la novela de Cervantes. Monseñor Quijote es el párroco de El Toboso. Sancho Panza es el ex-alcalde comunista del pueblo, que acaba de perder las elecciones municipales. Ambos deciden hacer juntos un viaje por España en un SEAT 600. Las aventuras y las conversaciones de los viajeros rezuman ironía. Sancho Panza, cuando habla de Dios, siempre lo califica de bellaco o canalla (*scoundrel*, en inglés). Un buen día monseñor Quijote, molesto, pregunta a Sancho Panza por qué trata así a Dios. La respuesta del viejo comunista es digna del autor de la novela, un convertido al catolicismo: ¿cómo quiere usted que yo llame a un padre que trató a su hijo como Dios trató al suyo? Monseñor Quijote guardó silencio.

Según los evangelios sinópticos, es en Cesarea de Filipo donde por primera vez Jesús habló a sus discípulos de su muerte. Es un momento crucial en su ministerio. Pedro acababa de confesar que Jesús es el Cristo, pero todavía no entendía bien lo que esto significa. Jesús le explicó entonces crudamente que "*es necesario* que él vaya a Jerusalén y que sufra mucho de parte de los ancianos, de los jefes y de los escribas y que sea matado y que resucite al tercer día" (Mt 16,21; Mc 8,31; Lc 9,22). Jesús habla de su muerte como de algo necesario. Pudiera entenderse que Jesús, a la mitad de su vida pública, vislumbró ya que era inevitable el fracaso de su ministerio. Se dio cuenta, pero no echó marcha atrás, porque la voluntad del Padre era que continuara fiel a su misión hasta el final. Jesús reaccionó vivamente contra Pedro, que quería apartarle de ese camino. "Quítate de en medio, Satanás; eres un escándalo para mí porque no piensas como Dios, sino como los hombres" (Mt 16,23; Mc 8,33; cf. Lc 17,25. Lc omite este reproche a Pedro).

También el cuarto evangelista ve como necesaria la "elevación" de Jesús a la cruz. Juan comenta después de la conversación de Jesús con Nicodemo: "lo mismo que Moisés levantó la serpiente de bronce en el desierto, *es necesario* que el Hijo del hombre sea levantado en alto, para que todo el que crea en él tenga vida eterna" (Jn 3,14-16). Más adelante Juan pone en boca del mismo Jesús estas palabras: "Yo tengo poder para dar mi vida y para recuperarla de nuevo. *Esta es la misión que yo recibí de mi Padre*" (Jn 10,18).

En el huerto de los olivos Jesús reprenderá a Pedro, porque había herido a un siervo del sumo sacerdote: "Guarda la espada. ¿Es que no debo beber este cáliz de amargura *que el Padre me ha preparado*?" (Jn 18,11). Según Mt 26,54 y paralelos, el arresto de Jesús en el huerto, con sus consecuencias fatales, tenía que ser sin ofrecer resistencia, para que así *se cumplieran las Escrituras.*

Después de resucitar afirmará Jesús, yendo de camino a Emaús, que su crucifixión estaba prevista en los planes de Dios. Dice a un par de entristecidos discípulos: "¡Qué torpes son ustedes para comprender y qué duros para creer lo que dijeron los profetas! ¿No *era necesario* que Cristo sufriera todo esto para entrar en su gloria? Y empezando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que decían de él las Escrituras" (Lc 24,25-27). Lo mismo dirá él unas horas más tarde a un grupo de discípulos reunidos en Jerusalén, encabezados por Pedro: "*era necesario* que se cumpliera todo lo escrito sobre mí en la Ley de Moisés, en los profetas y los salmos" (Lc 24,44).

Antes de seguir adelante, una nota sobre la crucifixión. Lo más conmovedor de la muerte de Jesús no son sus dolores físicos. Hubo cientos de judíos y de esclavos durante dos, tres, o más siglos, que sufrieron el mismo castigo. Hasta cierto punto Jesús tuvo suerte. La flagelación y la coronación de espinas lo debilitaron hasta tal punto de que su agonía fue inusitadamente breve.

Peor debió ser el dolor de su alma. La oración angustiada de Jesús en el huerto de los olivos y su grito en la cruz, interrogando al Padre por qué le había abandonado, revelan un dolor más terrible que los dolores físicos. Había sido injustamente condenado, quienes le habían sido confiados como ovejas le daban la espalda, su pueblo le rechazaba, sus discípulos le habían traicionado, negado, abandonado, Dios guardaba silencio. Sus milagros, su amor a los desheredados y a los pecadores, su obediencia al Padre, todo había carecido de sentido. Era un fracasado y un maldito (cf. Ga 3,13, que cita Dt 21,33). ¿Por qué tanto dolor?

Es notable que Juan vea la pasión de una manera menos truculenta. Por ejemplo, Jesús no se queja al Padre porque le ha abandonado. La crucifixión es el momento de la glorificación de Jesús (Jn 12,16.23; 13,31; 17,1). Juan Sebastián Bach lo ha entendido genialmente. La *Pasión según san Juan* comienza con una coral majestuosa que dura más de 8 minutos. El coro repite una y otra vez: "Señor, nuestro Soberano, cuya fama es celebrada en toda la tierra, muéstranos por tu Pasión que tú, el verdadero Hijo de Dios, has sido glorificado en todo tiempo, incluso en la mayor humillación".

## 4. *El amor del Padre y del Hijo a una humanidad pecadora.*

En rigor, la crucifixión no era necesaria en sí para que Dios salvara a los hombres. Pudo haber elegido una lapidación, una muerte natural u otro camino. Es difícil encontrar

explicaciones plenamente satisfactorias de la crucifixión. Sería comprensible que Dios se preocupara de los hombres y hasta que enviara a la Tierra un ángel para instruirlos y sanarlos. Pero que el enviado sea Hijo de Dios, en el sentido riguroso de la palabra, que su Padre haya querido su plena inserción en el mundo y que lo haya entregado a la muerte para dar vida a los hombres, va más allá de lo que puede ser soñado. La explicación más razonable del motivo por el que el Padre eligió este camino es el amor. La Pasión de Cristo no deja lugar a duda alguna sobre la magnitud y la gratuidad de su amor a los hombres.

Son numerosos los pasajes del Nuevo Testamento que hablan de este amor. Valgan como ejemplo algunos versículos de los escritos de san Juan y de san Pablo:

> "Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de él" (Jn 3,16-17). "Hermanos queridos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios. Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha nacido de Dios, porque Dios es amor. Dios nos ha manifestado el amor que nos tiene, enviando al mundo a su Hijo único, para que vivamos por él. El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo como víctima por nuestros pecados" (1Jn 4,7-10).

Unos versículos de Jn 10 merecen especial atención. Primero, Jn 10,15.17-18: "Lo mismo que el Padre me conoce, yo lo conozco y entrego mi vida por las ovejas. *El Padre me ama, porque yo entrego mi vida* para recuperarla de nuevo… Yo tengo poder para entregarla y para recuperarla de nuevo. Esta es la misión que recibí de mi Padre". Tal como suenan estas palabras, el amor del Padre al Hijo parece condicionado a que el Hijo cumpla la misión para la que fue enviado por el Padre: la de entregar su vida por sus ovejas.

Segundo, Jn 10,29. El texto en griego dice literalmente: "mi Padre lo que me ha dado es mayor (superior) que todo y nadie puede arrebatarlo de la mano del Padre". Esta frase admite dos interpretaciones: "mi Padre es mayor que todo lo que me ha dado" (A). O bien: "lo que mi Padre me ha dado es mayor que todo" (B). En la primera opción (A) el Padre es lo más grande; en la segunda (B), lo dado, es decir las ovejas, es lo más grande. La *Biblia de Jerusalén* se inclina por la opción A y la Biblia de Oración (*Dios habla hoy*, Biblia de estudio) por la opción B. Parece más conforme con el texto griego la opción B. Diríase que los traductores que han optado por A, han temido aceptar que para Jesús nada es más importante que las ovejas recibidas del Padre.

Pablo tiene pasajes bellísimos sobre el amor, como el de 1Co 13,1-11. Aquí se han escogido unos versículos de la carta a los Romanos y de la carta a lo Gálatas:

> "Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno estuviera dispuesto a morir por una buena persona. Pues bien, Dios ha mostrado su amor hacia nosotros cuando, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Con mayor razón, estando ya justificados en su sangre, por él seremos librados del castigo. Pues si siendo enemigos, Dios nos reconcilió por la muerte de su Hijo, mucho más ahora, estando ya reconciliados, nos salvará para hacernos partícipes de su vida" (Rm 5,6-10; léase también Rm 8,31-39).

> "Estoy crucificado con Cristo y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Ahora, en mi vida terrena, vivo creyendo en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí" (Ga 2,19-20).

## *5. Para qué murió Jesús*

La pregunta del *por qué* se desliza hacia una segunda, que la completa: ¿*para qué* lo mataron? La respuesta es aparentemente sencilla: lo mataron para deshacerse de él, porque resultaba molesto. Pero esta respuesta es insuficiente. En realidad lo importante es saber *para qué* sirvió su muerte, más allá de lo que pudieron pensar quienes se alegraron o se entristecieron con ella.

Jesús entregó su vida para librar a la humanidad del pecado que arrastraba consigo desde el pecado de Adán, pero ¿cómo fue esta liberación? Para San Pablo la muerte en cruz es la "redención" del género humano, la "justificación" de quienes tienen fe (Rm 3,21-29), acompañada del "perdón" de los pecados (Col 1,14; Ef 1,7). Es una "compra" que convierte al cuerpo humano en santuario del Espíritu Santo (1Co 6,20; 7,23), una "liberación" del pecado (Rm 6,18). El autor de Hb ve en la crucifixión el "sacrifico expiatorio" de la nueva alianza, que sustituye los de la antigua y abre a los hombres el santuario celestial (9,11-28).

Está fuera de lugar el hacer ahora un estudio detenido de cada uno de estos términos: redención, justificación, perdón, compra, liberación, sacrificio expiatorio. Es de notar que entre todos estos conceptos una profunda semejanza. Todos ellos implican la presencia de dos personas, una dependiente de la otra, y una interacción entre ellas. En este caso, entre Dios o Jesucristo y el hombre.

El hombre, como consecuencia del pecado de Adán y de los propios pecados está en una situación deplorable ante Dios. El pecador es un delincuente ante un rey y juez justo. Es un esclavo fugitivo que ha pasado a ser propiedad de los bajos instintos. Es un mal agradecido que ha desobedecido a Dios. El pecador es, además, incapaz de borrar la ofensa inferida y de pagar el precio de su libertad. Es entonces cuando Dios muestra su misericordia, pagando todas sus deudas al pecador desobediente y desconfiado, comprando así su libertad y trayéndole de nuevo a su amistad. No es el arrepentimiento del pecador lo que despierta la misericordia divina. Es Dios misericordioso quien pone en el corazón del pecador el arrepentimiento y el deseo de volver a la casa de Dios.

¿Quién paga la deuda con Dios, quién compra la libertad de los esclavos del pecado? El Hijo de Dios es quien lo hace, muriendo clavado en una cruz. Su obediencia al Padre y su amor a los hombres han abierto para la humanidad las puertas de una felicidad eterna. Todo esto suena bien, pero resulta un poco extraño ¿A quién paga Jesús el precio de la redención? ¿Necesitaba Dios Padre que le pagaran algo?

Detrás de las expresiones de compra y liberación tal vez subyace la idea de que el pecado es algo que no toca al hombre por dentro. Uno está amarrado; cortan las cuerdas que lo aprisionan y queda libre. Uno comete un delito y el juez lo mete en la cárcel, hasta que cumpla la pena que le ha impuesto. Pero ni las cuerdas, ni el delito ni la cárcel, ni la libertad han cambiado al delincuente en lo íntimo de su ser.

El pecado es algo muy profundo, porque altera las relaciones de los hombres entre sí y con Dios. De alguna manera el pecado destruye al pecador por dentro. El daño que hace el pecado no se arregla pagando una multa. Sólo puede repararlo el arrepentimiento y la certeza de que Dios no sólo olvida, sino que da nueva vida. Para Juan la redención del hombre consiste en recibir vida eterna, es decir, vida divina. Hay que nacer de nuevo para entrar en un contacto vital con Jesucristo por la fe, el bautismo y la eucaristía:

> "Yo te aseguro que nadie puede entrar en el reino de Dios, si no nace del agua y del Espíritu. Lo que nace de la carne es carne, lo engendrado por el Espíritu es espíritu" (Jn 3,5-6). "Les aseguro que el que cree tiene vida eterna. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna" (Jn 6,47.54).

También para Pablo la salvación es una participación en la vida misma de Cristo, muerto en la cruz, pero sobre todo resucitado. Jesús resucitado sigue siendo un hombre verdadero y por eso puede comunicar su vida divina a quienes comparten con él su condición humana:

> "Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu" (1Co 12,12-13).

La crucifixión de Jesús no era estrictamente necesaria para la salvación del género humano. Sí fue necesaria para que los hombres se convencieran de la magnitud del amor con que los aman él y el Padre. Se intuye lo oportuno de esta muerte. Resulta inimaginable ver morir a Jesús como un anciano venerable, arropado por el cariño de un grupo numeroso de sus discípulos.

En la cruz hay una exageración del amor de Jesucristo a los hombres y de su fidelidad a la voluntad del Padre. En la crucifixión hay también una muestra aterradora de la magnitud del pecado y de sus efectos.

## *6. Muerto y sepultado*

Los cuatro evangelistas destacan con pequeñas diferencias tres rasgos o circunstancias especiales en el sepelio de Jesús (cf. 27,57-66; Mc 15,42-47; Lc 23,50-56; Jn 19,31-42). Esos tres rasgos tienen en común que a nadie se le ocurrió pensar que Jesús pudiera resucitar. Si Jesús habló alguna vez de su resurrección, sus discípulos no lo entendieron entonces y pronto lo olvidaron.

El primer momento fue el de constatar que Jesús estaba bien muerto y retirar su cadáver del Calvario. José de Arimatea se atrevió a pedir a Pilato que le dejara bajar a Jesús de la cruz, porque ya había expirado. Extrañó a Pilato el que hubiese muerto tan pronto y mandó a un oficial que fuera a comprobarlo. Es entonces cuando el enviado mandó romper las piernas a los otros dos ajusticiados, que todavía estaban vivos, pero al constatar que Jesús estaba muerto, él se limitó a darle un bote de lanza en el pecho. Romper las piernas a un crucificado era acelerar su muerte, porque ya no podía apoyarse en ellas para respirar y moría pronto por asfixia. La lanzada impresionó al testigo que lo vio, sin duda el discípulo amado.

Él vio en la sangre y en el suero que brotaron de la herida el anuncio del bautismo y de la eucaristía. Los Padres de la Iglesia han sentido que la Iglesia nacía del costado de Cristo en este momento.

El segundo rasgo o momento es la presencia dos discípulos, hasta entonces vergonzantes, que prepararon a Jesús un entierro digno de un potentado. Tuvieron el valor que faltó a los Doce. La Iglesia debe a José de Arimatea y a Nicodemo el que el cadáver de Jesús no fuera arrojado a una fosa común, sino puesto en un sepulcro nuevo. Cuando Jesús resucitó no había huesos por el suelo, que pudieran prestarse a confusiones, si eran o no de él. Pilato también permitió a los sacerdotes y a los fariseos poner junto al sepulcro un piquete de soldados para evitar que los discípulos robaran el cadáver.

Tercer momento: junto a estos discípulos estaba un grupo de mujeres, entre las que no podía faltar María Magdalena. Ellas tomaban nota del lugar exacto en que habían puesto a Jesús para proceder a un embalsamamiento en regla, una vez que pasara el sábado. Ellas podrán ser así nada menos que los primeros testigos de que Jesucristo había resucitado.

## *7. Descendió a los infiernos*

En algunos discurso kerigmáticos, es decir, que presentan un resumen del núcleo de la predicación primitiva, se afirma que los israelitas "mataron al autor de la vida, pero Dios lo ha resucitado de entre los muertos" (Hch 3,15; cf. Rm 8,11, 1Co 15,20). "El evangelio ha sido anunciado incluso a los muertos para que, condenados en la carne según los hombres, vivan en espíritu según Dios" (1Pe 4,6).

Estas afirmaciones implican que hay un lugar donde van a parar todos los muertos. Este lugar recibe el nombre de *sheol* en hebreo, *Hades* en griego, *inferus* o *infernus* en latín, porque se ubica en la parte *inferior* de la tierra. No es un lugar de castigo para quienes se portaron mal en vida, sino el lugar al que llegan todos los muertos, buenos y malos, y donde todos arrastran una vida precaria, fantasmal (cf. Mt 11,23; 16,18; Lc 16,18; Hch 2,27 que cita el Sal 16,10; Ap 1,18; 20,13). Los judíos nunca pensaron que los hombres, después de muertos, serían aniquilados, sin más. La fe en la existencia del Hades dejaba abierta la posibilidad de que algunos muertos regresaran a la vida, esto es, que resucitaran (Dn 12,12; 2Mac 7,9).

Jesús descendió hasta el Hades, es decir, murió realmente. Además, como dice el *Catecismo de la IC*, "el descenso a los infiernos es el pleno cumplimiento del anuncio evangélico de la salvación. Es la última fase de la misión mesiánica de Jesús, fase condensada en el tiempo, pero inmensamente amplia en su significado de extensión de la obra redentora a todos los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares, porque todos los que se salvan se hacen partícipes de la Redención" (#634).

# 13

# AL TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS. SUBIÓ A LOS CIELOS

## 1. La resurrección de Jesús

La resurrección de los muertos es un milagro sólo comparable con el de la creación. Sin resurrección, la cruz hubiera sido un dramático testimonio de la heroica fidelidad de Jesús a una hermosa misión, pero el hombre no sabría para qué le sirve, en definitiva, tanto amor y tanto valor. Sin resurrección, la imagen de Dios quedaría fijada para siempre como la de un Ser Superior cruel e indiferente al dolor de los seres humanos. La muerte da vida porque es el trámite para la resurrección. En Jesús una y otra están inseparablemente unidas y también lo están en la fe de los cristianos:

> El Dios en que creyó Abraham, el padre de todos los creyentes, es "el Dios que hace vivir a los muertos y llama a lo no existente como existente… Nosotros obtendremos la salvación si creemos en aquel que resucitó de entre los muertos a Jesús, entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación" (Rm 4,17.24-25).

La resurrección de Jesús es mucho más que una reanimación, semejante a la de Lázaro. Lázaro volvió a morir. Es un hecho real que tres días después de su muerte, comenzó para Jesús una vida nueva, más allá del espacio y del tiempo, interminable y feliz, que puede ser compartida por los hombres después de su muerte natural. Aunque alguien hubiera podido fotografiar a Jesús saliendo del sepulcro, nunca habría dejado registrada en su cámara la nueva vida que lo animaba. La resurrección es un hecho real que sólo puede ser afirmado en todas sus dimensiones por la fe. San Pablo escribirá a los cristianos de Roma:

> "Y si hemos muerto con Cristo, *creemos* que también viviremos con él, sabiendo que Cristo, una vez resucitado entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte no tiene ya señorío sobre él. Su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre; mas su vida es un vivir para Dios. Así también ustedes ténganse por muertos al pecado y vivos para Dios, en Cristo Jesús" (Rm 6,8-11).

## 2. Las apariciones de Jesús resucitado

Los discípulos tuvieron la certeza de que Jesús había resucitado ante todo porque él mismo se *les apareció* en reiteradas ocasiones. *Aparición* es literalmente "la presencia o manifestación ante la vista de algo que estaba oculto o desconocido". En el lenguaje común el término sugiere que quien se aparece lo hace como por sorpresa, sin que nadie lo haya llamado. Quienes presencian una aparición se sienten forzados a admitir la existencia real de lo que se les aparece y no lo confunden con un fruto de su imaginación.

Las apariciones del resucitado eran necesarias para fundamentar y robustecer la fe de sus discípulos en que Jesús había vencido a la muerte, que había resucitado. La misión fundamental de éstos en la Iglesia que nace, consistirá ante todo en ser testigos de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo (Hch 1,22; 2,32).

Los autores del Nuevo Testamento hablan de las apariciones de Jesús resucitado a sus discípulos en los siguientes lugares: Mt 28,1-20; Mc 16,1-8 y 9-20; Lc 24,1-53; Jn 20,1-21,24; Hch 1,1-11; 1Co 15,3-9. La aparición de Jesús a san Pablo en el camino de Damasco no es aquí tenida en cuenta. Es un caso atípico, porque ninguno de sus acompañantes vio a Jesús físicamente (Hch 9,1-18; 22,3-16).

*Según el evangelio de Mateo*, al amanecer el sábado María Magdalena y la otra María llegaron al sepulcro. Un ángel hizo rodar la piedra que lo cerraba. Los que lo custodiaban se quedaron como muertos. Es de notar que Mateo describe al ángel como semejante a un relámpago con un vestido blanco como la nieve. En contraste, no dice una sola palabra del aspecto de Jesús resucitado. El ángel se dirigió a las mujeres, les mostró el lugar, ahora vacío, donde habían puesto el cadáver de Jesús, al que verán en Galilea. Las mujeres, asustadas y alegres, corrieron a llevar la noticia a los discípulos. En el camino se les apareció Jesús mismo, que les reiteró el encargo de que los discípulos fueran a Galilea, donde le verían.

Los soldados fueron sobornados por los sacerdotes para que hicieran correr la noticia de que el cadáver de Jesús había sido robado por sus discípulos. Finalmente, aún dudando, los discípulos fueron a Galilea, donde efectivamente Jesús se les apareció y les encomendó una misión universal: vayan a todos los pueblos, háganlos discípulos y bautícenlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Según *Marcos*, María Magdalena y otras mujeres fueron de madrugada al sepulcro para embalsamar el cuerpo de Jesús. Cuando llegaron allí vieron que la piedra de la entrada al sepulcro había sido removida. Al entrar en él vieron a un joven vestido con una túnica blanca. Él les anunció que Jesús había resucitado y les mostró el lugar ahora vacío donde habían puesto a Jesús. El joven también les mandó que fueran a dar la noticia a Pedro y a los discípulos, para que fueran a Galilea, donde lo verían. Las mujeres huyeron asustadas del sepulcro, y no hablaron con nadie.

Aquí termina el evangelio de Marcos. Como a mediados del siglo II la Iglesia admitió que se le añadiera una conclusión. En ella se da cuenta de una aparición de Jesús a María Magdalena. Ella fue a decir a los discípulos que Jesús estaba vivo, pero éstos no la creyeron. También se apareció a dos discípulos que iban al campo, a los que tampoco creyeron que habían visto a Jesús resucitado. “Por último se apareció a los Once cuando estaban a la mesa, y les reprochó su incredulidad y su terquedad, por no haber creído a quienes lo habían visto resucitado”. Acto seguido les mandó ir por todo el mundo para proclamar la buena noticia, para bautizar y para hacer grandes señales, expulsando demonios y haciendo el bien a todos. “Después de hablarles, el Señor Jesús fue elevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios. Ellos salieron a predicar por todas partes; el Señor los asistía y confirmaba la palaba acompañándola con señales”.

Según *Lucas*, *el primer día de la semana* fueron las mujeres de madrugada al sepulcro, encontraron la piedra de la entrada removida y el sepulcro vacío. Dos hombres vestidos con ropas deslumbrantes les dijeron que no buscaran entre los muertos al que estaba vivo. También recordaron a las mujeres que Jesús, estando en Galilea, les había dicho que iba

a ser entregado a los pecadores, que lo crucificarían y que resucitaría al tercer día. Las mujeres, entre las que estaba María Magdalena, fueron a contárselo a los apóstoles, que no las creyeron, pensando que eran imaginaciones de mujeres. Pedro, sin embargo, corrió al sepulcro, se asomó y vio admirado que dentro sólo había unos lienzos. Viene después el largo relato del camino de Emaús aquel mismo día, seguido inmediatamente de la aparición de Jesús en Jerusalén a los discípulos presididos por Pedro, y la subida al cielo del Resucitado.

Según *Juan*, María Magdalena fue la primera en llegar al sepulcro *el primer día de la semana*. Como vio que habían retirado la piedra que lo cerraba, María fue corriendo a decírselo a Pedro. Pedro y "el otro discípulo" fueron rápidamente a ver qué pasaba; en efecto, el sepulcro estaba vació, limpio y ordenado. El otro discípulo, que entró el segundo en el sepulcro, "vio y creyó", sin que el texto dé más explicaciones. Ambos discípulos regresaron a casa, pero María Magdalena se quedó junto al sepulcro. Allí se le apareció Jesús y le dio un mensaje para "mis hermanos": "ve a mis hermanos y diles: subo a mi Padre y vuestro padre, a mi Dios y vuestro Dios". María cumplió el encargo.

Aquel mismo día, *el primero de la semana*, estando los discípulos reunidos por la tarde en una casa con las puertas cerradas, se les apareció Jesús, habló con ellos, les dio el Espíritu Santo y les envió a continuar su propia misión. Tomás, incrédulo, tuvo que esperar hasta el siguiente *primer día de la semana*, a que Jesús se apareciera cuando los discípulos estaban de nuevo reunidos.

El editor del cuarto evangelio añadió un apéndice al evangelio ya terminado (capítulo 21), que rehabilita a Pedro, mal parado ante las comunidades por sus negaciones en la pasión de Jesús. El epílogo comienza, sin dar explicaciones, con el relato de una pesca milagrosa, donde Pedro tiene una destacada participación. Sigue una comida en la que Jesús resucitado "tomó pan y lo dio a sus discípulos, lo mismo que el pescado". Después de comer sigue la escena en la que Pedro confiesa tres veces su amor a Jesús y tres veces recibe el encargo de ser el pastor de las ovejas de Cristo.

En Hch 1,1-11 Lucas corrige lo que había dicho al final de su evangelio. En el evangelio él afirma que Jesús subió a los cielos el mismo día de su resurrección. En cambio, en *Hechos*, Lucas afirma que "después de su pasión, Jesús se presentó a sus discípulos con muchas y evidentes pruebas de que estaba vivo, y durante cuarenta días se les apareció y les habló del reinado de Dios. Finalmente regresaron a Jerusalén y vieron cómo Jesús se elevaba hasta que una nube lo ocultó de su vista". Lucas nada dice del lugar donde tuvieron lugar las apariciones de Jesús durante estos cuarenta días, si en Jerusalén o en Galilea.

En 1Co 15,3-9 Pablo se limita a decir que Cristo, después de morir, "resucitó al tercer día, según las Escrituras". Acto seguido Pablo da una lista de testigos de la resurrección: Pedro, los Doce, más de 500 hermanos de una sola vez, Santiago, los demás apóstoles y finalmente él mismo, como si se tratara de "un aborto".

## 3. *Lo que se desprende de estos relatos*

Los relatos más antiguos destacan que el sepulcro de Jesús estaba cerrado con una pesada losa. Era difícil que unas pocas mujeres pudieran moverla e imposible que alguien lo hiciera desde dentro, aun estando sano. Sólo los ángeles lo hicieron. Ellos fueron los testigos privilegiados de que Jesús resucitó. El sepulcro estaba vacío, limpio y ordenado cuando Pedro

y el otro discípulo entraron en él. Esto no demuestra que Jesús haya resucitado, pero el hecho de que el cadáver hubiera desaparecido sin dejar rastro invita a pensar que la resurrección de Jesús involucró a su cuerpo, hasta el punto de que quedaron en él las marcas de la crucifixión.

Más inquietante es el tema de la incredulidad de los apóstoles cuando las mujeres u otros testigos menores, por decirlo así, les anunciaron que habían visto vivo a Jesús. También sorprende el que los ángeles sean descritos como seres brillantes con apariencia humana, mientras que nunca es descrito el aspecto de Jesús, aunque aparece con frecuencia en escena. Los evangelistas jamás a recurren a efectos especiales que presenten a Jesús revestido de gloria, lo que habla de su honestidad. No quieren engañar a persona alguna con descripciones fantásticas de la salida del Señor fuera del sepulcro.

El caso es que ni siquiera María Magdalena reconoció a Jesús a la primera. Los discípulos todavía tardaron más que ella en reconocerlo. El mismo Jesús tendrá que reprochar a los Once su incredulidad y su terquedad para no dar crédito a quienes lo habían visto resucitado. Lucas es más amable con los discípulos que Mateo y Marcos. En Jerusalén y según Lucas ellos no podían creer que el aparecido fuera el Señor… a causa de la alegría causada por su presencia inesperada; pero el hecho es que no habían creído. Notable es el caso de los discípulos de Emaús, que caminaron junto al Señor un par de horas y sólo lo reconocieron al partir el pan pero, una vez reconocido, él se les hizo "invisible". Para reconocer a Jesús no basta su presencia. Es necesario algo más.

El apóstol Tomás es para Juan el modelo de quien pasa de la incredulidad a la fe. Tomás no estaba presente cuando se apareció por vez primera a los discípulos reunidos a puertas cerradas, al atardecer del mismo día de la resurrección. Informaron del hecho a Tomás, que puso como condición para creerles el tocar las heridas de Jesús. Ocho días después, Jesús se les apareció de nuevo, también en una reunión. Esta vez sí que estaba presente Tomás, que debió escuchar asustado a Jesús invitándole a meter los dedos y la mano en las cicatrices dejadas por la crucifixión. "Tomás le contestó: ¡Señor mío y Dios mío! Jesús le dijo: ¿has creído porque me has visto? Felices los que no vieron y creyeron".

Lo decisivo aquí es la fe. Tomás no sólo vio. Vio unas heridas, pero además creyó lo que era imposible de ver con los ojos de la cara: supo que Jesús era su Señor y su Dios. Los que no vieron creyeron. Nótese que los verbos están en pretérito indefinido, es decir, creyeron antes que Tomás, y sin ver. ¿Pero será del todo verdad que quienes no trataron a Jesús en la tierra, creyeron a ciegas? La fe es un don de Dios, pero también es necesario haber visto algo. Al don de la fe acompaña siempre una vista más aguda, capaz de ver la realidad que se esconde detrás de las apariencias. La fe está al principio y al final de la vida cristiana. Cuando Jesús estaba en el seno de María, Isabel dijo a su madre: "Feliz tú porque has creído" (Lc 1,45). Jesús recién resucitado dice a todo el que quiere oírlo: "Felices los que creyeron" (Jn 20,29).

Las mujeres son protagonistas en los relatos de la resurrección. Ellas fueron las primeras en creer que Jesús había resucitado y las primeras en dar testimonio de ello. Fue un triunfo el que los hombres terminaran reconociendo que también ellas pueden dar y de hecho dan testimonio de Jesús. Las mujeres debieron ser importantes en las comunidades cristianas primitivas, como sin duda lo fue María Magdalena en la suya. Los relatos valoran de manera especial los testimonios de Pedro y de los apóstoles, pero también importan otras figuras menos relevantes, como Cleofás.

Los evangelistas dejaron en claro que la existencia de Jesús como resucitado terminó siendo reconocida y vivida por quienes habían estado a su lado durante tres años de idas y venidas por Galilea. No había duda alguna de que Jesús, el Señor, era la misma persona que Jesús de Nazaret, muerto y sepultado bajo el poder de Poncio Pilato. Esto era lo decisivo.

Lucas y Juan insisten en la importancia del "primer día de la semana". Ese día es el día siguiente al sábado, es el "día del Señor", el *dies domínicus*, el domingo. Es el día en que fueron las mujeres al sepulcro y en vez de un muerto encontraron a unos ángeles afirmando que Jesús estaba vivo. Este mismo día Pedro, avisado por ellas, constató que, en efecto, el sepulcro estaba vacío. El mismo día dos discípulos desilusionados se alejaban de Jerusalén y terminaban la jornada reconociendo a Jesús. Cuando caída ya la tarde ellos regresaron a Jerusalén para contarlo, encontraron a los discípulos reunidos con Pedro a la cabeza, que ratificó su versión de los hechos. Jesús se apareció entonces. Como los hermanos dudaban, por su alegría, de que realmente fuera él, Jesús les pidió algo de comer. Ellos le ofrecieron un trozo de pescado asado. ¿Un pescado en Jerusalén? ¿Quizás era uno de los que sobraron en Galilea meses antes, después de alimentar con cinco panes de cebada y dos peces a más de 5.000 hombres?

La celebración de este primer día domingo de la historia fue un día muy ajetreado para el Señor. Según Juan, este mismo día el Señor se apareció también a otro grupo de discípulos, reunidos en una casa, cerradas las puertas por miedo a los judíos. El Señor se complacía en hacerse presente en estas reuniones. Al hacerse presente, él les dio la paz, les mostró sus manos y su costado heridos, les llenó de alegría, los envió al mundo como el Padre le había enviado, les dio el Espíritu Santo y el poder divino de perdonar los pecados. Tomás, que faltó este primer domingo de la historia a la reunión, no creyó que sus hermanos hubieran visto al Señor. La incredulidad le duró hasta el domingo siguiente, en que el Señor se apareció de nuevo e invitó al apóstol testarudo a meter su mano y sus dedos en las cicatrices de sus heridas.

El domingo fue muy pronto el día en que la comunidad cristiana se reunía para reavivar su fe escuchando los relatos de la vida de Jesús y sus palabras, y celebrando la Eucaristía, en la que el Señor se hacía presente.

## 4. *El camino de Emaús (Lc 24,13-44)*

Hay pocos datos para saber cómo fue organizándose la Iglesia en los primeros años que siguieron a la resurrección de Jesús. El relato de Lucas, donde cuenta el viaje de dos hombres a Emaús, resume con extraordinaria habilidad lo que debió ser el retorno al centro, a Jerusalén, de los primeros discípulos decepcionados con la muerte de Jesús.

Aquel primer domingo, dos discípulos apesadumbrados y escépticos se dirigían a la aldea de Emaús, distante de Jerusalén unos 10 ó 12 kilómetros. Iban hablando entre sí de lo sucedido en la ciudad pocos días antes. Mientras ellos "conversaban y discutían", Jesús se les acercó y siguió con ellos su camino, pero "sus ojos estaban retenidos para que no lo reconocieran". El desconocido les preguntó por el motivo de la discusión. Uno de los dos, Cleofás, extrañado de tamaña ignorancia, le explicó lo que había pasado en Jerusalén en aquellos días:

> "Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo. Cómo lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera quien iba a librar a Israel, pero con todo esto llevamos ya tres días desde que sucedieron estas cosas. Sin embargo, algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado. Llegadas de madrugada al sepulcro y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, los cuales dicen que él vive. Fueron entonces algunos de los nuestros al sepulcro, y lo encontraron tal como las mujeres habían dicho, pero a él no lo vieron".

Cleofás ha recitado de corrido y con exactitud el contenido del kerigma primitivo. Sólo ha omitido un paso indispensable para entender "lo de Jesús el Nazareno": no ha reflexionado sobre lo sucedido a la luz de las Escrituras. En cuanto al testimonio de las mujeres ¿cómo creerlas cuando decían que unos ángeles les habían dicho que Jesús estaba vivo? Uno no puede creer a mujeres con tanta imaginación. El misterioso compañero de viaje tomó entonces la palabra con una inesperada vehemencia:

> "¡Oh tontos y duros de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera eso y entrara en su gloria?" Y, empezando por Moisés y continuando por todos los Profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras".

Se acercaban ya al pueblo y el desconocido hizo ademán de pasar de largo. ¡No, de ninguna manera! "Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado (en griego, verbo *klinein*)". El desconocido aceptó la invitación: "Y sucedió que al reclinarse (verbo *kataklinein*) él con ellos, tomando el pan lo *bendijo* y, partiéndolo, se lo daba".

La comida en Emaús es una celebración eucarística. Así lo prueba la comparación del vocabulario de Lc 24,29-30 ya visto (Emaús), con el vocabulario que el mismo Lucas emplea en 9:10-17 (milagro de la multiplicación de los panes) y en 22,14-20 (última cena).

- Lucas, hablando de la multiplicación de los *panes*, la única en su evangelio, dice: "el día comenzó a declinar... Pero Jesús dijo a sus discípulos: hagan que se reclinen en grupos (*klisías*) de cincuenta; e hicieron así y todos se reclinaron. Y tomando los cinco panes y los dos peces, levantando los ojos al cielo los *bendijo*, los partió y los daba a los discípulos" (9,12.14-16).
- En la *última cena* el vocabulario del relato de la institución de la eucaristía es distinto: "Jesús se recostó y los apóstoles con él... Y tomando pan *dando gracias* lo fraccionó y se lo dio" (22:14.19).

Las semejanzas existentes entre el vocabulario usado para describir el milagro de la multiplicación de los panes y la comida en Emaús son evidentes: suenan una y otra vez las palabras con la raíz "klin": declinar, reclinar, *klisías*. En la última cena los comensales "se recostaron" (verbo *anapiptein*), no se reclinaron, aunque estaban en un triclinio. En los relatos de la multiplicación de los panes y de la comida en Emaús Jesús *bendijo* el pan, mientras que en la última cena *dio gracias*. El vocabulario establece una clara relación entre la comida de Emaús y el relato de la multiplicación de los panes, lo que sugiere que la comida de Emaús es un segundo milagro semejante al de la primera multiplicación.

Durante su vida pública Jesús daba de comer a 5.000 hombres con sólo cinco panes y dos peces. Realizaba entonces un gesto que era al mismo tiempo prueba de poder y de misericordia y signo de futuras y milagrosas multiplicaciones del pan, que los discípulos no podían entonces adivinar. Como en el relato del milagro, la escena de Emaús termina con el verbo *dar* en pretérito imperfecto, tiempo de acción no acabada. Lo daba" y continúa dándolo hasta hoy.

Entre la fracción del pan en el desierto de Galilea y la fracción del pan en Emaús está la fracción del pan en Jerusalén. El milagro de Galilea apuntaba a otro milagro, la institución de la Eucaristía en el cenáculo, cuando Jesús tomó pan, dando gracias lo partió y lo dio una sola vez a sus apóstoles. En Emaús Jesús daba el pan partido, y sigue dándolo cada vez que se celebra la Eucaristía. Después de la resurrección del Señor, la fracción del pan en Emaús inicia el tiempo de la Iglesia, marcado por el milagro de la multiplicación del pan partido y dado en cada misa (Hch 2,42.46; 20,7.11; 27,35; 1Co 10,16; 11,24).

"Entonces se les abrieron los ojos y reconocieron a Jesús, pero él se hizo invisible para ellos". El texto no dice que Jesús se marchara. Jesús sigue con ellos, pero de una manera en la que ya no se manifiesta visiblemente.

> "Y se dijeron mutuamente: ¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?".

Cleofás y su compañero habían experimentado la presencia del Señor. Él había puesto fuego en sus corazones, les había devuelto la alegría y había despertado en ellos unas ganas irresistibles de dar testimonio de que Jesús estaba vivo. Los dos de Emaús volvieron de un brinco a Jerusalén para anunciar lo que habían visto y oído. Encontraron allí reunidos a los Once, pero antes de hablar, tuvieron que escuchar cómo les decían que "realmente el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón". Sólo entonces pudieron ellos explicar "lo ocurrido en el camino y cómo habían reconocido al Señor “en la fracción del pan". El testimonio de Cleofás fue evaluado positivamente porque coincidía con el de Pedro.

En solo 35 versículos Lucas ha hecho una síntesis insuperable de lo que va a ser la vida de la Iglesia después de la resurrección de Jesús. Es un gran mérito de los cuatro evangelistas el que supieran entroncar con el Señor, el mismo día de su resurrección, aquellos momentos que serán cruciales en la vida de la Iglesia: la proclamación del kerigma, la interpretación cristiana de la Escritura, el amor fraterno manifestado en la hospitalidad, la fe en la presencia invisible del Señor en la celebración de la Eucaristía, la comunidad, la misión y el testimonio, la jerarquía representada por Pedro, el envío del Espíritu Santo, el poder de perdonar los pecados, la experiencia de que el Señor sigue cercano a los hombres, aunque sólo sea visible para los ojos de la fe. Sobre la importancia de la resurrección de Jesús para la redacción del Nuevo Testamento, véase lo dicho más arriba, en el capítulo 5.

Los evangelistas no se han preocupado de averiguar cómo era el metabolismo del cuerpo de Jesús resucitado. La liturgia, por su parte, canta en el himno del Oficio de lecturas, sábado del tiempo pascual, lo que la resurrección del Señor significa para toda la creación:

> “La tumba perfumada lo proclama:
> ¡Vive! Gritad las plantas y semillas:
> le disteis la bebida y alimento
> y él os lleva en su carne florecida”

## 5. "Subió a los cielos". La ascensión de Jesús

Es inverosímil que Jesús se haya aparecido a los suyos tantas veces el mismo día de su resurrección. Es imposible que los discípulos hayan tenido ya reuniones ese día y que los de Emaús sepan ya de memoria una fórmula relativamente desarrollada del kerigma primitivo. A los ocho días volvió Jesús a aparecerse para convencer a Tomás de que él estaba vivo y de que era la misma persona a quien habían crucificado ¿Cuánto tiempo duraron las apariciones? ¿Sólo 40 días? El caso es que se debe contar también entre ellas la que tuvo Pablo unos 6 años después de la crucifixión-resurrección de Jesús (1Co 15,8).

La lectura de los relatos evangélicos deja en evidencia que hubo entre los primeros cristianos quienes tardaron en creer que Jesús había resucitado. Ante las vacilaciones de los evangelistas sobre el cuándo y el cómo de las apariciones del Señor, surge una pregunta: ¿Dónde estaba Jesús entre el momento de su resurrección y el de su ascensión? Jesús glorificado estaba sin duda junto al Padre desde el momento en que resucitó. Ahora bien, al resucitar, Jesús de Nazaret había entrado en un tiempo y un espacio muy especial, el espacio y el tiempo de Dios.

El universo que los hombres perciben con sus sentidos está en un tiempo y un espacio totalmente diferentes al de Dios. El espacio y el tiempo de los hombres son los descritos por Euclides y reconocidos como reales por la Física clásica. En ellos existen el arriba y el abajo, la derecha y la izquierda, el antes y el después. Son el espacio y el tiempo que comenzaron a existir en el instante del Big Bang, según aseguran hoy muchos físicos ¿Y qué existía "antes" del Big Bang? La ciencia no puede dar una respuesta.

Lucas, el evangelista médico, y los otros tres evangelistas con él, tenían que hablar necesariamente del espacio y del tiempo de Dios con el lenguaje de Euclides. Este era el único lenguaje que ellos y sus lectores comprendían. El Señor bajó a Jerusalén y subió a los cielos, está sentado a la derecha del Padre y pide a María Magdalena que le suelte para poder volver junto a él.

A pesar de las dificultades que implica todo lenguaje humano, los evangelistas dejaron un mensaje muy claro para quienes tienen fe. El Señor siguió apareciéndose a sus discípulos hasta que estuvieron bien convencidos de que él, Jesús de Nazaret, había resucitado de verdad. Decir esto es afirmar que el Hijo de Dios vive junto al Padre y que sigue teniendo su cuerpo de hombre en un espacio y un tiempo inimaginables para los hombres. Una vez que logró convencer a sus discípulos de que había resucitado, el Señor Jesús dejó de aparecerse a ellos. Él dejó en sus manos la misión de anunciar la Buena Noticia de la muerte y la resurrección de Jesús a todos los pueblos, y de bautizarlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28,18-20: Mc 16,15-20; Jn 20,21-22; Hch 1,8).

El Señor ya no se aparece como se apareció a los apóstoles en Jerusalén o en Galilea "durante 40 días", pero sigue vivo y presente en su Iglesia. En ella, todos los discípulos que siguieron y seguirán a los Apóstoles lo ven gracias a la fe y al amor mutuo (cf. Jn 14,21-23).

# 14

# ESTÁ SENTADO A LA DERECHA DE DIOS PADRE TODOPODEROSO. DESDE ALLÍ HA DE VENIR A JUZGAR A VIVOS Y MUERTOS

## *1. Jesús resucitado está sentado a la derecha de Dios Padre*

Jesucristo resucitó. Jesucristo es el Señor. Desde este momento todo ha cambiado en el mundo, especialmente para la humanidad. Para quienes tienen fe, el pasado y el futuro se explican ahora por la presencia poderosa e invisible del Señor resucitado y de su Espíritu en el mundo. El pasado aparece como una historia de salvación, dirigida por Dios. La luz que brota del Señor resucitado ilumina el camino hacia el futuro de cada hombre y de cada mujer, el destino de la creación, la existencia de la Iglesia. Además del espacio y del tiempo descritos por Euclides, se abre ante los ojos de la humanidad otro espacio y otro tiempo: el espacio y el tiempo de Dios, la eternidad.

Es difícil hablar del futuro y más todavía si este futuro se fragua en tiempos y espacios desconocidos, dependientes sólo de la voluntad de Dios. Para hablar del futuro, los hombres de todas las culturas no han podido evitar el recurrir a la imaginación más que a la razón. Los autores del Nuevo Testamento no son excepción. También ellos han recurrido a las imágenes que les eran más familiares, las de la literatura apocalíptica. Estas imágenes proceden a su vez de las culturas con las que el pueblo judío estuvo en contacto durante siglos. Es aquí donde se hace patente que las palabras de Dios se encarnan en palabras humanas de una época muy concreta. Esto dificulta el entenderlas bien, cuando se leen desde una cultura diferente.

Así, Dios es representado con frecuencia como un poderoso Gran Rey rodeado de una corte de seres no terrestres, que le sirven de consejeros y de mensajeros. Los profetas de Israel saben muy bien que su Dios es diferente a los dioses a quienes adoran los pueblos vecinos. Para empezar, su Dios es el único que es verdaderamente Dios, que nunca muere, que no tiene esposa, que gobierna el mundo con una perfecta justicia. Pero a pesar de todas las diferencias, el Dios de Moisés y de los Profetas, el Dios que sacó a su pueblo de la esclavitud de Egipto, tiene cierto parecido con un Faraón o con un gran rey de Babilonia.

Isaías no se atreve a atribuir rasgos humanos al Señor (*Adonai*), pero lo ve sentado en un trono muy alto, cubierto con un manto enorme, rodeado de seres ígneos y con alas, que cantan: “Santo, Santo, Santo es el Señor todopoderoso, toda la tierra está llena de su gloria” (Is 6,1-3). Jeremías es más sobrio que Isaías en su descripción, pero el Señor tiene al menos una mano con la que toca la boca del profeta, y un poder ilimitado sobre la historia (Jr 1,4-10). Ezequiel hace una espectacular descripción de la gloria de Dios, en cuyo centro vislumbra una figura de *apariencia* humana, pero que no es un hombre, a quien envolvía un relámpago *como* un fuego… El profeta vio *como* un fuego

resplandeciente, vio algo *como* el arco iris. Todo en la visión era *como*, pero nada era un relámpago, ni un fuego, ni un arco iris (Ez 1,4-28; cf. 10,18-22; Dn 7,9-14).

El profeta Ezequiel acude con frecuencia al recurso de presentar lo que dice en forma de visiones de origen celeste, explicadas por ángeles. Esta manera de ahondar en el significado de un acontecimiento actual o futuro pertenece a un género literario llamado "apocalíptico".

En los anuncios de la segunda venida de Jesús al mundo en gloria y majestad, los evangelistas recurren a este género literario (cf. Mc 13 y paralelos, Mt 24 y Lc 21). Las visiones son muy abundantes en el *Apocalipsis*. Son visiones que escudriñan el futuro de la Iglesia y de la humanidad, para fortalecer la esperanza de los cristianos enfrentados a duras y largas persecuciones. En conjunto, estas visiones anuncian la victoria del Señor resucitado sobre los enemigos de la Iglesia y el establecimiento definitivo del Reinado de Dios sobre toda la creación.

El artículo del Credo, que ahora toca comentar, es una cita del penúltimo versículo del evangelio según Marcos. Después de hablar a sus discípulos "el Señor Jesús fue elevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios" (Mc 16,19). El *Catecismo de la IC* da todas las citas que se refieren de alguna manera a esta entronización del Señor junto al Padre en el lugar más importante del cielo. Se trata, en definitiva, de la entronización de Jesucristo no sólo en cuanto Dios sino en cuanto hombre (659-654), pero el solo término "entronización" no es demasiado claro para quienes ignoran qué es trono.

Hay numerosas afirmaciones repartidas por el Nuevo Testamento, especialmente en los escritos tardíos, que hablan del lugar eminente que después de resucitar ocupa Jesús junto al Padre. Por ejemplo, Pablo pide a Dios que los efesios conozcan

> "cuál es la soberana grandeza de su poder con nosotros, los creyentes, conforme a la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos, por encima de todo principado, potestad, virtud, dominación y de todo cuanto tiene nombre no sólo en este mundo sino también en el venidero. Bajo sus pies sometió todas la cosas y le constituyó Cabeza suprema de la Iglesia, que es su Cuerpo, la plenitud del que lo llena todo en todo" (Ef 1,19-23; cf. Col 2,8-10).
>
> Y el autor de la carta a los *Hebreos* afirma: "Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos, el cual, siendo resplandor de su gloria e impronta de su sustancia, y el que sostiene todo con su palabra poderosa, después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, con una superioridad sobre los ángeles tanto mayor cuanto más les supera en el nombre que ha heredado" (Hb 1,1-4).

Estos textos sugieren que en la segunda mitad del siglo I empezaba a ganar adeptos entre los cristianos una doctrina heterodoxa de origen gnóstico. Esta doctrina enseñaba que entre Dios y el mundo había numerosos intermediarios, como principados, potestades,

ángeles y otros. Según los heterodoxos Cristo sería uno más de estos intermediarios. La condena a esta corriente de pensamiento fue enérgica ya a finales del siglo, como lo prueban los textos citados y las dos primeras cartas de Juan (1Jn 2,18-27; 4,1-6; 2Jn 7-9).

## 2. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos

El deseo ardiente de una segunda venida de Jesucristo al mundo es el corolario de la esperanza mesiánica, especialmente viva entre los cristianos en el siglo I. La esperanza mesiánica no era una peculiaridad de los judíos ni de los cristianos. Los hombres de todas las épocas han sentido sobre sus espaldas el peso del dolor de la existencia. Parece que abundan los tiempos "malos" (Ga 1,4; Ef 5,16) o "peligrosos" (2Tm 3,1). A lo largo de la historia muchos hombres y mujeres han deseado y hasta esperado la aparición de un ser con poderes divinos, capaz de traer la paz, el bienestar y la justicia para todos y para siempre. En el siglo I muchos cristianos y judíos deseaban que pronto, muy pronto, viniera el Mesías, un hombre excepcional, que asegurara el Reinado de Dios sobre toda la Tierra y para siempre.

Los hombres y mujeres que acompañaron a Jesús en Galilea fueron cautivados por sus palabras y por su bondad con los más necesitados. Era inevitable que algunos creyeran que con él iba a llegar el ansiado Reinado de Dios. Sin embargo, Jesús murió ajusticiado como un criminal. Algunos creyeron en su resurrección y abrigaron la esperanza de que, por fin, Jesús iniciaría el Reinado de Dios en el mundo, pero no pasó nada. El deseo de la venida de un Mesías definitivo se transformó en la esperanza de una segunda venida del Señor, esta vez triunfal. Esta venida del Señor recibe en el griego del Nuevo Testamento el nombre de *Parusía*. El término deriva de un verbo que significa "estar presente". Una Parusía era la llegada del emperador a una ciudad; su *presencia* iba acompañada de grandes beneficios para los ciudadanos.

La convicción de que el Señor vendrá un día al mundo para juzgar a los hombres, distinguiendo entre ellos buenos y malos, atraviesa todo el Nuevo Testamento, desde el evangelio de Marcos y la primera de las epístolas de Pablo, la *1Tesalonicenses*, hasta los libros escritos a fines del siglo I y comienzos del siglo II: *Apocalipsis* y *2Pedro*. Para Marcos la venida gloriosa del Hijo del hombre es inminente:

> «Por esos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas irán cayendo del cielo, y las fuerzas que están en los cielos serán sacudidas. Y entonces verán al Hijo del hombre que viene entre nubes con gran poder y gloria; entonces enviará a los ángeles y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo" (Mc 13,24-27).

Mateo es más cauto. Cuando escribió su evangelio habían pasado ya unos 50 años desde que Jesús resucitara y unos 10 de la destrucción de Jerusalén y su Templo. La destrucción del Templo debió significar para los judeocristianos una catástrofe, que anunciaba la inmediata venida del Mesías. Mateo conservará el tono apocalíptico de las palabras de Jesús, recogidas por Marcos, añadiendo al final una observación de capital importancia. Habrá, sí, una gran tribulación, la luna se oscurecerá y las estrellas caerán del cielo, pero nadie, absolutamente nadie, sabe la hora.

> "Entonces aparecerá en el cielo la señal del hijo del hombre; y entonces se golpearán el pecho todas las razas de la tierra y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria. El enviará a sus ángeles con sonoras trompetas, y reunirán de los cuatro vientos a sus elegidos, desde un extremo de los cielos hasta el otro… Mas de aquel día y hora, nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre" (Mt 24,30-31.36).

Lucas distingue claramente tres momentos en el avance de la historia de la Iglesia: la destrucción del Templo de Jerusalén, un largo tiempo de los gentiles y la manifestación gloriosa del Hijo del hombre (Lc 21,20-24 y 25-28). Como Mateo, él pone en guardia a sus lectores contra quienes digan

> "yo soy, ha llegado la hora. No vayan detrás de ellos. Y cuando oigan hablar de guerras y de revueltas no se asusten, pues eso tiene que suceder primero, pero el fin no vendrá inmediatamente" (Lc 21,8-9).

Pablo aparece preocupado ya desde su primera epístola, escrita hacia el año 51, por el tema de la segunda venida del Señor. Ésta le parece tan inmediata que le plantea un problema: ¿qué va a pasar en ese momento con los cristianos que ya han fallecido y con los que, como el mismo Pablo, todavía viven? En su respuesta Pablo subraya el carácter sorpresivo e inesperado de la venida del Señor y evita entrar en detalles:

> "Les decimos esto como palabra del Señor: nosotros, los que vivamos, los que quedemos hasta la venida del Señor, no nos adelantaremos a los que murieron. El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados en nubes, junto con ellos, al encuentro del Señor en los aires, y así estaremos siempre con el Señor... En lo que se refiere al tiempo y al momento, hermanos, no tienen necesidad de que yo les escriba. Ustedes mismos saben perfectamente que el día del Señor ha de venir como un ladrón en la noche" (1Ts 4,13-5,4).

Pablo cambiará pronto de parecer y en su segunda carta a los mismos destinatarios les recomendará que, por lo que toca a la venida del Señor, no se dejen alarmar por quienes les digan que esta venida es inminente. "Que nadie les engañe de la forma que sea" (2Ts 2,1-3). Cuando escribe a los corintios hacia el año 57 y habla de la resurrección de los muertos, queda claro que para Pablo falta mucho tiempo hasta que "Cristo entregue el reino a su Padre" (cf. 1 Co 15,20-28).

El *Apocalipsis*, escrito hacia el año 95, aborda con frecuencia de la Parusía, pero tiene indecisiones y hasta contradicciones cuando se refiere al momento en que va a tener lugar. El autor predice una primera victoria de un ángel "sobre la antigua serpiente, que es el Diablo y Satanás, y lo encadenó por mil años". Habrá entonces una resurrección masiva, la primera, de quienes no habían adorado a la bestia ni a su imagen. Pasados esos mil años, la Serpiente será dejada en libertad un tiempo breve y se entablará una batalla definitiva, después de la cual sus aliados Gog y Magog serán devorados por el fuego. El diablo, la bestia y el falso profeta serán arrojados al estanque de fuego y azufre "donde serán atormentados noche y día por los siglos de los siglos" (Ap 20,1-10). Seguirá luego una resurrección masiva y un juicio universal. Los que fueron condenados, con la misma

muerte y el abismo serán arrojados al estanque de fuego. Esta es la segunda muerte (Ap 20,11-14).

Sin embargo, las últimas palabras de este libro no encajan con lo que su autor ha afirmado poco más arriba:

> "Dice el que da testimonio de todo esto: 'Sí, estoy a punto de llegar'. Amén. Ven, Señor Jesús" (Ap 22,20).

A comienzos del siglo II, el retraso de la tan anunciada venida espectacular de Jesucristo se prestaba a que los paganos molestaran con sus bromas a los cristianos. El autor del último escrito del Nuevo Testamento pone en guardia a sus lectores contra quienes se reían de los creyentes:

> "Sepan ante todo que en los últimos días vendrán hombres llenos de sarcasmo, guiados por sus propias pasiones, que dirán en son de burla: ¿dónde queda la promesa de su venida? Pues desde que murieron los Padres, todo sigue como al principio de la creación" (2Pe 3,2-4).

El autor de la carta nunca oyó hablar de la teoría de la relatividad, pero parece recurrir a ella al afirmar contra estos burlones, que no todos los tiempos son iguales:

> "En esto, queridos hermanos, no se engañen, porque un día es para el Señor como mil años y mil años como un día. Y no es que el Señor se retrase en cumplir su promesa… Simplemente tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie se pierda, sino que todos se conviertan. Pero el día del Señor llegará como un ladrón" (2Pe 3,8-10).

La afirmación de que la segunda venida de Jesucristo irá seguida del juicio a las naciones, tiene un precedente cercano en una parábola de Jesús sobre el juicio final, muy conocida (Mt 25,31-46). La introducción a la parábola es solemne:

> "Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa a las ovejas de las cabras" (Mt 25,31-32).

No hay que olvidar que se trata de una parábola, es decir, de un relato inventado por Jesús para transmitir una enseñanza. Una parábola invita a la reflexión, que puede encontrar en ella más de un sentido, pero no responde a una realidad.

Antes de seguir adelante es oportuno preguntarse qué dice Juan en su evangelio sobre la segunda venida de Jesús y sobre el llamado juicio final.

## *3. ¿Ha tenido ya lugar la segunda venida de Jesús?*

Hay que deslindar el tema de la Parusía y el de la resurrección de los muertos, a la se refiere otro artículo del Credo. Aquí se examina, someramente, lo que Juan dice de la segunda venida de Jesús, después de su propia resurrección, y del *juico* al que los hombres

serán sometidos. Juan no espera la segunda venida de Cristo en el futuro; ya ha tenido lugar. En términos técnicos esto significa que Juan profesa una *Escatología realizada*; lo último ya ha sucedido. Los sinópticos y Pablo, en cambio, esperan todavía una segunda venida de Cristo; profesan una *Escatología futura*; lo último sucederá más tarde. En griego *ésjaton* significa lo último, lo final.

Juan ve en la Pasión, muerte y glorificación de Jesús, la intervención salvadora última y definitiva del Padre para salvar a los hombres confiriéndoles su misma vida, la vida eterna. Para Juan, la esperanza mesiánica y escatológica del pueblo judío y de la Iglesia cristiana se hizo realidad cuando Jesús fue crucificado. Su muerte fue al mismo tiempo su glorificación, su vuelta al Padre, para desde allí dar vida eterna a quienes en la tierra creen en él y comen su cuerpo.

Es significativo de la escatología juánica el uso y abuso que el evangelista hace del adverbio *ahora* (cf. 4,23; 5,25; 12,27.31; 16,5; 17,5.13; 18,36). "*Ahora* es glorificado el Hijo del hombre" (13:31). *Ahora*, en la hora de su muerte, Jesús es glorificado. *Ahora* comienzan a existir todos los bienes mesiánicos que el hombre ha anhelado durante siglos: la vida más allá de la muerte, el triunfo sobre los oscuros poderes del mal, la presencia de un reinado que no recibe su poder de abajo, sino de arriba. Durante la última cena Jesús promete a los suyos un pronto regreso después de su muerte:

> "No los dejaré huérfanos, regresaré a ustedes. El mundo dejará de verme dentro de poco; ustedes en cambio seguirán viéndome, porque yo vivo y ustedes también vivirán" (13,18-19).

Hay un par de versículos que delatan la tensión existente entre la Escatología realizada y la Escatología futura: "La voluntad de mi Padre es que todos los que vean al Hijo y crean en él tengan vida eterna y *yo los resucitaré en el último día*… El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y *yo lo resucitaré en el último día*" (Jn 6,40 y 54). Las palabras en cursiva resultan extrañas; quien tiene vida eterna la tiene para siempre ¿cómo es que se debe esperar hasta el último día para resucitar? Tal vez estas palabras fueron añadidas por el editor final del evangelio para armonizar ambas Escatologías.

Juan tiene sobre el "juicio" y el "juzgar" una idea diferente a la de quienes piensan que el juicio universal tendrá lugar en el momento de la Parusía. Según Juan, los hombres *serán juzgados* por la Palabra cuando rehúsen creer en ella. No habrá que esperar juzgarlos hasta la segunda venida del Señor:

> "Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no es juzgado; pero el que no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el Nombre del Hijo único de Dios. Y el juicio está en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz" (Jn 3,17-19).
> "En verdad, en verdad les digo: el que escucha mi Palabra y cree en el que me envió, tiene vida eterna y no incurre en juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida" (Jn 5,24).
> "Ahora es el juicio de este mundo; ahora el Príncipe de este mundo será echado fuera… Si alguno oye mis palabras y no las guarda, yo no le juzgo, porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo. El que

me rechaza y no recibe mis palabras, ya tiene quien le juzgue: la Palabra que yo he hablado, ésa le juzgará el último día" (Jn 12,31.47-48).

## *4. ¿Vendrá el Señor a juzgar o irán los hombres a ser juzgados?*

¿Tendrán los muertos que esperar a la segunda venida del Señor para ser juzgados? ¿Saldrá el Señor del espacio de Dios para entrar provisionalmente en el espacio de los hombres o serán los muertos quienes irán al espacio divino?

La imagen del juicio final no puede ser entendida al pie de la letra. Lo lógico es que los hombres sean juzgados en el momento de su muerte, que es el momento de salir del espacio tridimensional. Son los hombres quienes irán para que los juzguen, no es Jesucristo quien vendrá para juzgarlos. En todo caso habrá un juicio en regla, con un código por el que juzgar y un juez que haga justicia. El código es la Palabra de Dios hecha hombre: la persona y las palabras de Jesucristo. El juez es un Padre perfecto, cuya perfección consiste en ser misericordioso, según lo que dice Jesús en Mt 5,48 y Lc 6,36.

Los hechos que van a ser juzgados son los que el ser humano haya realizado durante su vida en la Tierra. El Creador puso al hombre en el paraíso para que cuidara la naturaleza y todo lo que hay en ella. Dios dio la mujer al varón para que ella fuera su compañera y amiga y el complemento necesario para cumplir bien la misión que él había encomendado a ambos. Sus hijos serían todos hermanos en la misma tarea de ser felices y hacer felices a los demás. La vida del ser humano en la tierra sería lo suficientemente larga como para preparar el encuentro definitivo con Dios. La fidelidad en la Tierra a esta misión sellará para siempre la suerte de los hombres después de su muerte.

Es difícil hablar del futuro, incluso para los autores inspirados. En todo caso, los textos bíblicos son claros cuando afirman que habrá una nueva presencia divina en el universo en algún momento, seguramente muy lejano según la manera actual de medir el tiempo. Nunca en el Nuevo Testamento se lee que el universo vaya a ser aniquilado. Pedro hablará de *restauración* y Pablo de *participación* en la gloriosa libertad de los hijos de Dios:

> "Arrepiéntanse, pues, y conviértanse, para que sean borrados sus pecados, a fin de que del Señor vengan tiempos de alivio y envíe a Cristo Jesús, que les estaba destinado, a quien el cielo debía retener hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de lo que Dios habló por boca de sus santos profetas" (Hch 3,20-21).

> "Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros. Pues el deseo vehemente de la creación anhela la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad no por propia voluntad, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los nacidos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime y sufre con dolores como de parto hasta el presente… Porque ya estamos salvados, aunque sólo en esperanza" (Rm 8,18-24).

# 15

# CREO EN EL ESPÍRITU SANTO

"Creo en el Espíritu Santo" es el siguiente artículo del Credo. Con él comienza lo que se refiere a las consecuencias de la resurrección de Cristo: el envío del Espíritu Santo y la fundación de la Iglesia.

Jesús prometió a sus discípulos, antes de entrar en su Pasión, que no iba a dejarlos solos. Una vez resucitado, el Señor volverá a estar con ellos porque, junto con el Padre, les enviará a otro Consolador, al Espíritu Santo. Éste les recordará y explicará todo lo que Jesús hizo y dijo mientras estuvo con ellos (Jn 14,15-18.25-26; cf. Lc 24,49). El Señor cumplió su promesa al atardecer del mismo día de su resurrección: "como el Padre me envió, yo también envío a ustedes. Sopló sobre ellos y les dijo: reciban el Espíritu Santo" (Jn 20,21-22).

## 1. El nombre y las figuras del Espíritu

El término "espíritu" es una transcripción al español del latín *spiritus*, que en griego se dice *pnéuma* y en hebreo *rúaj*. Todos estos términos en sus respectivos idiomas indican ante todo una realidad intangible de la naturaleza: *el aire*. La raíz *spir* está en muchas palabras que tienen que ver con el aire y con la vida: respirar, aspirar, espirar, inspirar, conspirar, suspirar, expirar. El aire envuelve a los cuerpos, los toca y entra en ellos. Es invisible, pero puede agitar el mar y derribar a los árboles. Los hombres mueren en pocos minutos si el aire llega a faltarles. El espíritu es el viento que sopla donde quiere; se oye su rumor, pero nadie sabe de dónde viene ni a dónde va (Jn 3,8).

*El agua* se relaciona fácilmente con la limpieza y con la fecundidad de la tierra. El agua es un elemento sin el que la vida es imposible. Como el aire, el agua no tiene forma definida, por lo que se adapta a lo que toca y penetra fácilmente en muchos cuerpos. La lluvia oportuna es una bendición de Dios, pero fuera de control causa desastres. Los que tocan los objetos sagrados deben lavarse frecuentemente con agua (purificarse). Algunos baños, los bautismos, pueden ser ritos de iniciación. El cristianismo los ha adoptado como tales, siguiendo costumbres mucho más antiguas. Para salvarse, dice Pedro a sus oyentes el día de Pentecostés, es necesario "convertirse y hacerse bautizar en el nombre de Jesucristo, para que queden perdonados sus pecados; entonces recibirán el don del Espíritu Santo" (Hch 2,38, Mt 28,19 etc.).

*El fuego* tiene algunas propiedades que lo asemejan al aire y al agua. La llama no tiene forma definida, toca todo lo que envuelve y lo purifica o lo destruye. El hombre dio un paso enorme en su evolución el día en que pudo poner el fuego a su servicio. El fuego controlado da calor y da luz. "Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos

llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse" (Hch 2,1-4).

*El aceite* penetra fácilmente en una piel reseca o en un tejido, se expande por él y da flexibilidad o suavidad a lo que toca. Recibe el nombre de oleo o crisma el aceite que se utiliza en la administración de los sacramentos. Con el oleo se unge la frente de los que acaban de ser bautizados, de los confirmandos y de los enfermos, la cabeza de los obispos en su consagración y las manos de los sacerdotes en su ordenación. En el antiguo Israel y en los países cristianos hasta no hace mucho tiempo se ungía también a emperadores y reyes en el momento de su coronación. El óleo es signo del don del Espíritu Santo, que da flexibilidad a quienes son ungidos con él para que cumplan con fidelidad sus respectivas funciones en el pueblo de Dios (cf. 1Sm 10,1; 16,13; Za 4,14; St 5,4). Dijo Pedro en su discurso programático a los gentiles: "Me refiero a Jesús de Nazaret, a quien Dios *ungió* con el poder del Espíritu Santo" (Hch 10,38).

Todas estas imágenes, aplicadas al Espíritu Santo, hablan de vida, de fecundidad, de fuerza, de dinamismo, de cercanía, de flexibilidad, de luz. El Espíritu Santo no es el Creador *de* todo lo que existe, ni la Palabra *por* la que todo existe. El Espíritu Santo es la multiforme presencia de Dios *en* todo lo que existe, respetando la identidad de cada cosa. Todo procede *del* Padre, *por* el Hijo, *en* el Espíritu Santo (cf. 1Co 8,6; Rm 8,10).

Ahora bien, el aire, el agua, el fuego y el aceite, carecen de una forma definida y estable. Por esto es imposible dar una imagen plástica al Espíritu Santo. En realidad, tampoco el Padre tiene una forma sensible, pero uno puede imaginárselo y hasta representarlo como un anciano venerable. Con Jesús, el Hijo, no hay problema: es un hombre. ¿Pero cómo representar al Espíritu Santo? ¿Como una paloma o como una llama?

El famoso y bello icono de Rublev, pintado aproximadamente en 1411, se inspira en Gn 18,1-3 para representar a la Santísima Trinidad como tres ángeles sentados en torno a una mesa. El icono es un símbolo que se presta a confusiones respecto a la identidad de las tres personas divinas, dicen, por lo que a partir del siglo XVII no está permitido en la Iglesia de rito latino representar a la Santísima Trinidad como tres ángeles. Todavía es posible encontrar en algún museo o en una pequeña iglesia rural del Perú, un cuadro de la época colonial inspirado en el icono de Rublev. Esta dificultad para representar al Espíritu Santo ha podido contribuir a que él sea menos conocido e invocado por los cristianos que el Padre o que Jesucristo.

## 2. El Espíritu Santo en la Escritura

La revelación que Dios quiso hacer de sí mismo, y que se contiene en la Biblia y la Tradición, es una revelación progresiva. Dios se revela acomodándose pedagógicamente al paso lento de la humanidad en la historia (cf. *DV* 2, 13).

La Biblia no comienza diciendo que la Santísima Trinidad es un solo Dios y tres personas distintas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Dios comenzó una historia de la salvación de la humanidad, eligiendo a un pueblo al que se reveló como Dios único, que actuaba por su Palabra y por la efusión de su Espíritu. La Palabra se reveló como su Hijo al asumir la condición humana en Jesús, sobre el que descansó el Espíritu Santo. El Espíritu Santo se manifestó como persona claramente distinta del Padre y del Hijo en la historia de

la Iglesia, después de la resurrección de Jesús. Sólo los concilios ecuménicos de los siglos IV y V precisarán los conceptos de naturaleza y persona, de generación y espiración.

El *Génesis* habla en su primera página de Dios y alude a su palabra (Dios *dijo*) y a su espíritu, palabra y espíritu que no son presentadas como personas: "Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era una soledad caótica y las tinieblas cubrían el abismo, mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas. Y dijo Dios: que exista la luz" (Gn 1,1-3; cf. Sal 104,30). El autor emplea el verbo *decir* siete veces en Gn 1. La única herramienta de Dios para crear el mundo fue su palabra.

El Espíritu del Señor cobra relieve en un texto del siglo VIII a.C. En él Isaías anunciaba que algún día reinaría sobre Jerusalén un Mesías, descendiente de David:

"Saldrá un vástago del tronco de Jesé y un retoño de sus raíces brotará.
Sobre él reposará el espíritu del Señor:
espíritu de sabiduría e inteligencia,
espíritu de consejo y fortaleza,
espíritu de ciencia y temor de Dios.
Y se inspirará en el temor del Señor." (Is 11,1-3).

La *Biblia de Jerusalén* pone la siguiente nota a Is 11,2: "El espíritu del Señor actúa a través de toda la historia bíblica. Desde antes de la creación descansa sobre el caos (Gn 1,2) da la vida a todos los seres (Sal 104,29-39; ver Ez 37,5-6.9-10). Él suscita a los *jueces* (Jc 3,10; 6,34; 11,29) y a *Saúl* (1Sm 11,6). Él da la habilidad a los *artesanos* (Ex 31,3; 35,31) el discernimiento a los *jueces* (Nm 11,17) la sabiduría a *José* (Gn 41,48). Finalmente y sobre todo, él inspira a los *profetas*: (Nm 11,17.25-26) *Moisés*. (Nm 24,2) *Balaán*. (1Sm 10,6-10; 19,20; 2Sm 23,2) *David*. (2Re 2, 9) *Elías*. Mi 2,8, Is 48,16; 61,1, Za 7,12, 2Cr 15,1; 20,14; 24,20, mientras que los *falsos profetas* siguen su propio espíritu (...) El presente texto enseña que este espíritu de los profetas será dado al Mesías. Jl 3,1-2 anunciará para los tiempos mesiánicos su efusión universal, ver Hch 2,16-18. Al igual que la doctrina de la Sabiduría, ver Pr 8,22 y Sb 7,22, la doctrina del Espíritu hallará su expresión definitiva en el NT: Jn 1,33; 14,16; Hch 1,8.24; Rm 5,5". Hasta aquí la nota.

Es importante la visión de Ez 37,1-14. El profeta fue llevado por la mano del Señor y por su Espíritu a un valle donde sólo había huesos secos. Por la fuerza de la Palabra el Espíritu penetró en ellos e hizo que un montón de huesos calcinados se convirtiera en una inmensa muchedumbre, en el pueblo de Israel. "Infundiré en ustedes mi espíritu y vivirán; los estableceré en su tierra y reconocerán que yo, el Señor, lo digo y lo hago". El Espíritu del Señor descenderá sobre todos y cada uno de los miembros del futuro pueblo de Dios.

Estos textos permiten ver en el Espíritu del Señor un regalo de Dios a los hombres, pero no permiten ver en él una persona con la misma densidad que el Padre. Sólo cuando el Espíritu Santo haya sido identificado en el Nuevo Testamento como una persona de rango divino, podrá decirse de él lo que la Escritura afirmó mucho antes del Espíritu del Señor.

## *3. Jesús y el Espíritu Santo*

El Espíritu Santo está presente en dos momentos especiales de la vida de Jesús: en su concepción en el seno de María y con ocasión de su bautismo por Juan, a orillas del

Jordán. En ambos casos, la presencia del Espíritu Santo garantiza que Jesús es el Hijo del Padre de una manera real y única. El tema de la presencia del Espíritu Santo en la Anunciación ha sido tratado ya más arriba, en el capítulo 11.

Del bautismo de Jesús en el Jordán hay tres versiones en los sinópticos y una alusión en el cuarto evangelio:

- la más antigua es la de Mc 1,9-11: "en cuanto salió del agua [Jesús] vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en forma de paloma, bajaba sobre él. Y se oyó una *voz* que venía de los cielos: 'tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco'". La voz venida del cielo es una cita de Is 42,1, que es el comienzo del primero de los cuatro cantos del siervo sufriente del Señor, en el libro del profeta. En el texto citado, los sinópticos cambian el sujeto de la frase, y donde Isaías dice "siervo", ellos ponen "Hijo".

- La versión de Mt 3,16-17 sigue de cerca a Marcos, pero hace un pequeño cambio al final. La *voz* del cielo se dirige aquí a un público indeterminado: "éste es mi Hijo muy amado, en quien me complazco".

- La versión de Lc 3,21-22 es la siguiente: "Jesús ya bautizado estaba en oración, se abrió el cielo, bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como la de una paloma, y vino una voz del cielo: 'tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco". Aquí Jesús está en oración, sin especificar si ora solo o acompañado. Hay, pues, al final un cambio respecto a lo afirmado por Marcos y Mateo. La voz del cielo se dirige a Jesús mismo, no a los testigos del bautismo. El cambio es intencionado, porque Lucas conoce bien a Marcos y habitualmente le sigue.

- Jn 1,32-33 cita unas palabras del Bautista, en las que éste alude indirectamente al bautismo de Jesús: "y Juan dio testimonio diciendo: 'He visto al Espíritu que bajaba como una paloma del cielo y se quedaba sobre él. Y yo no le conocía, pero el que envió a bautizar con agua me dijo: aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y queda sobre él ese es el que bautiza con Espíritu Santo".

Los cuatro evangelistas coinciden en que el Espíritu Santo descendió sobre Jesús "en forma de paloma". Lucas precisa: "en forma corporal, como la de una paloma". "Como la de una paloma". La expresión recuerda una visión apocalíptica, donde todo es *como*: como un león, como un novillo, como un rostro de hombre, como un águila (Ap 5,7), pero no es león, ni novillo, ni rostro humano, ni águila. "Como una paloma", pero no era una paloma. Tal vez la imagen remita al "Espíritu de Dios, que aleteaba sobre las aguas" cuando Dios creó el cielo y la tierra" (Gn 1,2). Con Jesús, sobre el que ha descendido el Espíritu de Dios, comenzaría una nueva creación.

Juan subraya que el Espíritu Santo descendió sobre Jesús y *se quedó*. La presencia del Espíritu en Jesús no es transitoria o intermitente, como lo era en los jueces y los profetas. La presencia el Espíritu en Jesús es para siempre. Juan Bautista advierte que él bautiza con agua. Jesús, en cambio, bautizará "con Espíritu Santo y con fuego" (Mc 1,8; Mt 3,11; Lc 3,16). La presencia del Espíritu en Jesús, junto con la palabra del Padre, certifica que Jesús es Hijo amado del Padre.

Dios presenta a Jesús ante los hombres como su Hijo amado, pero un hijo que correrá la suerte del siervo sufriente para salvar a su pueblo. Según Lucas, Jesús estaba en

oración cuando resonó una *voz* venida del cielo y dirigida personalmente a él: "*tú eres* mi Hijo*"*. Así Dios mismo confirmaba a Jesús de manera directa que él era su hijo amado.

La declaración venida del Padre de que Jesús es su Hijo es importante para éste. Jesús es un hombre de verdad, no un Dios disfrazado de hombre, que oculta su divinidad para no asustar a quienes lo rodean. Es impensable que Jesús haga como que tiene tentaciones, sin que en realidad haya sido tentado. Jesús tampoco podía saber de antemano los maltratos a que iba a ser sometido ni la muerte que le esperaba. Jesús es un hombre y, por serlo, avanzará en el conocimiento de los planes de su Padre, sin conocer de una vez todos sus detalles.

Lucas ha afirmado un poco antes en su evangelio que Jesús creció con el tiempo en gracia y en vigor (Lc 2,40.52). A los 12 años Jesús se sentía amado de una manera tan especial por Dios, que lo llamaba "padre" (Lc 2,49). La predicación del Bautista debió convencerle de que la llegada del Reinado de Dios era inminente y él se preparó para recibirlo haciéndose bautizar por Juan. Después del bautismo, en la oración, la voz de Dios resonó en sus oídos y en su corazón, y entendió que él era el llamado para hacer presente ese Reinado ahora.

"Jesús regresó del Jordán lleno del Espíritu Santo", pero su formación no había terminado aún. El Espíritu que lo invadía, le empujó a ir al desierto "para que el Diablo lo tentara" (Mt 4,1; Lc 4,1). Tras un largo tiempo de ayuno, oración y tentaciones, Jesús regresará victorioso, sabiendo bien cuál es su misión. Ya de vuelta a Galilea, Jesús entrará un sábado en la sinagoga de Nazaret y será invitado a leer el pasaje de Isaías que comienza con estas palabras: "el Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido" (Is 61,1-3). Acabada la lectura, Jesús se sentará tranquilo y ante un auditorio expectante dirá con aplomo: "hoy se ha cumplido ante ustedes esta profecía" (Lc 4,16-21).

## *4. El Padre y Jesús enviarán el Espíritu Santo a la Iglesia. La promesa.*

¿Cómo se explica que el Espíritu Santo haya hablado por boca de Isabel y de Simeón, apenas nacido Jesús? (cf. Lc 1,41; 2,26-27). ¿Y que el evangelista afirme en Jn 7,39 que "aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado"? Hay que admitir que también los antiguos profetas habían hablado impulsados por el Espíritu del Señor, pero entonces el Espíritu era dado temporalmente como por excepción y no con la abundancia de dones que desbordaron sobre los apóstoles el día de Pentecostés.

Durante su vida pública Jesús anunció alguna vez a sus discípulos, que el Espíritu Santo iba a estar en el futuro con ellos, especialmente en tiempos de persecución (Mc 13,11; Mt 10,20; Lc 12,12). Ya ahora "el Padre dará el Espíritu a quien se lo pida" (Lc 11,13).

La última cena es el momento elegido por Jesús para prometer a sus discípulos que no les dejará solos, que con el Padre les enviará otro Consolador (Jn 14,15-18.26). Jesús llega a afirmar que conviene a sus amigos y discípulos que él se vaya, "porque si no me voy, no vendrá a ustedes el Consolador; pero si me voy, se lo enviaré" (Jn 16,7-11). Y continúa diciendo:

> “Cuando él venga, el Espíritu de la verdad, les guiará hasta la verdad completa, pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga y les anunciará lo que ha de venir" (16,13).

Después de la resurrección, y antes de poner fin a sus apariciones por la Ascensión, Jesús mandó a sus discípulos

> "que no se ausenten de Jerusalén, sino que aguarden la promesa del Padre que oyeron de mí: que Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo dentro de pocos días... Recibirán la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra" (Hch 1,4-8).

En estas palabras y en los discursos de despedida, el Espíritu Santo aparece ya como un ser personal, de la misma condición que el Padre y el Hijo, relacionado con ambos como el Hijo se relaciona con el Padre.

## 5. *El Espíritu Santo en la vida de la Iglesia. Pentecostés*

Según todos los textos del Nuevo Testamento, el envío del Espíritu Santo es un don del Padre estrechamente ligado a la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Ahora bien, la venida del Espíritu Santo a su pueblo no fue un acontecimiento único. Pentecostés se repite una y mil veces a lo largo de la historia de la Iglesia.

*Según el cuarto evangelio* "el primer día de la semana", el domingo, fue el día preciso en que Cristo resucitó y se hizo presente entre sus discípulos. Así pues, cualquier domingo en que los cristianos se reúnen para celebrar la resurrección del Señor, es el día en que Jesús se les aparece, les da el Espíritu Santo y les envía a continuar su propia misión por el ancho mundo. Cualquier domingo es Pascua y es Pentecostés (Jn 20,1.19-24).

El libro de los *Hechos de los Apóstoles* ha sido llamado el evangelio del Espíritu Santo. Quizá la expresión no es adecuada, pero es indudable que el protagonista de *Hechos* no es el conjunto de los apóstoles, ni siquiera Pedro o Pablo. Es el Espírita Santo.

Según *Hechos* hay numerosos envíos, o venidas, del Espíritu Santo. Entre ellas descuella la que tuvo lugar sobre los apóstoles el día de Pentecostés (Hch 2,1-41), pero éste no es el único día en que los creyentes recibieron el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es dado como de oficio por la imposición de manos, hecha por los apóstoles Pedro y Juan (8,14-17) y por Pablo (19,6). Hay también un inesperado e importante Pentecostés cuando Cornelio y su familia, siendo paganos, recibieron el Espíritu Santo antes de ser bautizados (10,44-48).

La venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés tiene algo de paradigma de todas las venidas solemnes o litúrgicas del Espíritu Santo. El que preside la ceremonia de un bautismo, por ejemplo, relata cómo Jesús *murió y resucitó*, conforme a lo que dicen las Escrituras. Los asistentes proclaman su *fe* en lo que han escuchado. El que preside les invita a *convertirse*, es decir, a arrepentirse de sus pecados y a emprender una vida nueva. A esto sigue el *bautismo*, el baño que significa y realiza la muerte al pecado y la participación en la vida de Cristo resucitado. El bautizado es ya un cristiano, un verdadero hijo o hija de Dios, hermano de Jesucristo, *marcado* para siempre por Espíritu Santo.

El Espíritu Santo viene sobre la Iglesia para estar con ella, darle vida, orientarla en su misión y hacer presente a Jesucristo. En el seno de la Iglesia, los cristianos experimentan el amor del Padre y la presencia de Jesús glorificado, gracias a la fuerza del Espíritu Santo, que habita en ellos y los guía con un empuje incontenible. Algunos ejemplos:

Movido por el Espíritu Santo, Pedro da testimonio de Jesús resucitado con sorprendente valentía ante las autoridades judía (Hch 4,8, cf. 5,32). Los primeros diáconos deben ser hombres "llenos del Espíritu Santo" (6,3, cf. 7,55; 8,26-40). No basta que Pablo haya visto a Jesús resucitado en el camino de Damasco. Ananías debe imponerle las manos, para que reciba el Espíritu Santo, y bautizarlo (9,17).

El Espíritu Santo inicia y dirige la misión hacia los no judíos. Él dice a Pedro que no tema acompañar a unos hombres enviados por el centurión Cornelio, para traerlo a su casa. El mismo Espíritu Santo disipa las últimas dudas de Pedro, viniendo sobre Cornelio y su familia, aunque no habían recibido la circuncisión ni el bautismo. Ello mueve a Pedro a ordenar que todos sean bautizados en el nombre de Jesucristo (10,1-11,18). También es el Espíritu Santo quien envía a Bernabé y Pablo a lo que será el primer viaje misionero del apóstol de los gentiles (13,2-4).

Hacia el año 50 se jugó una baza decisiva para el futuro de la evangelización: ¿deben los gentiles ser circuncidados, y obligarse así a cumplir la Ley de Moisés, antes de recibir el bautismo que hace de ellos unos cristianos? Los apóstoles y otros responsables de las comunidades cristianas se reunieron el llamado concilio de Jerusalén. Tras un tenso cambio de opiniones, "pareció bien a los apóstoles y a los presbíteros, con toda la Iglesia" decretar que los gentiles podían ser bautizados sin necesidad de la circuncisión y las prácticas que ella implica. Sorprende el aplomo con que los participantes en el concilio redactaron la carta donde comunican su trascendental decisión: "Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros..." (15,1-35).

## 6. *El Espíritu Santo en la vida de la Iglesia. San Pablo*

*Hechos* son el “evangelio del Espíritu Santo. El conjunto de escritos de Pablo y de sus colaboradores cercanos, llamado “Corpus paulinum”, da también un lugar importante a la acción del Espíritu Santo en la Iglesia

Algunos *textos paulinos* importantes y muy conocidos sobre la persona del Espíritu Santo y los efectos de su presencia en la Iglesia son los siguientes, por orden cronológico: 1Ts 1,5; 1Co 2,10-16; 6,19; 12, 1-30; 2Co 3,1-11; 13,13; Ga 3,1-14; 4,6-7; 5,16-26; Rm 5,1-5; 8,1-30; Ef 4,1-6; Col 2,12-13; Tt 3,4-7. La lectura de todos ellos arroja la convicción de que el Espíritu Santo es alguien totalmente distinto del Padre y del Hijo. Su acción por su presencia íntima en los creyentes, dando luz y poder. Él hace que el cuerpo del cristiano sea un templo suyo y un miembro de Cristo. Los gálatas han recibido el Espíritu Santo por la fe en Cristo y no por la obediencia a la Ley. La presencia del Espíritu en sus corazones da como frutos el amor, la alegría y la paz. Pueden destacarse algunos textos:

Según *1Co 12,1-30* nadie puede confesar que Jesús es Señor sino con el Espíritu Santo. Toda la vida de la Iglesia se pone en relación con las tres personas divinas: "Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor

es el mismo; diversidad de operaciones, pero el Dios es el mismo". Cristo no forma más que un solo cuerpo, que es la Iglesia; "porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres, y todos hemos bebido de un solo Espíritu". "Ustedes son el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte"

Según *2Co 2,12-6,10*, los corintios son una carta de Cristo, redactada por Pablo, escrita con una tinta que es el Espíritu Santo, en el corazón de ellos, carta conocida y leída por todos los hombres. El Espíritu es quien da vida. El ministerio del Espíritu es, sin comparación, más glorioso que el ministerio de la muerte, grabado sobre tablas de piedra.

San Pablo destaca en *la carta a los romanos* la presencia íntima del Espíritu Santo en los cristianos. El amor del Padre no es una realidad externa al hombre: "Dios ha derramado el amor en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (5,5). "Ustedes han recibido un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, pues no sabemos cómo pedir para orar como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Ante eso ¿qué diremos? Si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros?" (8,1-30).

Y en *la carta a los efesios*: "Un solo cuerpo [la Iglesia] y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos" (Ef 4,4-6).

Para San Pablo, como para los cuatro evangelistas y para Hch, el Espíritu Santo está íntimamente ligado a la recepción del *bautismo***:** "Mas cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro salvador y su amor a los hombres, él nos salvó no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro salvador, para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de vida eterna" (Tt 3,4-7, cf. Rm 6,3-5).

*Resumiendo*: en la vida de Jesús, vida iluminada por el resplandor de la resurrección, y en la vida de la Iglesia, fruto de la presencia del Espíritu enviado por el Padre y por el Resucitado, los apóstoles y los primeros cristianos han sabido que Dios no es un solitario. Han experimentado que Dios es Padre y es Hijo y es Espíritu Santo. No han experimentado al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo como tres aspectos o tres caras de una misma deidad, sino como tres personas -empleando un término que no aparece en el Nuevo Testamento-, como tres "tú" con quienes son posibles las relaciones personales y diferenciadas.

Es oportuno terminar este capítulo con las palabras con las que Pablo cierra la *2ª carta a los cristianos de Corinto*: "La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos ustedes" (2 Co 13:13).

# 16

# CREO EN LA SANTA IGLESIA CATÓLICA. LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

"Creo en la santa Iglesia católica". Después de profesar su fe en el Espíritu Santo, el creyente profesa su fe *en* la Iglesia. No se trata de creer *a* la Iglesia, a lo que ella dice, sino de creer *en* la Iglesia, es decir, de reconocer y apreciar lo que ella es. Creer en la Iglesia es creer que su fundador fue Jesucristo y que ella es un "instrumento de salvación" entre sus manos, a pesar de las evidentes limitaciones y pecados de quienes la integran.

## *1. La Iglesia en la historia de la salvación*

En el primer número del documento dedicado a la Iglesia por el concilio Vaticano II, la constitución dogmática *Lumen Gentium* (1964), se afirma que "la Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano". Otra definición o descripción es: "la comunidad religiosa fundada por Cristo que, animada por el Espíritu Santo, continúa su obra en el mundo" (A. de Pedro, *Diccionario de términos religiosos y afines*). Estas son descripciones que sólo aceptará un miembro de la misma Iglesia. Hay personas para quienes la Iglesia, tal como hoy la ven, ni es fiel a Cristo, ni está animada por el Espíritu Santo.

Existen, pues, maneras diferentes de entender lo que es la Iglesia. Para unos es una antigua institución humana, como hay tantas en el mundo. Para otros es una comunidad de personas que adhieren a Cristo, en cuyo nombre han sido bautizadas, en quien creen, al que aman y cuyos pasos quieren seguir. Caben, pues, dos lecturas de la Iglesia: una lectura puramente histórica y sociológica y otra que, además, tiene en cuenta una dimensión sólo asequible desde la fe. Las páginas siguientes pretenden mostrar, desde esta fe, lo que la Iglesia misma cree que ella es y lo que aspira a ser.

La *Lumen Gentium* (LG) comienza inscribiendo a la Iglesia en la historia de la salvación:

- *"El Padre Eterno*, que creó todo el universo, decretó elevar a los hombres a participar de la vida divina y, como ellos hubieran pecado en Adán, no los abandonó; antes bien les dispensó siempre los auxilios para la salvación, en atención a Cristo Redentor... Y estableció convocar a quienes creen en Cristo en la santa Iglesia" (LG 2).

- "Vino, por tanto, *el Hijo*, enviado por el Padre, quien nos eligió en él antes de la creación del mundo y nos predestinó a ser hijos adoptivos, porque se complació en restaurar en él todas las cosas (cf. *Ef* 1,4-5). Así, pues, Cristo, en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio y con su obediencia realizó la redención." (LG 3).

- "Consumada la obra que el Padre encomendó realizar al Hijo sobre la tierra (cf. *Jn* 17,4), fue enviado el *Espíritu Santo* el día de Pentecostés a fin de santificar indefinidamente a *la Iglesia* y para que de este modo los fieles tengan acceso al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu (cf. *Ef* 2,18)" (LG 4).

## 2. Los nombres de la Iglesia

En cuanto al nombre mismo, el término *Iglesia* es una transcripción del término griego *ekklesía*, con el que se denomina a un grupo coherente de personas convocadas a reunirse por quien tiene autoridad para hacerlo, a fin de decidir algo que redunda en bien de todos. Para los cristianos la Iglesia existe por iniciativa de Cristo mismo. Citando a San Cipriano, la *LG* dice: "toda la Iglesia aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (LG 4).

El Concilio subraya otros dos nombres de la Iglesia, que expresan lo que ella es: cuerpo de Cristo y Pueblo de Dios:

*Cuerpo de Cristo*: "el El Hijo de Dios, en la naturaleza humana unida a sí, venciendo a la muerte con su muerte y resurrección, redimió al hombre y lo transformó en una nueva criatura (cf. Ga 6,15; *2* Co 5,17). En efecto, comunicando su Espíritu, constituyó místicamente como su cuerpo a sus hermanos, congregados entre todos los pueblos" (Cf. Rm 6,4-7; 12,5; 1Co 10,17; 12,1-26). "La cabeza de este cuerpo es Cristo" (LG 7).

*Pueblo de Dios*. El Concilio le dedica un capítulo entero de la *LG*, el II, 9-17. "Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente… Ese pacto nuevo, a saber, el Nuevo Testamento en su sangre (cf. *1 Co* 11,25), lo estableció Cristo convocando un pueblo de judíos y gentiles, que se unificara no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera el nuevo Pueblo de Dios… Este pueblo mesiánico tiene por cabeza a Cristo, "que fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra salvación" (*Rm* 4,25), y teniendo ahora un nombre que está sobre todo nombre, reina gloriosamente en los cielos" (LG 9).

## 3. Jesucristo fundó la Iglesia

Jesús no esperaba terminar antes de su muerte la misión para la que el Padre le envió al mundo. Consciente de ello, Jesús reunió discípulos y los formó durante casi 3 años (cf. Mt 4,18-22 y ||; 10,1-4 y ||; Jn 1,35-51; Hch 1,13). En su ausencia, ellos continuarían su misión en el mundo. Entre estos discípulos hay diferencias. Está un grupo restringido muy cercano al Maestro, los Doce, y un grupo mucho mayor, entre los que hay un grupo intermedio, el de los 72 (Lc 10,1). Hay también mujeres, cosa chocante en aquella época, algunas de las cuales estuvieron cerca de Jesús y, como Marta y María Magdalena, recibieron de él importantes revelaciones (Lc 8,1-3; Jn 11,27; 20,17).

Algunos comentaristas piensan que incluso en el grupo de los Doce había tres subgrupos, encabezados por Pedro, Felipe y Santiago de Alfeo, a juzgar por el orden que ellos tienen en las listas de los Apóstoles. El más importante de los Doce es Simón Pedro.

El primer lugar le había sido asignado por Jesús mismo antes de la resurrección y no lo perdió ni siquiera después de haber negado tres veces al Maestro. Hay tres pasajes que muestran la preeminencia de Pedro entre los demás Apóstoles (Mt 16,17-19, Lc 22,32 y Jn 21,15-19):

*"Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia y el poder de la muerte nada podrá contra ella"* (Mt 16,18).

La *piedra* no puede ser la fe de Pedro, sin más, porque la fe es un acto del entendimiento y de la voluntad de una persona, no una realidad con entidad sustancial propia. La roca es Pedro mismo, en cuanto que él fue el primero en hacer un acto de fe en Jesús, cuya identidad le fue revelada por el Padre.

"Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia". El verbo está en futuro. Es Jesús, y nadie más que él, quien va a edificarla, pero no ahora mismo. Estas palabras anteceden de cerca al primer anuncio de la pasión (Mt 16:21). Jesús prevé ya que su fin está próximo. Esto significa que su obra en el mundo va a quedar incompleta si no hay una comunidad que continúe la misión que el Padre le encomendó. La misión debe continuar después de la muerte de Jesús. De ello se encargará la Iglesia.

Simón Pedro no puede ser la piedra angular de la Iglesia como lo es Jesús (Mt 21,42), pero él es una roca firme que Jesús va a colocar en la base para edificar sobre ella la Iglesia, llamada a perpetuar su existencia en el mundo. Pedro es el encargado de asegurar que el edificio crezca según los planos esbozados por Jesús mismo y terminados de diseñar por el Espíritu Santo. Las comunidades de creyentes que nazcan de las aguas bautismales tendrán como punto de referencia a Pedro, porque su fe es la piedra de toque de la fe de todos los seguidores de Jesús.

*"Yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos"* (Lc 22,32).

Los verbos *confirmar* y *confortar* aparecen en muchos lugares asociados con el verbo *consolar* o *exhortar* (cf. 1Ts 3,2; 2Ts 2,17; 3:3; Rm 1,11-12; 16,25; St 5,8, 1Pe 5,10; 2Pe 1,12; Ap 3,2). También son numerosos los textos que ponen en estrecha relación a los profetas con las acciones de *confirmar* y de *consolar* (Hch 4,3; 13,11; 14,21-22; 15,31-32; 1Co 14,3-6 y 31-32). Todos estos versículos se refieren a comunidades que pasan por dificultades, cuya fe necesita una inyección de energía para convertirse en algo tan inconmovible como el obstáculo que separa al patriarca Abrahán y al pobre Lázaro, del lugar en que el rico sufre hambre ahora (Lc 16:6).

La expresión "confirmar y consolar" puede traducirse por "confirmar consolando", o por "consolar confirmando". Ambas acciones son inseparables. El confirmar la fe se logra con una instrucción adecuada sobre lo que se cree; el consolar añade un matiz de afecto: lleva alivio al afligido. La acción de confirmar apunta hacia la inteligencia; la acción de consolar, hacia la sensibilidad.

Para las comunidades de origen paulino, bien conocidas por Lucas, la función de *confirmar* a los hermanos vacilantes en su fe no es exclusiva de Pedro. Es también una misión de Pablo y de algunos de sus discípulos, compartida con los profetas. Así pues, Pedro ha recibido de los labios de Jesús una tarea que es común con otros miembros de la

Iglesia, la misión profética de robustecer la fe de los hermanos. Los profetas cristianos deben mirar a Pedro como a uno de ellos, y muy importante, no como a un rival.

### *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas (Jn 21,15.17)*

El editor definitivo del cuarto evangelio añadió al escrito ya terminado una especie de epílogo, el capítulo 21. Para entonces el apóstol y evangelista Juan ya había muerto. Es difícil encontrar un sustituto a un jefe carismático. Tal vez algunos miembros de la comunidad juánica tenían reparos en incorporarse del todo al grupo grande de las iglesias que reconocían la autoridad de Pedro y sus sucesores.

De hecho, la figura de Pedro en el cuarto evangelio no queda del todo bien parada. Según Juan, la confesión de Pedro durante la crisis de Galilea no fue demasiado contundente: "tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que tú eres el santo de Dios" (Jn 6,68). La de Marta junto a la tumba de su hermano Lázaro fue más clara y muy semejante a la que Pedro hizo en Galilea, según Mt 16,16. "Yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que tenía que venir a este mundo" (Jn 11,27). Además, Pedro negó a su maestro tres veces cuando iba a ser juzgado, mientras que el discípulo predilecto, seguramente Juan, permanecía al pie de la cruz.

El autor de Jn 21 quiere rehabilitar la figura de Pedro, para que sea aceptado por quienes buscaban un jefe carismático entre los miembros de la comunidad juánica, sin encontrarlo. Después de la resurrección de Jesús, fue Pedro quien sacó del agua las redes cargadas de peces, aunque fue el discípulo predilecto el primero en reconocer al Señor (Jn 21,6.11). Después de comer, Jesucristo preguntó tres veces a Pedro, una por cada una de las antigua negación, si le amaba, a lo que el apóstol respondió entristecido: "Sí, Señor, tú todo lo sabes, tu sabes que te quiero". El Señor perdonó al apóstol arrepentido y le confirmó en su puesto a la cabeza los demás discípulos (Jn 21,15-18).

## *4. La venida sobre la Iglesia del Espíritu Santo*

Al atardecer del mismo día de la resurrección, el primero de la semana, "los discípulos estaban reunido con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo: la paz esté con ustedes. Y les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús les dijo de nuevo: la paz sea con ustedes. Y añadió: como el Padre me envió, yo también envío a ustedes. Sopló sobre ellos y les dijo: reciban el Espíritu Santo" (Jn 20,19-22).

Ha nacido la Iglesia, en versión juánica. Lo primero que Jesús hizo después de resucitar fue infundir el Espíritu Santo a un grupo de hombres y mujeres que se sentían discípulos suyos y tenían entre sí unos lazos más fuertes que los de una simple amistad. Este grupo tiene una estructura. Son unos hombres y unas mujeres asociados por los mismos ideales y las mismas esperanzas. Todas ellos tienen un fin común, alguien que manda y unos reglamentos. Pero la comunidad que Jesús viene a establecer se distingue por algo peculiar: su tarea principal viene señalada por Dios mismo, y cuenta para realizarla con una ayuda igualmente divina. Los discípulos reciben el Espíritu Santo para continuar la misma misión que el Padre encomendó a su Hijo Jesucristo.

Según Juan la venida del Espíritu Santo no fue pública y tuvo lugar el mismo día de la resurrección de Jesús. En cambio, la primera venida según *Hechos* fue espectacular y tuvo lugar cincuenta días (*pentecostés*) después de la resurrección de Jesús (Hch 2,1-41). Éste no es la único Pentecostés. Hay otras venidas del Espíritu Santo, reseñadas en *Hechos*: sobre los samaritanos (8,14-17), sobre el centurión Cornelio y su familia (10,44), sobre un grupo de creyentes de Éfeso, que habían recibido el bautismo de Juan, pero que ni habían oído hablar del Espíritu Santo (19,1-7).

Estas venidas solemnes y públicas no excluyen las venidas personales del Espíritu en el silencio de la oración, pero se ajustan a un patrón estereotipado. En todos los casos, la venida del Espíritu está ligada a la fe en la presencia de Jesucristo y en la conversión. La venida del Espíritu puede ser única, eficaz y para siempre cuando tiene lugar en el marco de una ceremonia litúrgica donde se administra el bautismo, la confirmación o las órdenes sagradas.

## 5. *La misión de la Iglesia*

Jesús envió a sus discípulos como él mismo fue enviado por el Padre. La misión de la Iglesia, pueblo de Dios, es una sola: asegurar la presencia Jesucristo en el mundo hasta el fin de los tiempos. Ahora bien, la fidelidad a esta misión incluye varias tareas: el anuncio de la resurrección, la celebración de la Eucaristía y el amor fraterno.

Las citas siguientes no recogen palabras de Jesús, sino afirmaciones tomadas de la primera carta de Pablo a los *Corintios*, y del concilio *Vaticano II*. En ellas se escucha la voz de la primitiva Iglesia. Son palabras que resumen con acierto y autoridad lo nuclear de la misión de la Iglesia en el mundo: anunciar la Buena Nueva de la resurrección y hacer presente a Jesús en el mundo de una manera real por la celebración de la Eucaristía. También el concilio Vaticano II subraya la importancia para la Iglesia de esta celebración.

> "Yo les transmití en primer lugar lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, y que fue sepultado; que resucitó al tercer día, según las Escrituras, y que fue sepultado; y que se apareció a Pedro y luego a los Doce" (1 Co 15,3-5)

> "Porque yo recibí del Señor lo que les transmití: que el Señor Jesús, en la noche en que fue entregado, tomó pan y, habiendo dado gracias, lo partió y dijo: *Esto es mi cuerpo que se da por ustedes; hagan esto en recuerdo mío*. Asimismo también tomó el cáliz después de cenar diciendo: *Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces lo beban, háganlo en recuerdo mío*. Pues cada vez que comen este pan y beben este cáliz, anuncian la muerte del Señor hasta que venga" (1Co 11,23-26).

> "De la Liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin" (*Sacrosanctum concilium,* 10).

La Iglesia anuncia a Jesús resucitado y celebra la Eucaristía con una doble intención: que los creyentes amen a Dios y que se amen entre sí. San Pablo en la

*carta a los Romanos* y el autor *la primera carta de Juan* han hecho una síntesis de la moral cristiana, centrada en el amor a Dios y al prójimo, que tiene como condición previa la convicción de que el primero en amar es Dios. En el primer texto citado es de notar que el Apóstol dice simplemente "amor", sin especificar de qué amor se trata ¿del amor a Dios, al prójimo o de ambos a la vez?

> "Con nadie tengan otra deuda que la del mutuo amor. Pues el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. En efecto, lo de: *No adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás* y todos los demás mandamientos, se resumen en esta fórmula: A*marás a tu prójimo como a ti mismo*. El amor no hace mal al prójimo. El amor es, por consiguiente, la ley en su plenitud" (Rm 13,8-10).

> "Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. Nunca persona alguna ha visto a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. " (1Jn 4,7-12).

## 6. Una misión divina encomendada a hombres débiles

El pueblo de Dios está integrado por seres humanos, varones y mujeres, todos ellos débiles. La Iglesia es una institución que engloba a muchas personas, necesariamente imperfectas, con metas comunes. Estas personas se asocian para conseguirlas. La Iglesia, como cualquier otra sociedad humana, necesita una organización donde estén claramente señaladas las autoridades que la rigen, las leyes por las que se gobierna y las responsabilidades de cada uno de sus miembros.

Jesucristo, consciente de esta necesidad, empezó ya antes de su muerte a reunir un grupo jerarquizado de discípulos, que tomara las riendas de la Iglesia después de su resurrección. También instituyó un bautismo (Mc 16,14-16) y les ordenó que celebraran la Eucaristía (1Co 11,26). Así pues, Jesucristo instituyó la *jerarquía* y los *sacramentos*, que hacen de la Iglesia una sociedad visible, presente en el mundo.

### a) La jerarquía

Constituyen la jerarquía propiamente dicha los obispos, los presbíteros y los diáconos. Se accede a esta jerarquía por la recepción del sacramento del Orden. Sólo los obispos y los presbíteros participan del sacerdocio *ministerial* de Jesucristo.

Jesús eligió entre sus discípulos a Doce Apóstoles. Los Doce, con Pedro a la cabeza, fueron encargados de continuar su obra en el mundo, reuniendo un Pueblo de Dios. Los sucesores de los Doce Apóstoles son los obispos, que integran el *Colegio episcopal*, cuya cabeza es el Papa, sucesor de san Pedro como obispo de Roma. Algunos autores ven

prefigurados los presbíteros en el grupo de 72 discípulos que Jesús envió una vez a predicar de dos en dos (Lc 10,1).

El término "sacerdote" (*ieréus*) aparece en los evangelios y en *Hechos* únicamente referido a los sacerdotes judíos. En la carta a los *Hebreos* Jesucristo es llamado Sumo Sacerdote según el rito de Melquisedec, no de la estirpe de Leví, porque su sacerdocio es distinto por su origen al sacerdocio judío. En *Apocalipsis* el término *sacerdotes* se aplica globalmente a todo el pueblo el cristiano (Ap 1,6; 5,10; 20,6).

El término "supervisor", obispo (*epískopos*) se aplica a los encargados de ser pastores del pueblo cristiano (Hch 20,28). En Flp 1,1 los obispos aparecen asociados a los diáconos, sin más explicaciones. En 1Tm 3,2 y Tt 1,7 los obispos aparecen como la máxima autoridad en las comunidades cristianas y, en 1Pe 2,25, Jesús mismo es el obispo al que vuelven las ovejas descarriadas.

El término *presbítero* aparece con frecuencia en el Nuevo Testamento. En las traducciones al español se puede transcribir tal como está en griego, o traducirlo por "anciano", en el sentido de un hombre de edad, o de hombre importante miembro de un Consejo, "senador" (en latín "anciano" se dice *senis* o *senior*). En los evangelios los "presbíteros" son siempre judíos miembros del Sanedrín, junto con los sacerdotes. En el resto del Nuevo Testamento son autoridades estables de las iglesias locales (cf. Hch 11,30; 14,23; 15,24; 21,18; 1Tm 5,17-19; Tt 1,5; St 5,14, 1Pe 5,1.5; 2Jn 1; 3Jn 1).

Es interesante el texto de 1Pe 5,1.5: "esta es la exhortación que dirijo a los presbíteros de las comunidades de ustedes, yo su co-presbítero". "Ustedes, jóvenes, respeten a los presbíteros". Pedro es el obispo de Roma, pero se presenta como presbítero como "supervisor". Por otra parte, la conocida como *segunda carta de Pedro* es un escrito de comienzos del siglo II. No puede pues ser de Pedro, sino de uno de sus sucesores, que se siente revestido de la autoridad de Pedro para distinguir entre libros inspirados y no inspirados (2Pe 1,19). También define sin titubeos que son Escritura "las cartas de nuestro amado hermano Pablo", que algunos "interpretan erróneamente, *como hacen con el resto de las Escrituras"* (2Pe 3,15-16).

Pedro fue la cabeza del colegio apostólico y Jesús quiso que tuviera sucesores a la cabeza del colegio episcopal. En la Iglesia esto sólo fue puesto en duda o negado en el siglo XI (cisma de Oriente) y en el siglo XVI (Reforma protestante).

En el Nuevo Testamento no está clara la diferencia entre un obispo y un presbítero. El obispo san Ignacio de Antioquía escribió hacia el año 107 una serie de hermosas cartas dirigidas a algunas iglesias de Asia Menor, mientras era conducido a Roma como prisionero, para ser allí despedazado por las fieras. En estas cartas ya se distingue con precisión la diferencia entre obispos, presbíteros y diáconos. El obispo es la cabeza de la iglesia local y los presbíteros su consejo. Los diáconos están en un importante tercer lugar, como administradores de los bienes de la comunidad. Sobre los diáconos en el Nuevo Testamento, cf. Hch 6,1-7,60.

Sobre el tema de la jerarquía, los concilios de Trento (1546-1563) y Vaticano II (1962-1965) han hecho aportes importantes para la Teología y el Derecho Canónico. Cf. un resumen en el *Catecismo de la IC* 874-896.

### b) *Los sacramentos*

El concilio de Trento definió en 1546 lo que es un sacramento y que son siete. Los padres conciliares apoyaron su declaración en el hecho histórico de que se administraron desde los orígenes mismos de la Iglesia.

Para la Iglesia Católica los sacramentos son signos sensibles y eficaces de la gracia invisible de Dios, a través de los cuales se otorga la vida divina. Fueron instituidos por Jesucristo y confiados por él a la Iglesia. A simple vista los sacramentos son ceremonias que, como una graduación de profesores, implican un tiempo de *preparación*, un rito en que el graduado recibe públicamente de la sociedad el *derecho* a enseñar y, de cara al futuro, la manifestación de su *compromiso* de ser un buen docente. Teniendo en cuenta su significado religioso y su condición de ceremonias públicas, puede decirse que cada sacramento se desarrolla en tres tiempos: 1/ preparación, 2/ rito y efecto, 3/ compromiso:

- El *bautismo* es el sacramento de entrada en la Iglesia. Implica 1/ la conversión y la fe. 2/ La ablución con el agua; el bautizado es incorporado a la Iglesia y marcado de modo indeleble como hijo de Dios. 3/ El compromiso de vivir como cristiano. Cuando el bautizado es un niño, los padres y padrinos se comprometen a educarlo para que sea un buen cristiano. Es condición indispensable el estar bautizado para recibir los demás sacramentos.

- La *confirmación* es el sacramento de la madurez cristiana. 1/ Se administra normalmente a los jóvenes que se han preparado a vivir una vida cristiana más consciente y responsable. 2/ Lo administra el obispo o un delegado suyo y confiere una nueva presencia del Espíritu Santo en el confirmando, para que quiera y, de hecho, 3/ para que viva como un adulto que comunica a los demás su fe y edifica a la Iglesia con su conducta. Como el bautismo se recibe una sola vez en la vida.

- La *Eucaristía* es el sacramento de la presencia real de Jesucristo, que a lo largo del tiempo y del espacio continúa comunicando a los cristianos el fruto de su muerte y resurrección, les da vida y acompaña a la Iglesia hasta su segunda venida en gloria y majestad. 1/ Quien lo recibe debe vivir como buen cristiano. 2/ El rito es la misa, en la que el pan y el vino se convierten, por la consagración, en el cuerpo y la sangre de Jesús resucitado, cuerpo y sangre que los fieles reciben en la comunión. 3/ Quien comulga debe ante todo amar a su prójimo. Sólo los obispos y los presbíteros pueden presidir la celebración de la Eucaristía, pero todos los asistentes participan con ellos de su fruto. Seguramente santa Teresita de los Andes recibía con más fruto la Eucaristía que el sacerdote que presidía su celebración.

- El *Orden sacerdotal* es el sacramento que confiere públicamente a algunos varones la responsabilidad en la Iglesia de ser obispos, presbíteros o diáconos. 1/ La ordenación exige una preparación relativamente larga que asegure lo más posible que quienes reciben este sacramento sean unos buenos ministros (servidores) de la Palabra y de los sacramentos. 2/ El sacramento del orden se confiere en una misa muy solemne, presidida siempre por un obispo, y marca para toda la vida a quien lo recibe para que sea “otro Cristo”. 3/ Quien lo recibe se compromete a ser un buen pastor en la Iglesia por sus enseñanzas y por su vida. En la Iglesia de rito latino los obispos y los presbíteros deben ser célibes.

- El *matrimonio* es el único sacramento que realizan quienes se casan, al casarse. Los presbíteros, los diáconos o los laicos debidamente autorizados, varones o mujeres, son únicamente "testigos cualificados", que aseguran que las cosas se hagan bien, pero no son los ministros. 1/ Los contrayentes deben ser una mujer y un varón, ser solteros, casarse libremente y saber a qué se comprometen ante Dios y ante la Iglesia. 2/ El sacramento lo reciben quienes se casan al otorgar su consentimiento, según las normas litúrgicas, ante un testigo cualificado y dos testigos más. En la ceremonia la Iglesia pide para los esposos que se amen sinceramente y que ese amor crezca durante toda su vida, hasta que la muerte los separe. 3/ "Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, varón y mujer los creó, y les dijo: crezcan y multiplíquense" (Gn 1,27). Dios es amor y la dupla varón-mujer está llamada a ser, con su vida conyugal, una imagen de Dios que es amor. Este amor se manifiesta en que él ama a los hombres porque quiere, libremente, que los ama siempre, aunque pequen, que les muestra su amor antes que nada llamándoles a la existencia. Por eso quienes se dan mutuamente este sacramento, deben hacerlo amándose como Dios ama, es decir: libremente, para toda la vida y con el propósito de tener hijos. San Pablo escribía que el amor conyugal es signo del amor recíproco entre Cristo y su Iglesia (Ef 5,31-32).

- La *reconciliación* es el sacramento del perdón de quienes con sus pecados se han herido a sí mismos y han herido a la Iglesia. 1/ Quien se confiesa ha de estar arrepentido de su pecado y tener el sincero propósito de no pecar de nuevo, aunque prevea que posiblemente volverá a pecar. 2/ Debe acercarse a un presbítero o a un obispo para manifestarle su arrepentimiento y escuchar que Dios le ha perdonado. Este sacramento lleva paz al penitente y, misteriosa pero realmente, reconstruye lo que el pecado ha destruido. 3/ El confesor impone una "penitencia", que invita al penitente a hacer algo para reparar los efectos de su pecado.

- "Con la *unción de los enfermos* y la oración de los presbíteros, toda la Iglesia encomienda los enfermos al Señor paciente y glorificado, para que los alivie y los salve (cf. *St* 5,14-16), e incluso les exhorta a que, asociándose voluntariamente a la pasión y muerte de Cristo (cf. *Rm* 8,17; *Col* 1,24; *2Tm* 2,11-12; *1Pe* 4,13), contribuyan así al bien del Pueblo de Dios" (LG 11). La familia debe avisar al sacerdote antes de que el enfermo esté inconsciente.

La *jerarquía* y los *sacramentos* son dos instituciones geniales incluso desde el punto de vista meramente humano. Han pasado veinte siglos desde que Jesucristo fundó la Iglesia. Durante este tiempo han aparecido y desaparecido muchas culturas con idiomas y modelos de convivencia distintos. La Iglesia nació en el seno del pueblo judío, que hablaba el arameo, y se difundió por la cuenca del Mediterráneo, donde se hablaba griego y latín. La Iglesia sufrió el acontecimiento de la caída del imperio romano, que pareció a muchos una terrible catástrofe, nacieron en Europa naciones con nuevas culturas, fue descubierto un nuevo continente, los cristianos entraron en contacto no siempre amistoso con otros pueblos y otras religiones, como el budismo y el Islam.

La adaptación de la Iglesia a situaciones tan diferentes y complejas fue difícil. No fueron lo mismo los papas y los obispos del siglo IV y los del siglo de hierro, el X; los del siglo XVI y los del siglo XX. La palabra de Dios pasó a ser leída y la liturgia celebrada en innumerables idiomas distintos. Sin embargo, la Jerarquía y los Sacramentos siguen marcando la vida y la acción de la Iglesia como en sus orígenes, sin que hayan sufrido cambios tan radicales, que comprometieran su identidad.

## 7. Creo en la santa Iglesia

¿Santa la Iglesia? El concilio Vaticano II afirma:

> "La Iglesia, cuyo misterio está exponiendo el sagrado Concilio, creemos que es indefectiblemente santa. Pues Cristo, el Hijo de Dios, quien con el Padre y el Espíritu Santo es proclamado "el único Santo", amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose a Sí mismo por ella para santificarla (cf. *Ef* 5,25-26), la unió a Sí como su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo para gloria de Dios. Por ello, en la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la Jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: "Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación" (*1Ts* 4,3; cf. *Ef* 1,4). Esta santidad de la Iglesia se manifiesta y sin cesar debe manifestarse en los frutos de gracia que el Espíritu produce en los fieles. Se expresa multiformemente en cada uno de los que, con edificación de los demás, se acercan a la perfección de la caridad en su propio género de vida" (LG 39).

Esto es verdad: la santidad de la Iglesia "debe manifestarse en los frutos de gracia", que dan sus hijos, pero una cosa es que todos deban darlos y otra que todos los den. De hecho, la historia de la Iglesia demuestra a saciedad que el pecado de algunos de sus hijos está tan presente como la santidad de otros, por cierto más numerosos que los primeros. Esto es una secuela ineludible del "principio de la Encarnación". La Iglesia continúa en la Tierra la misión encomendada por el Padre a Jesús, porque en su ser mismo ella tiene una "notable analogía" con la Palabra encarnada. La Iglesia es "una realidad compleja que está integrada de un elemento humano y otro divino". El Vaticano II lo dice así:

> "La sociedad provista de sus órganos jerárquicos y el Cuerpo místico de Cristo, la asamblea visible y la comunidad espiritual, la Iglesia terrestre y la Iglesia enriquecida con los bienes celestiales, no deben ser consideradas como dos cosas distintas, sino que más bien forman una realidad compleja que está integrada de un elemento humano y otro divino. Por eso se la compara, por una notable analogía, al misterio del Verbo encarnado, pues así como la naturaleza asumida sirve al Verbo divino como de instrumento vivo de salvación unido indisolublemente a él, de modo semejante la articulación social de la Iglesia sirve al Espíritu Santo, que la vivifica, para el acrecentamiento de su cuerpo (cf. *Ef* 4,16)… Pero como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres. Cristo Jesús, "existiendo en la forma de Dios..., se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo" (*Flp* 2,6-7), y por nosotros "se hizo pobre, siendo rico" (*2 Co* 8,9)" (LG 8).

Jesús sufrió todas las limitaciones que le impuso el haber vivido en el siglo I: no tenía un vehículo motorizado ni Internet, pero al menos no tuvo pecado. La Iglesia tiene todas las limitaciones que le acarrea el estar integrada por hombres, y hombres muy limitados. Sin que medie pecado alguno, la Iglesia siempre sufrirá por la escasez de buenos pastores y de jueces suficientes para hacer frente a todas las necesidades del pueblo de

Dios, por la dificultad para encontrar educadores competentes de la juventud, por las trabas que oponen a la difusión del evangelio la falta de medios económicos, por las inevitables diferencias de los cristianos ante los problemas políticos y económicos que afectan a los países.

Estos problemas son y serán comunes en todas las sociedades complejas, la Iglesia tanto como el gobierno de una nación o la gerencia de una gran empresa, y aun de una pequeña. Santo Tomás de Aquino resumía en una sola frase la causa de todos los males. Todos los seres son imperfectos; por serlo todos pueden fallar. Y "lo que puede fallar, falla alguna vez" (*quod potest deficere, quandoque déficit*; Summa contra gentiles III,71). Los fallos son inevitables, y no siempre son la consecuencia de la maldad de los hombres.

A pesar de estas limitaciones hay muchas páginas gloriosas en la historia de la Iglesia: ha anunciado sin descanso que Jesús ha muerto y resucitado y que su resurrección se hace operante en los hombres cada vez que la Iglesia celebra el bautismo y la eucaristía. Ha confesado que Dios es ante todo el Padre de Jesús y de los hombres. Ha administrado los sacramentos. Ha predicado y practicado el amor a amigos y enemigos y ha estado dispuesta a enfrentar el martirio. Ha intentado resolver sus conflictos internos reuniéndose en sínodos y concilios para conversar y decidir. Ha reconocido sus pecados, se ha arrepentido, ha pedido perdón, ha luchado por evitarlos. Ha sido perseguida y lo será siempre en algún lugar del mundo.

A las limitaciones no culpables se suman en la Iglesia, tanto como en las demás sociedades humanas, los muchos problemas que son fruto del egoísmo individual y colectivo en todas sus versiones. Siempre habrá quien ambiciona el alcanzar a cualquier precio el poder, la riqueza o el placer. Incluso entre los Apóstoles hubo quienes se contaminaron en algún momento con la pasión del poder (cf. Mc 10,35-45).

Hay algo más doloroso para la Iglesia que las persecuciones. Son sus propias miserias: la traición de Judas, la cobardía de Pedro, la intransigencia y la crueldad de tantos inquisidores, el hecho de que los mismos cristianos se dividan en facciones hostiles, que no se amen entre sí, que se maten en guerras llamadas a veces "santas" y de "de religión", que se venguen de quienes les han hecho daño, y mil cosas más. Nada de esto pertenece a la esencia de la Iglesia, pero hay que reconocer que la Iglesia ha pecado muchas veces y de muchas maneras en el pasado, y que hará lo mismo en el futuro una y otra vez. El concilio Vaticano I (1870) definió que los papas pueden ser infalibles en ciertas ocasiones, pero a nadie se le ha ocurrido pensar que nunca serán pecadores. El pecado es el obstinado acompañante no deseado del pueblo de Dios y de la humanidad a lo largo de toda su historia, pero el Señor Jesús y su Espíritu acompañarán siempre a la Iglesia y suscitarán la santidad de innumerables hijos suyos.

El hecho de la Encarnación, con todos los riesgos que entraña, habla con igual fuerza de la bondad de Dios y de la grandeza del hombre. Dios quiere necesitar del hombre en el orden natural y en el sobrenatural. Dios encarga al hombre que domine todo el universo y su prodigiosa energía (cf. Gn 1,28). También le llama a mediar eficazmente en su propia salvación y en la de sus semejantes. El hombre posee una poderosa fuerza constructiva, una aptitud radical para colaborar con el Creador y llevar a término su obra. La Biblia con sus limitaciones, la Iglesia con sus deficiencias, la humanidad de Cristo con su debilidad dan testimonio de que Dios se acerca a los hombres de una manera connatural a ellos. Dios no se divierte haciendo cosas descabelladas. La verdad, la bondad y la belleza

son más amables, más atractivas, más poderosas, más abundantes, más arraigadas en la naturaleza humana y en la Iglesia que el mal.

La constitución *Lumen Gentium* concluye el número 8 con estas palabras:

> la Iglesia "está fortalecida, con la virtud del Señor resucitado, para triunfar con paciencia y caridad de sus aflicciones y dificultades, tanto internas como externas, y revelar al mundo fielmente su misterio, aunque sea entre penumbras, hasta que se manifieste en todo el esplendor al final de los tiempos" (LG 8).

## *8. Católica*

El término "católico" es la transcripción de un término griego que significa "según la totalidad", es decir, universal. Las cartas de Santiago, Pedro, Juan y Judas son llamadas "católicas" porque sus destinatarios son más de una persona determinada o de una comunidad particular. En realidad la denominación no es del todo exacta, porque al menos 2Jn y 3Jn se dirigen a "la señora elegida" y al "querido Gayo". A partir del siglo XVI se llama "Iglesia Católica" a la que reconoce al papa como sucesor de Pedro y su cabeza visible. El Credo de los Apóstoles data del siglo III. Por eso en el Credo no puede identificarse la "santa Iglesia católica" con la Iglesia presidida por el obispo de Roma, de manera que queden excluidas otras Iglesias, donde se administra el mismo bautismo.

El concilio Vaticano II evitó cuidadosamente hacer explícita la identificación antes aludida. Dice la constitución *Lumen gentium* 13:

> "Todos los hombres están llamados a formar parte del nuevo Pueblo de Dios. Por lo cual, este pueblo, sin dejar de ser uno y único, debe extenderse a todo el mundo y en todos los tiempos, para así cumplir el designio de la voluntad de Dios, quien en un principio creó una sola naturaleza humana y a sus hijos, que estaban dispersos, determinó luego congregarlos (cf. *Jn* 11,52)… Así, pues, el único Pueblo de Dios está presente en todas las razas de la tierra, pues de todas ellas reúne sus ciudadanos… Todos los fieles dispersos por el orbe comunican con los demás en el Espíritu Santo, y así, "quien habita en Roma sabe que los de la India son miembros suyos" (San Juan Crisóstomo)… Todos los hombres son llamados a esta unidad católica del Pueblo de Dios, que simboliza y promueve la paz universal, y a ella pertenecen o se ordenan de diversos modos, sea los fieles católicos, sea los demás creyentes en Cristo, sea también todos los hombres en general, por la gracia de Dios llamados a la salvación".

Se ha insistido un poco más arriba en la flexibilidad de las instituciones de la Iglesia para adaptarse a diferentes culturas. Esta flexibilidad ha permitido la universalidad de la Iglesia en el tiempo, sin perder por ello su identidad. En la Iglesia primitiva, reflejada en los escritos del Nuevo Testamento, esta flexibilidad fue puesta a prueba al menos en dos momentos cruciales: la ruptura con el judaísmo y el rechazo de la filosofía griega en su versión neoplatónica.

## 9. La ruptura con el judaísmo

Costó mucho a los cristianos de origen gentil, los etnocristianos, el desprenderse de la matriz judía en que la Iglesia se había formado. A su vez, los judeocristianos tuvieron una gran dificultad para admitir en la Iglesia a los etnocristianos, sin que hubieran pasado antes por la disciplina de la Ley, a lo que debían comprometerse recibiendo la circuncisión. ¿Bastaba para salvarse solamente la fe en Jesucristo y el bautismo, o era necesaria también la circuncisión y el cumplimiento de la Ley de Moisés? (Cf. Hch 10-11).

Desde su primer viaje apostólico Pablo y Bernabé administraban sólo el bautismo a los etnocristianos que abrazaban la fe. Pero bajaron de Jerusalén a Antioquía algunos judeocristianos, "que enseñaban a los hermanos: si no se circuncidan según el mandato de Moisés no pueden salvarse. Este hecho provocó una acalorada discusión de Pablo y Bernabé contra ellos" (Hch 15,1-2).

El problema se resolvió civilizadamente el año 50 en una reunión, llamada "concilio de Jerusalén", a la que asistieron Pedro, Pablo y Santiago. Por fin llegaron a tomar una decisión que aparentemente satisfizo a todos. Para la salvación eran necesarios la fe en Jesucristo y el bautismo. No había por qué circuncidar a los etnocristianos. Los judeocristianos podían seguir cumpliendo los preceptos fundamentales de la ley de Moisés (descanso sabático, circuncisión y privación de ciertos alimentos), que nada tenían de malo, pero no podían imponerlos a nadie. Los etnocristianos no debían molestar a los judeocristianos. En los lugares donde ambos grupos era numerosos, lo etnocristianos debían abstenerse de hacer cosas que molestaban a sus hermanos judíos, tales como el contraer matrimonio entre parientes cercanos, matrimonios prohibidos por la Ley, y comer sangre o la carne de ciertos animales, como la de los sacrificados a los ídolos (Hch 15,2-29; 1Co 8,1-13; Ga 2,1-3,22; 5,1-12; Rm 2,12-4,25; 14,1-22).

La solución era prudente, pero encerraba una descalificación de la Ley mosaica. Lo verdaderamente importante para la salvación era la fe en Jesucristo. Los judeocristianos podían prescindir de las costumbres judías, que aseguraban la identidad de este pueblo. Poco a poco los judeocristianos eran cada vez menos judíos.

El conflicto entre los judíos cristianos y los no cristianos estalló a fines del siglo I. Jerusalén había sido incendiada y el templo destruido el año 70. Un grupo de fariseos doctos logró escapar de la catástrofe y reunirse a pocos km al sur de la actual Tel Aviv, en un lugar llamado Yamnia. Allí se fundó una especie de escuela de reconocido prestigio entre los judíos, que buscó los medios para asegurar la identidad del pueblo judío en la diáspora, tales como determinar qué libros eran sagrados, hacer de ellos una edición única para todas las sinagogas repartidas por el mundo y unificar la liturgia.

Un tema importante era el de distinguir con claridad quiénes de verdad eran judíos y quiénes no lo eran. Hacia el año 85 se incorporó a la liturgia sinagogal un texto que un cristiano no podía decir en voz alta sin renegar de su condición de tal. La comunidad fundada por Juan sufrió entonces un desgarrón, porque muchos de sus miembros judíos prefirieron recitar ese texto, dejar la Iglesia e incorporarse plenamente a la Sinagoga. Hay en el cuarto evangelio un par de versículos que sólo se entienden bien teniendo en cuenta esta situación: "aun entre las personas importantes (judíos, miembros de la comunidad cristiana), muchos creyeron en él; pero por los fariseos no lo confesaban, para no ser

excluidos de la sinagoga, porque prefirieron la gloria de los hombres a la gloria de Dios" (Jn 12,42-43). Se había consumado la separación entre la Iglesia y la Sinagoga.

## 10. El rechazo de la filosofía neoplatónica

Pablo tuvo su primer encuentro importante con la filosofía griega nada menos que en el Areópago de Atenas hacia el año 49."Incluso algunos filósofos epicúreos y estoicos conversaban con él" (Hch 17,18). Llegó un momento en que le pidieron que les explicara la nueva doctrina que él enseñaba. Pablo preparó un discurso magnífico, que los filósofos allí reunidos escucharon con interés, hasta que le oyeron decir que un hombre había resucitado de entre los muertos. Al oír esto unos se burlaron de él y otros, más corteses, le dijeron que otro día hablarían de aquel asunto. El encuentro había sido un desastre.

A partir de este momento Pablo descalificará una y otra vez la filosofía griega, que no es más que una "sabiduría de la razón (del *logos*)" (cf. 1Co 1,17-25).

> "Pues yo, hermanos, cuando fui a ustedes, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciaros el misterio de Dios, pues no quise saber entre ustedes sino a Jesucristo, y éste crucificado. Y me presenté ante ustedes débil, tímido y tembloroso. Y mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder para que la fe de ustedes se fundase, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios" (1Co 2,2-5). "La sabiduría del mundo es una necedad a los ojos de Dios" (3,19).

San Pablo en la carta a los *Romanos* arremeterá también contra

> "los hombres que aprisionan la verdad en la injusticia; pues lo que de Dios se puede conocer, está en ellos manifiesto: Dios se lo manifestó. Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad, de forma que son inexcusables; porque, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, antes bien se ofuscaron en sus razonamientos y su insensato corazón se entenebreció. Jactándose de sabios se volvieron estúpidos, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos, de reptiles" (Rm 1,19-23)

En ninguna de estas dos cartas expone Pablo cual es el contenido de la "sabiduría" que él fustiga, pero las burlas de los filósofos atenienses dan una pista para saberlo. Ellos profesaban una filosofía que rechazaba hasta la posibilidad de la resurrección de los muertos. Se trataba, pues, de un neoplatonismo dualista que veía un antagonismo irreductible entre materia y espíritu. Según esta filosofía, el alma se libera cuando por la muerte se separa del cuerpo. La resurrección es imposible e indeseable. Imposible, pues, la resurrección de Jesucristo.

Es interesante leer sobre este telón de fondo lo que Pablo dice del cuerpo humano un poco más adelante, en 1Co 6,12-20:

> "el cuerpo no es para la lujuria, sino para el Señor y el Señor para el cuerpo. Dios, por su parte, que resucitó al Señor, también nos resucitará con su poder ¿No saben que sus cuerpos son miembros de Cristo?... ¿O es que no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo y que habita en ustedes?"... Den, pues, gloria a Dios con su cuerpo".

El neoplatonismo está presente en el gnosticismo, que va a ser una auténtica amenaza para el cristianismo. Los cristianos que se las daban de maestros y profetas, sin serlo, son enérgicamente denunciados en los últimos escritos el Nuevo Testamento. Col 2,6-20 es único lugar donde aparece la palabra "filosofía" en el Nuevo Testamento, y es calificada de "vana palabrería". En 1Tm 1,3-7 y 4,1-5, son calificados de "impostores hipócritas" quienes prohibían el matrimonio y el uso de los alimentos que Dios ha creado para que los hombres disfruten de ellos y den gracias. Arremeten con violencia contra los falsos maestros, infiltrados entre los cristianos, los textos de 2Tm 2,14-19 y 3,1-9, St 3,13-18, 2Pe 2,1-26 y Judas 5-19. En la carta a la iglesia de Pérgamo son censurados los nicolaítas (Ap 2,13-15) y en la carta a los de Tiatira, su "ángel" es reprendido porque tolera a Jezabel, una sedicente profetisa que incita a sus seguidores a la lujuria y a comer carnes sacrificadas a los ídolos (2,20-22). En la mayor parte de estos casos se junta el desprecio del cuerpo y de lo material con una extraña amalgama de rigorismo puritano y de lujuria.

## *11. ¿Matrimonio sí o no?*

La sexualidad es una dimensión importante del ser humano. La institución del matrimonio está decisivamente influida por la cultura y por la religión. Esto ocurre con el cristianismo, cuya ética no siempre coincide con la de la cultura en que está inmerso. La Iglesia primitiva no podía librarse de las tensiones que este hecho suscitaba.

La mayoría de los primeros cristianos recibían el bautismo siendo adultos, muchos de ellos casados. Los primeros obispos y presbíteros fueron necesariamente hombres casados. La *primera carta a Timoteo* y la carta a *Tito* dan atinados consejos para su elección: los obispos y los presbíteros deben ser sobrios y hospitalarios, capaces de enseñar, desprendidos, no soberbios ni de mal genio, casados con una sola mujer, firmemente adheridos a la palabra tal como ha sido enseñada, que tengan buena fama entre los paganos, que hayan educado bien a sus hijos, porque ¿cómo gobernará a la casa de Dios un hombre incapaz de gobernar a su familia? (1Tm 3,1-7; Tt 1,5-8). "El Espíritu dice expresamente que en los últimos tiempos algunos renegarán de la fe y harán caso a espíritus seductores y a doctrinas diabólicas. Ésta será la obra de impostores hipócritas, cuya conciencia está marcada a fuego. Éstos prohíben el matrimonio y el uso de alimentos que Dios creó para que fueran comidos con acción de gracias por los creyentes y por los que han conocido la verdad" (1Tm 4,1-3).

En este contexto resultaba extraño el que grandes figuras como Pablo y Bernabé no tuvieran esposa. Pablo saldrá al paso de las habladurías de los corintios, y lo hará refiriéndose al ejemplo de Pedro y de los hermanos del Señor.

El capítulo 9 de la *primera carta a los corintios* es un fervoroso alegato de Pablo a favor de su libertad para actuar como actúa: "¿No soy yo libre? ¿No soy yo apóstol? ¿Acaso no he visto yo a Jesús, Señor nuestro?" Pablo es libre para ganar su sustento trabajando con sus manos y libre para recibir ayuda económica de aquellos a quienes ha

predicado el evangelio, como la reciben otros apóstoles. Es libre para hacerse judío con los judíos y para no hacer caso de la Ley con los que están sin Ley, y así ganar a todos para Cristo. "Siendo libre de todos, me he hecho esclavo de todos para ganar a los más que pueda" (1Co 9,19).

Fiel a este principio Pablo abordará el delicado tema de la libertad para no tener esposa. Antes de referirse a este asunto, Pablo dejará constancia de que él ha renunciado voluntariamente al matrimonio: "Mi deseo sería que todos fueran como yo... No obstante digo a los solteros y a las viudas: bien les está quedarse como yo, pero si no pueden contenerse, que se casen; mejor es casarse que abrasarse" (1Co 7,7-9). ). "Acerca de la virginidad no tengo precepto del Señor... ¿Estás unido a una mujer? No busques la separación. ¿No estás unido a una mujer? No la busques; pero si te casas, no pecas; y si se casa una joven, no peca" (1Co 7,25-28).

Poco más adelante, en 9,5-18, Pablo entra de lleno en el tema de su celibato. Según los judíos el matrimonio es una obligación. Por lo menos para los rabinos el no casarse sería desobedecer al primer mandamiento dado por Dios a la humanidad, que dice: "sean fecundos y multiplíquense" (Gn 1:28). Pablo comienza afirmando su derecho a estar casado: "¿No tenemos derecho a llevar con nosotros una esposa cristiana (*gyné adelphé*) como los demás apóstoles y los hermanos del Señor y Cefas?" Sí que lo tenemos, responde el Apóstol, pero "yo no he hecho uso de este derecho". Lo habitual es que los hombres, incluidos los obispos, estén casados. Pablo defiende su libertad para no estarlo.

El hecho de que Pedro tuviera esposa, como los demás apóstoles y los hermanos del Señor, fue un argumento poderoso contra los nicolaítas, que rechazaban el matrimonio. Eusebio de Cesarea cita unas palabras de san Clemente de Alejandría, jefe de la prestigiosa Escuela de Alejandría, fallecido el año 215, para demostrar la bondad del matrimonio:

> "Clemente, por causa de los que rechazan el matrimonio, nos da una lista de los apóstoles que está comprobado que fueron casados y dice: '¿O también han de desaprobar a los Apóstoles? Porque Pedro y Felipe procrearon hijos; es más, Felipe dio maridos a sus hijas, y Pablo, al menos en cierta *Carta*, no vacila en dirigirse a su cónyuge, que no lleva consigo por facilitar el ministerio" (EUSEBIO, *Historia Eclesiástica* III,30,1).

La Iglesia optó por dejar en libertad a cada uno para responder a lo que el Espíritu Santo le pedía, aunque no coincidiera con lo que pedía a otros. A nadie impuso el celibato y a nadie se lo prohibió. Los ascetas que optaron por el celibato no fueron mirados como superiores a los presbíteros y obispos que estaban casados, ni gozaron de un trato privilegiado en las iglesias locales.

Sin ceder en lo fundamental, que es la fe en el Señor, la Iglesia ha sido flexible en ambos casos: el de las prácticas ancestrales de los judeocristianos y el del conflicto con el pensamiento gnóstico. La comprensión y la tolerancia serán el camino a seguir en el futuro. La Iglesia permitirá que algunos cristianos renuncien al matrimonio "por causa del reino de los cielos" (Mt 19,30) o que se abstengan durante toda su vida de comer carne, recluidos voluntariamente en un monasterio. Pueden hacerlo, pero no deben imponer su género de vida a los demás. Imponer es sectarismo. Imponer o prohibir el matrimonio a todo el mundo sería sectarismo. Aceptar las diferencias es catolicidad.

Esto no supone arbitrariedad ni relativismo. La ley suprema será siempre la caridad practicada en el respeto a la libertad. San Pablo da un buen ejemplo de ello a propósito de un problema aparentemente banal que se planteó en el seno de la comunidad cristiana de Roma: ¿Pueden los cristianos comer de todo sin preguntar de dónde proceden los alimentos, o deben abstenerse de comer la carne de animales sacrificados en los templos paganos? Para el Apóstol los primeros son los "fuertes", los segundos son los "débiles", los poco formados en la fe. Él pide a los débiles que no critiquen a los fuertes por comer libremente de todo, y pide a los fuertes que no molesten a los débiles comiendo como si tal cosa la carne de animales ofrecidos a los ídolos. Bien está la libertad, pero la caridad está por encima de la libertad. La caridad puede ser muy exigente.

> "Bien sé, y estoy persuadido de ello en el Señor Jesús, que nada hay de suyo impuro, a no ser para el que juzga que algo es impuro; para ése sí lo hay. Ahora bien, si por un alimento tu hermano se entristece, tú no procedes ya según la caridad. ¡Que por tu comida no destruyas a aquel por quien murió Cristo!" (Rm 14,13-15).

## *12. La comunión de los santos*

¿Quiénes son los "santos"? Para los escritos del Nuevo Testamento son todos los cristianos, según un texto de la carta a los *Colosenses*: "revístanse, pues, como elegidos de Dios, *santos y amados*, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándose unos a otros y perdonándose mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor les perdonó, perdónense también ustedes y, por encima de todo esto, revístanse del amor, que es el vínculo de la perfección" (Col 3, 12-14). Los *santos* no son exclusivamente los fieles canonizados por el papa.

La constitución *Lumen gentium* dedica el número 49 a la "comunión de la Iglesia celestial con la Iglesia peregrinante" y el 50 a las "relaciones de la Iglesia peregrinante con la Iglesia celestial". Todos los bautizados pertenecen al único cuerpo de Cristo, estén vivos o muertos. Ello implica que los bienaventurados pueden ayudar de alguna manera desde el cielo a quienes les invocan desde la Tierra. Estos últimos, por su parte, pueden ofrecer sufragios por los difuntos, pedir la intercesión de María y de los bienaventurados y honrarlos imitando sus virtudes. Todos los discípulos del Señor, tanto los que peregrinan en la Tierra como los que gozan ya de la gloria contemplando claramente a Dios mismo,

> "todos, en forma y grado diverso, vivimos unidos en una misma caridad para con Dios y para con el prójimo y cantamos idéntico himno de gloria a nuestro Dios. Pues todos los que son de Cristo por poseer su Espíritu, constituyen una misma Iglesia y mutuamente se unen en él" (cf. *Ef* 4, 16)" (LG 49).

La comunión de los santos, o la comunicación entre los santos, se manifiesta especialmente en la oración. Al orar de una manera inexplicable pero real el orante entra en el espacio y en el tiempo de Dios. Habla con Jesús y con los santos que nunca serán canonizados. Pedir la intercesión de los amigos y parientes que uno amó en la Tierra y por quienes fue amado, es tan legítimo y tan posible como invocar a María, la madre de la Iglesia, diciéndole "santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte".

# 17

# EL PERDON DE LOS PECADOS. LA RESURRECCION DE LA CARNE. LA VIDA ETERNA

## 1. El perdón de los pecados

El tema del pecado es un tema transversal de la Teología en general. De él se ocupan el tratado de los sacramentos, el de la redención, la Teología Moral y la Bíblica, la Historia de la Iglesia y el Derecho Canónico. Más arriba, en el capítulo 8 de este libro, se recoge una descripción válida para todos los pecados, dada por el *Catecismo de la IC* #397:

> "El hombre, tentado por el diablo, dejó morir en su corazón la confianza hacia su creador (cf. Gn 3,1-11) y, abusando de su libertad, desobedeció el mandamiento de Dios. En esto consistió el primer pecado del hombre (cf. Rm 5,19). En adelante, todo pecado será una desobediencia a Dios y una falta de confianza en su bondad".

Las páginas siguientes ofrecen unas reflexiones acerca de la naturaleza del perdón, de quién puede perdonar y de quién puede ser perdonado.

La raíz de todo pecado contra Dios o contra un ser humano es la falta de confianza. El hombre desobedece a Dios porque desconfía de su sabiduría y de su bondad. Dios no sabe, dice el pecador, lo que me conviene, o si él lo sabe, no quiere decírmelo. El hombre se convierte en Dios para sí mismo decidiendo lo que es bueno y lo que es malo para él.

Un caso. El conductor de un vehículo, que no respeta una señal de tránsito, cree saber más que quien la puso. El exceso de velocidad puede causar un accidente. Una mentira al profesor y una infidelidad a la esposa nacen de la convicción de que mintiendo o siendo infiel uno va a librarse de una mala nota o a ser más feliz. De hecho los que mienten sólo conseguirán hacer una doble herida: una, en el engañado, porque éste al descubrir la mentira perderá la confianza en quien le engañó. Otra, en el mismo que mintió, porque sentirá algún día lo doloroso que es vivir rodeado de personas que no confían en uno y lo difícil que es recuperar la confianza perdida. No se puede vivir sin confiar en nadie ni creyendo que todos desconfían de uno.

El pecador quita a Dios lo único que éste no tiene y que él desea tener: la confianza de sus hijos. El orgullo y el egoísmo terminan destruyendo a quienes quieren vivir según *la carne* (sus bajos instintos). Estos son los frutos de la *carne*: "fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes" (Ga 5,19-21).

Dios está siempre dispuesto a perdonar, a poco que el pecador reconozca su pecado. El perdón que Dios otorga reconstruye al pecador por dentro. No se trata de cancelar una deuda en dinero ni de fingir que aquí no ha pasado nada. El pecador arrepentido vuelve a

confiar en Dios y a cumplir su voluntad, porque se siente amado por aquél a quien había ofendido.

Algunos de los milagros de Jesús relacionan la sanación de un enfermo con el perdón de sus pecados. Unos hombres descolgaron por un agüero hecho en el techo a un tullido para ponerlo delante de Jesús. Jesús le dijo: "Hijo, tus pecados te son perdonados". Jesús se dio cuenta de que los escribas allí presentes pensaban que él estaba blasfemando, "porque sólo Dios puede perdonar pecados". Para demostrarles que el hijo del hombre tenía poder en la tierra para perdonar los pecados, se dirigió al paralítico diciéndole: "levántate, toma tu camilla y vete a tu casa". Los testigos del milagro "daban gloria a Dios diciendo: jamás habíamos visto una cosa semejante" (Mc 2,3-12).

Mateo ha copiado de Marcos este relato, abreviándolo un poco, como de costumbre, y añadiendo por su cuenta una explicación: "la gente se llenó de temor y daba gloria a Dios *por haber dado tal poder a los hombres*". El evangelista piensa ya en la Iglesia, en Pedro y en los discípulos, a quienes Jesús dará el poder de atar y desatar en la tierra, de tal modo que quedara atado o desatado en el cielo (Mt 16,19 y 18,18).

Son de sobra conocidas la parábola del servidor, a quien su señor perdonó una deuda enorme, pero él no quiso perdonar una deuda insignificante a un compañero suyo (Mt 18,21-35) y la del hijo pródigo (Lc 15,11-32). Según Mateo, Jesús responde con la parábola de los deudores a una pregunta que Pedro le hace: "¿Cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano cuando me ofenda? ¿Siete veces? Jesús le respondió: No te digo siete veces, sino setenta veces siete", es decir, siempre. La parábola explica la razón de esta respuesta: Dios te ha perdonado mucho, tú tienes que perdonar lo poco que tu hermano te debe. El servidor que no quiso perdonar fue condenado por su señor a ser castigado hasta que pagara toda la deuda. "Lo mismo hará con ustedes mi Padre celestial, si no se perdonan de corazón unos a otros". El perdón de Dios es un perdón condicionado. Mateo insiste mucho en que los hermanos deben perdonarse mutuamente, señal de que había conflictos en la comunidad para la que escribió su evangelio (cf. Mt 5,21-26; 6,12-14).

La parábola del hijo pródigo tiene como destinatarios a los escribas y a los fariseos, que murmuraban porque Jesús permitía a publicanos y pecadores de toda laya el que se acercaran a él para escucharle (Lc 15,1-2 y 11-32). El acento está puesto aquí en la magnanimidad de un padre con sus dos hijos, que desconocen el amor enorme que él les tiene. El hijo menor es un irresponsable que despilfarra una fortuna, y representa a los pecadores en general. El hijo mayor es un egoísta que aguanta quedarse en la casa paterna para heredar. Es un hombre trabajador serio y acomplejado, que en secreto desea con todas sus ganas el tener una buena fiesta de vez en cuando. Él representa a los fariseos. El padre ama tanto a los dos hijos que les perdona aun antes de que le pidan perdón y sin exigir reparaciones.

En todos estos textos quienes perdonan son el Padre y los discípulos de Jesús. Esto marca una diferencia; no es lo mismo que sea el Padre quien perdona o un hombre quien debe perdonar. Por otra parte, es frecuente que quienes perdonan y quienes son perdonados sean simplemente seres humanos.

El Padre está dispuesto a perdonar siempre a los pecadores, a pocas señales que den éstos de arrepentimiento. El perdón del Padre es sanador, es un perdón que reconstruye por dentro al pecador arrepentido, que experimenta cómo Dios sigue confiando en él, aunque

él no haya confiado en Dios. Dios conoce muy bien lo que pasa en el corazón del hombre arrepentido, pero no es este el caso cuando ofendido y ofensor son hombres.

Los obispos y sus sucesores han recibido el poder de perdonar pecados. De ordinario ejercen este poder los presbíteros, en comunión con su obispo, al administrar el sacramento de la reconciliación. Cuando el sacerdote dice "yo te absuelvo", el penitente cree y siente que Dios le ha sanado por dentro y que el mismo Señor va a arreglar de alguna manera misteriosa el daño causado al Pueblo de Dios por su pecado. Ahora bien, algunas veces el confesor debe negar, con mucho dolor, la absolución al penitente, porque él no está realmente arrepentido ni tiene el propósito de cambiar su conducta.

A veces los pecados han sido públicos y han hecho mucho daño a sus víctimas. Como toda sociedad formada por hombres, la Iglesia tiene también sus reglamentos y sus tribunales. Hay pecados que son verdaderos delitos. Quien ha delinquido puede estar sinceramente arrepentido de lo que ha hecho, se ha confesado bien y Dios sin duda le ha perdonado, pero tiene que cumplir la pena que justamente le ha sido impuesta. Su arrepentimiento sincero le hace acreedor al menos a un poco de misericordia.

La Iglesia sufre de muchas maneras por las limitaciones que le impone su doble condición humana y divina. Parece que una de estas condiciones entra a veces en conflicto con la otra. Mengana se casó por el civil con Fulano, que antes había estado casado por la Iglesia con Titia. Fulano y Mengana no podían casarse por la Iglesia, pero entonces eso no les importaba. Pasados unos años de convivencia feliz, se convirtieron gracias a la catequesis familiar del colegio de sus hijos. Una semana antes de la primera comunión de su hija Fulano y Mengana van a confesarse y el sacerdote les explica, como puede, que ellos están en una situación irregular. Por supuesto los papás no lo entienden ¿No están ellos confesándose? ¿En resumen, pueden comulgar con la niña el día de su primera comunión, sí o no? Si recurrieran a un Tribunal Eclesiástico, posiblemente sería declarado nulo el matrimonio religioso de Fulano y Titia. De ser así, Fulano y Mengana podrían casarse por la Iglesia y comulgar sin reparos ¿Qué hacer? Son muchos los casos como éste y muchos los separados que ignoran hasta la existencia de tribunales eclesiásticos. Por lo demás, estos tribunales son pocos y, en las diócesis en que existen, están muy faltos de personal para atender a todos los que lo necesitan.

Tampoco es fácil el perdón y la reconciliación entre dos personas comunes cuando ha habido problemas serios entre ellos, por ejemplo entre el esposo y la esposa, entre un cuñado y una cuñada, entre un primo y otro primo, entre un tío y una sobrina. La casuística es interminable. Un perdón sincero sólo es posible cuando hay unos consejeros prudentes junto al ofensor y al ofendido, una decidida buena voluntad de ellos para resolver el conflicto, un rescoldo de amor y una dosis de oración.

Ahí queda el que Jesús haya puesto tanto énfasis en la petición del Padrenuestro que dice "*perdónanos* nuestras ofensas, como también nosotros *perdonamos* a quienes nos ofende… Porque si ustedes *perdonan* a los demás sus culpas, también les *perdonará* su Padre celestial. Pero si no *perdonan* a los demás, tampoco su Padre les *perdonará* sus culpas" (Mt 6,12 y 14-15). El verbo perdonar aparece seis veces.

## 2. *Creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna*

La resurrección de la carne está íntimamente ligada a la vida eterna o divina, pero no son lo mismo. Uno puede resucitar para ser castigado, pero el Credo no contempla la posibilidad de que éste sea el caso de quien recita el Credo. La traducción oficial del Credo al español es fiel al latín, que dice "resurrección de la carne" (*carnis)*. El texto griego escribe "resurrección de los muertos" *(nekrón).* Tampoco es lo mismo "carne" que "muertos", pero la equivalencia en este caso es aceptable.

Este último artículo del Credo afecta directamente a quien lo recita. Ya no se trata de aceptar que Dios es creador y que su Hijo se hizo hombre. La muerte y lo que viene después es un tema sumamente importante para cualquier persona. Es también un tema difícil. La creación o la fundación de la Iglesia son acontecimientos que sucedieron en el pasado, y se puede tener una noticia aproximada de lo que significan. En cambio la muerte es algo futuro para los vivientes, y los muertos no vuelven para contar cómo les fue después de morir.

En la Escritura se encuentran dos maneras distintas de entender la vida del hombre después de la muerte. Según la primera manera, los muertos, por lo menos los que han muerto por su fe, resucitarán enteros, sin hacer distinciones entre cuerpo y alma; un judío no entiende que un hombre esté vivo si no tiene cuerpo (cf. Dn 12,1-3; 2Ma 7,9.14.23; 12,43-46). La segunda manera está influida por la antropología de los filósofos griegos, inclinados a menospreciar el cuerpo, por ser material, y a valorar el alma: "Dios creó al hombre para la inmortalidad… Las almas de los justos están en manos de Dios y ningún tormento los alcanzará" (Sb 2,2-3). Los judíos hablan más de resurrección que de inmortalidad del alma. En el Nuevo Testamento prevalece la idea de resurrección.

Antes de entrar a reflexionar sobre la muerte y la resurrección, es oportuno examinar algunos textos importantes tanto de la Biblia como de la Tradición. El primero, en orden cronológico inverso, data del 1336 y es del papa Benedicto XII:

> "Los santos, incluso los niños bautizados… después de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, incluso antes de la resurrección de sus cuerpos y del juicio universal, inmediatamente después de su muerte *(mox post mortem)* ven y verán la esencia divina" (*Benedictus Deus*, Dz 530).

El mensaje está claro: los muertos no se quedan al morir en una especie de hibernación hasta el momento del juicio final. Si han llevado una buena conducta en la tierra y han recibido el bautismo, *ven a Dios inmediatamente después de morir*. El papa da por admitido que la muerte consiste en la separación del cuerpo y del alma. Ambos volverán a juntarse después de un tiempo incalculable, cuando tenga lugar el juicio final.

Otro papa, san León Magno (n. 390; papa 440-461), en su primer sermón *sobre la Ascensión,* habla de la *inmortalidad de la carne*. Sus palabras tienen especial autoridad por haberlas dicho un Padre de la Iglesia y ser incorporadas a la liturgia:

> "En el transcurso de estos días [entre la resurrección y la ascensión] fue proclamada la inmortalidad no sólo del alma sino también la del cuerpo". (*Sermón 1 sobre la Ascensión*, 2-4, PL 54,395; transcrito en *Liturgia de las*

*horas*, tiempo pascual, miércoles VI, 2ª lectura. El texto español del Breviario dice "del cuerpo", pero el original, en latín, dice *carnis*, "de la carne").

En 1Co 15,1-53 Pablo se ha preocupado sería y extensamente del tema de la resurrección de Jesucristo (versículos 1-11), de la resurrección de los muertos (12-34) y de la naturaleza de los cuerpos resucitados (35-53).

Pablo asegura en primer lugar, que Jesús resucitó según las Escrituras al tercer día después de su muerte, y de ello hay numerosos testigos.

En segundo lugar el apóstol enfatiza que todos los que están unidos a Cristo resucitarán. Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado, y si nosotros no resucitamos somos los más miserables de todos los hombres. Hay un orden en las resurrecciones. Primero, Cristo; después los que pertenecen a Cristo, "el día de su gloriosa manifestación. "Después tendrá lugar el final", cuando sean destruidos por Cristo "todo principado, todo poder y toda fuerza". Entonces Cristo entregará a Dios Padre el "reino" y será destruido el último enemigo, la muerte. Pablo no se aventura a dar más detalles ni a señalar plazos.

En tercer lugar, Pablo se dispone a explicar cuál es la naturaleza de los cuerpos resucitados. Se nota que el Apóstol no está muy seguro de lo que va a decir, porque comienza con unas preguntas retóricas y un reproche a sus lectores: "Alguno preguntará ¿cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo volverán a la vida? ¡Necio! Lo que tú siembras no tendrá vida si antes no muere" (15,35)

¿Logró Pablo convencer a alguien? Sus respuestas no pasan de ser unas comparaciones ingeniosas. Es atrevida la afirmación de que los cuerpos celestes y los terrestres son diferentes. Además de ser falsa, ella nada dice de lo que podrían ser los cuerpos gloriosos. La comparación entre lo que se siembra y lo que se recoge adolece de los mismos defectos. Según Pablo, se siembra un "cuerpo animado" (*psíquico*) y se cosecha un "cuerpo espiritual" (*pneumático*). Olvidó Pablo explicar el significado de estas palabras. Finalmente el Apóstol termina esta sección diciendo: "es necesario que este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y que este ser mortal se revista de inmortalidad". Estas afirmaciones son atinadas. El que resucita es el mismo que murió, aunque experimente una transformación profunda.

## 3. La vida eterna

El cuarto evangelista habla de "vida eterna" más que de resurrección. Quien cree en Jesús y come su carne tiene *ya* vida eterna, es decir, vida divina. El *juicio* tiene lugar cuando el hombre cree o se niega a creer en aquel a quien el Padre envió (cf. Jn 3,17-19; 5,21-24; 6,40.47.51.54; 12,48-50). Es significativo el diálogo entre Jesús y Marta ante el sepulcro de Lázaro:

> "Jesús le dice: 'tu hermano resucitará'. Le dice Marta: 'sé que resucitará en la resurrección del último día'. Le contestó Jesús: 'yo soy la resurrección y la vida. Quien cree en mí, aunque muera, vivirá; y quien vive y cree en mí no morirá para siempre" (Jn 11,23-26).

Jesús mismo aborda el tema de la resurrección en una polémica con los saduceos, que la niegan, y con los fariseos, que la entienden mal (cf. Mc 12,18-27 y par). Contra los fariseos él dice que la resurrección no será un simple retorno a una vida igual a la que los hombres llevan antes de morir. Los resucitados serán como ángeles de Dios. Contra los saduceos demuestra Jesús que hay resurrección porque Dios dice de sí mismo: "yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob". Y, según Lucas, Jesús concluye diciendo: Dios "no es un Dios de muertos sino de vivos, porque todos viven por él" (Lc 20,38). La respuesta de Jesús es hermosa, pero abre una nueva pregunta, que no tiene respuesta: ¿cómo es la vida de los ángeles en el cielo?

La Asunción de la Virgen María a "la gloria celeste" es un hecho muy sugerente. El 1 de noviembre de 1950, Pío XII declaró que la Asunción de María en cuerpo y alma a la gloria celeste es un dogma divinamente revelado, que todos los católicos deben creer. El papa no quiso definir que María había muerto, porque los católicos orientales creen que el "tránsito" de María de la tierra a la gloria tuvo lugar sin pasar por la muerte. Dijo Pío XII:

> "Con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo y con la nuestra, pronunciamos, declaramos y definimos que es un dogma divinamente revelado, que la Inmaculada Madre de Dios y siempre Virgen María, terminado el tiempo de su vida terrenal, fue elevada *(assumptam)* en cuerpo y alma a la gloria celeste" (PIO XII, *Munificentissimus Deus* (1950), Dz 2333).

La definición de este dogma fue vista por muchos en 1950 como un gesto del amor de la Iglesia Católica hacia la Virgen María, sin mayor trascendencia para la Teología. Poco a poco fueron dándose cuenta los teólogos de que en realidad era un dogma a tener muy en cuenta ¿Dónde están los cuerpos gloriosos de Jesús y de María? ¿Habrá en el universo un lugar aparte para ellos, ya que los cuerpos ocupan un espacio?

Más apremiantes que estas preguntas son las que el dogma suscita en torno a la suerte de los difuntos ¿Dice algo la Asunción sobre su suerte? El Vaticano II recordó que María es la madre de los miembros de la Iglesia, cuya cabeza es Cristo:

> "Por ese motivo es también proclamada como miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia y como *tipo* y ejemplar acabadísimo de la misma en la fe y en la caridad, y a quien la Iglesia católica, instruida por el Espíritu Santo, venera como a madre amantísima, con afecto de piedad filial" (LG 53).

María es, pues, *tipo* de la Iglesia. *Tipo* significa "modelo o ejemplo característico de una especie o de un género, que reúne todas las características de ella [de esa especie]: un tipo de coche" (Diccionario CLAVE). El *tipo* se repite indefinidamente en sus réplicas. Si la muerte o el tránsito de María es el momento de su glorificación, puede admitirse que el momento de la muerte de los cristianos (¿y por qué no el de todos los hombres?) también coincide con el de su resurrección a una vida divina, eterna, recibida ya en germen en el bautismo. Parece más razonable decir esto que afirmar que las almas van a esperar miles de años para reunirse con sus cuerpos. Miles de años de un tiempo que en el fondo nadie sabe muy bien qué cosa sea.

Surge inmediatamente otra pregunta: ¿y qué pasa con los que no conocen a Cristo? Una parte de la respuesta está ya en la constatación de que la Iglesia canoniza a algunas

personas, declarando que están en la gloria, en compañía de Dios y de una incontable muchedumbre de santos, pero nunca ha dicho de alguien que esté en el infierno. Más interrogantes. Todos los hombres, varones y mujeres, han sido creados a imagen y semejanza de Dios. Los bautizados además están marcados de manera indeleble con la imagen de Cristo resucitado, que los distingue como hijos de Dios. ¿Permitirá Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que sus imágenes vivientes se condenen en masa? ¿Castigará Dios eternamente a quienes han pecado en el tiempo? Un buen sacerdote repetía con frecuencia: Dios no puede fracasar. El Vaticano II afirma:

> "Si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también vida a vuestros cuerpos mortales por virtud de su Espíritu que habita en vosotros (*Rm* 8,11). Urgen al cristiano la necesidad y el deber de luchar, con muchas tribulaciones, contra el demonio, e incluso de padecer la muerte. Pero, asociado al misterio pascual, configurado con la muerte de Cristo, llegará, corroborado por la esperanza, a la resurrección.
> Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual" (GS 22).

# 18

# AMEN

Al empezar la recitación del Credo, quien iba a rezarlo proclamaba: YO CREO. Al terminar dice: *AMEN*.

*AMEN* es una palabra hebrea que sugiere fortaleza, solidez, convicción, seguridad. *AMEN*. Yo afirmo convencido de que es verdad lo que confieso, porque me apoyo en la fidelidad inquebrantable de Dios a su palabra. Dios es veraz, "misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad" (Ex 34,6).

Desde el YO CREO del comienzo hasta la meta del AMEN el camino es largo. Al término de él, la fe de quien lo ha recorrido se ha purificado y enriquecido.

El Credo se ha revelado como un resumen perfecto de la Palabra de Dios, hecho por autores anónimos hace casi 20 siglos. Es sólido y coherente. Expone los hechos con claridad, sin perderse en comentarios ni explicaciones. A pesar de tener su origen en el seno de una cultura tan diferente a la del siglo XXI, la traducción es posible, aunque exija trabajo.

El Credo ofrece una visión rica y bella de la realidad. La fe descubre que la historia de la humanidad tiene sentido. La fe alimenta la gratitud mirando al pasado y la confianza de cara al futuro.

Por encima de todo, el Credo muestra la inmensa grandeza de Dios: gran sabiduría, gran poder, gran amor. Una grandeza que no se revela sólo en los grandes planes, en la magnitud del universo. Se revela sobre todo en la capacidad de estar cerca hasta de lo más pequeño, de la célula y del átomo. Al principio uno queda como anonadado ante la grandeza de las obras de Dios y la insignificancia del hombre. ¿Quién soy yo para que te acuerdes de mí? Es en la admiración cuando se revela la grandeza de Dios, capaz de amar de manera especial a cada una de sus criaturas libres, de preocuparse de ellas, una por una.

Ahí se empieza a entender el cántico de María: "mi alma proclama la grandeza del Señor, porque ha mirado la pequeñez de su esclava y ha hecho obras grandes por mí".

# INDICE

PRESENTACION ..... 2

1. LOS SIMBOLOS DE LA FE ..... 4

2. CREO EN DIOS PADRE ..... 6

1. Dios Padre ..... 6
2. El primer acto de fe ..... 6
3. Ateísmo y agnosticismo ..... 7
4. Dios existe. El monoteísmo del pueblo judío ..... 8
5. San Pablo. El choque entre el cristianismo y la filosofía helenística ..... 9
6. Pablo y la prueba de la existencia de Dios. Rm 1:18-21 ..... 11
7. Col 2,8: la filosofía como “un engaño inconsistente” ..... 12

3. LAS PRUEBAS DE LA EXISTENCIA DE DIOS ..... 14

1. Santo Tomás de Aquino: la demostración de la existencia de Dios por cinco vías ..... 14
2. Los concilios Vaticano I y II ante las pruebas de la existencia de Dios ..... 16
3. De qué razón se trata ..... 16

4. LA EXPERIENCIA DE DIOS ..... 19

1. La huella dejada por Dios en la creación ..... 19
2. La palabra, huella indeleble de la presencia de Dios ..... 20
3. El concepto y la palabra ..... 21
4. La experiencia de Dios ..... 22
5. La experiencia fundamental de Dios ..... 22
6. Testimonios de experiencias o vivencias de Dios ..... 23
7. El amor y el pecado, caminos hacia Dios ..... 25

a) La vivencia del amor ..... 25

b) La experiencia del pecado ..... 26

c) La experiencia y su expresión. Conceptos. Historia ..... 27

5 . BIBLIA, TRADICIÓN Y MAGISTERIO ..... 30

1. La manifestación de Dios a la Humanidad ..... 30

2. Los nombres de la Biblia ..... 30

3. Nota previa para empezar a leer los escritos bíblicos: ..... 31

4. Qué es la Biblia ..... 31

5. La Escritura ..... 32

6. El Nuevo Testamento ..... 33

7. El significado de la resurrección de Jesús para la comprensión de su vida antes de su muerte. ..... 34

8. El significado de la resurrección de Jesús para la Iglesia. ..... 34

9. La Biblia es un conjunto de libros INSPIRADOS ..... 35

10. Qué es la inspiración ..... 35

11. La VERDAD para nuestra salvación ..... 37

12. La INTERPRETACIÓN de la Biblia ..... 38

13. El MAGISTERIO de la Iglesia ..... 40

14. El Misterio de la Encarnación de la Palabra de Dios .....

6. CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA ..... 43

1. Qué significa “crear” ..... 43

2. Sobre el origen de la idea de creación. ..... 44

3. Género literario de los relatos bíblicos de la creación, Gn 1-3. ..... 45

4. El relato “sacerdotal” de la creación: Gn 1,1-2,4a. ..... 45

5. La existencia de los ángeles ..... 48

6. Los ángeles en la Escritura ..... 49

7. Los ángeles en el Nuevo Testamento ..... 50

8. Superioridad de Jesús sobre los ángeles ..... 50

9. Los ángeles caídos ..... 51

10. El mundo de los ángeles, un mundo diferente ..... 52

7. CIENCIA Y FE. EL ORIGEN DEL UNIVERSO. EL EVLUCIONISMO ..... 54

1. El origen del universo ..... 54
2. La evolución del universo ..... 55
3. El origen de la vida ..... 56
4. Los avatares de la evolución ..... 57
5. El principio de complejidad-conciencia ..... 58
6. El punto Omega ..... 59
7. Una evolución dirigida. El principio antrópico fuerte ..... 60
8. De la Física a la Metafísica ..... 61
9. Ciencia y Fe, dos caminos en armonía para conocer una realidad ..... 62

8. PECADO Y PROMESA DE SALVACIÓN ..... 64

1. Un poco de historia. Cómo se articulan ambos relatos de la creación. ..... 64
2. El relato yahvista de la creación: el drama del paraíso (2,4b-3,24). ..... 66

Primer acto: la creación (Gn 2,4b-24) ..... 66

3. Segundo acto: el pecado (3,1-7) ..... 67
4. Tercer acto: castigo y anuncio de un vencedor de la serpiente (3,8-21) ..... 68

9. CREO EN JESUCRISTO ..... 70

1. El Mesías en la Escritura ..... 70
2. El Cristo en los evangelios sinópticos ..... 72
3. Las tres tentaciones de Cristo ..... 73
4. “Tú eres el Cristo” ..... 76
5. El Cristo en el evangelio de Juan ..... 77
6. Tres momentos especialmente significativos ..... 78
7. Jesucristo por quien todo fue hecho ..... 80
8. Cristo y la Iglesia ..... 81

10. SU ÚNICO HIJO NUESTRO SEÑOR ..... 82

1. El Hijo de Dios en el anuncio de la Buena Nueva: el kerigma primitivo. ..... 82
2. El Hijo de Dios en los evangelios sinópticos ..... 85

3. Jesús Hijo de Dios en el evangelio de Juan ..... 87

4. Otros testigos: Nataniel, Marta y Tomás (1,49; 11,27; 20,28). ..... 91

5. Dos textos complementarios (10,30 y 14,28). ..... 92

6. Jesús no se proclamó "Señor" ..... 95

7. El título "Señor" aplicado a Jesús ..... 96

8. "Rey de reyes y Señor de señores" (Ap 17,14; 19,16) ..... 97

11. NACIÓ DE SANTA MARÍA VIRGEN ..... 98

1. María, la virgen madre del Hijo de Dios ..... 98

2. Mateo ..... 99

3. Lucas ..... 101

4. Juan ..... 102

5. El realismo de la encarnación del Hijo de Dios. ..... 103

6. Las limitaciones propias de cualquier hombre ..... 103

7. Las limitaciones del hombre en su circunstancia histórica ..... 105

8. La Encarnación, un signo de la grandeza del hombre. ..... 106

9. La Encarnación del Hijo, revelación del amor del Padre a los hombres ..... 106

10. Dios es el Padre de Jesús y de todos los que creen en él ..... 107

11. "El que me ha visto, ha visto al Padre" (Jn 14,9) ..... 108

12. El trato del Padre con sus hijos: la oración. ..... 109

13. La oración de Jesús ..... 110

14. La oración de los discípulos: oración confiada y perseverante. ..... 111

15. La oración de los discípulos, intercesora ..... 113

12. PADECIÓ BAJO EL PODER DE PONCIO PILATO, FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO. DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS ..... 114

1. Poncio Pilato ..... 114

2. ¿Quién es el responsable de la muerte de Jesús? ..... 115

3. ¿Quiso el Padre que Cristo muriera crucificado? ..... 116

4. El amor del Padre y del Hijo a una humanidad pecadora. ..... 117

5. Para qué murió Jesús ..... 119

6. Muerto y sepultado ..... 120

7. Descendió a los infiernos ..... 121

13. AL TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS. SUBIÓ A LOS CIELOS ..... 122

1. La resurrección de Jesús ..... 122

2. Las apariciones de Jesús resucitado ..... 122

3. Lo que se desprende de estos relatos ..... 124

4. El camino de Emaús (Lc 24,13-44) ..... 126

5. "Subió a los cielos". La ascensión de Jesús ..... 129

14. ESTÁ SENTADO A LA DERECHA DE DIOS PADRE TODOPODEROSO. DESDE ALLÍ. HA DE VENIR A JUZGAR A VIVOS Y MUERTOS ..... 130

1. Jesús resucitado está sentado a la derecha de Dios Padre ..... 130

2. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos ..... 132

3. ¿Ha tenido ya lugar la segunda venida de Jesús? ..... 134

4. ¿Vendrá el Señor a juzgar o irán los hombres a ser juzgados? ..... 136

15. CREO EN EL ESPÍRITU SANTO ..... 137

1. El nombre y las figuras del Espíritu ..... 137

2. El Espíritu Santo en la Escritura ..... 138

3. Jesús y el Espíritu Santo ..... 139

4. El Padre y Jesús enviarán el Espíritu Santo a la Iglesia. La promesa. ..... 141

5. El Espíritu Santo en la vida de la Iglesia. Pentecostés ..... 142

6. El Espíritu Santo en la vida de la Iglesia. San Pablo ..... 143

16, CREO EN LA SANTA IGLESIA CATÓLICA. LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS ..... 145

1. La Iglesia en la historia de la salvación ..... 145

2. Los nombres de la Iglesia ..... 146

3. Jesucristo fundó la Iglesia ..... 146

4. La venida sobre la Iglesia del Espíritu Santo ..... 148

5. La misión de la Iglesia ..... 149

6. Una misión divina encomendada a hombres débiles ..... 150

7. Creo en la santa Iglesia ..... 154

8. Católica ..... 156

9. La ruptura con el judaísmo ..... 157

10. El rechazo de la filosofía neoplatónica ..... 158

11. ¿Matrimonio sí o no? ..... 159

12. La comunión de los santos ..... 161

17. EL PERDON DE LOS PECADOS. LA RESURRECCION DE LA CARNE. LA VIDA ETERNA ..... 162

1. El perdón de los pecados ..... 162

2. Creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna ..... 165

3. La vida eterna ..... 166

18 AMEN ..... 169

INDICE ..... 170

## El autor

**Miguel Ángel Ferrando**, SM, nació en Zaragoza (España), el 17 de octubre de 1930. Cursó la enseñanza media en el Colegio de Ntra. Sra. del Pilar, Marianistas, Madrid (1940-47). Ingresó al Noviciado Marianista de Elorrio, Vizcaya, donde hizo los primeros votos como religioso marianista (1948). Es Licenciado en Filosofía y Letras, sección Filosofía, Universidad Complutense, Madrid (1954). Fue ordenado sacerdote el 17 de julio de 1960 en Friburgo, Suiza. Doctor en Teología, Universidad de Friburgo, Suiza (1965). Fue enviado a Santiago de Chile en 1968, donde ha sido profesor de Teología Bíblica en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1968-2007). Fue tres años decano de la Facultad, de la que ahora es Profesor Emérito. Ha pasado cuatro semestres como profesor visitante en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma y en la Weston School of Theologie de Boston. Ha publicado siete libros editados por Ediciones SM, Ediciones Mundo, Pontificia Universidad Católica de Chile y Conferencia Episcopal de Chile.